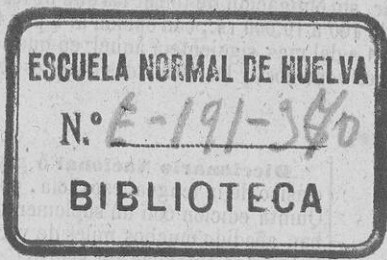


34

BIBLIOTECA ESPAÑOLA



CURSO NORMAL

PARA

MAESTROS DE PRIMERAS LETRAS,

ó

**PRECEPTOS DE EDUCACION FÍSICA,
MORAL É INTELECTUAL,**

CON APLICACION Á LAS ESCUELAS DE PRIMERA ENSEÑANZA,

por

M. el baron de Gerando,

par de Francia, miembro del Instituto, etc.,

version española de la tercera edicion francesa,

POR D. F. D. Q.,

ARREGLADA Á LAS CIRCUNSTANCIAS DE ESPAÑA Y ANOTADA

por

D. FRANCISCO MERINO BALLESTEROS,

inspector general de instruccion primaria.

Dejad á los niños que vengan á mí.

San Marcos, X, 14.



MÁDRID.

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA ECONÓMICA DE EDUCACION Y ENSEÑANZA,
calle de Cervantes, 58, cuarto bajo.

1853.

CURSO NORMAL

PARA

MAESTROS DE PRIMERAS LETRAS

O

PRECEPTOS DE EDUCACION FISICA

MORAL E INTELLECTUAL

CON APLICACION A LAS ESCUELAS DE PRIMERA ENSEÑANZA

por

M. el Conde de Serantes

por de Francia, miembro del Instituto, etc.

version española de la tercera edición francesa

por D. F. D. O.

ARRIBA A LAS CIRCUNSTANCIAS DE ESPAÑA Y A NOTARLA

por

D. FRANCISCO MÉRINO BALLESTEROS

Inspector general de Instrucción primaria

Dejad á los niños que vengan á mí.
San Marcos, X, 14.



MADRID.

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA ECONOMICA DE EDUCACION Y ENSEÑANZA,
calle de Cervantes, 38, cuarto bajo.

1853

AL

SEÑOR D. FRANCISCO ESCUDERO,

GEFE DE SECCION DEL MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA, ETC. ETC.

Muy señor mio y de todo mi afecto: destinado el CURSO NORMAL del baron de Gerando á inculcar á los maestros de primeras letras las mejores ideas en educacion y enseñanza, he creido un deber consagrar á V. esta edicion del mismo, en prenda del aprecio en que tengo sus esfuerzos con aquel propósito, y de la estimacion y gratitud con que me complazco en repetirme de V. muy apasionado, atento, seguro servidor,

Q. B. S. M.

Francisco Merino Ballesteros.

AL

SEÑOR D. FRANCISCO ESCUDERO,

OFICINERO DE SECCION DEL MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA, ETC. ETC.

Muy señor mío y de todo mi afecto: deseando el Curso Nor-
mal del baton de Gerardo e intentar á los maestros de primeras
letras las mejores ideas en educacion y enseñanza, he creido que
deberia comprar á V. esta edicion del mismo, en prueba del
aprecio en que tengo sus esfuerzos con aquel proposito, y de la
estimacion y gratitud con que me complazco en repetirme de V.
muy apasionado, atento, seguro servidor.

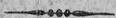
G. B. S. M.

Francisco Esteban Ballarín

INDICE.

	PÁGS.
Advertencia del editor español.	1
Id. del francés.	4
LECCION PRIMERA. De la dignidad del magisterio de primeras letras.	3
LECCION SEGUNDA. De las disposiciones y cualidades necesarias al maestro de primeras letras.	9
LECCION TERCERA. De la educacion en las escuelas de primeras letras.	17
LECCION CUARTA. De la educacion física.	23
LECCION QUINTA. De la educacion intelectual, y en primer lugar de los medios de cultivar la atencion, la imaginacion y la memoria de los alumnos.	31
LECCION SEXTA. Continuacion de la precedente.—Cómo forma el maestro de primeras letras el juicio y la razon de sus discípulos.	40
LECCION SÉPTIMA. Continuacion de la anterior.—Del método.	51
LECCION OCTAVA. De la educacion moral en las escuelas de primeras letras.	63
LECCION NOVENA. Continuacion de la anterior.—Medios de que puede valerse el maestro de primeras letras para inspirar á los alumnos el sentimiento de sus deberes.	73
LECCION DÉCIMA. De la educacion religiosa, y de la parte de ella que corresponde al maestro de primeras letras.	80
LECCION UNDÉCIMA. De cómo debe proceder el maestro de primeras letras á la enseñanza de los deberes.	87
LECCION DUODÉCIMA. De cómo puede el maestro de primeras letras fortalecer el carácter de los niños.	99
LECCION DÉCIMATERCIA. Del hábito y de la imitacion.	104
LECCION DÉCIMAQUARTA. Del trabajo y del órden.	112
LECCION DÉCIMAQUINTA. De las diferentes clases de escuelas y de los diversos cargos que han de desempeñar los maestros de primeras letras.	120
LECCION DÉCIMASEXTA Y ÚLTIMA. De los libros.	131

ADVERTENCIA DEL EDITOR ESPAÑOL.



Cuando nos decidimos á publicar la *Biblioteca de educacion y enseñanza*, fué uno de los libros que preferimos, para darle á luz cuan brevemente nos fuera posible, el *Curso normal*, debido á la pluma del profundo, del benévolo filósofo que tan estimables recuerdos ha dejado por sus diligentes y continuos esfuerzos para mejorar el estado moral é intelectual de su pais, y de la sociedad en general.

Ya hace algunos años que nos habíamos propuesto no careciese el magisterio español de las luminosas ideas que contiene este excelente libro, y ofrecimos traducirle; pero incidentes que no previmos, ni era fácil esperar ocurriesen, nos impidieron llevar á cabo nuestro proyecto.

Desde entonces acá, apenas ha escrito de educacion y enseñanza alguna persona entendida, sin buscar la autoridad del sabio Baron y apoyarse en ella; y aun ha habido quien copie algunas de las lecciones en los periódicos, á fin de despertar las mejores ideas sobre la primera educacion; y no obstante la variedad de pareceres en punto á los principios fundamentales de los planes de enseñanza, todos han estado conformes en asignar á las opiniones estampadas en el *Curso normal* el lugar que siempre alcanza la verdad, particularmente cuando va adornada con las galas de la elocuencia, que empleaba tan perfectamente Mr. de Gerando, y cuando sale de una pluma llena de autoridad, como la suya.

En cuanto á esta edicion debemos manifestar, que no siéndonos posible ocuparnos en los trabajos de version al castellano, recurrimos á persona que goza del mejor concepto por sus conocimientos nada comunes, y su conciencia literaria; y habiendo tenido la bondad de encargarse de aquellos, nos complacemos en decir que no ha defraudado nuestras esperanzas.

La parte que nos corresponde exclusivamente son las notas, donde hemos llamado la atencion de nuestros lectores á todo lo que nos ha parecido digno de ello, bien explanando alguna idea importante, bien rectificando otras, y aun á veces promoviendo el estudio de las que necesitan someterse á una análisis mas detenida de la que se ha hecho hasta ahora. Y en la leccion consagrada por el autor á los libros para el magisterio y para la niñez, hemos hecho lo posible por acomodar el contenido á las circunstancias de España, observando toda la delicadeza é imparcialidad que correspondia á nuestro decoro y al desinteresado propósito que nos guía en estos trabajos.

Esperamos alcanzar la indulgencia del público, visto el objeto que nos mueve á patentizarle nuestra insuficiencia para satisfacer sus deseos.

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES FRANCESES.

El conde de Chabrol, que con tanto celo promovió durante su larga y honrosa administracion el desarrollo de la educacion en las escuelas de primeras letras del departamento del Sena, habia establecido en París una escuela normal de maestros con arreglo á los métodos mas adelantados. La comision á quien confi6 la vigilancia y direccion del establecimiento, echando de ver la necesidad de dar reglas á los aspirantes al magisterio acerca de la educacion física, intelectual y moral, le propuso fundar una cátedra especial sobre este asunto en la escuela normal; y habiendo accedido á ello el Prefecto, no sin manifestar su deseo de que uno de los individuos de la misma comision fuese el catedrático, acept6 este cargo el baron de Gerando y le desempeñ6 por espacio de tres años. Instado este para que redactase por escrito y publicara sus lecciones orales, las di6 á la estampa el año de 1832, agotándose rapidísimamente las dos primeras ediciones del *Curso Normal*; por cuyo motivo hemos creido oportuno reproducir por tercera vez este excelente guia, con las modificaciones que reclamaban indispensablemente la nueva legislacion y el rápido desarrollo de nuestras escuelas de primeras letras. ¡Qué no deberá esperarse de los consejos del ilustrado filántropo que, sin desatender sus profundos estudios y trabajos, bastantes por su gravedad para absorber toda la vida de cualquier otro sábio, ha sostenido siempre de la manera mas directa y eficaz, y sin que resfriara en su celo por ningun género de obstáculos, la enseñanza elemental, deudora á él en gran parte del desarrollo que ha alcanzado al cabo entre nosotros!

CURSO NORMAL

PARA

MAESTROS DE PRIMERAS LETRAS.

LECCION PRIMERA.

DE LA DIGNIDAD DEL MAGISTERIO DE PRIMERAS LETRAS.

SEÑORES,

Lo primero que ocupa mi ánimo al considerar en su conjunto la carrera que van VV. á emprender, es la idea de la dignidad del magisterio de primeras letras. Confieso ingénuamente que me deleito en hablar con VV. acerca de este punto; por que soy de aquellos hombres que se complacen en reconocer la nobleza del título de *maestro de primeras letras*, título merecedor del aprecio de las personas honradas y sensatas, y tanto mas honorífico quanto mas se ajusta la conducta del que le lleva á los deberes que el mismo impone, por mas que no pueda estimarle en su verdadero valor la frívola opinion del comun de los hombres, ni proporcione comodidades ó consideracion en la sociedad. Elevémonos, queridos oyentes, elevémonos á considerar el objeto de la vocacion de VV. y veremos que no están llamados á ejercer meramente una profesion como otra cualquiera, sino á cumplir un encargo de confianza, á recibir la investidura de un ministerio moral, á desempeñar en el cuerpo social una de las mas importantes funciones. El maestro de primeras letras que dirige una escuela pública, tiene por ello el carácter de verdadero *empleado público*, pues desempeña un cargo cuya importancia y necesidad han reconocido las leyes del Estado, fundándole, reglamentándole y protegiéndole con diligente y merecida solicitud. Los maestros titulares de los pueblos reciben su investidura de la autoridad pública; y por ella son reconocidos tambien los que dirijen escuelas privadas, á los cuales podemos comprender en el número de los que se presentan solicitando la

confianza general, adornados de los convenientes títulos y garantías: así los unos como los otros reciben el depósito que un gran número de familias les confía. En el recinto de la escuela, el maestro ejerce realmente una autoridad legítima, y se halla investido de cierta especie de magistratura, cuya influencia se extiende también fuera de aquel recinto. El cargo de VV., señores, viene á ser un reflejo, una emanación de la suprema dignidad confiada á los padres de familia por la Providencia, por la naturaleza y por las leyes. El ministerio de VV., aunque meramente civil, se enlaza con el religioso y coadyuva á los mismos fines; porque la instrucción ayuda á la religión y á la moral, que de ella se deriva; porque el maestro de primeras letras prepara á la niñez para que reciba la educación religiosa; porque la escuela, señores, es, digámoslo así, el pórtico del templo.

¡Lejos, muy lejos de mí la idea de rebajar las profesiones laboriosas á que se da con cierto desden el nombre de oficios! Antes al contrario, las considero dignas del mayor respeto, así por el mérito que lleva consigo la utilidad del trabajo, como por el de la valerosa perseverancia que se necesita para soportar sus fatigas. VV. participan de este afecto y estimación que profeso á las clases trabajadoras; y el ser VV. los órganos por donde se transmiten aquellos sentimientos, da nueva importancia y valor al cargo que desempeñan; porque las relaciones de VV. con la clase laboriosa de la sociedad, y los servicios que le prestan, contribuyen á hacerle más honorífico. ¿De qué otra manera, en efecto, puede estimarse mejor la verdadera dignidad de un cargo, que por el mérito de los servicios? La Providencia ha colocado al hombre sobre la tierra para que su existencia sea fecunda, para que contribuya por su parte á la dicha de los demás: tal es nuestra comun vocación. ¡Felices aquellos que pueden ser en más alto grado útiles á sus semejantes! Por lo que toca á VV., queridos oyentes, lo digo con profunda convicción: pueden VV. llenarse de legítimo orgullo, al considerar el objeto de sus tareas y los frutos que deben producir.

Consideremos; en primer lugar, los servicios de VV. en sí mismos, en su propia naturaleza. Por ventura ¿no tienen estos por objeto promover la instrucción y las buenas costumbres, esto es, los dos bienes más preciosos para el hombre, supuesto que se enlazan con todo lo más grande y sublime de la humanidad? Y ¿cómo puede contribuirse más eficazmente á la felicidad de los hombres, que ayudándoles á valerse de las facultades que han recibido para alcanzarla? VV. van á satisfacer las primeras necesidades del espíritu y del corazón humano, las necesidades más imperiosas de toda criatura inteligente y sensible: VV. serán para con sus hermanos los mensajeros de la razón y de la virtud.

Pues sí, en segundo lugar, consideramos los servicios de VV. en cuanto á su duración, se echa de ver desde luego que sus efectos se prolongan tanto más cuanto se aplican á seres que comienzan entonces á vivir. Sí, señores: VV. tienen el privilegio de arrojar las primeras semillas en un terreno virgen todavía; VV. ponen la primera piedra de los cimientos del edificio; VV. reciben al niño al salir de la cuna, radiante de inocencia y de candor, para encamilarle por la senda de la ciencia y del bien, con cuyos dones ha de adquirir sucesivamente todos los demás.

Considerándolos, en tercer lugar, por lo tocante á su extensión, veremos que los servicios de VV. se aplican desde luego é inmediatamente á una numerosa familia de alumnos. Después irán sucediéndose las ge-

neraciones en torno de VV. para escuchar sus lecciones, y acaso lleguen á muchos miles el número de los que sucesivamente vayan á ponerse bajo su direccion. La influencia de VV. se extenderá tambien de una manera eficaz, aunque indirecta, á las familias de los niños. ¿Hay alguna presente de mas valía que el que se hace á una familia devolviéndole un niño instruido y bueno, capaz de irse perfeccionando mas y mas cada dia? Y ¡cuántas veces el ejemplo del niño no ha servido para que hasta la familia se mejore! Así la influencia de VV. llegará á extenderse paulatinamente á todos sus convecinos, á la sociedad en general. Las buenas costumbres, la industria, el comun bien estar, la paz y el orden público son frutos lentos, pero seguros, de la buena direccion dada á la primera educacion de la niñez, á la educacion general. Sí, señores: la sociedad espera de VV. estos saludables elementos de la pública prosperidad, estas garantías de su dicha futura. ¿Conciben VV. ahora cuán sagrado es el cargo que van á desempeñar, sabiendo que están llamados á concurrir al progreso de la civilizacion? Y hoy, mas que en ninguna otra época, se echa de ver la necesidad de obtener aquellos importantísimos resultados. La mejora de la condicion de las clases laboriosas es uno de los mayores intereses sociales, porque de ella dependen la consolidacion y el desarrollo de nuestras instituciones, que de otra suerte no podrian producir todo su fruto. Pues ahora bien: esta mejora estriba esencialmente en la de las costumbres, y en el progreso de una instruccion sólida. Las naciones que aspiran á la libertad no pueden conseguirla sin hacerse dignas de ella, y para esto no hay otro camino que el de la virtud y el de las luces.

Y si, en cuarto y último lugar, consideramos los servicios de VV. con relacion á las personas en quiénes recaen ¿quién tiene en efecto mas necesidad de ellos ni quiénes son mas dignos de recibirlos que las amables criaturitas confiadas á su tierno cuidado? ¡Son tan débiles todavia, tan inexpertas, y se ven rodeadas de tantos peligros! Aquí me complazco en acompañar á VV. hasta el seno de las clases laboriosas, de las menos afortunadas, y siento que se redobla mi interés y mi celo á par del de VV. El destino de esos pobres alumnos es una vida llena de privaciones y de trabajos, que exige abundante provision de fuerza y de paciencia; y cuanto mas penosa sea su carrera, mas dulce debe sernos, por lo mismo, volar á su socorro para ayudarles y fortalecerles. ¡Feliz el maestro que, consiguiéndolo, los prepara para trabajar mas y mejor; y que, haciéndolos virtuosos, imprime á su carácter la verdadera energía! Como los infelices podrán consagrar muy poco tiempo á los ejercicios de una educacion liberal, es tanto mas importante aprovechar los momentos, harto rápidos. Quizás su educacion esté descuidada; quizás no tengan quien los guie con sus consejos, ni quien los sostenga con su ejemplo; y por tanto, el apoyo de VV. les es mas necesario. ¡Pobres, desnudos quizás...! Ah!, queridos discípulos! aquí tienen V.V. su mas hermoso privilegio, su triunfo; en esto se halla cifrada toda la grandeza de su cargo. ¡Regocijense! porque se les abre una carrera de buenas obras. ¡Son pobres! Pues bien: por lo mismo los querremos mas. ¡Son pobres! Nosotros repararemos para con ellos, en cuanto nos sea posible, los rigores de la suerte, y les suministraremos los medios de salir de la pobreza. ¡Son pobres! Nosotros los consolaremos, los armaremos de valor contra el infortunio, y de capacidad para crearse recursos. ¿Puede darse una beneficencia mas verdadera, mas fecunda? ¡Regocijaos, carísimos discípulos, porque podréis hacer las veces de padre

para con aquellos que no los tienen, servir de apoyo á la viuda, de guia al huérfano, enjugándoles y economizándoles muchas lágrimas!

Y si el mérito de los servicios hubiera de estimarse por lo que cuestan al que los presta, tambien podrian VV. enorgullecerse con justo motivo, porque aun en la extension del sacrificio que se exige de los maestros encontraríamos una nueva circunstancia que les honra. ¿Qué se exige de ellos, en efecto? Nada menos que toda su existencia; porque el maestro no se pertenece ya á sí mismo, sino á los demas, sin que haya un solo instante de su vida que no pueda, que no deba consagrar enteramente al servicio de estos. Y no se crea que es tan solo el tiempo lo que sacrifica el maestro, sino tambien la libertad y el ejercicio combinado de todas sus facultades. ¡Cuán inalterable no debe ser tambien su paciencia! Rodeado de niños ignorantes, indisciplinados quizás todavía, le será forzoso bajar hasta ellos y hacerse, en cierto modo, niño con los niños. A cada paso encontrará obstáculos y dificultades continuas, que solo podrá vencer á fuerza de tranquila perseverancia; obstáculos que á veces suelen suscitar los mismos padres por sus preocupaciones, por sus viciosos hábitos ó por su grosería. Experimentará contrariedades, sinsabores, y acaso al luchar con tantas dificultades no encontrará á su lado ni apoyo ni guia, teniendo que buscar en sí propio todos los recursos, para lo cual, á una instruccion sólida debe reunir el don de enseñar, cosa mucho mas rara y que no se adquiere sin gran trabajo; á la prudencia, firmeza é indulgencia de carácter, y á una vida sin mancha, el ascendiente que impone á los demas hombres, el arte de dirigirlos, de subordinarlos, de moralizarlos y de penetrar hasta lo mas recóndito del alma.

Ha llegado por fin el dia que tanto deseábamos; la suerte de VV. ha mejorado y al cabo es ya segura; la solicitud del legislador y la del gobierno proveen á la situacion presente de VV. y les preparan la sucesiva. Módicos son, á la verdad, los honorarios asignados á los maestros; pero de hoy mas bastarán para asegurar su reposo. ¿Diré mas? señores. Si: mas diré, seguro de que mi pensamiento será bien comprendido por los hombres de bien que me escuchan: si los honorarios de VV. no corresponden á la utilidad de sus servicios, esa es una nueva circunstancia que realza la dignidad real del cargo, porque cuanto menos retribuido esté, tanto mas desinterés supone de parte de aquel que cumplidamente le desempeña. ¿Estriba por ventura en la cuantía de los honorarios el mérito de los servicios prestados á los hombres? No, señores: los servicios son tanto mas honoríficos cuanto mas desinteresadamente se prestan. La sociedad debe pagarlos principalmente con su estimacion, que es la mejor moneda para almas como las de VV. Esta deuda vengo yo aqui á pagar hoy en nombre de la sociedad, y la pago con gran complacencia mia. Mi pensamiento irá á buscar á VV. al modesto asilo que muy pronto será testigo de su abnegacion; y alli en medio de sus afanosas é ignoradas tareas, los saludaré de nuevo con el mismo sentimiento de estimacion, del cual participarán tambien los que, testigos de la vida de VV., sean capaces de apreciarla.

Pero ¿qué testimonio mas seguro de la estimacion pública pueden VV. recibir que la confianza que se les otorga y que tan solo puede concederse á las personas dignas de aprecio? Las familias confían á los cuidados de VV. los objetos de sus mas tiernos y vehementes afectos, los mas caros intereses de la solicitud paternal, la conservacion y preparacion de su propia dicha y de su futura suerte, otorgándoles para ello

un poder casi ilimitado, y descansando en el celo de VV. sin mas garantía que la de su carácter y conducta. Complázcome en creer que esos tiernos niños, objeto de los cuidados de VV., llegarán algun día á añadir á este sentimiento otro no menos honroso, el de la gratitud; porque despues de haber abierto VV. sus ojos á la luz de la razon, despues de haberles alimentado con las primeras lecciones de la sabiduría, llegará el tiempo en que comprendan todo lo que deben á su maestro, tanto mas, cuanto mejor instruccion hubieren recibido; y lo comprenderán mejor de dia en dia, aun despues de haber salido de la escuela, cuando tengan que aplicar esa instruccion y reconozcan por experiencia propia hasta que punto les es útil. Jóvenes ya y establecidos, encuentran á su maestro ó van á verle, siempre con alegría y vivo anhelo, porque hallan en él un amigo, un guía, una persona á quien pedir todavía consejo. De año en año se aumentará el número de los que contraigan semejante obligacion para con VV.; por todas partes recibirán VV. este homenaje voluntario de afecto; y algun dia, cuando se aproximen VV. al término de su carrera, cuando hayan envejecido en sus ingratas tareas, se verán rodeados de multitud de personas pertenecientes á diversas generaciones que les serán deudoras de algun beneficio. ¡Ah! señores: ¡cuán envidiable prerogativa la reservada á VV., si quieren disfrutarla, merecer y obtener la gratitud de las personas á quienes han colmado de beneficios!

No terminaré esta conferencia sin hablar de otra ventaja muy singular del cargo, y es la constante ocasion que este proporciona á VV. y los motivos y medios que les suministra de perfeccionarse á sí propios. Tendrán VV. que estudiar incesantemente; serán tan interesantes como numerosos los asuntos de su observacion; se instruirán VV. enseñando; se harán mejores procurando dirigir á sus alumnos para que sean buenos; y adquirirán VV. nuevas fuerzas con la perseverante y decidida aplicacion que exige el cumplimiento de sus dificiles deberes.

Este merecido aprecio, que me felicito de expresar aqui en presencia de VV. del cargo que van á desempeñar, le ha expuesto mucho antes que yo un gran número de amigos de la humanidad. Unos han trabajado para VV. procurando perfeccionar los métodos; otros han promovido la mejora de la suerte de los maestros y la adopcion de las medidas convenientes para asegurarla en lo futuro; cuáles han dirigido sus esfuerzos á multiplicar las escuelas, ó las han fundado á su propia costa; cuáles otros, penetrados del verdadero espíritu de la religion, han invocado en favor de VV. su apoyo; quiénes han escrito para VV. sábias máximas y prudentes consejos; algunos han recomendado, dirigido y formado seminarios de maestros; otros, en fin, han querido ocupar un puesto entre VV., asociándose á sus tareas: y todos han mostrado, en estas diversas empresas, que consideraban este ministerio como uno de los medios mas eficaces de hacer bien á los hombres. Tales han sido, en Alemania, ya desde el siglo pasado, el respetable canónigo de Rochow; el conde de Bucquoy, que dotó á la Sajonia y la Bohemia de instituciones generosas para la primera educacion; el ilustre Campe, que trabajaba á la par en beneficio de los maestros y de la niñez; los Zerrenner, los Willmser y tantos otros que han publicado tratados, instrucciones y manuales para los maestros de las escuelas elementales; el venerable párroco Demeter, inventor de un método de enseñanza y de reglas para la disciplina; el celoso Dinter, maestro de primeras letras, que por su plan de mejoras en las escuelas rurales está hoy sirviendo de guía á sus colegas.

En Inglaterra, los doctores Bell y Lancaster, rivalizando en celo para simplificar la marcha de la enseñanza y extender su saludable influencia; en Suiza, el excelente Pestalozzi, consagrando toda su vida al nobilísimo fin de mejorar la educación en todas las clases, desde las primeras instrucciones dadas por las madres, hasta las que sirven de introducción á las ciencias, y aplicándose á desarrollar la inteligencia por medio de los ejercicios de la instrucción; el ilustre amigo de la humanidad Fellenberg, erigiendo en medio de los vastos establecimientos de Hofwil una escuela normal para maestros de primeras letras, y una escuela rural para los niños campesinos, á la que imprime la dirección moral mas saludable. En Francia, desde fines del siglo XVIII, el reverendo canónigo de Lasalle, que fundó un instituto especial para la dirección de las escuelas de primeras letras, creó el método simultáneo, y luchó por espacio de veinte años con todo linaje de obstáculos y dificultades, para asegurar el triunfo de la santa causa de la educación elemental; y en nuestros días, el buen sacerdote Gaultier, que pasando su vida entre los niños, desviviéndose por ellos, y enseñando él mismo en persona sin descanso, llegó á ser el amigo de todos los maestros, á quienes iluminaba con sus consejos y animaba con su benevolencia. Ah! señores ¿por qué no se halla todavía en medio de nosotros un hombre tan de bien, con cuya amistad me honraba, y que tan prematuramente nos ha sido arrebatado? ¿Por qué no está aquí ocupando mi puesto? El guiaria á VV. mucho mejor que yo en su carrera, porque añadiría á sus consejos el poder de sus nobles ejemplos. Y por último, nuestro caro y venerado Liancourt, que abarcando solícito con magnánimo corazón todos los intereses de la humanidad, las necesidades de los pobres, los padecimientos de los enfermos, la mejora de los presos, la propagación de la vacuna y el desarrollo de la educación industrial, funda á sus espensas escuelas dignas de servir de modelo, y aparece siempre el primero donde quiera que se presenta una coyuntura favorable al progreso de estas instituciones en nuestro país. Tales son también los hombres mas eminentes en las ciencias y en las públicas magistraturas, que con sus escritos ó con su celo preparan y promueven este mismo progreso. Tales son, en fin, esas numerosas y laudables sociedades de buenos ciudadanos, de amigos del bien público, que se han formado en Holanda, en Inglaterra, en Escocia, en Irlanda, en todos los cantones suizos, en Florencia, en los Estados-Unidos de América, para prestar su concurso difundiendo las luces, solicitando toda suerte de mejoras, multiplicando los medios de fomento, asistiendo á las lecciones de VV. aplaudiéndoles sus triunfos, y recompensando á sus discípulos. ¡Cuánto deben alentar á VV. estos votos, queridos alumnos! ¡Cómo atestiguan la importancia del fin que VV. se proponen y el mérito de los esfuerzos que hacen para conseguirlo! En cierto modo puede decirse que este noble acompañamiento rodea á VV. y les presta su poderosa ayuda en el ejercicio del magisterio. Vean VV., pues, qué personas tan respetables les observan en sus tareas, y cómo con voz mas autorizada que la mía, invitan á VV. á que las desempeñen dignamente, ofreciéndoles su estimación en recompensa.

Por último, nuestras actuales instituciones políticas han engrandecido y ensalzado el magisterio; nuestras leyes reconocen su mérito, dan reglas para su ejercicio, colocan á los maestros en la categoría que les corresponde, y cifran en ellos parte de la esperanza social; y el gobierno de S. M. los llama en apoyo de sus generosas miras, protegiéndolas hasta

con su vigilancia. Elevados á la categoría de empleados públicos, el título de VV. se expedirá de aquí en adelante por el jefe superior de instrucción pública; la Universidad, corporación tan vasta en su objeto, como ilustre por sus trabajos, reconoce á VV. por miembros suyos (1); el digno é ilustrado ministro que la dirige se ha puesto en relación directa con VV., colocados hoy bajo su inspección, dirección y apoyo; y ya han escuchado VV. con respetuoso reconocimiento sus benévolas palabras, las cuales son para VV. la expresión de todos sus deberes (2).

LECCION SEGUNDA.

DE LAS DISPOSICIONES Y CUALIDADES NECESARIAS AL MAESTRO DE PRIMERAS LETRAS.

SEÑORES,

Al hablar en la lección anterior de la dignidad del magisterio de primeras letras, dejé ya entrever las numerosas condiciones que exige de parte de los maestros; porque cuanto mayor es el número y la gravedad de los deberes, tanto más honorífica es la carrera.

Lo primero que debe hacer todo hombre antes de emprender cualquiera carrera, es preguntarse á sí mismo sinceramente y con reflexión qué motivos le determinan á abrazarla, porque es determinación que no puede tomarse con ligereza y á la ventura. El magisterio requiere una vocación decidida y especial; de tal manera, que si el pensamiento que mueve á VV. á abrazarle es el de procurarse un medio cualquiera de subsistencia; el de indemnizarse de algún destino que hayan perdido ó de alguna profesión que no les sea posible seguir ejerciendo por circunstancias especiales; el de trocar una situación insegura y desventajosa por otra más cierta y lucrativa; en una palabra, el egoísmo y miras exclusivamente personales que les hacen mirar el magisterio como una de tantas industrias; forzoso me es declararles expresamente desde ahora que vienen muy engañados, y que no han nacido para maestros de primeras letras.

No vitupero yo, á la verdad, las razones que mueven á los hombres á procurarse una subsistencia independiente por medio del precio de su trabajo, en una profesión cualquiera; antes al contrario, me parece esto laudable, y soy el primero en aplaudir tal intento; empero no deben ser consideraciones de esta clase las únicas que impulsen á VV. á pretender un cargo de tan importante influjo moral. Porque, reflexiónenlo VV. bien: quien emprendiese la carrera del magisterio por especulación mercantil, no tan solo desconocería su verdadero carácter, sino que haría un mal cálculo, y no podría salir adelante con la empresa por carecer del verdadero espíritu que exige este cargo. Un maestro de primeras letras codicioso y avaro no será amado ni respetado por sus discípulos, careciendo por consiguiente de su principal poder, que estriba en estas relaciones morales, á la par que no obtendrá nunca la confianza de los padres. Los beneficios de la educación no se venden, que se dan gratuitamente, y en el merecido, si bien mezquino, honorario de los maestros debe verse una remuneración, no el fin de sus esfuerzos, que se rebajaría demasiado, si se le diese tan ínfimo precio.

(1) Circular de 18 de julio de 1855. Véase el Apéndice de *El Maestro de primeras letras*.

(2) Art. 15 de la ley francesa de 28 de junio de 1855.

Complázcome en creer que el magisterio tiene para VV. un verdadero atractivo; que se dedican á él, no solo con gusto, sino con pasión; que han sondeado de antemano las dificultades de la enseñanza y comprendido que para superarlas denodadamente se requiere grande abnegación. Sí: en el corazón de VV. leo se elevan á una esfera superior á la del interesado egoísmo, y no dudo que puesta la mira en el bien que van á dispensar, experimentan los generosos sentimientos que dan esperanza de alcanzarle, ennobleciendo así mas el magisterio con la pureza de las intenciones.

Pero de nada sirven estas, por buenas que sean, cuando falta la aptitud especial para la carrera que se emprende: así es que deben VV., queridos alumnos, examinarse á sí mismos, sin dejarse ofuscar por el amor propio, y ver si reúnen la multitud de condiciones necesarias á todo buen maestro de primeras letras, teniendo presente que los mas confíalos y presuntuosos, los que acometen con menos reflexión esta empresa, son por lo comun los menos idóneos para llevarla á cabo.

Ante todo voy á hacer á VV. una pregunta: ¿aman VV. á los niños? Si vacila el corazón en responder afirmativamente, créanme VV.: bien pueden abandonar desde ahora esta carrera. ¿Aman VV. á los niños? ¿les complace verse rodeados de ellos? ¿su aturdimiento no fatiga á VV.? ¿no les importunan sus preguntas? ¿no les desanima su ignorancia? ¿no les enfada su tosquedad? ¿Sienten VV. el encanto que inspira la ingenua inocencia retratada en su semblante? ¿Les conmueven sus pesares y la idea de la suerte que les espera, de los males y bienes que el destino les tenga reservados? ¿Se interesan VV. muy particularmente por los niños pobres, abandonados, contrahechos, y oyen VV. en lo íntimo de su corazón una voz que les llama en auxilio de seres tan débiles aun, de edad tan tierna, á fin de preservarlos de los peligros que les amenazan y de trabajar por su felicidad y ventura? Pues en este caso, y solo en él, es verdadera la vocación de VV.

El amor á los niños es el secreto mas eficaz para dirigirlos acertadamente; pero no basta por sí solo, porque los felices resultados que puede obtener un maestro de primeras letras dependen principalmente de su carácter; y en valde será establecer preceptos y multiplicar castigos y recompensas, pues nada puede suplir á la insensible é invisible autoridad que nace del carácter personal del maestro.

Y no crean VV. que esta autoridad pueda obtenerse sin estar muy habituados á dominarse á sí propios. La firmeza del maestro no ha de parecerse en nada al rigor ni á la aspereza, antes bien ha de ser siempre dulce, apacible, serena, cual la imagen viviente de la razón, pero inalterable, tanto con motivo de las impresiones exteriores como á causa de las propias pasiones; imponente sin ser odiosa ni desagradable, de su rta que difunda exteriormente la calma que mantiene el orden y facilita la obediencia. Que nunca vean los niños en VV. ni incomodidad, ni impaciencia, ni capricho, ni cólera, ni debilidad. Por lo mismo que están bajo la dependencia del maestro, los niños le observan siempre cuidadosamente y aun con penetración; y si no saben VV. dominarse, descubrirán ellos que ejercen sobre VV. cierto poder y se hallarán poco dispuestos á escucharles. Por el contrario, si saben VV. ser siempre dueños de sí mismos, si nada puede irritarles ni arrebatárles permaneciendo constantemente inalterables, los niños se someterán naturalmente á los preceptos de VV. y bastará una mirada, un gesto, la sola presencia para

dominarlos, con tanta mas facilidad, quanto mayores fueren el respeto y la confianza que hubieren sabido VV. inspirarles.

El maestro de primeras letras vive en comunidad con sus discípulos, y es preciso que uno y otro dia, á cada momento, aparezca siempre el mismo á sus ojos. Hallándose delante de séres que le son muy inferiores, es muy fácil que el maestro no esté muy sobre sí, y que se deje arrebatarse por cualquier accidente, confiado en que los que hayan de sufrir su sinrazon no pueden ser ni sus jueces ni sus rivales. Los pobres chicos suelen ser, por otra parte, lijeros, inquietos, volubles y en extremo impresionables, irritándose ó asustándose por una biceca, y expuestos á pasar de la alegría á la tristeza, ó viceversa, por accidentes de mil géneros; predisposicion muy natural en la niñez, que deben VV. mitigar y corregir con el ascendiente de su carácter.

Esta superioridad de la razon y este imperio del carácter, mas aun que los derechos anejos al cargo, establecen al parecer una distancia considerable entre el maestro y los niños; pero la bondad debe estrechar esa distancia, fortificando al mismo tiempo la autoridad. Con la firmeza contendrán VV. á los niños: con la bondad se harán dueños de sus corazones; la una les impone: la otra es la única que puede cautivarlos, además de facilitar la comunicacion intelectual con ellos por ser de suyo expansiva y simpática. La bondad ejerce un poder eficacísimo, principalmente en los niños, los cuales por su tierna edad tienen tanta necesidad de encontrarla en las personas á quienes están sometidos; calma la agitacion de la infancia, fija su movilidad por el atractivo que esparce en su rededor, corrige la groseria, anima á los tímidos, consuela al desgraciado, levanta al caido, y obra principalmente sobre los que se encuentran en situacion mas desfavorable; con sus innumerables atractivos cautiva á los niños; con sus inagotables medios satisface todas las necesidades; y ella sola enseña la verdadera medida de la indulgencia. Sépanlo VV. de antemano: el que se consagra al magisterio de primeras letras ha menester una prevision grande, inmensa, de bondad, de tal suerte que baste para todos los instantes, para todas las circunstancias, para todos los caracteres, y que sea superior, así al descontento que producen las faltas, como á la desanimacion que resulta de las equivocaciones, resistiendo enérgicamente á los impulsos que podrían hacerla degenerar en debilidad, no menos que al cansancio del trabajo y al dolor de verse en ciertos casos desestimada. La verdadera bondad no es pródiga de palabras ni de demostraciones, antes bien se manifiesta principalmente por sus efectos. En este punto, los niños no se engañan y saben distinguir la verdadera bondad, reconociéndola en mil rasgos y sintiéndola como por una especie de instinto, aunque se encubra bajo la circunspecta seriedad que la dignidad del maestro exige.

Mucho dirán VV. que les pido, carísimos discípulos; mas todo ello es absolutamente necesario para el buen éxito de sus tareas, sin que baste el arte ni auxilio alguno exterior á reemplazar ó suplir las cualidades que he mencionado. Teugan VV. presente, por otra parte, que todo quanto les he exigido hasta ahora es sumamente útil para VV. mismos, que disfrutan del envidiable privilegio de no deber el buen éxito de sus tareas sino á sus cualidades y dotes personales.

Los niños se dejan llevar de sus impresiones mas que de la fuerza del raciocinio; van, sin reflexionar, por donde se les lleva, apoyándose fuertemente en su guía, en razon de la confianza que les inspira. Esto que

digo en general de los niños, se aplica igualmente á los de las clases menesterosas, los cuales, á causa de su poco desarrollo y cultura, se dejan dominar mas fácilmente por el ascendiente del maestro, cediendo al poder del ejemplo, aunque no comprendan bien las lecciones; porque la imitación suple en ellos al raciocinio. Que los niños hallen siempre en VV. la prudencia práctica que nace del imperio del hombre sobre sí mismo, y que por ello le da tambien un imperio natural sobre sus semejantes; la prudencia que lleva siempre el sello de la moderacion, porque conserva la fortaleza y la independenciam de la virtud; que es siempre imparcial, porque reconoce á la equidad por guia; siempre consecuente consigo misma, porque se atempera fielmente á la razon; la prudencia práctica, señores, que rige todas las acciones de la vida, y que se echa de ver en la conversacion, en el tono y hasta en los modales.

Solo así se adquiere la consideracion de que tanto necesita el maestro, y sin la cual serian infructuosos cuantos esfuerzos hiciesen VV. para ocupar el lugar que les corresponde; porque solo ella puede conciliarles constantemente los miramientos de las muchas personas con quienes tendrán que tratar, por lo comun en circunstancias delicadas ó críticas. Estos miramientos se deben á VV. en justa recompensa; pero vale mas merecerlos que exigirlos, y se obtienen con tanta mas facilidad cuanto mayor es el respeto que el hombre se tiene á sí mismo.

¿Quiéren VV. saber un secreto infalible para obtener consideracion? Pues no hay mas que conquistar la estimacion general, no admitiendo favores de ninguna especie, negándose á formar parte de toda parcialidad ó bandería, y evitando en lo posible el contraer relaciones demasiado íntimas. No quiero decir con esto que se priven VV. de los placeres de la amistad; pero sí que sean muy escrupulosos en la eleccion de amigos, y que estos sean tales que pueda recaer sobre VV. la estimacion y el concepto de que gocen. Nada de adoptar partido en ningun género de discusiones, ni de mezclarse jamás en disputas que versen sobre intereses privados. Sean VV. siempre extraños á las rencillas y á los manejos de que no suelen estar libres ni aun las aldeas mas pacíficas, y que introducen la division en los ánimos. No lleven VV. muy lejos su condescendencia con los padres, si quieren que estos no les falten á lo que les es debido. Que los modales de VV. no sean ásperos ni familiares, sino siempre sencillos y modestos, huyendo de la altivez que ofende, pero conservando la dignidad propia de los hombres de bien.

Escuso decir á VV. que el maestro debe tener no tan solo una vida pura y sin mancha, sino tambien exenta de la mas leve sospecha por lo tocante á sus buenas costumbres. ¡Apártese, huya y no tenga el atrevimiento de acercarse á la niñez el hombre de corazon corrompido! ¿Quién habia de confiar el depósito de la inocencia á manos impuras? Y ¿cuán fundado no seria el terror de las familias por los peligros á que se verian expuestos los alumnos? La inocencia es un santuario, y VV. son sus guardianes: el aceptar este cargo lleva consigo una especie de consagracion, porque sagrado es, en cierto modo, el sublime ministerio que adopta y protege á la niñez. En este punto no le es lícito al maestro excusarse con su debilidad; pierda toda esperanza de ser respetado el que sea esclavo de sus sentidos, el que se abandone á la intemperancia: no hay consideracion posible para con el que se degrada, ni mas que oprobio é ignominia.

El que no pueda ostentar una vida intachable, que no se presente

á dirigir ninguna escuela. El ejemplo es la primera y la mas eficaz enseñanza. Para que los niños comprendan y amen la virtud, es indispensable que el maestro la practique. La vida de VV. será un libro siempre abierto, en el cual leerán los niños sus deberes, no ya bajo la forma de máximas abstractas, sino prácticamente aplicadas. Siempre tendrán VV. derecho á exigirles lo que ellos vean que VV. han sido los primeros en practicar fielmente; pero ¿qué autoridad conservarían VV. si con sus acciones desmintiesen sus preceptos?

No crean VV., señores, que exajero, ni que vengo aquí á predicarles oficialmente sermones; nó: hablo así por el propio interés de VV. y con la convicción mas profunda, seguro de que la propia experiencia les probará muy luego que no he hecho mas que presentar la verdad, tal como en sí es. No esperen VV. desempeñar fielmente su encargo si se manifiestan tibios é indiferentes en el cumplimiento de sus deberes. Examinense VV. severamente á sí mismos, y díganme luego, puesta la mano en el corazón, si se sienten con el valor necesario para aceptar francamente todas las consecuencias de este principio: practicar la virtud, no á medias, sino real y sinceramente. ¿Han adquirido VV. el hábito de la vigilancia, y se creen capaces de ejercerla? Pues el maestro de primeras letras, que debe vigilar constantemente á sus alumnos, no debe ser menos asiduo en la vigilancia de sí propio. Ni un solo instante debe olvidarse de sí mismo en presencia de sus alumnos, que le observan y que se prevaledrían muy luego de la ventaja que hubiesen obtenido; sus obligaciones son de cada dia, de cada hora, de cada instante, y debe cumplirlas con religiosa exactitud, sin precipitación, pero al mismo tiempo sin pereza, porque la menor negligencia en sus propias tareas prestaría aliento á los alumnos para atreverse á descuidar las suyas; por nada debe dispensarse de la mas rigurosa asiduidad, en la inteligencia de que no basta la presencia de su persona, sino que es precisa tambien la aplicación constante de todas sus facultades. Un hombre distraido, ligero ó poco atento, no llegará á ser nunca buen maestro de primeras letras, pero ¿qué digo? ni siquiera mediano estudiante.

Si el maestro quiere que se cumplan sus reglamentos, debe someterse él mismo á la regla, haciendo que el espíritu del orden presida á todas sus disposiciones, á todas sus acciones; porque el orden es el principio y el alma de todas las reglas. Sean VV. mesurados en sus palabras, siempre decentes en su porte, graves y reservados en su continente y ejemplares en su conducta.

Acaso me dirán VV. que esto es condenarlos á una vida de esclavos. No, señores: no soy yo quien los condena, sino VV. mismos, al echar sobre sus hombros tan inmensa responsabilidad. Y qué ¿no es nobilísima la esclavitud que consiste en ser esclavo de sus deberes? Un sentimiento profundo de sus obligaciones y del bien que están VV. llamados á hacer, tornará llevadera y dulce aquella esclavitud. No hay existencia que imponga mas sujeción que la de los maestros de primeras letras; mas no por ello deja de conservar su libertad el que acepta voluntariamente estos lazos con la intención de ser útil. ¡Feliz aquel que pueda decir á cada momento: yo me sacrifico por el servicio de mis semejantes! Un cautiverio de esta especie no es un yugo, señores, es un sacrificio.

Convengo, sin embargo, en que tendrán VV. necesidad de un verdadero valor, de un género de valor poco conocido y muy difícil: del valor de la paciencia; porque la paciencia, señores, es una fuerza.

Un apreciable escritor ha dicho ya antes que yo: «Un maestro de primeras letras, verdaderamente digno de este nombre, debiera ser el hombre mas virtuoso del mundo.» Ya me entienden VV.; cuanto mas, que no les pido esa virtud huraña y áspera que repugna, que asusta, que contrista el ánimo; antes bien, sin dejar de ser severos para consigo mismos, deberán VV. ser indulgentes y tolerantes para con los demas, procurando hacer amable la virtud y dando oportunamente entrada á la alegría, á fin de que los alumnos encuentren complacencia en hallarse al lado de VV.

El maestro de primeras letras no debe ser insociable, porque tiene muchas y variadas relaciones con familias de categoría muy diversa, y tambien con las autoridades públicas; relaciones que debe cultivar confiada y ventajosamente.

Recomendando á VV. la prudente y previsora economía, que aumenta las comodidades de la vida y asegura la independencía, les doy un consejo, tan necesario á su consideracion en la sociedad, como á su felicidad doméstica. Cuiden VV. de que reine siempre en sus negocios el órden mas severo; reduzcan exactamente sus gastos, para que estén en proporcion con sus recursos; eviten cuidadosamente contraer deudas; no cuenten jamás con ingresos eventuales, y resérvense siempre algunos medios para ocurrir á accidentes imprevistos.

La paternal solicitud del legislador ha contribuido de antemano á desarrollar este espíritu de prevision, fundando para los maestros de primeras letras cajas de ahorros especiales, y asegurándoles ciertas ventajas (1). Pero independientemente del descuento que les imponen á VV. las disposiciones legales, deben VV. ir reservando, principalmente en su juventud, y en las épocas favorables, cuantos ahorros les sea posible hacer con severa economía en sus módicas utilidades.

Tales son las principales condiciones necesarias al maestro de primeras letras, con relacion al carácter. Otras hay que se refieren á la inteligencia y que no le son menos indispensables.

A VV. se les exigen ciertos conocimientos determinados que han debido justificar al presentarse para entrar en la carrera; mas no crean haberlo hecho todo con estudiar lo indicado en los programas. El maestro de primeras letras debe tambien saber enseñar, y para ello es preciso que la instruccion esté en él profundamente arraigada; que le sean familiares los conocimientos que ha de transmitir; que los posea reflexiva y no rutinariamente; y que esté habituado á darse á sí mismo cuenta de ellos. El saber ficticio y el saber á medias, son peores que la ignorancia. Por lo mismo que son todavía ignorantes las personas á quienes el maestro se dirige, tiene esta tanta mayor necesidad de encontrar en sí mismo medios de suplir aquella insuficiencia. En la instruccion depende todo de los primeros elementos: si el niño los comprende bien, progresará rápidamente; pero si no los comprende, las nociones falsas ó confusas que haya adquirido desde el principio le serán otros tantos obstáculos. Los primeros elementos exigen, pues, la mas perfecta precision y exactitud. Cuanto menos tiempo puedan consagrar los alumnos al estudio á causa del estado de sus familias ó del destino que les espere, tanto mas seria de desear que el maestro pudiese suplir la corta duracion del estudio con la solidez de la instruccion, suministrándoles á lo menos los elementos mas sustanciales. Para esto, se-

(1) Artículo 43 de la ley francesa de 28 de junio de 1833.

ñores, es preciso que VV. mismos posean completamente la materia que van á enseñar, y además que abarquen con su vista horizontes mas dilatados que la region que hacen recorrer á sus alumnos. Ni basta solamente poseer la clase de conocimientos á que se da el nombre de *instrumentales*, esto es, concernientes á los *signos de las cosas*, como la gramática, el cálculo, los procedimientos de los métodos, etc., sino que es preciso además tener un fondo de conocimientos positivos, reales, que sirvan de apoyo á las aplicaciones que haga el maestro, y le permitan concebir el fin hácia donde dirige á sus discípulos.

Aunque el don de enseñar supone instruccion, carecen de él por lo comun los hombres mas instruidos. Este don no consiste solo en exponer fácilmente la materia que se enseña : exige tambien el arte de presentar las cosas bajo su natural aspecto; la habilidad de colocarlas de la manera mas conforme á la capacidad y á las necesidades de los alumnos; la inteligencia de los buenos métodos; el hábito de aplicarlos; el uso de las mas propias formas para iluminar la mente de los discípulos; distincion en las ideas, y claridad en el lenguaje. Mientras mas atrasados estén los alumnos, mayor es la necesidad de rebajarse al alcance de su comprension. El don de enseñar á los párvulos y á los niños de educacion descuidada es un don singular, que se adquiere, en parte, viviendo entre ellos; pero que exige tambien que el maestro sepa ponerse á su alcance, despertar su inteligencia, simplificar las nociones y hacérselas familiares.

En una palabra, el maestro de primeras letras ha menester mucho discernimiento para apreciar las innumerables dificultades de su posicion y poder dominarlas ; mucha penetracion para descubrir las dotes de los niños, los obstáculos que los detienen y las impresiones que reciben, á fin de poder seguir los fugaces movimientos de su inteligencia; y mucho tino para conservarse independiente, guiarse en sus relaciones, arreglar todos sus pasos, y no comprometerse jamás, ni con los padres, ni con los alumnos.

Tal vez no faltará entre VV. alguno que me diga: «¿pero no vamos á practicar nosotros el método de la enseñanza mútua? ¿no se nos ha dicho que una de sus ventajas es hacer casi nula la intervencion del maestro en la enseñanza, consiguiendo asi que el éxito de esta sea independiente de la mayor ó menor capacidad del que enseña?» Si asi fuese, no sería esto un mérito, sino por el contrario, un gravísimo inconveniente; porque el método privaría en tal caso al maestro de las innumerables ventajas que debe proporcionarle el comunicarse con los alumnos y la influencia que su carácter personal debe ejercer en ellos. Empero si la enseñanza mútua llama al alumno á hacer de sus propias fuerzas todo el uso posible; si no exige de parte del maestro una accion tan directa, tan frecuente, tan individual, no por ello debe este separar su vista ni un momento de cada uno de los alumnos y del conjunto, tanto mas cuanto que en las escuelas de enseñanza mútua, los deberes del maestro de primeras letras para con sus alumnos no se limitan á la mera direccion de los ejercicios generales que se hacen mientras duran las clases, antes por el contrario son mucho mas extensos, como haré ver despues.

¡Qué no daría yo, queridos alumnos, por poder llevar á VV. en este instante al lado de alguno de los dignísimos maestros de primeras letras que en gran número, me complazco en decirlo, he encontrado en diferentes comarcas! A la verdad nada echarian VV. de ver en su género exterior de vida que les deslumbrase; pero ¡con cuanta satisfaccion no contempla-

rian VV. aquella modesta y útil existencia consagrada al bien! Para un buen maestro de primeras letras no hay un solo momento de ocio, porque todos ellos tienen su valor por efecto de una actividad tranquila y bien ordenada, aunque infatigable; los niños corren gozosos á su lado cual al de un padre; y el deseo de agradarle ó el temor de disgustarle son para ellos los móviles mas poderosos. A su vista se desarrollan rápidamente las facultades intelectuales y las cualidades morales, y á la par que siembra, va incesantemente recogiendo el fruto. Su escuela es como un mundo en pequeño, en el cual penetran las luces de la razón y el calor de los sentimientos virtuosos, reinando en él el orden, la sabiduría y la bondad. En los breves intervalos de libertad que le restan, continúa el maestro su propia educacion, reflexiona acerca de la marcha que ha seguido, prepara las mejoras y experimenta una satisfaccion interior, que es el principal bien del hombre y la recompensa de una vida consagrada al cumplimiento de los deberes, lisonjeado además con la aprobacion de los hombres de bien. Alumnos educados por él han llegado ya á la edad adulta, y ejerciendo diferentes profesiones ú oficios recogen el fruto de sus lecciones, manifestándosele tanto mas agradecidos, cuanto mas se aprovecharon de ellas. Este espectáculo, señores, diria á VV. mucho mas que todas mis palabras; pero confio en que VV. tambien nos le ofrecerán algun dia. A la par que vayan penetrándose del espíritu de su ministerio, se aficionarán mas y mas á sus tareas y sabrán encontrar en ellas la verdadera felicidad, siendo esta para mí la mas dulce recompensa de los esfuerzos que hago en obsequio de VV.

Séame lícito terminar esta leccion con las mismas palabras que pronunció, no ha muchos años, un maestro francés de primeras letras, en una de las conferencias que deseo vivamente ver establecidas entre VV.: Decia, pues, dirigiéndose á sus colegas:

«La importancia de nuestro cargo, y por consiguiente nuestro verdadero puesto en la sociedad, dependen en gran parte del modo como cumplimos nuestros deberes, de nuestra aptitud para su desempeño, de nuestra abnegacion y de lo penoso de nuestros trabajos.

«Bajo todos estos conceptos seamos nosotros mismos nuestros primeros censores, nuestros jueces mas severos. Entre nosotros hay hombres de diferentes edades; pero como en todas se puede siempre aprender y progresar, aprendamos mas todavía, señores, y progreseemos. Seamos hombres de nuestro siglo; pues para nuestro siglo formamos á nuestros jóvenes conciudadanos. Cumplamos nuestros deberes de tal manera que demos á la par lecciones y ejemplos. La mayor dignidad que puede obtenerse en este mundo es la dignidad moral; y esa se la confiere cada cual á sí mismo con sus obras. Dueños de este tesoro y distinguidos por este augusto carácter, no nos faltará ni la consideracion ni el reconocimiento de los hombres. Tal es, en resúmen, la experiencia de una vida de sesenta años, con treinta de servicios. Tal será la de VV., jóvenes colegas; y aun puede decirse que la suya será mas bella que la mia, porque todo concurre á embellecerla, y VV. no querrán dejar de concurrir tambien por su parte al mismo objeto con generosa emulacion.»

LECCION TERCERA.

DE LA EDUCACION EN LAS ESCUELAS DE PRIMERAS LETRAS.

SEÑORES,

Al examinar sucesivamente, como paso á hacerlo, los deberes de la carrera que van VV. á seguir, me he valido adrede de la voz *educacion*, prefiriéndola á la de *instruccion*, que es la mas usada, pero que esta no indica tan bien como aquella el objeto general y esencial del magisterio. Mi propósito es poner desde luego á VV. al abrigo de un error generalmente esparcido y profesado por los hombres superficiales, que consiste en considerar la instruccion como el único, ó cuando menos, como el principal beneficio que la niñez debe recibir en las escuelas: error funesto, que, desnaturalizando el carácter del magisterio, rebaja el verdadero precio de la instruccion. La educacion y la instruccion se hallan íntimamente unidas, como elementos inseparables de un mismo sistema; mas la instruccion es solo un ramo de la educacion y le está, por lo mismo, subordinada.

Pues qué ¿las escuelas no han de servir mas que para enseñar á los niños á leer, escribir y contar? ¿babríamos de reducir al maestro de primeras letras al mero papel de maestro de lectura, de escritura y de aritmética? Nó: no lo crean VV.; esto seria abdicar sus verdaderos títulos.

La tarea del maestro de primeras letras es formar la infancia del hombre, desarrollando en ella todos los dones de la humanidad. El hombre es uno; su inteligencia, su corazon, sus órganos forman un todo íntimamente unido; y es preciso que toda la planta crezca por igual, se desarrolle y produzca frutos, para lo cual toca á los maestros cultivarla, sostenerla y fecundarla. El verdadero título de VV., si se me permite decirlo asi, es el de *educadores* de la niñez.

La instruccion no se adquiere solamente recibiendo lecciones y leyendo libros; que tambien nos instruimos ó adquirimos capacidad para la instruccion por el desarrollo de las facultades intelectuales, esto es, aprendiendo á observar, á comprender, á juzgar, á aplicar. Estas facultades interiores de nuestro espiritu son las que la educacion se propone cultivar, empleando para ello un régimen especial, propio para formar la inteligencia y la razon. Por otra parte, en el mero hecho de formar la educacion el corazon de los hombres, haciendo que germinen en él sus mejores predisposiciones, prepara tambien eficaz aunque indirectamente á la inteligencia, para alcanzar los frutos del estudio. La verdad se complace en seguir á la virtud; y la luz de la ciencia penetra fácilmente en las almas puras y serenas. Los niños de carácter dulce, arreglado y dócil, son mas aplicados y se hallan menos expuestos á la disipacion; porque el niño que conoce y ama sus deberes, se entrega gozoso al trabajo del estudio, y como la satisfaccion interior que experimenta, serena su tierna inteligencia, concibe las cosas con mas facilidad, por lo mismo que se halla mas predispuerto á la reflexion. No hablo aqui de los niños de talento extraordinario que forman á veces una excepcion, y que llegan á desarrollarse á pesar de su conducta desordenada. En general, los alumnos virtuosos serán siempre los mas capaces de adquirir la instruccion sólida y fecunda que estriba esencialmente en el sentido comun. Vean

VV., si nó, cuan necesario es, en el momento de abrir la clase para comenzar el estudio, predisponer á la paz y á la regularidad el ánimo de los niños, por todos los medios posibles, y empezar la tarea bajo los auspicios de la virtud. Esta es una de las ventajas del ejercicio religioso que se practica al abrir la clase, y que sirve para preparar los ánimos al recogimiento y á la tranquilidad, y para reanimar el fuego de la vida moral, por medio de un sentimiento altamente noble, benéfico y puro.

La educacion toma tambien muchas cosas de la instruccion; porque esta última mitiga la violencia de las pasiones; borra las huellas de la brutal grosería que acompaña de ordinario á la ignorancia; civiliza, embellece las costumbres, y su antorcha ilumina la regla de los deberes. Realzando al hombre á sus propios ojos, la instruccion le sirve asi, muy á menudo, de preservativo del vicio. La educacion se vale del estudio como de un ejercicio útil, de un medio de desarrollo; y en cada conocimiento adquirido encuentra un instrumento mas de que servirse.

¡Hasta qué punto no puede abusarse de los mas ricos dones de la inteligencia, cuando por desgracia no les acompañan buenas cualidades de carácter! Para los hombres faltos de educacion, la instruccion es un arma peligrosa de que se apoderan muy luego las pasiones. ¿De qué le servirá á un niño haber aprendido á leer, si ha de precipitarse en seguida á los malos libros, propios para corromperle? ¿No es muy comun ver á los criminales estudiando nuestros códigos para encontrar en ellos el medio de burlar los fallos de la justicia?

Recíprocamente (forzoso es confesarlo y repetirlo sin cesar), la ignorancia puede conducir tambien á faltas gravísimas: los hombres de mejor intencion se extravian fácilmente, si la instruccion no les sirve de guia; y sus faltas suelen ser tanto mas inevitables, cuanto mas escusables aparecen á su propia ignorancia. Desnaturalizadas y falseadas asi las virtudes, degeneran en exageraciones: el patriotismo se entrega á las facciones, y la piedad se deja llevar hasta la intolerancia.

Si insisto, señores, en estas consideraciones, es porque se aplican muy particularmente á la clase de alumnos que VV. han de dirigir. La primera edad de la niñez reclama con mas especialidad que ninguna otra el auxilio de la educacion propiamente dicha. En los brazos de su madre, lo que el niño recibe en realidad no es tampoco mas que educacion; y cuando sale de la cuna, cuando va por primera vez á la escuela, no tanto necesita recibir nociones, como adquirir disposicion y contraer hábitos; pues por lo mismo que es débil todavía, es preciso ante todo procurar desarrollar sus fuerzas. En cierto modo, el maestro de primeras letras continúa desempeñando para con el niño los oficios de madre, si bien en mas amplia y meditada escala: al lado de su madre habrá el niño aprendido á andar, á ver, á escuchar; y al lado de VV. aprenderá tambien á andar, pero en otra region; á ver, pero dilatando su vista por otros horizontes; á sentir, pero serán las impresiones de un órden mas elevado. A VV. toca, señores, llevarle aun de la mano, mostrándole al mismo tiempo el camino que debe seguir, y procurando ejercitar y dirigir su voluntad todavía insegura, y despertar su inteligencia todavía adormecida. Para el niño no hay aun verdadera ciencia ni verdadero estudio, sino preparacion para la ciencia y ensayo para el estudio.

Como los individuos de las clases trabajadoras tienen muy poco tiempo que dedicar á la adquisicion de los conocimientos teóricos y poquísimas ocasiones de aplicarlos, la esfera de la instruccion debe circunscri-

birse para ellos á mas estrechos límites; pero por lo mismo los son mas necesarios los beneficios de la educacion, á fin de compensar con ellos, en parte, la falta de conocimientos. Mas han menester, en efecto, de una gran provision de fuerzas activas, que no de una gran extension de nociones teóricas. Si el trabajo es el guardian de las buenas costumbres, tambien estas protegen no menos el trabajo: al que no tiene mas recursos que sus brazos, la educacion es la única que puede libertarle del vicio ó de la pobreza, acostumbándole á aceptar sin quejarse las privaciones á que se verá expuesto; dándole valor para los grandes y perseverantes esfuerzos que tendrá que hacer; defendiéndole de las muchas y graves tentaciones que le acometerán; enseñándole á encontrar recursos en sí propio, como falto del apoyo de las circunstancias y de todo favor por parte de los demas hombres; prestándole la energía necesaria para triunfar de los obstáculos con que habrá de luchar incesantemente; haciéndole fácil y llevadera, por medio de la templanza y de hábitos de orden, la rigurosa economía á que tendrá que sujetarse; y enseñándole, por último, á vivir contento con su propia suerte en medio de personas, á su parecer mas favorecidas por la fortuna, y á buscar los únicos medios legítimos de mejorarla. Digo de personas á su parecer mas favorecidas por la suerte, porque los beneficios de la educacion le proporcionarán en su vida laboriosa una felicidad desconocida de aquellos á quienes la fortuna colma con sus dones.

Quizás me dirán VV.: «¡Pero si los niños no están confiados á nuestro cuidado mas que por algunas horas del dia! ¡si no vienen á la clase mas que para asistir á las lecciones, y vuelven en seguida al seno de sus familias! ¿Cómo, pues, hemos de tener sobre su educacion el mismo poder, por ejemplo, que los directores de colegios? Y por otra parte ¿no es á los padres á quienes está naturalmente reservada esta parte de la tarea? Los niños deben educarse en el hogar paterno, é ir á la escuela solo para instruirse.»

Muy conveniente seria en efecto que los padres comprendiesen toda la importancia de los cuidados que pueden prestar á sus hijos en el hogar paterno; que quisiesen darles la educacion doméstica, y que fuesen capaces de hacerlo. Grande auxilio y alivio recibirian en ello los maestros; pero ni aun así quedarian VV. dispensados de la parte mas esencial de su ministerio. Entregados los padres, por lo general, á sus ocupaciones, y permaneciendo mucho tiempo quizás á causa de ellas fuera de su casa, no tienen proporcion de cuidar de la educacion de sus hijos en los momentos que estos pasan en la casa paterna al volver de la escuela: á veces tambien llevan los padres su lamentable indolencia hasta el punto de no querer pensar ni ocuparse en ello; y de ordinario, en fin, ni tienen la capacidad, ni las cualidades necesarias para cooperar con fruto á empresa tan difícil; pues, mal educados quizás ellos mismos, y habiendo reflexionado muy poco en estos graves deberes, apenas saben conducirse á sí propios, cuanto menos servir de guia á sus tiernos hijos. De donde resulta que estos quedan descuidados, abandonados al acaso, ú ocupados cuando mas, en alguna faena doméstica, pero sin oír ninguna de las buenas frases que podrian hallar eco en su corazon, sin recibir consejos, ni encontrar estímulos, tratados quizás con dureza, y ántes castigados por su atolondramiento, que no reprendidos por sus verdaderas faltas. Y ¡cuántas veces no acontece tambien, que al volver los niños de la escuela á su casa, reciben por el contrario de su familia el mas pernicioso influjo por los funestos ejemplos que esta ofrece á su vista! Tes-

tigos de las disensiones intestinas, del desorden, de la intemperancia, de los arrebatos, de la codicia de aquellos que debian servirles de guia, reciben en su casa la educacion del vicio. Y viendo esto, señores, ¿podrán VV. confiar en el celo de las familias para formar convenientemente el corazon y la razon de los niños? ¿No toca á VV. por el contrario, suplir por sí mismos el bien que los padres deberian hacer, y combatir y reparar el mal que de ordinario hacen? Es preciso, por tanto, que empleen VV. las fugaces horas que pasan los niños á su lado, en suministrarles la subsistencia moral para todo el dia. Y no crean VV. que en esto les pido nada superior á sus fuerzas; porque es tal, señores, el poder de la educacion, que puede en efecto cualquier niño, dirigido por un maestro digno de este nombre, conservar en su casa, al volver de la escuela, el fruto de la buena doctrina que haya recibido. Diré mas, y de ello he sido testigo bastantes veces: el niño que sale de la escuela penetrado de los saludables efectos de la buena educacion, difundirá en torno suyo, mientras esté en su casa, el aroma de la inocencia; prestará á la virtud su cándido testimonio; influirá en su propia familia de una manera insensible, pero eficaz; ilustrará y conmoverá con su ejemplo á sus padres; los mejorará con su trato, y aun logrará quizás apartarlos de sus viciosos hábitos ó de sus malas costumbres.

Es, por otra parte, un error grave y muy comun entre los maestros de primeras letras, pero contra el cual clamaré incesantemente, el creer que sus cuidados deben limitarse al recinto de la escuela. Nó, señores: en ella no está mas que la mitad de su ministerio. El maestro que comprende bien la naturaleza de su cargo sigue á sus alumnos aun despues de la hora de las lecciones, mantiene relaciones con sus familias, ilustra y dirige á los padres sobre el modo de guiar á los niños, y pugna por atraerse el concurso de cuantos pueden cooperar á su obra.

¿En qué consiste propiamente, señores, esta educacion, objeto esencial de las reflexiones de VV. y de estas lecciones? Procuremos formarnos de ella una idea ajustada y exacta.

La educacion pone al hombre en estado de cumplir el destino que ha recibido del cielo.

Hay un destino general, comun á todo el género humano, y un destino especial para cada individuo, acomodado á las circunstancias en que se halla: hay tambien, por lo mismo, una educacion que conviene á todos, y una educacion particular, apropiada á la situacion de cada uno.

La educacion abraza, en efecto, todas las partes de que se compone la existencia humana: las relaciones del hombre con la sociedad, con la patria, con la familia, con sus semejantes, la vida terrenal y la vida futura. La educacion, nos muestra la manera de conducirnos, facilitándonos el llegar á ser tan útiles como podamos á los demas y á nosotros mismos, pues nos enseña á adquirir los bienes y hacer buen uso de ellos, y á evitar los males, ó á sobrellevarlos con paciencia cuando son inevitables. En una palabra, la educacion nos enseña el cumplimiento de los deberes.

La Providencia ha dado al hombre los gérmenes de las cualidades mas nobles y fecundas; pero ha sometido á ciertas leyes el desarrollo y la accion de aquellas facultades. La primera de estas leyes es que las facultades del hombre no se despliegan sino con el auxilio de sus semejantes. La sociabilidad, la civilizacion, son las primeras necesidades impuestas al hombre por la naturaleza: puede decirse que son para él, lo que el aire y el rocío para las plantas. La educacion no crea, pero coadyuva y coopera

al progreso de las facultades con que Dios ha dotado al hombre; y si parece que añade á ellas nuevas potencias, es solo porque le enseña á sacar buen partido de las que posee.

La educacion es para cada uno de nosotros obra de toda la vida, que debe continuarse hasta el sepulcro; porque siendo el hombre un ser sumamente capaz de perfeccion, el curso de su carrera terrenal debe de ser por lo mismo un progreso continuo, asi como el término de esta carrera una grande y augusta transformacion. Resulta de aquí, que hay para el hombre dos especies de educacion: la que recibe de otro, y la que se da á sí mismo. Esta empieza cuando el hombre se separa de su maestro, entrando entonces las circunstancias solas á reemplazar, en parte, el auxilio del guia que ha abandonado. Así, pues, el objeto de la primera debe de ser ponerle en estado de continuar, valido solo de sus propias fuerzas, los pasos que ya ha dado con el apoyo del maestro. Mientras mas pronto quede el niño dueño de sí mismo, mas necesidad tiene de recibir gran copia de doctrina; y cabalmente se encuentra en este caso la mayor parte de los niños que llenan nuestras escuelas de primeras letras. Por lo comun salen de ellas á los dos ó tres años de haber entrado, de suerte que á la edad de trece ó catorce años, y sin que casi lo echen de ver, comienza para ellos la gran prueba de la vida.

Hay, pues, si se me permite decirlo así, una primera educacion (1), de la misma manera que hay una primera instruccion.

Asi la una como la otra son una preparacion, un primer noviciado; aquella para la vida, y esta para la ciencia.

Los hombres de las clases menos favorecidas por la fortuna, deben sacar todo el partido posible de su ingrata y difícil situacion; siéndoles tanto mas necesario el poder ayudarse á sí mismos, cuanto menos auxilio encuentran en las circunstancias que les rodean. Para el niño colocado en tales condiciones, el fin de la educacion no puede consistir en crearle gustos, necesidades y hábitos que no ha de poder satisfacer; sino en enseñarle, por el contrario, á prescindir de cuanto se halle fuera de su alcance, á contraer predisposiciones y hábitos acomodados á su situacion futura, y á vivir contento con su suerte. La educacion solo debe suministrarle aquellas cosas de que haya de hacer uso; pero debe proveerle abundantemente de todas las necesarias. Para él casi no hay mas educacion que la primera; mas esta bastará, si le da las sólidas cualidades, la metódica actividad, el recto sentido, la tranquila energia y la prudente moderacion de que tanto necesita en su vida sencilla y útil, y que hacen que el trabajo produzca todos sus frutos. Considerada bajo este concepto la educacion primera, es completamente sustancial, y tiene la ventaja de estar en sumo grado conforme con la naturaleza.

La educacion se divide principalmente en física, intelectual y moral. Cada uno de estos tres ramos concurre al mismo objeto por diferentes medios, prestándose naturalmente mútuo apoyo y debiendo proceder to-

(1) Digo adrede *primera educacion* en lugar de *educacion popular* que está en uso, porque se ha abusado tanto de las voces *pueblo* y *popular* para propagar ideas falsas, que no quiero contribuir por mi parte á extender semejante abuso. El pueblo no es una casta aparte en la sociedad, sino la misma sociedad: ni hay para el pueblo una educacion especial, ni una moral distinta para lo que se ha dado en llamar pueblo. La razon y la virtud son patrimonio de todos los hombres; por consiguiente, lo único que hay es una educacion particular para cierta edad de la niñez y para ciertas clases de la sociedad.

dos tres de consuno. En este momento no considero mas que su comun resultado, abarcándolos en su conjunto.

Ya comprenden VV. señores, que esta educacion es la mas sólida garantía para sus discípulos; que por medio de ella se prepara el hombre su triunfo y labra su dicha en este mundo, formando su moralidad; que en ella encuentra su mas rico patrimonio; y que ella le suministra, no solo reglas de conducta, sino instrumentos que le serán necesarios, y apoyo en las adversidades. Y si consideran VV. que las almas fecundadas por el saludable rocío de la educacion son espíritus inmortales que se desarrollarán mas libremente algun dia en otro mundo mejor; si me siguen VV. con el pensamiento á ese otro mundo que nos anuncian los manifiestos designios de la Providencia y las promesas de la moral; á esa otra vida futura cuya sola perspectiva eleva ya tanto, aun aquí abajo, al hombre mas oscuro, y que ennoblece al linage humano, santificándole, conocerán que allí es donde produce la educacion nuevos é imperecederos frutos; porque esta vida terrenal no es mas que un noviciado, un período de prueba. ¡Obra magnífica y sublime esta de la educacion, señores, que por la momentánea solicitud tenida con un niño sencillo y oscuro, predispone para tan permanente y altísimo destino! Filósofo yo por los estudios de toda mi vida, y religioso por conviccion, tengo á mucha honra participar con VV. de estas ideas, de esta consoladora esperanza.

¡Qué funestísimas consecuencias no produce, por otra parte, la falta de esta educacion fundamental! ¡Harto feliz seria el hombre infortunado que carece de ella, si no experimentase mas desgracia que la de permanecer sumido en la mas completa nulidad, siendo inepto para todo, y una carga pesada para sí mismo y para los demas; la desgracia, tan grande ya en sí, de ser borrado del número de los seres activos y útiles! Empero á falta del benéfico y tutelar influjo de la educacion, otros mil poderes obrarán sobre él al acaso: será juguete de sus propias pasiones y víctima de los malos ejemplos; hallándole indefenso, el vicio se apoderará de él, el desórden será su elemento, porque no conocerá autoridad ni reglas; no sabrá gozar de nada, porque solo los buenos gozan; ni tampoco refrenar sus deseos, sin embargo de no poseer ningun medio legítimo de satisfacer sus necesidades; y no tan solamente vegetará en la inercia, sino que caerá en el abismo del embrutecimiento y de la infamia.

¡Cuál seria en efecto, gran Dios, el estado de la sociedad humana, si hoy que la corrupcion puede difundirse de tantas maneras, hoy que existen tantos peligros, hijos de la civilizacion, se encontrara privada la clase mas numerosa de la benéfica proteccion de una educacion prudente y previsora! ¡Cuál seria, si al descender esta corrupcion de las clases superiores, fuese á unirse á la tosca rusticidad de las ínfimas! De ello nos ofrecen deplorables ejemplos las historias de los pueblos, y acaso podríamos encontrar tambien algunos en la historia contemporánea. El freno de las leyes seria impotente contra vicios universales, y aunque á falta del respeto apelasen aquellas al terror, envilecerian mas aun á los que subyugasen con el miedo. Por el contrario, la buena educacion, generalmente propagada, es el mas firme apoyo de las leyes, y aun puede suplirlas: pues funda entre los miembros de la sociedad la union y concordia que nacen de la confianza recíproca; fecunda la industria, inspirando aficion al trabajo y dando á este todo el precio que puede recibir de la aplicacion y de la habilidad; aumenta las comodidades de la vida, porque enseña el órden y la economía; realza á la porcion mas considerable de la

gran familia humana, sin inspirarle no obstante ambiciosos deseos capaces de trastornar el orden público; hace, en fin, que cada cual se encuentre bien en su puesto y desempeñe mejor sus deberes. En resúmen, la buena educacion de la niñez es la primera garantía del orden público y de la prosperidad del Estado.

LECCION CUARTA.

DE LA EDUCACION FÍSICA.

SEÑORES,

Llamo educacion *física* á aquella parte de la educacion que tiene por objeto esencial el desarrollo de los diversos órganos del cuerpo. Al conservar esta denominacion no hago mas que conformarme con el uso, lo cual basta para la claridad de mis explicaciones; que si se tratase de discutir el mérito de aquella denominacion, encontraria muchos reparos que oponerle.

La educacion física debe á la niñez los primeros cuidados. Los que reclama el niño todavía en la cuna, tienen casi exclusivamente por objeto proteger su vida, tan delicada aun, y ayudar y regularizar sus primeros movimientos. En los años que pasan hasta que el niño va á la escuela, casi no se ejercita en otra cosa mas que en fortificar sus miembros y en acostumbrarse á mirar y oír; aprendiendo irreflexivamente la lengua materna, se va haciendo apto, tanto para el mecanismo de las palabras, como para la inteligencia de las cosas. La educacion física de la infancia pertenece, por tanto, esencialmente á las madres, y forzoso es confesar que la mayor parte de ellas desconoce ó descuida los deberes que aquella les impone y las prerogativas que les confiere.

Al entrar el niño en la escuela es ya mas reducida la parte que reclama su educacion física; pero sin embargo, les queda á VV. aun mucho que hacer. No teman VV. entrar aquí conmigo en algunos pormenores, porque voy á tratar de una materia harto descuidada por la mayor parte de los maestros de primeras letras, y que no pocos consideran como ajena á su ministerio, confiando en los padres por lo tocante al alimento y al vestido de los alumnos, y en los médicos por lo relativo á la curacion de sus enfermedades.

Aun suponiendo que la educacion física de los niños tuviese por único objeto el conservarles la salud y desarrollar sus fuerzas mecánicas, ¿no seria bastante este solo motivo para excitar tiernamente el interés del maestro de primeras letras, atento que la salud y las fuerzas constituirán el principal recurso, el medio mas seguro de subsistencia para los niños, en la vida laboriosa que les espera? Investido el maestro de los derechos de padre, debe tener tambien toda la prevision, todo el cariño de un padre. Empero la educacion física influye tambien de una manera eficaz, constante y variada en el desarrollo del corazon y de la inteligencia, por efecto natural de la íntima union que existe entre el alma y el cuerpo; y asi no me cansaré de recomendar á VV. que mediten mucho en este punto, harto mas importante de lo que en general se cree.

Entre los cuidados propios del cuerpo hay algunos, tales como el aseo, por ejemplo, que influyen realmente en la moralidad, aunque al parecer

de una manera poco notable. El aseo en la persona y en el traje es una de las reglas mas seguras de higiene: evita un gran número de enfermedades; mantiene la frescura y la agilidad de todos los órganos; pero al mismo tiempo despierta ideas de decencia y hábitos de orden; contribuye á alimentarle al hombre el respeto que se debe á sí propio, y á hacerle vigilante, moderado, atento, circunspecto; predispone al trabajo; presenta la imágen sensible de la pureza interior de la inocencia; revela tambien consideración y miramiento á los demas; agrada; se capta la benevolencia; facilita el trato social; y es un lazo de sociabilidad. El niño de exterior sucio y repugnante no es bien recibido en ninguna parte, y experimenta cierta especie de vergüenza que perjudica á todas sus acciones. Observen VV. que el aseo y la limpieza tienen naturalmente una gran parte, así en los placeres inocentes, como en la solemnidad de las fiestas y en las formas del culto religioso. Por desgracia se hallan muy descuidados, principalmente en Francia, en las clases menos acomodadas; razon de mas para que se esfuercen VV. en acostumar al aseo á los niños que pertenecen á aquellas clases, contribuyendo de este modo á mitigarles la aspereza de costumbres y la grosería de modales. El hombre puede ser aseado en todas las situaciones de la vida, porque hay un aseo compatible hasta con la pobreza. Cuiden VV., pues, de que sus alumnos desempeñen estos menesteres al entrar y al salir de la escuela; que se laven las manos, la cara, y que acepillen sus vestidos, para lo cual deben VV. suministrarles lo necesario. Aquí observarán VV. cuan indispensable es que se pongan de acuerdo con los padres, á fin de obtener su cooperacion; porque á ellos toca cuidar de que sus hijos no lleguen á la escuela con los vestidos sucios ni descompuestos, y que en el curso de la vida doméstica continúen observando las mismas reglas. VV. pueden y deben exigir que sus discípulos se presenten siempre con decencia; y si lo consiguen del mayor número, los demas tendrán que conformarse por imitacion ó por amor propio, y hasta los padres se interesarán en que sus hijos no sean señalados con el dedo por un exterior repugnante.

Asi para conservar la salud de los niños, como para que desarrollen sus fuerzas, no hay cosa mas necesaria que un ejercicio moderado, variado y metódico. Todos los órganos reclaman su parte de actividad. El maestro que tenga proporcion de enseñar á nadar á sus discípulos, deberá conducirlos con frecuencia á los baños en la estacion oportuna, cuidando atentamente de precaver los graves y numerosos accidentes que podrian ocasionar los ejercicios de la natacion. Recomienden VV. todos á las familias el uso habitual de los baños, y procuren facilitarles para ello los medios indispensables. Atiendan VV. contiúamente á los movimientos y á las actitudes: los niños no deben permanecer mucho tiempo sentados y mucho menos aun completamente inmóviles; la misma naturaleza parece que les invita á obrar, á moverse; no bien ha pasado media hora, cuando ya el reposo les molesta; la variacion sirve de descanso y es útil por lo mismo tener á los niños alternativamente en pie, sentados, andando, y moviendo los brazos, las manos y la cabeza. Esto se consigue ingeniosamente por medio del sistema adoptado en nuestras escuelas de párvulos y en las de enseñanza mútua. Por regla general, mientras dure la clase, deben VV. alternar sucesivamente el movimiento y el reposo en todas sus especies y actitudes, sin dejar que se prolongue ninguno de estos estados arriba de media hora, y haciendo cesar uno ú otro estado en el momento que noten cansancio en los alumnos. Observen VV. aquí tambien

la íntima conexión de lo físico y lo moral : luego que el alumno experimenta algun cansancio, no tiene ya la misma libertad de ánimo, ni el mismo apego al trabajo; la atención se le oscurece; no se halla á gusto: está inquieto, agitado, y hasta su natural se altera poco á poco; le irrita la disciplina; y atormenta á sus camaradas. Si entonces le riñen VV. ó le castigan, agravan el mal en vez de corregirle; lo que debe hacerse en tal caso es librar al pobre niño, de una sujeción inútil.

En este punto hay muchos maestros engañados, que solo piensan en obtener á toda costa de sus discípulos la pasiva y silenciosa inmovilidad, como un alivio para sí propios, sin considerar que violentando el temperamento de los pobres niños, los atormentan, los contrarian, los debilitan y les hacen contraer malas predisposiciones y aun vicios.

El niño no debe sepultarse en la escuela como en un sepulcro, sino entrar y permanecer en ella lleno de vida, como lo exige la naturaleza.

Este régimen de actividad corporal bien ordenada influye de un modo muy favorable en el carácter de los niños, manteniéndolos en un estado de dulce y tranquila alegría que los predispone á la docilidad y á la obediencia. Cuando los niños no pueden satisfacer convenientemente la necesidad de moverse que la naturaleza les ha impuesto, experimentan ciertos desasosiego y un trastorno completo que los hace enfadosos, turbulentos y pendenciosos. El ejercicio frecuente y moderado, la elección y el cambio de las actitudes son tambien de suma importancia para conservar la moralidad de tan amables criaturas.

Cuiden VV. de la buena postura de sus alumnos: que no se encorven, que no esten de medio lado, ni en ninguna otra postura incomoda. Eviten VV. y corrijan los malos hábitos, los movimientos irregulares ó convulsivos que se hallan los niños predispuestos á contraer en la infancia cuando se les deja abandonados á sí propios; observen VV. como llevan los brazos, las manos, y cuiden de regularizarles el modo de andar. Todos estos pormenores pueden ser importantes, y por lo mismo no deben VV. descuidar ninguno.

No hay cosa mas útil que habitar á los niños á marchar acompasadamente, y á ejecutar unidos y con gran concierto diferentes evoluciones. Asi cansan menos los movimientos y fortalecen mas, aun prescindiendo del atractivo particular que tienen para los niños estas evoluciones concertadas, y de lo mucho que contribuyen á fortificar los hábitos de disciplina. Los ejercicios gimnásticos, tan comunes entre los antiguos y vueltos á practicar desde el siglo pasado en Alemania y en Suiza, comienzan, como VV. saben, á generalizarse en Francia, y se trata de investigar el medio de introducirlos en nuestras escuelas de primeras letras, con lo cual se obtendrian indudablemente grandes ventajas; pero entretanto que se encuentra y se adopta este medio, podrán VV. obtener fácilmente resultados análogos, supliendo en parte con algunos instrumentos la falta de todos los aparatos necesarios para esta clase de ejercicios, que no podrían VV. costear. Basta para ello comprender el sencillo y fecundo principio de esta especie de juegos que tienen por objeto ejercitar á un tiempo y armónicamente todos los músculos del cuerpo, elevándolos por grados continuos y sensibles al mas alto punto de fijeza y de fuerza en los movimientos. VV. mismos pueden construir á poca costa, ó mandar construir al carpintero, un mástil, ó una escala perpendicular, ó dos travesaños colocados horizontal y paralelamente sobre cuatro postes á la altura de los codos; y asi los alumnos podrán trepar, suspenderse, balancearse y hacer diferentes ejercicios; pero siempre con orden, delante

de VV. y procediendo de lo mas fácil á lo mas difícil. Encargo á VV. que vayan á ver, si les es posible, algun gimnasio establecido con arreglo al metodo de los SS. Elias, Amorós ó Comte, y que observen atentamente la série de ejercicios que allí se practican, á fin de comprender cuales podrán luego imitar en la escuela.

Las horas de recreo concedidas á los niños podrán dedicarse á esta clase de juegos, ofreciendo á VV. una coyuntura preciosa para trabajar en la educacion física de los niños, con provecho seguro de su educacion moral. Hacen muy mal los maestros que abandonan á los niños en las horas de recreo. ¿Cómo no comprenden que los juegos son un negocio grave para la niñez? En ellos debe reinar grande animacion, tomando parte todos los niños y procurando que estén al aire libre siempre que se pueda. La carrera y los saltos son muy convenientes para hacerles adquirir y conservar la agilidad; el trompo, la cuerda, el aro, las pandorgas, todos los juegos que desarrollan la destreza y exigen penetracion deben VV. permitírseles con preferencia, cuidando de que la diversion tenga siempre un fin, un objeto, un carácter determinado, y no consintiendo tumultos, confusion, desórden, ni nada que pueda degenerar en disputas ó riñas. Presencien VV. estas diversiones, y aun tomen parte en ellas; dirigiéndolas, pero sin quitarles la dulce libertad, que es el alma de todas las distracciones.

Por lo demas, no crean VV. que repugne á los niños cierta regularidad en los ejercicios que forman sus diversiones, antes al contrario suelen buscarla ellos mismos. La experiencia prueba que el variar de ocupacion basta para proporcionar descanso y reanimar las fuerzas, principalmente cuando á los trabajos mentales siguen los corporales, ó viceversa. En la preciosa escuela establecida en Hofwyl por el señor de Fellenberg se ve á los niños, que vienen de trabajar en el campo, acudir gozosos á recibir lecciones que les instruyen y sirven de pasto á su inteligencia, y volver en seguida á empuñar con nuevo ardor los instrumentos agrícolas. Seria muy conveniente que pudiesen VV. tener cerca de la escuela, en la misma casa, un jardinito que confiar á los alumnos para su cultivo; y ya que esto no pueda ser, recomiendo á VV. que á lo menos los lleven algunas veces á pascó. Estos paseos concedidos á todos, como por via de recompensa solemne, pueden servir para una multitud de ejercicios variados y nuevos, y dar márgen á conversaciones familiares, á observaciones instructivas y á lecciones, tanto mas útiles cuanto carecerian de formalidad y de aparato, acerca de los productos de la tierra, de historia natural y de tantos y tan admirables fenómenos como se presentan á la vista del hombre sin llamar su atencion. Estos paseos son muy fáciles para los maestros de los pueblos; pero pueden darlos tambien los de las ciudades, por lo mismo que en ellas son mas útiles.

La educacion de los sentidos (1) participa á un mismo tiempo de la

(1) He aqui un punto digno de llamar la atencion no solo á los maestros, sino á los mas profundos pensadores: si puede ó no admitirse lo que algunos sabios, entre ellos el digno autor de este libro, entienden por *educacion de los sentidos*. Educar los sentidos, han dicho, es ejercitarlos de un modo regular para que se desarrollen en términos de desempeñar lo mejor posible sus funciones; y basados en este supuesto han visto la luz pública en Francia algunos escritos donde se proponen séries de ejercicios para las escuelas de primera educacion, siendo de notar entre aquellos la memoria que Mr. Hereau dirigió á la comision central de primera enseñanza de París, que nosotros hemos dado á conocer á varios amigos nuestros de España.

Seria tarea superior á nuestras fuerzas y aun aghena á nuestro propósito entrar de

educación física y de la educación intelectual, formando su lazo común, y sirviendo como de tránsito natural de la una á la otra.

Ejercitando la vista de los niños se les habitúa á observar y á comparar. Todos los niños ven los mismos objetos, mas no todos los miran de la misma manera. El niño que mira al acaso, sin atención ni persistencia y sin detenerse á observar cosa alguna, no halla mas que un motivo de distracción en lo que debiera serle un campo de instrucción; y como no reflexiona, pasa con estólida indiferencia por delante de los objetos mas dignos de excitar la curiosidad. Por el contrario, para el niño que sabe mirar, todo se convierte en objeto de estudio, y en aprendizaje del juicio. Esta es tambien la utilidad mas esencial, aunque menos conocida, del ejercicio del dibujo: el dibujo no es para los niños, como vulgarmente se cree, un estudio especial, sino un ejercicio general, que sirve para educar el sentido de la vista, porque obliga al niño á observar la situación, la forma, los pormenores todos de cada objeto, á medir las distancias y á calcular las proporciones. En todo esto hay cierta lógica práctica, cierto

lleno en una série de observaciones y raciocinios acerca de la estructura de los órganos de los sentidos, de como funciona cada uno de ellos, del efecto particular y general que experimentan con el ejercicio y del que pueden producir en las facultades morales ó intelectuales; nos limitaremos pues á estampar lo que ha opinado acerca de este punto uno de los médicos franceses modernos que han hecho estudios mas profundos de todo lo concerniente á las relaciones de lo físico y lo moral del hombre, y añadiremos alguna indicación nuestra. Dice así:

«Yo creo, en primer lugar, que el desarrollo de los sentidos á consecuencia del ejercicio es una cosa quimérica. Nadie ha demostrado que los ciegos tengan la piel de los dedos mas desarrollada, porque hagan mas uso del tacto que los demas hombres; ni tampoco los gastrónomos y los cocineros la lengua o las membranas de ella; ni los perfumistas la nariz, las cavidades de esta á sus membranas; ni los pintores los ojos; ni, por ultimo, los músicos los oídos, porque respectivamente ejerciten mucho mas que la generalidad los órganos de las sensaciones correspondientes á su respectiva profesion.»

«En segundo lugar, los sentidos no adquieren soltura ni seguridad, ni se perfeccionan con el ejercicio; en una palabra no son susceptibles de educación; la inteligencia es la que adquiere seguridad y se perfecciona ejercitándose y educándose. Obsérvese el pintor que tiene ya algo cansada la vista en fuerza de los años, pero que ve todavia bastante, y digaseme si distinguirá lo que esté en la esfera de actividad de su vista menos que el ignorante cuyos ojos se encuentren con todo el vigor posible. El músico que ha cansado el oído; ¿juzgará menos bien del mérito de una composición de musica que otra cualquiera persona? El que crea esto se equivoca. Como uno y otro distinguen y juzgan con las luces de la inteligencia, con tal que oigan y vean, es seguro que juzgarán tambien como en su juventud, y tanto mejor cuanto mas hayan aumentado con los años sus conocimientos y perfeccionádose el juicio; y lo que es mas, juzgarán lo mismo empleando un solo ojo y un solo oído.»

Los maestros de primeras letras, y en general toda clase de personas, tienen medios de convencerse de la exactitud de las ideas que dejamos estampadas; en este supuesto y con el fin de completar lo que sobre este punto nos proponíamos decir para llamar la atención á los primeros, añadiremos que á nuestro modo de ver los sentidos como órganos físicos están subordinados á la ley común á todos los objetos materiales, á saber, el debilitarse y descomponerse con el uso, con el ejercicio; al paso que la inteligencia, por ser inmaterial, adquiere de este modo gradualmente toda la perfección de que es susceptible.

Pudiera afirmarse que la inteligencia se perfecciona en general segun van debilitándose los sentidos. Nuestra fórmula no seria pues *educar los sentidos para desenvolver la inteligencia*, sino *desarrollar la atención y las demas facultades intelectuales, utilizando los medios que ofrece cada uno de los sentidos*. El lector conocerá bien á qué distintos resultados conduce el adoptar una u otra base.

M. B.

género de observación, que no carece de mérito, y que mas adelante extenderá el niño, por analogía, á objetos de mayor importancia segun le ocurra.

No me cansaré, por tanto, de aplaudir las miras de los que han introducido el dibujo lineal en el sistema de la enseñanza mútua. No piensen VV. tan solo en formar personas capaces de emplear algun dia el dibujo como un instrumento de su profesion especial, sino ante todo, en habituar á los niños á ver bien lo que miran. Así es que no deben VV. limitarse á hacerles trazar y medir en el cuadro ó en el papel ciertas figuras abstractas, sino cuidar tambien de que apliquen estas figuras á los objetos reales que los rodean.

La educacion del sentido del oido se efectúa admirablemente por medio de la palabra. El objeto de esta educacion no es únicamente enseñar á distinguir los sonidos, sino tambien á conocer los tonos, la melodía, los acordes y las expresiones infinitamente variadas que de ellos resultan. Pues todo esto se encuentra en la palabra. Hagan VV. que sus discípulos se habituen á pronunciar bien; que se ejerciten en escuchar á los demas y en escucharse á sí mismos; pues de este modo se hallarán mas predisuestos á reflexionar cuando hablen. Hablen VV. siempre, á fin de que ellos lo hagan tambien por imitacion, en tono mesurado, natural y armonioso, evitando los gritos tumultuosos, broncos y discordes. Meditando un poco sobre esta materia, cesará la estrañeza que á primera vista hubiera podido causar á VV. una reflexion que voy á hacerles, y que de antemano habrán ya adivinado. El ejercicio del canto, el estudio y el uso de una música sencilla, es una de las necesidades reales, universales, de la educacion elemental. Gravísimo error cometen los que no consideran la música sino como un arte de lujo; no, señores: la música acaba y completa la cultura del sentido del oido; desarrolla y regulariza las innumerables y delicadas propiedades de este sentido; y contribuye así á cultivar la atencion, provocando una serie de comparaciones ajustadas y exactas. La música es una segunda lengua, cuyo dominio comienza donde acaba el del habla; pero que uniéndose á esta la comenta y le presta un valor y un poder enteramente nuevos. El habla y el canto, pero mas especialmente este último, facilitan la funcion pulmonal y robustecen el pecho de los niños. En este concepto, forman todavia parte de la educacion física. La música y el canto tienen además cierto poder oculto y maravilloso en todos los movimientos musculares y facilitan la accion de todos los órganos; el trabajador que se acompaña á sí propio cantando, y el soldado que marcha al compás de una música militar, sienten renovado su ardimiento y se cansan mucho menos. La serenidad de ánimo que el canto inspira bastaria ya por sí sola para hacer mas grato el trabajo. En los ejercicios gimnásticos se han combinado acertadamente las maniobras con cantos repetidos en coro. Però la música y el canto, bien empleados, tienen un poder mas maravilloso aun y mas útil para despertar y alimentar todos los sentimientos puros y generosos, enterneciendo, realizando y serenando el alma. Vean VV. tambien cuán admirable uso se hace de la música y del canto en todas las escuelas de primeras letras de Alemania y de Suiza. Allí los niños, varias veces al dia, á la entrada y á la salida de las clases, repiten en coro himnos religiosos y cantos patrióticos, viéndose retratadas en sus inocentes rostros la alegría y la felicidad. Los niños de las aldeas y de las ciudades celebran con frecuencia reuniones musicales para entregarse á estos deleitosos ejercicios. Aplicado así el arte de la música, se enseña y se aprende sin trabajo. Merced

al celo y al talento del estimable profesor Wilhem, (1) poseemos ya un método, cuya notabilísima sencillez permite al cabo que se introduzcan los ejercicios del canto en nuestras escuelas de primeras letras, dirigidas por el sistema de enseñanza mútua; y VV. mismos han presenciado ya en varias de ellas los portentosos resultados que se han obtenido con este método. No vacilen VV., pues, en proporcionar este beneficio á sus alumnos: dirigidos por VV. mismos estos ejercicios, y animados por su presencia, encontrarán en ellos estímulos eficaces, placeres puros, recompensas á mano, y un precioso antidoto para muchos vicios y desórdenes. Asi proporcionarán VV. á sus alumnos para todo el resto de su vida un caudal inagotable de goces que les distraerán sin corromperlos, y que animándolos al trabajo, purificarán y suavizarán sus costumbres. Asi llegará tambien el día en que nuestras fiestas campestres, las funciones de nuestras aldeas, acompañadas hoy, por lo comun, de regocijos toscos y brutales, adquieran un carácter mas digno de la humanidad.

Volvamos á los ramos de la educacion física que se refieren mas directamente á la salud de los niños, en todo aquello, á lo menos, que atañe á los maestros de primeras letras.

Ante todo procuren VV. conseguir para su escuela un buen local, esto es, un local amplio, ventilado, seco y en el cual penetran los rayos del sol; porque la luz de este astro influye favorablemente en la salud del hombre; y cuiden VV. de renovar asiduamente el aire del salon y tenerle siempre perfectamente limpio.

No creo necesario encargar á VV. que eviten no tan solo los golpes y los castigos brutales que podrian lastimar los delicados miembros de los niños, sino tambien todas las penas capaces de alterar en alguna manera su salud, ú ocasionarles mal alguno.

Tampoco creo tener necesidad de recordar á VV. que los reglamentos vigentes les imponen la obligacion de averiguar antes de admitir á ningun niño en la escuela, si está vacunado ó ha tenido viruelas; severidad que, además de ser útil al niño y á toda su familia, es una proteccion debida á sus condiscípulos. Pero interpretarán VV. muy mal el espíritu de estos reglamentos, si se contentaren con la mera comprobacion del hecho y con despedir al niño que no hubiere llenado aquella condicion. No, señores: la obligacion de VV. es mas lata y honrosa; á VV. toca sacar á los padres de su culpable incuria, disipar sus preocupaciones, convencerlos de los motivos porque deben precaver á sus hijos del azote de las viruelas por el medio sencillo y saludable que les ofrece la vacuna, cosa que algunas veces conseguirán VV. mejor que los médicos, sin mas que apelar á las sencillas reflexiones del sentido comun y al testimonio de la esperiencia.

No permitan VV. que se acerque á la escuela, hasta que se halle perfectamente curado, ningun niño que padezca tña ó cualquiera otra enfermedad contagiosa.

No descansen VV. hasta lograr que un médico ilustrado, benévolo, capaz de coadyuvar á sus miras, vaya periódicamente á visitar la escuela

(1) Aunque la musica no está comprendida en el numero de las materias de enseñanza obligatoria en nuestras escuelas, podrán los que se vean precisados á dar esta instruccion adoptar los *Principios de solfeo y canto* que publicó en Valencia el entendido profesor D. Gaspar Perez y Gascon, que tan buenos resultados ofrecen en las escuelas de la ilustrada cuanto celosa Sociedad económica de aquella ciudad, y que tan bien calificados han sido por los inteligentes.—M. B.

para examinar el estado de salud de los alumnos; y pídanle y sigan sus consejos.

No viviendo los niños en la escuela, no puede alcanzar directamente la acción de VV. á la parte de régimen relativa á la habitación, al vestido y á los alimentos; pero ¿deberán VV. por eso mirarla con indiferencia, sin mezclarse absolutamente en ella? Indudablemente que nó; porque es á un mismo tiempo derecho y deber de VV. intesarse por todo lo concerniente al cultivo de tan tiernas plantas. Nueva ocasión para VV. de influir en las familias, no por cierto tratando de ejercer en ellas una especie de autoridad ó una vigilancia importuna, ni aun prodigándoles consejos que no serian apreciados; sino obteniendo su confianza y logrando que ellas mismas les pidan y soliciten su parecer, suministrándoles los medios de dársele con provecho y acierto. En las bibliotecas que se están escogiendo en la actualidad para las escuelas, encontrarán VV. tratados elementales de higiene, especialmente aplicables á los pormenores de la vida doméstica; tratados que deberán VV. estudiar en sus momentos de ocio, adquiriendo en ellos nociones acerca de un corto número de reglas destinadas á las clases pobres y trabajadoras, y especialmente acerca de cuanto puede interesar á la salud de los niños, con lo cual podrán VV. servir de guía aun á la misma ternura maternal. Enseñen VV. á las madres á seguir en todo las indicaciones de la naturaleza, á dejar desde la cuna su libre ejercicio á los miembros de los niños; háganles VV. abandonar la funesta costumbre de fajarlos en mantillas; indiquenles VV. los alimentos mas saludables; recomiéndentes que preserven á los niños de todos los cambios repentinos de temperatura; que les hagan respirar en cuanto sea posible un aire libre y puro; que los preserven de la humedad; que los vistan de manera que vayan abrigados; pero sin oprimirles nunca los órganos. Si tienen VV. hijos, su propio ejemplo será mas eficaz que todas las exhortaciones, principalmente por el buen éxito que obtendrán. Púgnen VV. porque se trate á los niños pequeños con bondad é indulgencia, hasta conseguir que se les deje gozar sosegadamente de la aurora de la vida, y que reinen en torno suyo la serenidad y la alegría. Pugnen tambien hasta lograr de los padres y de los fabricantes que no ocupen prematuramente á los niños en trabajos manuales superiores á sus fuerzas. Los mismos alumnos podrán ya comprender algunos consejos sencillos que les den VV. acerca del régimen mas conveniente á su salud; y no dejen VV. de aprovechar la ocasión de las enfermedades ó accidentes que les ocurran, para notarles las causas, é indicarles las precauciones que hubieran podido servirles de preservativo.

Si además de la escuela de niños tuvieren VV. de noche una clase para los adultos, como se lo recomiendo encarecidísimamente; y si reúnen VV. los domingos á sus antiguos discípulos para darles todavía prudentes consejos, podrán desarrollar mas en estas reuniones los relativos al régimen de vida que conviene á las clases trabajadoras.

Hay algunas reglas sencillísimas con las cuales podrían VV. componer un breve tratadito de higiene para uso de los niños (1) Estos habrán de comprender fácilmente las ventajas de los ejercicios corporales, que tantos goces les proporcionan, pero que no deben pasar de cierto punto para

(1) Véanse los *Preceptos de higiene* para niños, escritos en francés por nuestro compatriota el célebre químico Sr. Orfila, y traducidos por D. Ramon Merino Ballesteros.—M. B.

ser verdaderamente útiles; indíquenles VV. los inconvenientes de un excesivo acaloramiento, los de un enfriamiento repentino, y los medios de preservarse de ellos; muéstrenles las plantas venenosas mas comunes y los caracteres por cuyo medio podrán reconocerlas; precávanles de otra especie de venenos, mucho mas peligrosos, cuales son los remedios empíricos que los charlatanes pregonan por todas partes, que suelen tomarse con ciega confianza, y que aun suponiendo que sean útiles en ciertos casos, llegan á ser funestísimos, cual sucede á los mejores remedios, aplicados en circunstancias diferentes; precávanles, en fin, de otra especie de venenos que el hombre se administra á sí propio, esto es, de la intemperancia, que es causa primordial de gravísimas enfermedades, que acorta la vida y altera las funciones de los principales órganos; de todos los excesos y desórdenes que produce el abuso de los placeres. Sin inspirarles los temores y aprehensiones que perturban y apocan el ánimo, recomiéndenles la prudencia que preserva de las enfermedades, previéndolas en sus causas y evitándolas en su origen.

No bien observen VV. que la salud de un niño se altera, cosa que echarán de ver desde los primeros síntomas por el benévolo interés con que deben estar mirando continuamente á sus discípulos, apresúrense á investigar la causa del padecimiento, á descubrir el origen de aquella alteracion, y á dar aviso á los padres. Si la enfermedad se agrava y le obliga á guardar cama, no dejen VV. de ir á visitarle y llevar algunas veces en su compañía al condiscípulo mas querido del enfermo (1): esta prueba de afecto le cautivará y será recompensada con el suyo. Asi tambien adquirirán VV. al cabo de cierto tiempo conocimientos prácticos, que no serán estériles, acerca de las enfermedades de los niños.

LECCION QUINTA.

DE LA EDUCACION INTELLECTUAL, Y EN PRIMER LUGAR DE LOS MEDIOS DE CULTIVAR LA ATENCION, LA IMAGINACION Y LA MEMORIA DE LOS ALUMNOS.

SEÑORES,

La educacion intelectual cultiva las facultades del entendimiento; mas como sus efectos no se ven materialmente, es indispensable que redoblemos ahora la atencion, para estudiarlos en el teatro interno del alma.

El espíritu humano está dotado de facultades diversas, cada una de las cuales tiene leyes y propiedades diferentes, si bien en su conjunto ofrecen todas entre sí íntimas relaciones. Examinemos brevísimamente estas propiedades, estas leyes y estas relaciones, á fin de comprender mejor en qué consiste la cultura del entendimiento.

Ya ven VV., señores, cuán necesario es que les explique un breve curso de Filosofía; pero no hay que asustarse, pues será rápido y sencillo. El magisterio de primeras letras tiene tambien, á no dudarlo, su Filosofía, la cual creo que no carecerá para VV. ni de interés ni de importancia.

En la leccion última hemos visto cuán conveniente es educar los ór-

(1) Recomendamos á los maestros la mayor prudencia en este punto, á fin de evitarse los disgustos consiguientes á contraer los niños que los acompañen las enfermedades de los visitados. — *M. B.*

ganos de los sentidos (1), que son, por decirlo así, la entrada ó el vestíbulo de la inteligencia humana, y el conducto por donde el alma recibe las impresiones exteriores, los materiales, en bruto todavía, que ponen en ejercicio su actividad. La sensación es, por su naturaleza, esencialmente pasiva, como el entendimiento que se apodera de la sensación es, de suyo, eminentemente activo. La sensación es una especie de mensaje que nos envían los objetos exteriores; y el acto de pensar, es el trabajo que hace la inteligencia para apropiársela y formar con ella sus ideas.

Existe en la inteligencia humana una facultad que preside á todas las demas, y por cuyo medio manifiesta su actividad el espíritu y toma posesión de sus dominios: hablo, señores, de la *atención*. Esta facultad es la que nos sirve para distinguir y observar los objetos, para circunscribirlos, desmenuzarlos, penetrarlos y verlos con claridad bajo todos aspectos; porque puede decirse que la atención es la vista del alma.

Todo estudio comienza por la atención y estriba en la atención: sin ella el estudio es infructífero, porque de nada sirven las lecciones del maestro, ni los modelos ni los libros, si el discípulo no presta atención. El que no sepa excitar y sostener la atención de los alumnos, no sirve para maestro, ni lo será nunca sino en el nombre.

Acerca de este punto, el maestro de primeras letras se encuentra en una situación especialísima, porque la atención que todo maestro debe excitar en sus discípulos no existe todavía en los niños, y tiene aquel, por consiguiente, necesidad de darle nacimiento y vida. Las tiernas inteligencias confiadas á su cuidado se han visto hasta entonces abandonadas á merced del acaso, recibiendo una infinidad de impresiones confusas, atravesando por entre una multitud de objetos diferentes, vagando de uno en otro á la aventura, echando, á lo sumo, tal cual ojeada superficial á ciertas cosas, sin observar detenidamente ninguna, sin fijarse en nada, rebeldes á cuanto exige el mas pequeño esfuerzo ó presenta el menor carácter de gravedad, y sin conciencia de sí mismas. Los niños pertenecientes á las clases trabajadoras y menesterosas pasan, además, una vida monótona, muy poco á propósito para despertar su curiosidad; y como por lo comun están muy alejados del trato y de las relaciones sociales, carecen de este eficazísimo móvil de la inteligencia.

El maestro de primeras letras tiene, pues, que buscar en la débil é inerte mente de los niños el principio de la vida, fomentarle y ejercitarle. Lograr que los niños presten atención, es, por lo mismo, la primera parte de la tarea encomendada á VV.

La atención es un esfuerzo encaminado á un fin, que debe prolongarse lo bastante para alcanzarle: puede ser inerte ó viva, ordenada ó desordenada, mudable ó perseverante. Trátemos, pues, de despertarla, de dirigirla y de cautivarla, para lo cual bastará que consultemos y sigamos las indicaciones de la naturaleza.

Una de las necesidades naturales del hombre, que tienen por objeto animar su inteligencia, es la curiosidad. No bien abre el niño los ojos á la luz, cuando dirige ya hácia todas partes miradas curiosas y quiere echar mano á cuantos objetos se hallan á su alcance. Apoderémonos de esta necesidad y procuremos alimentarla, pero sin abusar de ella. ¿Por qué medios puede excitarse la curiosidad? En primer lugar, por todo cuanto causa sorpresa, por las impresiones vivas, por la novedad de los objetos. Ahora bien: todo es motivo de asombro para el niño, porque todo es

(1) Véase la nota de pag. 26.

nuevo para él, y hasta las mas pequeñas impresiones le hacen grandísimo efecto por la excesiva delicadez de sus órganos. En segundo lugar, por el atractivo del placer, pues todas las impresiones agradables excitan la curiosidad del niño. Preséntase un nuevo alumno en la escuela, y observamos que todo lo mira con indiferencia, que está distraído y apenas nos escucha. No importa: lo que debemos hacer es electrizarle, excitándole la curiosidad por medio de la sorpresa, é interesándola con el atractivo del placer; muy al contrario de lo que practican por lo comun los maestros, que sofocan en su origen aquel feliz instinto. El niño importuna con preguntas, y lejos de satisfacer á ellas, suelen los maestros rechazarlas ó eludir las con respuestas evasivas, sin considerar cuán natural es que el niño pregunte, atento que ignora y desea saber. Animémosle, pues, para que pregunte, porque se le grabarán mejor en la memoria las cosas que hubiere deseado aprender.

No hay cosa mas mortal para la curiosidad de los niños que las escuelas tristes, sombrías, en las cuales se les abruma la tierna inteligencia con fórmulas áridas, reglas sin sentido y lecciones cansadas y monótonas; escuelas que parecen cárceles, en donde todo inspira hastío, donde el alumno no halla nada que inquirir, ni que desear, encadenado servilmente á imitaciones automáticas. Y ¡ahbrá, sin embargo, maestros que quieran que los alumnos estén atentos, cuando así les sofocan todos los móviles de la atención! Dejemos, pues, que el alumno se acerque á nosotros por un movimiento voluntario y que nos pida como un don lo que otros le imponen como una carga.

Veamos, por el contrario, otra escuela en que hasta la entrada sea alegre y risueña, y cuyo arreglo interior y sencillos adornos recreen la vista. Cuando llega un nuevo alumno observa que sus camaradas acuden alegres y solícitos, preparándose con satisfacción para trabajar; todo concurre á tenerle en expectativa; muy luego comienza la tarea, ánimase la escena, múdase por intervalos, y el estudio viene á ser como una especie de juego. Al principio queda el niño sorprendido, pero luego se deja arrastrar por el ejemplo y quiere también jugar con sus camaradas. El maestro de primeras letras puede con destreza proporcionar una infinidad de ocasiones inesperadas que inspiren á los niños el deseo de observar y la necesidad de preguntar: muy á menudo les propondrá en competencia problemas sencillos, preguntándoles lo que sepan, observándoles lo que ignoren, y poniéndoles de este modo, en camino de aprenderlo. A un buen maestro de primeras letras no faltan nunca recursos para este fin: los objetos mas familiares, los mas sencillos, las producciones de la naturaleza, las obras del arte, los actos ordinarios de la vida, todo puede servirle para despertar la curiosidad y sugerir á los alumnos mil preguntas de *por qué* y *cómo*; tanto mas interesantes para ellos, cuanto mas cercanos estén los objetos. Porque, nótenlo VV. bien: la necesidad de saber no apremia á los niños sino cuando comienzan ya á saber algo. Nada exalta tanto la curiosidad, como el dejar entrever á medias lo que nos proponemos mostrar, haciendo que quede un lado oscuro junto al que descubrimos. Para ello cuidaremos de dos cosas: de alejar del alumno todo cuanto pueda distraerle, y de presentarle objetos dignos de su atención.

Procuremos, sin embargo, que la curiosidad no sea en nuestros alumnos un vano capricho, una vaga inquietud, dirigiéndola convenientemente para que no se extravie. El objeto ofrecido á la curiosidad de los

niños debemos presentarle bajo la forma mas seductora y mas sencilla, poniéndole mas de bulto por medio de contrastes inesperados, que exciten la sonrisa mental del niño; porque sabido es que la luz es mucho mas resplandeciente cuando sale del seno de las tinieblas. Valgámonos tambien, aunque con discernimiento, de las comparaciones, en que tanto se complace la mente de los niños, considerando como un juego el conocer las diferencias y las semejanzas.

La sorpresa no dura mas de un momento, y por lo mismo debemos procurar que no se nos escape la atencion del alumno, satisfaciendo, sí, su curiosidad impaciente, pero cuidando de moderar al mismo tiempo su volubilidad. Para ello conviene presentarle sucesivamente los objetos bajo formas diversas, hasta apurar todas sus particularidades. Si queremos cautivar la atencion de los alumnos, debemos concentrarla en un solo objeto, alejando todo motivo de distraccion. Conociendo el niño que está vigilado, aunque no con excesiva rigidez, velará él por sí mismo y concentrará sus fuerzas. Procuremos que esté tranquilo, y por consiguiente contento y satisfecho, sin que nada le atormente ni le agite. Al cautivarle la atencion, guardémosle de fatigarla, antes bien concedámosle el descanso necesario, pues nada la debilita tanto como el tenerla en continuo ejercicio hasta apurarla. Procuremos, pues, por todos los medios posibles facilitar el estudio á los principiantes; que satisfechos con sus adelantamientos, ya irán despues redoblando los esfuerzos. Con los alumnos adelantados, debemos ser mas exigentes; pero con el niño que comienza, todo es poco para allanarle y facilitarle el camino.

Convengo en que estos cuidados exigen una multitud de pormenores embarazosos, continuos, y al parecer, minuciosos y fútiles de ordinario; mas confío en que ninguno de ellos agotará la paciencia de VV. Me seria imposible exponer aqui todos estos pormenores prácticos: básteme indicar su objeto, que á VV. toca inventarlos por el asi lo ilustra desvelo con que dirigirán la marcha de sus alumnos. En la enseñanza mútua, tal como está organizada en nuestras escuelas, pueden VV. encontrar muchos ejemplos ingeniosos: las muestras colgadas en las paredes, los telégrafos colocados en el extremo de los bancos, los diferentes instrumentos que se tienen preparados, la actitud de los instructores, el pito, las voces de mando, todas estas cosas son otros tantos aguijones, que excitan la curiosidad de los niños. Tambien encontrarán VV. otros ejemplos, no menos felices, en los excelentes métodos del padre Gaultier, expuestos analíticamente por el señor de Jussieu en una obra que formará parte de la biblioteca de VV.; y en ella verán cómo el genio benéfico, que se siente inspirado de amor á los niños, puede crear incesantemente nuevos medios para despertar la sed de curiosidad, y prestar al estudio eficacísimos atractivos.

Para hacer grato el estudio, un maestro hábil de primeras letras puede valerse de tres medios, á cual mas interesantes: el primero consiste en la utilidad de la aplicacion; el segundo, inherente al mismo estudio, se deriva de la satisfacción que proporciona al alma el ejercicio de su actividad; y el tercero puede nacer de las circunstancias que acompañan al estudio y de las formas con que se le revista. El maestro de primeras letras no adoctrinará á sus alumnos con teorías generales acerca de las ventajas de la educacion; pero encontrará mil medios de hacerles notar en la práctica de la vida humana los frutos que produce el saber: unas veces enumerará los graves inconvenientes á que se hallan expuestas las

personas que no saben leer; otras mostrará con ejemplos los recursos que diferentes personas se proporcionan por medio de la escritura, la aritmética, ó el dibujo; ejemplos que producirán tanta mas impresion, cuanto mas los particularicen, siendo tal vez los mas instructivos los que podrán suministrar algun dia los alumnos que hayan salido ya de la escuela. Cuanto mas adelanten en reflexion y en experiencia los niños, mas partido puede sacar de este primer móvil el maestro de primeras letras. El uso del segundo, ó sea el que consiste en el atractivo de los goces intelectuales, ofrece mayores dificultades, por mas que los niños encuentren placer en el ejercicio de todas sus facultades, y les llegue á ser grata hasta la actividad intelectual, cuando no excede á sus propias fuerzas, porque los niños se alegran cuando conciben las cosas con claridad, y cuando notan ellos mismos sus adelantamientos. Si en lugar de la coleccion de palabras insignificantes que suelen preferir los maestros para los ejercicios de escritura, con el nombre de *muestras*, presentan VV. por modelo á sus discípulos un dicho, una frase que les traiga á la memoria alguna idea familiar é interesante ó alguna conversacion de su gusto, entonces en lugar de la aversion que les inspiraria un ejercicio meramente mecánico, los verán VV. complacerse en trazar con la pluma la imágen de su propio pensamiento.

Mientras mas novicios sean los niños, mas necesario es quitar al estudio todo lo que pueda hacerle pesado y enojoso, y rodearle, por el contrario, de cuanto contribuya á darle amenidad, procurando, sin embargo, luego que el alumno adelante y se le fortalezca la inteligencia, no dar al estudio un carácter pueril en demasia, para que pueda ir comprendiendo que es una cosa seria y grave y que el trabajo exige un verdadero esfuerzo.

Hacer felices á los niños es el medio mas eficaz de aficionarlos al trabajo. Abran VV. la exposicion de los métodos del padre Gaultier, y al principio del capítulo XI de la primera parte encontrarán un cuadro bellissimo de la felicidad que el maestro de primeras letras puede proporcionar á sus alumnos.

No porque los niños observen mejor lo que les impresiona vivamente, vayan VV. á deducir que conviene multiplicarles por todos los medios posibles el número y la diversidad de las impresiones; pues cometerian VV. un abuso semejante al que suele hacerse de los licores espirituosos. La atencion exige, lo mismo que el temperamento, un régimen moderado. Bueno es que el niño se habitúe á discernir las cosas mas delicadas y las impresiones mas fugaces; bueno es que se aficione, pero no que se apasione, porque todo lo que causa agitacion en el alma oscurece la inteligencia. No me cansaré de repetirlo: la primera y principal condicion para observar bien y con fruto es la serenidad de ánimo.

La atencion tiene dos cualidades diferentes: una, la penetracion, que descubre hasta las mas pequeñas particularidades; otra, la extension, que abarca el conjunto. Procuremos cultivar las dos á un mismo tiempo, porque si la primera prevalece, pecará el niño de sutil; y de superficial, si predomina la segunda.

No conviene seguir el mismo régimen con todos los alumnos: hay algunos de atencion viva, pronta y fácilmente excitable, pero de talento ligero y movable; mientras que otros, por el contrario, no aplican su atencion sino con trabajo y lentitud, si bien son susceptibles de perseverancia. Moderemos á los primeros y animemos á los segundos, cuidando so-

bre todo de habituar á los niños á que sean dueños de su atencion y no se dejen distraer por lo primero que se les presente á la vista.

Ademas de la atencion, debe el maestro de primeras letras cultivar en los niños otras dos facultades que han de marchar de consuno y desarrollarse á un mismo tiempo: hablo de la *imaginacion* y la *memoria*.

La memoria y la imaginacion obran en direcciones opuestas, y se auxilian mutuamente, sirviendo la una de contrapeso á la otra. La memoria reproduce lo pasado, la imaginacion concibe lo venidero; la una repite, la otra crea; la una conserva, la otra combina: la primera se funda en el hábito, y su fuerza consiste en las cadenas que ella misma se impone; la segunda es espontánea, y su poderío estriba en su libertad.

La mayor parte de los maestros de primeras letras se preocupan exclusivamente de los peligros á que la imaginacion expone al hombre, no viendo en ella mas que sus extravíos y sus delirios, y considerándola como fuente de todas las extravagancias y locuras; pero VV., queridos oyentes, se guardarán de incurrir en este error, tan comun en el vulgo de los maestros. Todas las facultades de que nos ha dotado la Providencia son dones útiles, cuyo abuso es lo único que debemos temer. La imaginacion es necesaria para la industria del hombre, sin ella no podria ser previsor, ni feliz; ella abre á nuestra vista nuevos é ilimitados horizontes, y nos multiplica hasta lo infinito las riquezas de la inteligencia: si se extravía, será por haber desconocido su verdadero destino; por lo mismo nada le expone tanto á extraviarse como el no haber sido bien dirigida y cuidadosamente cultivada desde sus primeros vuelos.

Algunas veces tropezarán VV. con alumnos, cuya inteligencia estará sumergida todavía en una especie de letargo; la imaginacion pierde su brillo y se extingue en los niños combatidos por la pobreza, por la humillacion, ó por la languidez de una existencia miserable; y entonces toca á VV. avivarles y reanimarles el fuego de la vida intelectual á estas criaturitas, tan prematuramente heridas por la adversidad. En general, la tristeza, los padecimientos, el tedio y la desanimacion amortiguan, principalmente en la infancia, la preciosa facultad destinada á animar el espíritu humano; y á veces sus estragos ejercen una influencia que dura tanto como la vida. ¡Motivo mas, señores, para que cuiden VV. de proporcionar á los niños desde sus primeros años toda la felicidad de que sean susceptibles!

¿Quieren VV. saber cuál es el medio mas seguro de cultivar la imaginacion de los niños y de darle al mismo tiempo la direccion mas conveniente, para evitar que se extravíe? Pues el secreto es fácil y sencillo: alejen VV. de sus alumnos cuanto pueda causarles una exaltacion facticia, y déjenles entregados á las verdaderas y fecundas impresiones de la naturaleza. ¡Dichosos VV. los que yendo á residir á un pueblo puedan disfrutar de las escenas de la vida campestre y hacer contemplar á sus discípulos el magnífico cuadro de la creacion! Si por vivir en las ciudades se vieren VV. privados de este primer recurso, procurarán suplirle de diferentes maneras, ya por medio de cuadros ó estampas, ya describiendo de viva voz lo que no puedan mostrar á la vista. Eviten VV. sobre todo, la monotonía, que contrista, adormece y cansa el ánimo. Alejen de la vista de los niños todo lo que pueda causarles aversion, y procuren inspirarles el sentimiento de lo bello ofreciendo á sus miradas pinturas risueñas, acordes melodiosos á su oido, y colocando los objetos en órden simétrico, elegante y gracioso, que ellos se ejerciten despues en reproducir. Pon-

gan VV. á prueba la industria de los niños; anímenles á que obren por sí mismos, á que ensayen, á que inventen, pues de este modo les obligarán VV. á que combinen, así como proponiéndoles problemas que estén á su alcance, les obligarán á imaginar para resolverlos. Preséntenles VV. cuadros descriptivos ingeniosamente concebidos, animados, verdaderos y sencillos. No desechen VV. los fecundos recursos de la parábola y del apólogo, cuidando empero de que las fábulas estén siempre al alcance de los niños, y de que estos comprendan por sí mismos las alusiones, sin necesidad de comentarios.

Nadie ignora que la niñez es la edad de la esperanza, y que esta se apoya principalmente en la imaginación á la par que le presta nueva energía. Alimentémosles, pues, á nuestros alumnos esta predisposición á la esperanza, que es para ellos un don de la naturaleza, pero preservémoslos cuidadosamente de las esperanzas ambiciosas y temerarias que les extravían la imaginación por el campo ilimitado de las ilusiones vanas y quiméricas.

La imaginación se extravía cuando se la deja sin freno, abandonada á sí misma; y se deprava en el seno del desorden. Corrijamos anticipadamente sus caprichos, moderemos sus exageraciones, y preservémosla de cuanto pueda corromperla. No ofrezcamos jamás á la imaginación de los niños sino placeres que puedan disfrutar fácilmente, pinturas cuya fidelidad puedan comprobar por su propia experiencia, y modelos susceptibles de aplicación; sin perder jamás de vista que el objeto de la educación es conseguir que los alumnos se atemperen á la condición que les haya cabido en suerte, vivan contentos con ella y cumplan sus deberes.

Lejos de descuidar la memoria de sus discípulos, la mayor parte de los maestros de primeras letras se limitan casi exclusivamente á ejercitársela; y no pocos se engañan también acerca de la manera más conveniente de cultivarla. Sorprendidos al ver la facilidad con que el niño repite las lecciones, se figuran que sabe en realidad lo que solo repite de una manera mecánica; y en su lenguaje llaman *aprender* al ejercicio de repetir. Si los maestros incurren en este error ¿qué mucho que participen de él los alumnos, y se crean instruidos en el mero hecho de haber aprendido las lecciones de memoria, sin cuidarse de entenderlas?

Los maestros de primeras letras se hallan tanto más expuestos á incurrir en este error, cuanto la memoria desempeña realmente el principal papel en los ejercicios propios de la primera edad, por ofrecer los medios más cómodos para la enseñanza.

La memoria es de dos especies: memoria de cosas y memoria de signos de cosas, esto es, de palabras ú otros instrumentos análogos. Ambas á dos deben caminar unidas; la primera se apoya en la segunda, pero esta no tiene valor ninguno sin aquella. De ordinario se las confunde, y lo que es peor todavía, descuidando la memoria de cosas por cultivar la de signos, se sacrifica el fin á los medios.

Detengámonos un momento, señores, á observar el mecanismo de la memoria, cuyas leyes suelen desconocer cabalmente los que más exigen de esta facultad.

Los fenómenos de la memoria se rigen por una ley admirable que abarca á la par la organización y la inteligencia: por la ley del enlace de las ideas. Maestros, que formais á vuestro arbitrio asociaciones de ideas en la mente de vuestros alumnos y que disponéis de ellas despues de for-

madas, ¡ fortalecedles á los niños una facultad que pone en sus manos tantos y tan multiplicados instrumentos, pues llegará un día en que tengan necesidad de hacer uso de ellos!

Y no crean VV. que este enlace de ideas se efectúa únicamente con las palabras; porque todo cuanto vemos, todo cuanto oímos, todo cuanto sentimos, todo cuanto experimentamos, todo cuanto pensamos, se enlaza en nuestra inteligencia, constituyendo lo que podríamos llamar asociación de cosas. Las palabras no son mas que signos, y nos suministran en este concepto un instrumento muy útil para las asociaciones reales, por cuanto reproducen la imágen de lo que ya hemos experimentado; pero las palabras no son útiles, sino en tanto que representan cosas, y no haríamos nada, por lo mismo, asociando entre sí palabras ó signos, si no asociamos á la par las ideas que representan. Esto supuesto, examinen VV. ahora formalmente á los alumnos que salen de la mayor parte de nuestras escuelas de primeras letras, y díganme qué representan realmente en su inteligencia las palabras y los fragmentos que han aprendido.

Repito, pues, que la primera regla, la regla fundamental para cultivar con fruto la memoria, es ejercitarla en la asociacion de ideas reales, usando y reteniendo las palabras solo como expresion de las cosas.

Tres son las principales condiciones que necesariamente debe tener la memoria: facilidad para establecer estas asociaciones de ideas; fidelidad para conservarlas exactamente y por mucho tiempo; y disposicion para emplearlas oportunamente cuando llega el caso; rapidez, constancia, flexibilidad, tales son las cualidades que hay que desarrollar en la memoria. El niño capaz de aprender con mas prontitud, de retener con mas fidelidad, y de recordar mas fácilmente lo que hubiere aprendido, es, sin duda alguna, el que mejor cultivada tiene la memoria.

La asociacion se forma con tanta mas rapidez, y se conserva con tanta mayor perseverancia, cuanto mas viva es la impresion que nos hacen los objetos y cuanto mejor los hemos observado; y como observamos mejor lo que nos interesa, resulta que tambien lo aprendemos mas pronto. Vean VV., pues, queridos oyentes, un motivo mas para procurar que el estudio agrade á los niños, si queremos que las lecciones se les graben bien en la inteligencia.

Las ideas se enlazan, ya por medio de la sucesion, ya por la simultaneidad, ya por la analogia. La experiencia cotidiana muestra á cada momento asociaciones de ideas de estas tres clases diferentes.

Nos representamos, por ejemplo, el camino que hemos seguido en un viage y recordamos las conversaciones que en él oímos: he aquí la asociacion sucesiva.

Nos representamos las diferentes partes de un cuadro ó los principales lugares de una region que hemos visto en el mapa: asociacion simultánea.

Con motivo de un discurso que oímos, se nos vienen á la memoria pensamientos y expresiones semejantes á los empleados por el orador, que ya habíamos leído ú oído en otra ocasion: ó bien, contemplando un lugar cualquiera, nos acordamos de otros que presentan el mismo aspecto y los mismos productos: asociaciones por analogia. El contraste ú oposicion de las cosas produce tambien en este concepto el mismo efecto que la analogia.

Las dos primeras especies de asociacion se forman de una manera hasta cierto punto accidental y fortuita, y por lo mismo es principalmente

mecánica la memoria que en ellas se apoya. Las asociaciones por analogía suponen comparaciones, y de aquí el carácter mas intelectual que tiene la memoria en este caso. Aprendamos á combinar acertadamente unas con otras; no nos limitemos á cultivar á los niños la memoria mecánica, sino antes bien fortalezcámosla constantemente con el auxilio de las analogías, que establecen entre las ideas relaciones metódicas: expliquemos claramente lo que queremos que los niños aprendan, pues se les quedará tanto mas grabado, cuanto mejor lo hubieren comprendido.

Por medio de las asociaciones de ideas fundadas en la analogía, adquiere aptitud la inteligencia para encontrar, cuando llega el caso, los materiales amontonados en la memoria; pues solo por medio de estas asociaciones nos es fácil colocar naturalmente cada cosa en su lugar y darle la aplicacion mas conveniente. Nadie ignora que es mucho mas fácil encontrar los objetos cuando están colocados en órden.

La repeticion frecuente es una de las cosas que prestan mas energía y constancia á los resortes de la memoria. El alumno que aprende la leccion, la repite cierto número de veces; y el maestro ignorante ó perezoso cree haber cumplido por su parte con obligar á los niños á que repitan la leccion hasta que se les grave bien en la memoria. Pero en ello no vemos todavía mas que un efecto mecánico: si desde el principio cuidasen de llamar la analogía en auxilio de la asociacion de ideas, se ahorrarian muchas repeticiones en otro caso necesarias. Muy conveniente es sin duda la repeticion; pero cuidemos al mismo tiempo de que los niños entiendan lo que repiten.

No habituemos á los niños, cuando les hagamos repetir las cosas, á reproducirlas siempre de la misma manera y sin variar absolutamente de órden; antes bien procuremos que varien y las combizen de otro modo, con lo cual adquirirán mas libertad y facilidad de memoria. Para conseguirlo debemos sorprenderlos, alterando el órden de nuestras preguntas.

Lo que sobre todo recomiendo á VV., es que pongan con frecuencia á sus alumnos en el caso de aplicar al mundo real los materiales acumulados por la memoria. (1) Que no se diga de ellos lo que se le ocurriria decir á cualquiera al ver salir de la escuela á ciertos niños: ¡cuánto trabajo perdido para atestarles la memoria de cosas que no han de servirles para nada! Probemos la memoria de nuestros alumnos en la piedra de toque de la experiencia: no empleemos en valde un instrumento tan precioso. Obligado á obrar, el niño hará sobre sí un esfuerzo que prestará mayor energía á su memoria. No sabemos bien las cosas sino cuando podemos darnos cuenta de ellas á nosotros mismos; y de ninguna manera se consigue esto mejor que poniéndonos en el caso de aplicarlas.

Variemos las asociaciones de ideas y los eslabones intermedios que las unen. Si la memoria no se compusiese mas que de una sola cadena de objetos eslabonados entre sí á continuacion unos de otros, seria una carga mas pesada que útil. Al ejercitar la memoria de nuestros alumnos, guardemos la simetría en el conjunto, no menos que la analogía en las particularidades. El modo de proceder de la memoria debe asemejarse al de una vasta sinfonia en que la armonia es el lazo de union de las di-

(1) Este es uno de los fundamentos de la educacion inglesa, y á él debe sin duda en gran parte la Inglaterra el hallarse á la cabeza del mundo civilizado. Allí se procura hacer del niño un hombre; al paso que en otros países hacen de los hombres pagayos. — M. B.

ferentes partes; y aun por eso la música contribuye muy eficazmente á la cultura bien entendida de esta facultad, no habiendo quien ignore que se retienen mucho mejor y mas fácilmente versos cantados, que no composiciones en prosa (1).

LECCION SEXTA.

CONTINUACION DE LA PRECEDENTE.—CÓMO FORMA EL MAESTRO DE PRIMERAS LETRAS EL JUICIO Y LA RAZON DE SUS DISCÍPULOS.

SEÑORES,

Continuemos estudiando los sorprendentes y maravillosos fenómenos de la inteligencia humana y las leyes que los rigen, para aprender á dirigirlos desde su principio. ¡Cuán interesante es ver nacer, crecer y desarrollarse la preciosa flor de la inteligencia, principalmente para el feliz jardinero encargado de cultivarla!

La atencion, la imaginacion y la memoria son, por decirlo asi, el vestíbulo de la inteligencia, á la cual suministran los materiales de su trabajo. La atencion le descubre lo presente, la memoria le recuerda lo pasado, y la imaginacion le representa lo porvenir. Tras ellas sigue el juicio, que se apodera de estos materiales y los elabora. La atencion, la imaginacion y la memoria preparan lo que el juicio realiza despues, convirtiendo en ideas las percepciones, y poniendo al espíritu humano en posesion de la verdad, conquista preciosísima en la cual se funda su imperio sobre la naturaleza.

Nada importa que nuestros alumnos tengan talento, viveza, penetracion, comprension rápida y un gran caudal de conocimientos, si les falta el juicio, pues en tal caso no poseerán tan preciosos dones sino para abusar de ellos. La falta de juicio es peor que la ignorancia, porque rompe y pervierte la ciencia.

Los maestros harian un beneficio incalculable á sus alumnos, dotándolos de un juicio recto y sólido; y sin embargo, ¿quieren VV. decirme quién se cuida en nuestras escuelas de formar el juicio de los niños y qué medios se emplean para conseguirlo?

Acaso se me dirá, que no es el maestro de primeras letras el encargado de enseñar la lógica; que los niños no se hallan aun en estado de juzgar; y que seria ridiculo en una escuela de primeras letras andar á vueltas con las fórmulas de Aristóteles.

Pero yo contestaré que en este punto tienen los maestros una obli-

(1) No se entienda por esto, como han creido algunos, que son preferibles los libros en verso para transmitir á los niños los conocimientos; por el contrario, como la memoria domina á las demas facultades de la inteligencia durante la niñez, los discipulos se apoderan de las combinaciones armoniosas antes que la reflexion penetre el valor ideológico de ellas; siendo preciso despues, para obtener este último resultado, exigir mucho mas esfuerzo intelectual del necesario cuando se presentan las nociones sin el aparato del ritmo. Los que hayan hecho un estudio teórico y práctico tan detenido como se requiere para penetrar los secretos de la inteligencia y deducir el mejor método de guiarla en su desarrollo, conocerán la exactitud de nuestras observaciones.—M. B.

gacion especial é importantísima que cumplir, cual es la de cuidar de que no se pervierta en su origen el juicio de los niños, causándoles un mal que luego suele ser irremediable, sino antes bien dirigirlo de manera que desde sus primeros pasos proceda con rectitud y firmeza; porque, dígame lo que se quiera, los niños tienen tambien juicio, si bien débil y limitado, y mas necesitado por lo mismo de ayuda y proteccion, principalmente para superar los obstáculos. El niño juzga desde la cuna, aunque sin saberlo, y quizás sin que nosotros mismos lo echemos de ver; y adopta tambien por imitacion las opiniones que oye, en lo cual suele haber gran peligro. Existe, pues, una lógica propia de la niñez, que no es ciertamente la lógica de las aulas, la del silogismo, sino una lógica que está al alcance de los niños, y es el arte de comprender los objetos de cuyo conocimiento son ya capaces.

No solo juzgan los niños, sino que de ordinario juzgan demasiado, aun sin saber; porque juzgan acerca de sus primeras impresiones y tambien bajo la fe de las personas que andan á su lado, todo lo cual da origen á innumerables errores. Evitarles, pues, los tropiezos, es enseñarles á marchar.

Examinemos las operaciones delicadas y ocultas por cuyo medio este juicio, pueril todavia, decide ó intenta ya decidir acerca de las cosas que le rodean, jugando en cierto modo con la mas alta prerogativa de la inteligencia humana.

El juicio es de dos maneras: uno que se aplica á los objetos reales, y otro que se ejerce únicamente en la esfera de nuestras propias ideas. El primero versa sobre hechos, y podriamos llamarle juicio positivo; el segundo, sobre relaciones, juicio abstracto.

El niño que por la direccion de la luz reconoce la direccion del sol, juzga de un hecho; y el que en un número compuesto descubre los números elementales que le forman, juzga de relaciones. Estas dos especies diferentes de juicios exigen géneros tambien diferentes de cultura.

Suele decirse comunmente, que el juicio no es mas que el resultado de la comparacion; pero si esto puede ser cierto respecto al juicio abstracto, que se limita á las relaciones de las ideas, no asi respecto del juicio positivo, que versa sobre los hechos; y aun por eso suele estar mas descuidada la cultura de esta última especie de juicio; pues la generalidad de los maestros ejercita á los niños en disertar, repetir proposiciones y hacer definiciones, descuidando el habituarlos á ver los objetos reales.

Tratándose del conocimiento de los hechos, la observacion es la que forma el juicio; y como los niños, no tan solamente son capaces de observar, sino que encuentran en ello complacencia, debemos dejarles satisfacer esta alicion, que es el instinto de una necesidad verdadera; procurando solo habituarlos á no detenerse en vista de la primera apariencia de las cosas; á observar con orden é ilacion, y á notar el resultado de sus observaciones. Las cosas mas familiares, las mas sencillas, pueden servir para esta práctica utilísima, y lejos de desdeñarlas, debemos comenzar, por el contrario, apoderándonos de lo que encontremos mas á mano.

Pestalozzi ha prestado á las madres un servicio inmenso enseñándoles la manera de dirigir la observacion de los niños hácia los objetos que les rodean. Mientras mas cerca se hallen estos de la vista del niño, mejor los comprenderá, pudiendo por lo mismo ejercitarse con mucho fruto en

este primer campo. Para cerciorarnos de que observa, invitémosle á dar cuenta de lo que haya visto, y así sentirá mas todavía la necesidad de observar.

El estudio de la historia natural influye prodigiosamente en la bondad y rectitud del juicio de los que se dedican á él con asiduidad, esto depende del hábito que se adquiere de observar tranquila y metódicamente. Para el que observa con atencion, el espectáculo de la naturaleza es por sí solo una lógica sencilla y muda, mas eficaz que la de los libros. No vacilemos, pues, en poner desde luego á vista de los niños que frecuentan nuestras escuelas los primeros elementos de la historia natural, que tantos atractivos tienen aun para la infancia, por cuanto no la sacan de la esfera de sus impresiones ordinarias, ni se le presentan con el aparato del estudio. Por ventura ¿no juegan hasta los niños mas pequeños con las producciones de la naturaleza que caen en sus manos? Un insecto, una flor, una hoja, un grano de arena, todo puede ser para los niños motivo de observaciones familiares, á la par que útiles.

Ejercitar á los niños en la observacion, es hacerles notar la situacion de los objetos, sus propiedades, su uso, las partes de que se componen y las relaciones que entre ellas existen. Empero no basta que comprendan los hechos sueltos y aislados, sino que desde luego debemos llamarles la atencion hácia el encadenamiento de los sucesos y la conexion que existe entre los efectos y las causas; porque esto es lo que contribuirá principalmente á formarles el juicio, habituándolos á inquirir y á comprender el *porqué* de todas las cosas. Para esta clase de observaciones no es necesario variarles la escena ni trasladarlos á la esfera mas elevada de la ciencia. Su corta experiencia personal, su experiencia de cada momento les ofrecerá gran copia de textos para esta clase de inducciones. De este modo podemos observarles el origen de todas sus impresiones, así como las consecuencias de todos sus actos. El curso del agua, la caída de una piedra, la constante sucesion de los principales fenómenos celestes, las leyes del desarrollo de las plantas y todos los procedimientos de las artes, son otros tantos motivos, preparados de antemano, para ofrecer á los niños ocasiones de distinguir una causa que obra ó un efecto que nace. Basta interrogarles acerca de cuanto se presenta á su vista, haciéndoles sucesivamente estas dos preguntas: ¿como ha sucedido eso? ¿qué resultará de aquí?

El niño es incapaz de calcular sus fuerzas: y tanto mas impaciente de abarcarlo todo, cuanto mas ignora, está muy expuesto á pagarse de explicaciones frívolas. Guardémonos de fomentar esta predisposicion, cual lo hacen indebidamente los que aplauden á los niños que se aventuran á hablar sin ton ni son de cosas que no entienden. Procedamos con prudente lentitud, si queremos que los niños adquieran juicio sólido.

Nada contribuye tanto á dar solidez al juicio, obligándonos á comprobar las cosas, como el someter lo que creemos saber á la piedra de toque de la práctica; y por eso conviene traer incesantemente al niño á esta prueba evidente y sensible en todas las opiniones que forme. La práctica desvanecerá ó confirmará la exactitud de su opinion, mucho mejor que todas nuestras reflexiones. Pongamos, pues, al niño en el caso de obrar y de aplicar á la práctica los conocimientos que cree haber adquirido. ¡Cuánto no se alegrará si logra el éxito esperado! Y al mismo tiempo ¡qué leccion tan saludable, si los resultados llegan á desmentir su observacion! De seguro experimentará mas de una vez este desengaño, pero sacará de

él preciosos frutos, porque aprenderá á desconfiar de sí mismo, é irá así de dia en dia formándose insensiblemente en la escuela de la experiencia.

Para con los niños que no han salido aun de la infancia debemos ser mucho mas sóbrios respecto á los juicios que se refieren únicamente á las relaciones de las ideas. Las nociones generales y abstractas no se encuentran aun á su alcance, y así es que, ó no las comprenden, ó las comprenden mal, formándose de este modo nociones confusas, que es lo que mas contribuye á pervertir el juicio. Para el maestro podrá ser muy cómodo presentar fórmulas que son en su concepto definiciones ó axiomas; pero el pobre niño, al repetirlas, maneja un instrumento que no se ha hecho para él, y ofuscada su inteligencia, se habitúa á repetir palabras cuyo significado y valor no conoce.

Los consejos relativos á la formacion de la clase de juicio que hemos denominado abstracto, pueden resumirse en esta sola regla: hágase que el niño conciba claramente las cosas que haya de juzgar.

Por tanto, pongan VV. especialísimo empeño en que el niño no emplee las palabras, sino dándoles un sentido exacto. El abuso de las palabras es el escollo mas temible para el juicio; abuso que es mas fácil y necesario evitar de antemano, que no reprimir despues de arraigado. Ahora bien: el verdadero medio de conseguirlo es cuidar, desde el principio, que los niños no admitan ni empleen palabras que no tengan en su mente una significacion clara y exacta. Aprendiendo mal la lengua materna es como, sin echarlo de ver, comenzamos á extraviarnos el juicio.

¡Maestros de primeras letras, he aquí una de vuestras mas esenciales é importantes tareas, harto descuidada por desgracia! Los niños llegan á la escuela conociendo al parecer la lengua materna, que han aprendido sin embargo al acaso, apresurándose á repetir todas las palabras que oyen, por mas que en su mayor parte no les representen ninguna idea, y que sean muy pocas las que usen en su verdadero valor y exacto significado. En cierto modo hay que comenzar de nuevo todo este aprendizaje de la lengua materna, y es preciso que dirigidos por VV., aprendan los niños á llamar las cosas por sus verdaderos nombres, sin que para ello haya necesidad de coger el diccionario y recorrer una por una todas las voces de la lengua; pues á cada instante se presentarán naturalmente ocasiones de conocer si el niño entiende bien el significado de las expresiones que emplea, y de hacer que le complete ó rectifique, cuando haya padecido equivocacion. No disimulen VV. nunca á sus alumnos el que hablen sin saber lo que dicen, y cuando esto suceda, oblíguenles por medio de preguntas á que lo confiesen ellos mismos, que quizás al conocer que hablaban de una cosa superior á sus alcances, aprenderán á ser mas circunspectos; y si por el contrario, se trataba de una cosa que fuesen capaces de comprender, procuren VV. guiarlos para que lleguen á concebirla por sí mismos, pues vale mas que reformen por sus propias reflexiones lo que hayan aventurado ligeramente, que no el que VV. se lo corrijan.

Si queremos que los niños conciban claramente lo que dicen, no les demos al principio sino nociones muy sencillas; y para que en realidad las comprendan, valgámonos con preferencia de las que puedan presentarse bajo formas sensibles. Cuando llegue el caso de hablarles de ideas abstractas, pongámoselas de bulto por medio de ejemplos y de imágenes. Observemos el encadenamiento de las ideas, procuremos que el niño no pase nunca de una á otra sin estar familiarizado con las an-

teriores, haciéndole volver atrás con frecuencia, para recorrer nuevamente el camino ya andado. Y no desdeñen VV. descender así á los primeros elementos de los conocimientos, pues solo á este precio podrán formarles el juicio á sus alumnos, y aun quizás ganarán en ello VV. mismos mucho mas de lo que pueden figurarse.

El sentido comun, señores, es para el espíritu humano una de las necesidades mas imprescindibles, que va delante de la ciencia, delante del talento, como instrumento universal aplicable á todo y continuamente, sin que nada pueda reemplazarle. La educacion del sentido comun comienza desde la primera edad de la infancia, se forma con el auxilio de la experiencia ordinaria, aun sobre las cosas mas sencillas, y no deja penetrar en la inteligencia sino ideas claras y distintas. El sentido comun es un don de la naturaleza, que deben proteger, conservar y auxiliar los maestros de primeras letras. El sentido comun es para la inteligencia lo que la rectitud para el carácter.

En este punto, señores, podemos felicitarlos por las circunstancias particulares en que VV. se encuentran; que si bajo otros conceptos les ofrecen grandes dificultades y obstáculos, bajo este les proporcionan incomparables ventajas para cultivar tan precioso don en sus alumnos. Cuando los niños llegan por primera vez á la escuela, saliendo, por decirlo así, de los brazos maternos, llevan todavía consigo los tesoros de candor é ingenuidad que tanto encanto prestan á la niñez; nacidos, por lo general, en las clases de la sociedad en que reinan hábitos de sencillez y en que el sentido comun viene á ser ya una especie de tradicion, nada artificial ni facticio ha alterado todavía en ellos las santas inspiraciones de la naturaleza. VV. los que fueren á establecerse en pueblos, encontrarán tambien en este punto eficacísima ayuda en la influencia del espectáculo de la naturaleza, de la vida campestre y de los hábitos ordenados y pacíficos que tanto contribuyen á la rectitud de la inteligencia. En las escuelas dirigidas por VV. no se alimentarán los alumnos con las vanas sutilezas que enseñan el peligroso arte de desconocer y menospreciar la evidencia; no se ejercitarán en disputar sobre todas las cosas, valiéndose de argucias miserables; no se les darán á conocer los artificios del lenguaje que hacen perder la huella de la verdad; antes bien se les conducirá directamente al fin, sin dejar que se extravíen por torcidas sendas; considerarán los objetos frente á frente, verán las cosas como son en sí; las dirán como las ven; é ignorarán el arte de los sofismas. VV. evitarán entrar con ellos en discusiones ociosas y en argumentaciones frívolas, alimentándoles solo con la experiencia familiar de los hechos. Cabalmente porque su esfera es limitada, la recorrerán con mas seguridad. Verdad es que sabrán poco, pero eso poco á lo menos lo sabrán bien y no tendrán la ambicion de juzgar lo que no entienden.

El sentido comun pone todo su empeño en comprender lo que es realmente esencial en las cosas; quiere siempre considerar los objetos de cerca; es positivo, sumamente práctico, prudente y reservado; es, en una palabra, la buena fé de la inteligencia. En materia de argumentos, seamos, sóbrios con nuestros alumnos; hablémosles con sencillez y verdad; no abusemos de nuestra superioridad por el gusto de verlos cortados, y alejemos de ellos hasta la sombra del saber ficticio. Bueno es sin duda que deseen salir de su ignorancia, pero que esto sea para instruirse realmente y no para parecer instruidos. El se-

tido comun no tiene enemigo mas temible que la vanidad, madre de la afectacion y de la desordenada ambicion de la inteligencia. Por vanidad quiere el hombre hacerse notable saliéndose del camino trillado, y cree distinguirse de los demas abandonando la sencillez de la naturaleza. Ya observarán VV., que un niño dominado por el amor propio muy rara vez deja de equivocarse; que se agita, se inquieta, lo exagera todo y atormenta su ingenio para distinguirse y brillar; que procura, en fin, engañarse á sí mismo. El amor propio le lleva á aventurar ligeramente su opinion; por amor propio se obstina en sostenerla; el amor propio, en fin, le sugiere mil pretestos para no confesar su error ó su ignorancia.

Ahí tienen VV., queridos oyentes, la lógica propia de nuestros alumnos, quiero decir, el sentido comun, sentido que parece un instinto, pues consiste efectivamente en seguir con fidelidad las indicaciones de la naturaleza, y se conserva en la mente, como la inocencia en el corazon.

¿Qué es cabalmente lo que caracteriza á las inteligencias extraviadas? ¿que enfermedad intelectual es la que, permítaseme esta comparacion, nos hace mirar torcidamente los objetos, como si fuéramos bizcos del entendimiento; la que hace que nos apasionemos con predileccion de las ideas extravagantes; la que compromete la dicha de los que la padecen, y suele ser causa de no pocas perturbaciones sociales? El rasgo característico por el cual reconocerán VV. toda inteligencia pervertida, es el no considerar esta nunca las cosas mas que por un lado, y decidir sin completo conocimiento de causa. De aquí la facilidad con que las inteligencias sutiles pueden llegar á corromperse; pues la misma habilidad con que penetran hasta las mas pequeñas particularidades, suele ser causa de que se extravíen en ellas. La rectitud de la inteligencia consiste en el hábito de considerar los objetos en todas sus relaciones y en su conjunto.

De lo expuesto deducirán VV. cuan necesaria es á los niños nuestra ayuda en sus primeros ensayos, y con cuanto desvelo deben prestársela, siendo, como son VV. en realidad, sus primeros guias. Los niños suelen ser de suyo ligeros, volubles, ansiosos de novedades y enemigos de toda aplicacion. Abandonados á sí propios, no harian mas que desflorar la superficie de las cosas, pasando sin cesar de un objeto á otro, á manera de mariposas. Deber de VV. es sostenerlos y habituarlos á que se fijen, y no abandonen ninguna nocion sin haberla considerado en sus diferentes fases. Limitándoles el espacio, y haciéndoles acertar el paso, su marcha será mas firme y segura. Así lo comprendió perfectamente Pestalozzi, y por eso sus alumnos no tocaban cosa ninguna sin hacer de ella un inventario exacto, ni atravesaban ningun lugar sin recorrerle en todas direcciones. No debemos, sin embargo, llevar hasta el exceso la aplicacion de esta regla, ni engolfarnos en pormenores sobrado minuciosos y pueriles. Mirado muy de cerca un objeto, ofusca la vista; y mirado de muy lejos, no se le distingue bien. Aprendamos, pues, á colocar á nuestros alumnos á la distancia conveniente y en el verdadero punto de mira, á fin de que puedan contemplar bien lo que estudian.

Consistiendo la corrupcion de la inteligencia en el hábito de mirar incompletamente las cosas, nada predispone tanto á los niños á contraer esta enfermedad intelectual como la precipitacion, porque no puede verse sino superficialmente lo que se mira muy de prisa. Moderemos la impaciencia de nuestros alumnos, y enseñémosles á esperar y á fijarse en las cosas. Moderemos tambien nuestro propio anhelo, al instruirles, descon-

fiando de los adelantamientos precoces en demasía, y no pasando á un nuevo órden de ideas hasta que esten muy arraigados los que deben precederle y servirle de fundamento. El maestro de primeras letras debe desconfiar mucho de las sujestiones de la vanidad, que podrian cegarle y ofuscar su propia inteligencia. Los niños son víctimas con harta frecuencia del vituperable amor propio de los maestros, quienes por el deseo de que se luzcan ostentando adelantamientos prematuros, suelen olvidarse de las condiciones esenciales para la exactitud de la inteligencia. Aprendamos á moderar nuestras pretensiones; que no se nos pidan prodigios, y serémos beneméritos de la generacion naciente, solo con que desde muy luego le demos la prudencia por guía; porque la prudencia, señores, protege tanto á la niñez como á cualquiera otra edad de la vida.

Las pasiones que extravian la voluntad, concurren asimismo á pervertir el juicio. El hombre apasionado solo ve los objetos por el lado que le interesa, y es completamente ciego por lo que toca al lado contrario. En los amigos no vemos mas que sus buenas prendas, ni en los enemigos mas que sus defectos; un hombre asustado es incapaz de buscar recursos contra el peligro; un hombre irritado no escucha ya la justificacion de su adversario; y para el hombre que cede á un arrebató de sus sentidos, se extingue por entonces la antorcha del deber. Vigilemos, por tanto, los primeros impulsos del alma, para conservar á nuestros niños la bondad y rectitud de inteligencia. Lo digo y lo repito una y mil veces, queridos discípulos: la virtud es el verdadero, el principal maestro del hombre. Séanle fieles nuestros alumnos; que todos los demas bienes vendrán luego con ella. Haciéndolos buenos, los hacemos á la par sensatos. Purifiquemos sus afectos, conservémosles la apacible serenidad de la inocencia, y apartemos muy lejos de ellos cuanto, corrompiendo su corazon, pueda perturbarles el juicio.

La organizacion de nuestras escuelas de enseñanza mútua tiene varios medios tan ingeniosos como sencillos para formar el juicio de los alumnos. Tal es, por ejemplo, la continúa fiscalizacion de estos entre sí, y el universal y no interrumpido cambio de rectificaciones recíprocas: forzoso es que cada cual aprenda á juzgarse á sí propio, teniendo, como tiene, por vigilantes y por censores á todos sus condiscípulos; forzoso es asimismo que sean equitativos los juicios acerca del trabajo de los compañeros, pues el que faltase á la equidad seria desmentido por la opinion de todos; los jóvenes instructores se habituan desde luego á juzgar imparcialmente, por la facilidad con que se truecan los frenos entre reprobadores y reprobados, pasando los unos á ocupar el lugar de los otros. Tal es también el tribunal de alumnos establecido para decidir acerca de las faltas que se cometan, y para decretar las recompensas merecidas; manera de jurado, en pequeño, en el cual pueden sentarse todos, ya como jueces, ya como acusados, aprendiendo cada cual de este modo á ser tan severo para consigo mismo, como justo para con los demas (1).

Los niños son naturalmente crédulos por dos razones: la primera, porque son confiados; y la segunda, porque su inteligencia es débil to-

(1) No es de esta opinion el muy entendido secretario de la *Sociedad escolar británica y extranjera* Mr. Henry Dunn. Nuestros lectores podrán ver las ideas que sobre el particular estampa en el párrafo 52 de su excelente obra intitulada *Principios de enseñanza ó manual de escuela normal*, pues la damos á luz traducida de la 12.^a edición de Lóndres, formando parte de nuestra Biblioteca. — M. B.

avía. Esta predisposicion natural á la credulidad debe ser considerada como un beneficio de la Providencia. La confianza de los niños es digna, por tanto, de todo nuestro respeto, pues al echarse en nuestros brazos invocan un apoyo. Sostengámoslos, guiémoslos, pero fortalezcámosles á la par la inteligencia, y enseñémosles á conducirse; que si todavía no son racionales, deben prepararse para llegar á serlo. La educacion de la razon es lenta, dificil; y reclama, por lo mismo, todos nuestros cuidados.

La razon es el guia del hombre, la reina del entendimiento, el fruto de la reflexion y de la experiencia; privilegio nobilísimo, que establece una distincion profunda entre el hombre y los animales, haciendo á aquel susceptible de conocerse y de reformarse á sí propio. Dominados los niños por las impresiones sensibles, no se hallan en estado de preguntarse ni darse cuenta de lo que quieren ó de lo que piensan; pero, ¡cuántos hombres de edad provectora son niños todavía bajo este concepto!

La razon, verdadero maestro del hombre, ha elegido á VV. para que sean sus mensajeros, le abran las vias, ejerzan sus derechos, preparen su obra, y le sirvan de intérpretes. ¡Que la razon, pues, resalte en las acciones de VV., no menos que en todas sus palabras! ¡Sean VV. su imágen viviente, la propia razon personificada! El ejemplo será siempre la mejor de todas las enseñanzas.

Que, guiados por VV., aprendan poco á poco los niños á reflexionar; á cuyo fin no deben VV. desperdiciar ninguna de las ocasiones que se les presentarán á cada momento; pero que no obedezcan aquellos ciegamente á la imitacion, á la rutina, sino que aprendan á darse cuenta á sí propios de lo que hacen, para que sepan despues conducirse.

El niño principiante incurrirá, sin duda, en muchos errores: mas no importa, pues así se alcanza la inestimable ventaja de que aprenda á desconfiar de sí mismo; y el auxilio del maestro le será tanto mas útil, cuanto mas persuadido esté de su necesidad, al invocarle. Acudan VV. entonces á su lado, pero solo para ayudarle á ponerse otra vez en buen camino. ¡Cuántas veces no nos extraviamos, aun los hombres de edad madura! Y ¡cuántas no solicitamos tambien el auxilio de un guia! Los primeros frutos de la razon son la reserva y la prudencia.

La razon de los niños no se forma á fuerza de axiomas ó de máximas teóricas, ni de largas disertaciones, mas propias para hacerlos palabreros y decidores de razones, que no para enseñarles á tener razon; sino habituándoles á replegarse sobre sí mismos antes y despues de obrar: antes, para darse cuenta de lo que van á hacer, por qué, y cómo; y despues, para reconocer si está bien ó mal lo que han hecho.

El hombre es racional porque es libre, y es libre por que es racional. Procuremos, pues, que nuestros alumnos ejerciten poco á poco su libertad, á fin de que, sintiéndose responsables para consigo mismos, aprendan pronto por experiencia propia á reflexionar. Ni temamos dejarles algunas dificultades por resolver; que si les allanamos todos los obstáculos, mal podrán descubrir el secreto de sus propias fuerzas, ni aprender á valerse oportunamente de ellas.

Si la razon da poder y derecho al hombre para gobernarse á sí propio, tambien le enseña á reconocer, respetar y seguir á sus guias, ó en otros términos, á tener fé. Hasta los sábios tienen ciertas creencias, pues aceptan hechos basados en el testimonio de otros hombres. ¡Cuánto mas no ha-

bran de menester este auxilio seres sencillos é inexpertos! Hacer, pues, que nuestros alumnos aprendan á apoyarse en la autoridad, como representante que es de la verdad para ellos, vale tanto como seguir cultivando su razon. ¡Que apreudan á creer lo que merece ser creido, y á recibir de una mano amiga el fruto que no pueden coger por la suya propia! El conocimiento que tienen los niños de su insuficiencia es una de las causas de sus continuas preguntas y de su predisposicion á la credulidad; mas la ligereza y la pereza les exponen tambien á abandonarse á la ventura. Aprendan, pues, á creer, pero con discernimiento; que así será su fé mas sólida. Por lo mismo, pongamos especialísimo cuidado en no abusar jamás de su credulidad, engañándolos, ó haciendo que se paguen de vanas palabras: vale mil veces mas que no vacilemos en confesarles nuestra propia ignorancia.

Los niños de comprension tardía ó de inteligencia débil reclaman con preferencia nuestra ayuda. Los maestros suelen mirar casi siempre con notoria predileccion á los alumnos en quienes descubren mejores disposiciones para el estudio, considerándolos como honra y prez de su escuela; pero semejante preferencia es injusta en alto grado, porque su principal esmero deben tenerle con los niños mas torpes, á los cuales acabarian de desanimar si los rechazasen con desprecio al paso que redoblando su celo y su perseverancia, pueden obtener con el tiempo adelantamientos inesperados, de que nadie hubiera creido capaces á ciertos niños.

La inteligencia humana es un principio activo y espontáneo, cuya educacion consiste en el desarrollo ordenado de aquella actividad. Formemos de nuestros alumnos seres que piensen y no máquinas. «Pero ¿qué vuelo, se me dirá, puede tomar la inteligencia de los niños en una escuela de primeras letras, donde los principales ejercicios se reducen á leer y á escribir, ó como si dijéramos, á operaciones casi mecánicas?» A lo cual responderé que las operaciones que parecen mecánicas, esto es, que ejercitan los órganos del cuerpo, se ejecutarán tanto mejor, cuanto exigen por sí mismas el concurso de la inteligencia. El hombre no ejecuta ni una sola accion, en que su mente no tome una parte mas ó menos considerable: al trazar el niño los primeros caractéres, compara la forma que va á dibujar, con el modelo que tiene á la vista, y las formas compuestas con las simples y primitivas. El niño que aprende á leer, sin la traba del deletreo, puede atribuir desde luego cierto sentido á los caractéres que tiene delante, y por consiguiente no está ociosa su inteligencia. Así en el uno, como en el otro caso, el niño, mientras su mano y su vista se ejercitan, reflexiona, raciona y se interesa mas por lo que hace. Hasta las artes y los oficios estriban en la combinacion de las operaciones de la inteligencia con el mecanismo de la ejecucion material.

En las escuelas de Alemania y de Suiza se practica con muy buen éxito cierto género de ejercicios, poco conocido todavia en las nuestras, y al cual dan los maestros el nombre de *ejercicios de la inteligencia*. Consisten estos en alternar cierta especie de diálogo entre el maestro y los alumnos con algunas composicioncitas por escrito, sumamente fáciles y familiares, que los alumnos sacan de sus lecturas ordinarias ó de sus relaciones habituales, y que les conducen á explicarse sus propias ideas, á expresarlas con claridad y exactitud, aprendiendo al mismo tiempo á hacer buen uso de la lengua materna. Para estos ejercicios se les da un asunto que esté á su alcance, ó se les exige que refieran un hecho de que hayan sido testigos, ó que escriban una carta. No quiero decir con esto, señores, que

nos propongamos formar en nuestras escuelas literatos ni filósofos, sino solo que tratemos de poner en movimiento las cortas facultades de nuestros alumnos, sin sacarlas de la esfera que les corresponde. En las escuelas de párvulos, de que habrémos de tratar mas adelante, verán VV. ya puestos en práctica ejercicios análogos á los que nos ocupan, por niños todavía mas pequeños. Formar el juicio y la razon es el único medio de lograr que la instruccion sea sólida á la par que provechosa. El error y la ignorancia son hermanos.

La ignorancia es de suyo un manantial perene y fecundo de errores; y á la par que extravía al hombre degradándole, puede producir, en multitud de circunstancias, consecuencias funestísimas, así para el individuo, como para la sociedad. ¡Vean VV., si nó, á los hombres frenéticos que se precipitan sobre un infeliz, mas sinceramente religioso quizás que ellos mismos, pero culpable á sus ojos por no participar de su creencia, y que aplauden su suplicio, creyendo así honrar á la Bondad y Verdad suprema con semejante exceso de crueldad y de injusticia. ¡Vean tambien á las poblaciones amotinadas contra los ciudadanos generosos que se presentaban para ser sus libertadores, convirtiéndose ellas mismas en instrumentos voluntarios de la tiranía! ¡Vean las extraviadas turbas aseesinando hasta dentro de las ciudades á los médicos que se sacrificaban por la salud de los enfermos, y acusándoles de producir por medio del veneno las enfermedades que procuraban curar y evitar con sus preservativos! ¡Vean las masas amotinadas ó sediciosas, acaso sin saber por qué, cediendo ciegamente á terrores pánicos ó á falaces exaltaciones! ¡Vean los grupos de artesanos que se lanzan á destruir las máquinas y las fábricas, creyendo conquistar medios de trabajo con violencias atentatorias á la prosperidad y á la libertad de la industria, sin conocer que los aparatos inventados para economizar los gastos de fabricacion suministran, en el mero hecho de aumentar el consumo mas trabajo del que suprimen, por la sencillez del producto! ¡Vean la ciega muchedumbre que en los momentos de carestía se precipita en los mercados, violenta al vendedor y al propietario de granos, impone tasa y roba, creyendo destruir de este modo los obstáculos que amenazan á la subsistencia comun, sin ver que la libertad y la seguridad del comercio de granos es la única seguridad positiva de la abundancia! ¡Vean los grandes corrillos reunidos en nuestras plazas públicas al rededor de los charlatanes, escuchándolos con crédula avidez, y recibiendo de ellos con la mayor confianza toda suerte de específicos, tan dañosos de ordinario á la salud como al bolsillo! Siempre y en todas partes la ignorancia será víctima de la relumbrante exterioridad y de las sugestiones de los que se proponen engañarla, y se dejará llevar por la corriente, desconfiando solo de la experiencia y de la razon.

La ignorancia es alternativamente desconfiada y presuntuosa; acoge todos los rumores falsos; rechaza los buenos consejos; proscribte las mejoras, y da origen á las extendidas y arraigadas preocupaciones vulgares, cuyos efectos suelen ser tan funestos como deplorables. El que no conoce las verdaderas causas de los acontecimientos, adopta para explicarlos las primeras suposiciones arbitrarias que se le presentan, y cierra en seguida los ojos á la luz de la verdad, porque cree estar ya en lo cierto. Y ¿qué otra cosa es la creencia en hechicerías, encantamientos y maleficios, sino una consecuencia de la ignorancia de las leyes mas sencillas de la naturaleza? ¿Qué otra cosa es la supersticion sino la ignorancia de las verdaderas relaciones que existen entre el hombre y el

Criador? La rutina que se arrastra servilmente siguiendo las prácticas mas viciosas; la servil imitacion que copia los ejemplos mas erróneos, ¿qué otra cosa són sino el fruto de la ignorancia, que acepta cualquier guía por la imposibilidad de dirigirse á sí propia?

Las preocupaciones vulgares tienen por rasgo característico el ser de difícilísima destruccion cuando llegan á establecerse y arraigarse, pues resisten á todos los racionios y aun á la evidencia. Procurémos conjurar en su origen esta plaga, atajando en la generacion naciente el contagio de las preocupaciones vulgares. VV. pueden hacerlo mejor que nadie, como verdaderos tutores de la primera edad de la niñez, valiéndose para ello de la instruccion sólida, que es el mejor antídoto. Los hombres de inteligencia vacía acogen todo género de patrañas; los de inteligencia débil coden á las primeras impresiones; las tinieblas están siempre pobladas de fantasmas.

Tal es el origen de la singular predisposicion del vulgo á acoger todo lo maravilloso; cuanto mas extraordinaria fuere una narracion, cuanto mas inverosímil é increíble, tanto mas fácilmente hallará crédito en los ignorantes. De aquí nace tambien la facilidad con que se tienen por ciertos los crímenes mas atroces, cabalmente en razon de su atrocidad, y aunque estén destituidos de pruebas. De aquí la credulidad con que se aceptan las explicaciones mas extravagantes de hechos muy naturales, por cuanto estas explicaciones hieren mas vivamente la imaginacion, y no sorprende lo que sigue el curso natural de las cosas. De aquí el poder del charlatanismo y el arte con que los charlatanes se valen de cuanto puede deslumbrar la vista y cautivar la imaginacion; y como la vivacidad de las impresiones se aumenta con el misterio de la oscuridad que las acompaña, vendrá en seguida la ignorancia á redoblar su prestigio. El populacho acusará á la administracion pública de la carestía del pan y de la paralizacion de la industria; un ejército derrotado acusará á sus gefes de traidores; y los *lazzaroni* de Nápoles atribuirán á San Genaro las calamidades del país. Personificaráse el acaso, el hado, poder misterioso y terrible, colocado fuera del alcance de nuestra inteligencia y nuestra industria, y reemplazará á las causas reales, próximas y que nos era dado dominar ó prever á lo menos.

Enseñemos á nuestros alumnos que la casualidad es una palabra sin sentido; que el gobierno de la creacion no depende del ciego acaso, sino que todo se rige en ella por leyes ciertas, constantes, generales, emanadas de la suprema sabiduría del Criador. Esta sola verdad, profundamente grabada en el corazon de los niños, será un arma universal, un escudo impenetrable para defenderlos de multitud de ilusiones peligrosas. Y ¿cómo los convencerémos profundamente de esta verdad fundamental sino mostrándoles á cada momento en los fenómenos que los rodean la accion regular de las causas naturales, patentizándoles que aun los acontecimientos, al parecer mas extraordinarios, no son mas que el resultado de las leyes comunes, y que los desórdenes aparentes se explican por el orden general del conjunto? La instruccion sólida que ilustra, fortalece y satisface á la razon no exalta la vanidad; ¡sea siempre la instruccion para nuestros alumnos un medio de mejoramiento moral é intelectual, pero jamás un objeto de ostentacion! ¡intrúyanse para ser útiles, que no para dominar! La vanidad corrompe las mejores cosas desde el momento que las toca. El hombre adquiere por la instruccion el legítimo sentimiento de su dignidad personal; mas la verdadera instruc-

cion le hace modesto, mostrándole que ignora mucho mas de lo que sabe; y le enseña á conocer el verdadero precio de las cosas y á buscarle en la realidad, no en la apariencia; en la satisfaccion de las necesidades de la propia vocacion, no en la vana y ridícula presuncion del orgullo.

LECCION SEPTIMA.

CONTINUACION DE LA ANTERIOR.—DEL MÉTODO.

SEÑORES,

El método decide del éxito de la enseñanza, porque es el guia del estudio.

Los maestros hábiles se forman y distinguen por la eleccion del método y por la manera de emplearle. El discípulo ayudado de un buen método, no necesita por lo comun de maestro.

Por eso todos los trabajos de los hombres que se afanan por la propagacion de las luces, se dirigen á conseguir la perfeccion de los métodos; empero no todas las tentativas tienen igual éxito.

En la actualidad, señores, se nos habla mucho de métodos, por todas partes se nos presentan métodos nuevos; y cada inventor alaba exclusivamente la excelencia del suyo. Si fuésemos á dar oídos á todas estas deslumbradoras promesas, no sabriamos á quién escuchar, y á cada momento andariamos variando, con la esperanza de seguir mejor camino. Para fijar nuestras ideas sobre esta materia, tenemos necesidad de gran discernimiento y de suma circunspeccion. Procuremos ilustrarnos por medio de algunas reflexiones, sencillas y fundamentales sobre un punto de importancia capital para VV. (1), pero que presenta gravísimas dificultades.

Distingamos ante todo los verdaderos métodos de los meros procedimientos; pues son cosas que vemos de ordinario confundidas. El método traza el camino que ha de seguir la inteligencia y el orden con que han de presentársele las ideas; mientras que el procedimiento no pasa de ser un instrumento exterior y mecánico, propio para ejecutar ciertas operaciones. (2). Muchos pretensos inventores nos alaban pomposamente su

(1) El Dr. Tomas Brovvn, de Edimburgo, da tal importancia al arte de enseñar, que le califica de *el mas noble de todos*. Esto en boca de un filósofo tan profundo tiene mucho valor.—M. B.

(2) Sentimos no estar conformes en este punto con el ilustre Baron, y haber de combatir sus opiniones. Nosotros creemos que los *métodos* no son otra cosa que conjuntos de reglas para dirigir acertadamente la inteligencia en sus operaciones tanto de adquisicion como de transmision de ideas, y los *procedimientos*, modos de conducirse al observar aquellas reglas. Los métodos son pues la teoria del arte; los procedimientos, la práctica. Decir que el procedimiento es un instrumento exterior y mecánico para ejecutar alguna cosa, es confundir la práctica de las artes con los útiles, los aparatos etc. que se emplean en las operaciones artisticas: es con relacion á la enseñanza, lo mismo que asegurar que los libros, las plumas, los cuerpos de carpinteria, los tableros contadores, etc., son otros tantos procedimientos, lo cual es absurdo.

En otro lugar entraremos de lleno en la exposicion razonada del origen y desarrollo de los métodos, y demostraremos hasta la evidencia cuan poco fundamento tienen muchas de las ideas que se han propagado en Europa acerca de este importante ramo de los conocimientos que deben adornar al profesor de primera educacion.—M. B.

método, cuando no han hecho otra cosa que imaginar algun procedimiento.

Distingamos tambien las formas generales que abrazan todo el sistema de la enseñanza, de los métodos especiales por que se rigen los diversos ramos del saber.

VV. saben muy bien que los sistemas generales de organizacion de las escuelas primarias se refieren á tres formas principales; la enseñanza individual, la enseñanza simultánea y la enseñanza mútua. Un corto número de reflexiones bastará para caracterizar estos tres sistemas y para que podamos apreciar su mérito relativo.

En la enseñanza individual, cada uno de los alumnos recibe directa y separadamente las lecciones del maestro; aunque cierto número de niños estén reunidos en una misma sala, reciben muy pocos preceptos comunes, pues cada cual procede con corta diferencia como si estuviera solo; y el maestro pasa sucesivamente de uno á otro, señalándole su tarea y corrigiéndole en particular.

En la enseñanza simultánea, el maestro instruye y dirige á un tiempo á cierto número de alumnos, hablando y obrando de una sola vez para todos; y todos hacen tambien á un tiempo y en conjunto las mismas cosas. Sin embargo, como no es igual la capacidad de todos los alumnos, ni todos han comenzado tampoco en el mismo dia, ni adelantado con igual rapidez, la escuela se divide necesariamente en cierto número de clases en las cuales se hallan distribuidos los alumnos con arreglo á sus fuerzas.

La enseñanza simultánea, lo mismo que la individual, establece una relacion inmediata y directa del profesor con los alumnos, al paso que la enseñanza llamada mútua pone entre el uno y los otros cierto número de instructores, escogidos de los mismos alumnos; permitiendo así que se hagan en las escuelas numerosas subdivisiones de que no es susceptible la enseñanza simultánea, y que se individualice la direccion y la vigilancia, sin destruir la armonía del conjunto.

La enseñanza individual se practica todavía en la mayor parte de nuestras escuelas de primeras letras. El venerable canónigo de Lasalle instituyó la enseñanza simultánea, destinándola á la congregacion de los hermanos de la doctrina cristiana. La enseñanza mútua, ya practicada en la antigüedad, fué recomendada en Francia por el sabio Rollin y practicada en Paris desde el siglo pasado por Herbault, por el caballero Paulet, y como ya indiqué en otra leccion, por nuestro querido padre Gaultier, que descubrió nuevamente en Inglaterra el principio fundamental de esta enseñanza. Bell y Lancáster organizaron este sistema bajo dos formas diferentes, desarrollándole en muy extensa escala; allí le estudiaron algunos filántropos franceses, que le establecieron despues en Francia. Muy luego, en 1815, quedó naturalizado, si bien con algunas modificaciones, por el celo de mis dignos amigos los señores Jomard, Bailly, Francœur, Delaborde, el padre Gaultier, etc.; y desde aquella época se ha ido perfeccionando gradualmente hasta el punto en que le ven VV. hoy en las escuelas de esta capital. La enseñanza individual tiene la ventaja de que pueden adaptarse las lecciones á la disposicion y á la capacidad especial de cada alumno, y proporcionarse constantemente á sus adelantamientos; pero debiendo atender el maestro á cierto número de alumnos, se ve obligado á pasar de uno á otro, de donde resulta que cada alumno se encuentra por cierto espacio de tiempo abandonado á sí propio y sin tener quien le dirija y vigile. Por consiguiente, el número de alumnos que un

solo maestro puede enseñar por este sistema, tiene que ser necesariamente muy corto, so pena de quedar aquellos tanto mas abandonados cuantos mas fueren.

La enseñanza simultánea es notoriamente superior á la individual. El maestro que preside á cada clase se dirige á toda ella, tiene fija su vista en todos los alumnos, y todos le escuchan, siendo por tanto las operaciones mas sencillas y mas rápidas; el tiempo y las fuerzas del maestro se distribuyen con menos dispendio; la imitación y la simpatía animan y sostienen á los niños en el camino que todos juntos recorren; y la armonía de sus trabajos los mantiene naturalmente disciplinados. Con todo, es muy difícil que en una clase algo numerosa tengan todos los alumnos el mismo grado de capacidad y de instruccion; de donde resulta que los mas débiles se quedan atrás y no adelantan, mientras que los mas fuertes tienen que detenerse para esperar á sus condiscipulos. La tarea del maestro es muy pesada, pues exige á cada instante toda la actividad de su vigilancia y toda la energía de sus facultades.

Con la enseñanza mútua se obtiene aun mayor simplicidad y economía en los medios: un solo maestro basta para todas las divisiones de la escuela, y vemos reunidos bajo su direccion hasta quinientos niños, sin que se note la menor confusión, la menor incertidumbre, el menor retardo en las operaciones. Por medio de la clasificación que permite hacer de los alumnos, la enseñanza mútua da lugar á que se les distribuya con arreglo al grado exacto de capacidad que tengan. A la simultaneidad en la direccion y en la vigilancia general, reúne este sistema una verdadera individualidad de accion de cada alumno, pues cada cual observa á sus iguales, y es observado por ellos, desplegando á cada instante todo el esfuerzo de que es capaz, y subiendo, bajando y volviendo á subir incesantemente, siempre al nivel de su mérito respectivo. La enseñanza mútua, por consiguiente, reúne las ventajas del sistema simultáneo y las del individual, tomando del uno la sencillez de los medios y del otro la energía de la accion. Su principal mérito consiste en que pone constantemente á cada niño en el caso de emplear todas sus fuerzas.

En los otros dos sistemas de enseñanza, el maestro conserva relaciones mas directas y continuas con los alumnos, y puede por lo mismo influir mas en ellos; pero si en la enseñanza mútua su accion no es tan inmediata, obra, sin embargo, por medio de los instructores, que son sus órganos, á los cuales forma y dirige, reproduciéndose y multiplicándose por medio de ellos. Al desempeñar el cargo de instructores, los alumnos vuelven á recorrer las materias que ya han aprendido, las comprenden mejor y se afirman mas y mas en lo que ya saben. La mútua trasmision de conocimientos que se efectua entre los alumnos redobra las fuerzas de cada uno de ellos; y la instruccion descende mejor al alcance de los niños en todas las clases, viniendo por conducto de sus condiscipulos.

Justo es reconocer, sin embargo, que las formas de la enseñanza mútua no producen verdadero fruto, sino en escuelas que se prestan, por el crecido número de alumnos, á todas las subdivisiones propias de este sistema, y que permiten dejar á cada una de ellas la suficiente amplitud y vida propia. Cuando no pasa de ochenta el número de alumnos, es menos perceptible la utilidad de este sistema, y debe preferirse el simultáneo.

Justo es reconocer tambien, que excluyendo las formas de la ense-

ñanza mútua las conferencias del maestro con los alumnos, y no habiendo entre ellos comunicacion intelectual directa, desaparecen las ventajas de este sistema en los estudios que ejercitan principalmente la inteligencia y tienen por objeto el desarrollo de las ideas (1).

Por lo demas, las tres formas generales de que acabamos de hablar pueden combinarse entre sí de diferentes maneras, segun las necesidades de los alumnos, las circunstancias especiales de la escuela y la habilidad del maestro, al cual toca elegir la mas conveniente en las condiciones en que se encuentre, alternando á veces entre aquellas tres formas, pero sin confundirlas.

Pasemos ya á los métodos de enseñanza propiamente dichos.

El método debe conformarse, por una parte, con la naturaleza de la cosa enseñada, y por otra, con las dotes del alumno que la estudia; el método que mas cumplidamente llene estas dos condiciones, es, sin duda el mejor; y á ellas debemos atender principalmente, cuando tratemos de estimar el mérito de los métodos que se nos propongan. El maestro que conozca bien la materia que haya de enseñar y la capacidad del alumno dedicado á estudiarla, sin duda encontrará fácilmente por sí mismo el método mas adecuado, sin necesidad de consultar obras didácticas. Quejémonos por lo comun de la inteligencia de los niños, cuando estos no comprenden nuestras lecciones; pero en justicia, deberíamos quejarnos mas bien de nuestra propia ignorancia ó de nuestra falta de habilidad, por haber querido enseñar al niño cosas que nosotros mismos no entendemos bien, ó que su inteligencia no se halla todavía en estado de concebir. Muy de ordinario los maestros saben mal lo que quieren enseñar, y raras veces aciertan á ponerse al alcance de alumnos poco preparados todavía para el trabajo del estudio.

Todo método se funda en el orden, que es su esencia; y como el orden estriba en la analogía, resulta que el método natural es el que mas se conforma con la analogía real que existe entre las cosas. Mientras menos se aparte de la naturaleza, mas sencillo, regular y luminoso será el método. Estudiemos, pues, las relaciones de las cosas, para que nos sirvan de guia en la marcha que hayamos de seguir al exponerlas.

Siendo de dos especies las relaciones que existen entre las cosas, son por consiguiente de dos especies también los métodos que podemos seguir para estudiarlas: hay métodos de clasificacion, fundados en las relaciones que constituyen la semejanza ó desemejanza de las cosas, consideradas como independientes entre sí; y métodos de deducion, fundados en las relaciones que constituyen el encadenamiento y la dependencia de las cosas, consideradas como derivándose unas de otras. De los primeros tienen VV. una imágen en el arreglo de una biblioteca ó de un jardin botánico; y de los segundos, en una operacion aritmética, ó en la argumentacion de un abogado. Los métodos de clasificacion distribuyen los objetos en géneros, especies y familias, procurando

(1) El profesor inglés Pillans decia en 1836 á propósito de esta opinion, bastante general en Francia, lo siguiente: «El método mútuo (monitorial) está lejos de haber alcanzado en Francia el punto de desarrollo á que debe llegar. Depende esto en gran parte de que aun allí están los maestros en la creencia de que solo puede confiarse á los niños la enseñanza mecánica de *leer, escribir y contar*; idea contra la cual tenemos la refutacion práctica en nuestras escuelas, donde los monitores desempeñan con acierto otros cargos relativos á la educacion intelectual y moral.— M. B.

darles nombres, ó representarlos con signos que expresen los caracteres distintivos de cada clase del sistema; y los métodos de deducción sacan las consecuencias de los principios y observan la conexión que existe entre las causas y los efectos. Los primeros serán tanto mas conformes á la naturaleza de las cosas cuanto mas atiendan, al determinar los géneros, las especies y las familias, á los caracteres verdaderamente esenciales, y cuanto mas intimamente se enlazen con las leyes generales de la organización de los seres; y los segundos, cuanto mas se atemperen á las leyes lógicas y á las observaciones de la experiencia.

En esto consiste, señores, el mérito absoluto ó científico de los métodos; pero acabamos de ver que estos tienen tambien un mérito relativo, cual es, el hallarse en consonancia con el estado intelectual del alumno; y no debemos olvidar cuan débil es todavía la inteligencia de los niños. El método científico mas perfecto en sí mismo podrá no estar siempre al alcance de nuestros alumnos; por lo cual debemos partir desde el punto en que estos se encuentren, y exigirles solo aquellos esfuerzos de que sean capaces.

Así, la primera condicion de un buen método, considerado con relación al estado intelectual de los alumnos, será el comenzar por las nociones mas sencillas y con las cuales estén mas familiarizados. Al elegir métodos de clasificación, debemos preferir los que se funden en los caracteres mas sensibles, mas fáciles de percibir; y al elegir métodos de deducción, debemos huir de los que comienzan por principios abstractos, por reglas generales, y seguir la huella de las inducciones fundadas en las primeras nociones del sentido comun y en la experiencia habitual y cotidiana.

Determinado así el punto de partida, es menester que el alumno se ponga en marcha; y aquí tiene lugar la segunda condicion, cuyo objeto es economizar y dirigir bien sus esfuerzos. El método deberá ser, por consiguiente, sencillo y fácil, para lo cual ha de multiplicar hasta donde convenga los puntos intermedios de descanso, y no presentar nunca de una sola vez pormenores muy complicados; aprovecharse de cuantas circunstancias puedan contribuir á mantener la atención, y proceder siempre de lo conocido á lo desconocido. El método debe ser ante toda otra cosa muy claro, porque la claridad lo facilita todo en los trabajos intelectuales. La claridad puede ser de dos maneras: una que se refiere á las ideas, y otra á su expresión; pero ambas deben andar unidas y prestarse mútuo apoyo. Una idea es clara, cuando es completa y distinta; y una expresión es clara, cuando su sentido no da lugar á ambigüedades.

Consultemos las necesidades y la capacidad de los alumnos. Preocupados por lo comun los maestros de primeras letras con sus propias ideas, solo piensan en transmitir lo que creen saber, y tendrían á menos el instruirse por medio de sus discípulos. Sin embargo, estos son los que han de suministrar al maestro las primeras indicaciones. Dejemos que se manifiesten libremente por sí mismos, probando sus fuerzas; observemos cómo los dirige su instinto; cómo yerran y cómo aciertan; escuchemos sus preguntas; y seamos testigos de sus esfuerzos. De este modo lograremos ver realizados en ellos los votos de la naturaleza. ¿No es admirable el tierno desvelo con que las madres procuran penetrar las necesidades de sus hijos cuando todavía están en la cuna? Pues ese debe ser nuestro modelo, por que el niño que asiste á una escuela de primeras letras, se encuentra todavía en la cuna de la inteligencia.

En este punto nos será de grande utilidad el auxilio de los instructores, los cuales, como colocados entre el alumno y el maestro, se acomodan á la situacion del uno y á las ideas del otro, y sin saberlo quizás, nos darán con frecuencia muy buenos consejos.

Los métodos que se limitan á dar las reglas de lo que debe practicarse no merecen propiamente el nombre de tales. Los verdaderos métodos, son aquellos que iluminan la inteligencia y ejercitan su actividad. Para el maestro de primeras letras podrá ser muy cómodo limitarse á decir: *hagan VV. esto así*, y ser estrictamente obedecido; pero obrando de esta suerte tendrá que decirlo todo, y los alumnos se arrastrarán constantemente á su lado sin saber nunca obrar de otra manera, ni hacer mas que lo que el maestro les hubiere dicho. Procuremos por el contrario que comprendan, no solo lo que buscan, sino tambien por qué han de seguir tal ó cual camino para alcanzarlo; pues así adquirirán el arte de estudiar y podrán prescindir de la ayuda del maestro.

Los sentidos son las puertas por donde entran en la inteligencia las nociones; y así es, que los métodos de que se haga uso en las escuelas de primeras letras, deben apoyarse en formas sensibles, en comparaciones, ejemplos é imágenes, prestando, por decirlo así, cuerpo y forma al pensamiento. No exageremos, sin embargo, este recurso, ni abusemos de él; pues prodigando mas de lo justo las impresiones de los sentidos, faltariamos á la claridad de las ideas, y se habituarían nuestros alumnos á tomar la apariencia por realidad, con grave daño de la energía y viveza de su inteligencia. Las impresiones sensibles, no de otra suerte que el color dado por la naturaleza á sus producciones, deben dibujar las formas de las cosas, ponerlas de bulto, y hacerlas mas distintas; pero sin desfigurarlas ni oscurecerlas: deben auxiliar el trabajo de la reflexion, que no destruirlo.

Guardémonos, pues, de estimar el mérito de un método por la rapidez con que el alumno haya aprendido por él alguna cosa, ó por la fidelidad escrupulosa con que repita el texto de las lecciones que se le hayan enseñado; antes bien suspendamos nuestra admiracion á vista de tales supuestos prodigios, y desconfiemos de cuanto nos parezca extraordinario. Los progresos aparentes que lisongan el amor propio de los maestros, de los padres y de los alumnos, ocultan de ordinario graves imperfecciones é inconvenientes reales y positivos. La economía de tiempo es sin duda una gran cosa, cuando está bien entendida; porque tambien se desperdicia el tiempo empleándole en estudiar mal, y bien puede decirse que ha perdido el tiempo el que despues de mucho estudiar no sabe nada. La cuestion está, pues, en conocer la verdadera solidez de la instruccion recibida, y la mayor ó menor habilidad con que el alumno se sirva de ella; sin perder nunca de vista, que siendo esencialmente preparatoria la instruccion que ha de darse en las escuelas de primeras letras, no tanto se trata de averiguar con exactitud lo que el alumno sepa ya formalmente, quanto de conocer hasta donde llega su capacidad para concebir, juzgar, y continuar su propia instruccion sin el auxilio del maestro. De ordinario, los alumnos que al parecer adelantan con tanta precocidad, se encontrarán apurados cuando llegue el caso de pasar á las aplicaciones, mientras que los que hayan aprendido poco, pero bien, seguirán despues progresando con paso firme y seguro, mediante el desarrollo natural de su inteligencia.

Tanto para el maestro como para el alumno, el método ha de ser un

instrumento, no una traba; y así, no deben sujetarse á él ciega y rigidamente, sino emplearle con libertad, amoldándole á las circunstancias y sometiéndole á la piedra de toque de la experiencia cotidiana. Los maestros hábiles se apoderan del espíritu del método, para emplearle de la manera mas conveniente, modificando á veces las reglas particulares, sin faltar por eso á los principios generales. El método mas perfecto no producirá resultados bajo la direccion de un maestro que no lo comprenda ni esté penetrado de su espíritu, á la manera que las mejores herramientas son inútiles en manos de un trabajador que no sepa manejarlas.

Quando despues de maduras reflexiones hayamos adoptado un método, debemos saber atenernos á él en todo; porque es de esencia del método el ser consecuente consigo mismo. No intentemos conciliar métodos diferentes, cuando para ello habríamos de alterarlos ó confundirlos. No adoptemos precipitadamente cada nuevo método que aparezca, por grande que sea su mérito, con la esperanza de conseguir adelantamientos; no sea que la variación y la inconsecuencia nos hagan perder mucho mas de lo que podríamos ganar con la mejora de los medios de enseñanza.

Siendo la simetría la imágen del orden y la que le hace perceptible, y contribuyendo por otra parte á fijar la atencion y á ayudar á la memoria, en todo método se procura guardar cierta simetría de formas. No confundamos, sin embargo, esta simetría exterior con el método, ni mucho menos sacrifiquemos á ella el verdadero espíritu del método. La excesiva simetría llega á desagradar á la inteligencia, y aun á cansarla con la monotonía. Mitemos á la naturaleza, que con exquisito arte oculta constantemente, por medio de una variedad tan inagotable como graciosa, la simetría fundamental de sus planes.

Fácil es ya concebir cuál es el principio de la *intuición*, que profesores célebres han considerado como fundamento y alma de sus métodos, y cuál el mérito del mismo principio. La *intuición* es la vista, la contemplación directa, inmediata, de los objetos; la que sustituye la cosa definida á la definicion, la realidad á las fórmulas, los hechos á las convenciones.

El método adoptado por Pestalozzi para enseñar la aritmética ofrece un ejemplo palpable de lo que decimos. Entren VV. en nuestras escuelas de párvulos y observen los marcos, los alambres con bolas movibles de diferentes colores que sirven para enseñar los elementos de aritmética á los niños pequeños. En lugar de las nociones abstractas de los números y de las fórmulas que expresan sus relaciones, se les ponen á la vista las mismas cantidades personificadas por medio de objetos semejantes, fáciles de contar á la primera ojeada. De este modo ven los niños distintamente una bola, dos bolas, tres bolas, cuatro bolas, cinco bolas; ven tambien que una bola y una bola son dos bolas, que dos bolas y tres bolas son cinco bolas; que dos series de cinco bolas cada una son enteramente iguales; y las reunen fácilmente formando un todo, con lo cual llegan á la cúspide de la primera intuición y perciben clara y distintamente el número diez. Pasando despues á otro alambre, operan de nuevo con bolas de color diferente que representan las decenas, cuyas combinaciones todas se forman tambien distintamente á su vista por el movimiento de las bolas que se unen ó se separan. Lo mismo hacen sucesivamente con los listones de las centenas y de los millares, siempre con bolas á la vista que les representan los elementos. Luego descomponen los números de la misma manera que los han compuesto, viéndolos por decirlo así, romper-

Criador? La rutina que se arrastra servilmente siguiendo las prácticas mas viciosas; la servil imitacion que copia los ejemplos mas erróneos, ¿qué otra cosa son sino el fruto de la ignorancia, que acepta cualquier guía por la imposibilidad de dirigirse á sí propia?

Las preocupaciones vulgares tienen por rasgo característico el ser de dificilísima destruccion cuando llegan á establecerse y arraigarse, pues resisten á todos los ratiocinios y aun á la evidencia. Procurémos conjurar en su origen esta plaga, atajando en la generacion naciente el contagio de las preocupaciones vulgares. VV. pueden hacerlo mejor que nadie, como verdaderos tutores de la primera edad de la niñez, valiéndose para ello de la instruccion sólida, que es el mejor antídoto. Los hombres de inteligencia vacía acogen todo género de patrañas; los de inteligencia débil ceden á las primeras impresiones; las tinieblas están siempre pobladas de fantasmas.

Tal es el origen de la singular predisposicion del vulgo á acoger todo lo maravilloso; cuanto mas extracordinaria fuere una narracion, cuanto mas inverosímil é increíble, tanto mas fácilmente hallará crédito en los ignorantes. De aquí nace tambien la facilidad con que se tienen por ciertos los crímenes mas atroces, cabalmente en razon de su atrocidad, y aunque estén destituidos de pruebas. De aquí la credulidad con que se aceptan las explicaciones mas extravagantes de hechos muy naturales, por cuanto estas explicaciones hieren mas vivamente la imaginacion, y no sorprende lo que sigue el curso natural de las cosas. De aquí el poder del charlatanismo y el arte con que los charlatanes se valen de cuanto puede deslumbrar la vista y cautivar la imaginacion; y como la vivacidad de las impresiones se aumenta con el misterio de la oscuridad que las acompaña, vendrá en seguida la ignorancia á redoblar su prestigio. El populacho acusará á la administracion pública de la carestía del pan y de la paralización de la industria; un ejército derrotado acusará á sus gefes de traidores; y los *lazzaroni* de Nápoles atribuirán á San Genaro las calamidades del país. Personificaráse el acaso, el hado, poder misterioso y terrible, colocado fuera del alcance de nuestra inteligencia y nuestra industria, y reemplazará á las causas reales, próximas y que nos era dado dominar ó prever á lo menos.

Enseñemos á nuestros alumnos que la casualidad es una palabra sin sentido; que el gobierno de la creacion no depende del ciego acaso, sino que todo se rige en ella por leyes ciertas, constantes, generales, emanadas de la suprema sabiduría del Criador. Esta sola verdad, profundamente grabada en el corazon de los niños, será un arma universal, un escudo impenetrable para defenderlos de multitud de ilusiones peligrosas. Y ¿cómo los convencerémos profundamente de esta verdad fundamental sino mostrándoles á cada momento en los fenómenos que los rodean la accion regular de las causas naturales, patentizándoles que aun los acontecimientos, al parecer mas extraordinarios, no son mas que el resultado de las leyes comunes, y que los desórdenes aparentes se explican por el orden general del conjunto? La instruccion sólida que ilustra, fortalece y satisface á la razon no exalta la vanidad; ¡sea siempre la instruccion para nuestros alumnos un medio de mejoramiento moral é intelectual, pero jamás un objeto de ostentacion! ¡intrúyanse para ser útiles, que no para dominar! La vanidad corrompe las mejores cosas desde el momento que las toca. El hombre adquiere por la instruccion el legítimo sentimiento de su dignidad personal; mas la verdadera instruc-

cion le hace modesto, mostrándole que ignora mucho mas de lo que sabe; y le enseña á conocer el verdadero precio de las cosas y á buscarle en la realidad, no en la apariencia; en la satisfaccion de las necesidades de la propia vocacion, no en la vana y ridícula presuncion del orgullo.

LECCION SEPTIMA.

CONTINUACION DE LA ANTERIOR.—DEL MÉTODO.

SEÑORES,

El método decide del éxito de la enseñanza, porque es el guia del estudio.

Los maestros hábiles se forman y distinguen por la eleccion del método y por la manera de emplearle. El discípulo ayudado de un buen método, no necesita por lo comun de maestro.

Por eso todos los trabajos de los hombres que se afanan por la propagacion de las luces, se dirigen á conseguir la perfeccion de los métodos; empero no todas las tentativas tienen igual éxito.

En la actualidad, señores, se nos habla mucho de métodos, por todas partes se nos presentan métodos nuevos; y cada inventor alaba exclusivamente la excelencia del suyo. Si fuésemos á dar oídos á todas estas deslumbradoras promesas, no sabríamos á quién escuchar, y á cada momento andaríamos variando, con la esperanza de seguir mejor camino. Para fijar nuestras ideas sobre esta materia, tenemos necesidad de gran discernimiento y de suma circunspeccion. Procuremos ilustrarnos por medio de algunas reflexiones, sencillas y fundamentales sobre un punto de importancia capital para VV. (1), pero que presenta gravísimas dificultades.

Distingamos ante todo los verdaderos métodos de los meros procedimientos; pues son cosas que vemos de ordinario confundidas. El método traza el camino que ha de seguir la inteligencia y el orden con que han de presentársele las ideas; mientras que el procedimiento no pasa de ser un instrumento exterior y mecánico, propio para ejecutar ciertas operaciones. (2). Muchos pretensos inventores nos alaban pomposamente su

(1) El Dr. Tomas Brovvn, de Edimburgo, da tal importancia al arte de enseñar, que le califica de *el mas noble de todos*. Esto en boca de un filósofo tan profundo tiene mucho valor.—M. B.

(2) Sentimos no estar conformes en este punto con el ilustre Baron, y haber de combatir sus opiniones. Nosotros creemos que los *métodos* no son otra cosa que conjuntos de reglas para dirigir acertadamente la inteligencia en sus operaciones tanto de adquisicion como de transmision de ideas, y los *procedimientos*, modos de conducirse al observar aquellas reglas. Los métodos son pues la teoría del arte; los procedimientos, la práctica. Decir que el procedimiento es un instrumento exterior y mecánico para ejecutar alguna cosa, es confundir la práctica de las artes con los útiles, los aparatos etc. que se emplean en las operaciones artísticas: es con relacion á la enseñanza, lo mismo que asegurar que los libros, las plumas, los cuerpos de carpintería, los tableros contadores, etc., son otros tantos procedimientos, lo cual es absurdo.

En otro lugar entraremos de lleno en la exposicion razonada del origen y desarrollo de los métodos, y demostraremos hasta la evidencia cuan poco fundamento tienen muchas de las ideas que se han propagado en Europa acerca de este importante ramo de los conocimientos que deben adornar al profesor de primera educacion.—M. B.

autores, y especialmente en las del padre Gaultier, encontrarán VV. muchos y muy útiles ejemplos que deberán imitar, ensayándose en concebir y componer por sí mismos cuadros de esta especie, cuando se les presente ocasion y lo exija la mejor enseñanza, y haciendo que los alumnos los copien; pues de ninguna manera adquirirán estos mejor el hábito de descomponer y de combinar sus ideas, que trazando así en un cuadro el itinerario de sus estudios.

A veces estos cuadros ó tablas no representan mas que la clasificacion de los seres; en cuyo caso aparece el género como un tronco del cual salen las especies, y estas como ramas que dan origen á las familias; en el cuadro se ve palpablemente esta filiacion y se encuentran indicados los caracteres en que se funda y la nomenclatura que la expresa.

Otras veces representan las relaciones de las partes con el todo: así es como un cuadro sinóptico puede enumerar, por ejemplo, los diferentes órganos del cuerpo humano, y como vemos en los mapas la situacion respectiva de las provincias, de las ciudades, el curso de los rios y el asiento de las montañas.

Otras veces desarrollan la série de consecuencias emanadas de un principio; y en este caso puede decirse que los cuadros sinópticos son razonamientos materializados y puestos en movimiento.

A veces, en fin, manifiestan el orden con que deben ejecutarse ciertas operaciones, y el modo como proceden unas de otras: tales son, por ejemplo, los cuadros sinópticos que se usan para enseñar gramática.

Cuando pongan VV. un cuadro sinóptico en manos de los niños, cuiden de que no le recorran siempre en la misma direccion, sino que por el contrario le den vueltas y revueltas, tomándole ya por un cabo, ya por otro. Cuiden tambien de no tener siempre estos cuadros á la vista del niño, sino de reservarlos para el momento oportuno, á fin de hacérselos desear, y de que se les graben mejor, cuando los vean. De lo contrario, la pereza intelectual propia de la niñez encontraria en ellos un auxilio peligroso, porque los alumnos no se cuidarian de ejecutar con la inteligencia una operacion que tienen la certidumbre de encontrar ya hecha.

Así como hay objetos que por su excesiva complicacion no puede abarcar de una vez la inteligencia, así tambien hay otros que por demasiado lejanos se escapan al primer esfuerzo que hacemos para distinguirlos. Segun acabamos de ver, la análisis satisface cumplidamente la primera de estas dos necesidades; mas para la segunda existe un método que denominaremos *progresivo*, y que tiene muchos puntos de contacto con el anterior. Este método consiste en colocar, entre el objeto muy lejano todavia y los que están mas próximos á nosotros, la série de términos intermedios necesaria para poder pasar fácilmente de unos á otros; términos que nos suministrará naturalmente el enlace que tienen entre sí las cosas.

Supongamos, por ejemplo, que se trata de prever un efecto muy lejano todavia ó de descubrir una causa remota. Tanto en un caso como en otro tomaremos por punto de partida un fenómeno familiar y conocido; y para llegar al efecto ó á la causa desconocida, bajaremos ó subiremos gradualmente, siguiendo el orden de sucesion de los efectos ó el de dependencia de las causas. Pues supongamos que se trate de llegar á una verdad cuya demostracion no se presenta desde luego por sí misma. Como habrá de ser consecuencia de otra verdad ya bien conocida, tomaremos esta última por principio, y procederemos paso á paso siguiendo el

orden lógico de sus deducciones. Y si de lo que se trata es de resolver un problema, atenderemos á los datos conocidos, y subiremos por grados hasta encontrar la resolución que aparecía al principio rodeada de tinieblas.

La regla fundamental del método progresivo es *proceder siempre de lo conocido á lo desconocido*; pero no perdamos de vista que solo debemos entender por *conocido* para nuestros alumnos lo que les sea ya familiar, y que al pasar de lo conocido á lo desconocido conviene multiplicar los grados en razon inversa de la capacidad de cada niño.

Ya comprenderán VV. que un maestro de primeras letras que quiera estar siempre haciendo demostraciones, no podrá nunca enseñar bien á sus alumnos; pues por grande que fuese el mérito de su doctrina y la claridad de sus explicaciones, estos se quedarían sin ejercitarse prácticamente, violándose así una de las reglas mas esenciales de la enseñanza; cual es, la de ejercitar á los alumnos, teniéndoles constantemente en acción. Con todo, es preciso tambien que se establezca cierta comunicacion, cierto comercio intelectual, entre el profesor y los alumnos: así se adhieren estos insensiblemente al pensamiento del maestro, y este reconoce las necesidades y la disposicion de cada uno, con grande utilidad suya y de ellos. Tal es la ventaja que encontramos en el uso alternado de preguntas y respuestas. El diálogo, método favorito de los sábios de la antigüedad, presta especial animacion al estudio, y un encanto, un interés constantemente sostenidos; despierta la curiosidad; tiene siempre en espectacion á los alumnos; ejercita su actividad; y como no obran solos, lo hacen con mas ardor y valentia.

La demostracion directa no es siempre la mas corta, como pudiera creerse, y aun á veces es conveniente dar un rodeo para llegar mas pronto al fin. Imiten VV. al ingeniero que al abrir un camino en la pendiente de las montañas para traspasarlas, va dando vueltas y rodeos á fin de hacer menos incómodas las cuestas.

A veces conviene apelar á los contrastes para explicar lo que debe hacerse, dando el ejemplo de faltar á las reglas: tal es el uso que se hace en gramática de la cacografía; presentando á los niños locuciones viciosas para enseñarles á evitarlas. Este medio puede emplearse como accesorio, pero siempre con gran prudencia y reserva, cuidando de no erigirle jamas en sistema, ni aplicarle de una manera continua, pues llegaria á ser en tal caso mas dañoso que útil.

Indudablemente debe permitirse á los alumnos que pregunten, porque el preguntar es un derecho del que ignora y desea saber; mas no debe permitirseles que abusen de este derecho, sino que lo ejerciten con cierta sobriedad y cuando sea realmente necesario; esto es, cuando no puedan hallar por sí mismos lo que preguntan, siendo una cosa realmente útil, y á la cual pueda contestarse sin inconveniente. De otro modo fomentariamos su indolencia ó su indiscrecion, les haríamos perder el hábito de investigar, é introduciríamos el desorden en sus ideas. Cuando nuestros alumnos nos pregunten, nuestras respuestas deberán ser sencillas, claras y concisas, de tal suerte que mantengan viva la curiosidad á la par que la satisfagan. Si nos hace el alumno una pregunta impertinente, procuremos con destreza que conozca se ha separado de su camino ó que aspira á una adquisicion superior á su alcance.

Tambien el maestro debe hacer preguntas con el objeto de comprometer á los alumnos á que entren en reflexiones consigo mismos, y á que

ñanza mútua las conferencias del maestro con los alumnos, y no habiendo entre ellos comunicacion intelectual directa, desaparecen las ventajas de este sistema en los estudios que ejercitan principalmente la inteligencia y tienen por objeto el desarrollo de las ideas (1).

Por lo demas, las tres formas generales de que acabamos de hablar pueden combinarse entre sí de diferentes maneras, segun las necesidades de los alumnos, las circunstancias especiales de la escuela y la habilidad del maestro, al cual toca elegir la mas conveniente en las condiciones en que se encuentre, alternando á veces entre aquellas tres formas, pero sin confundirlas.

Pasemos ya á los métodos de enseñanza propiamente dichos.

El método debe conformarse, por una parte, con la naturaleza de la cosa enseñada, y por otra, con las dotes del alumno que la estudia; el método que mas cumplidamente llene estas dos condiciones, es, sin duda el mejor; y á ellas debemos atender principalmente, cuando tratemos de estimar el mérito de los métodos que se nos propongan. El maestro que conozca bien la materia que haya de enseñar y la capacidad del alumno dedicado á estudiarla, sin duda encontrará fácilmente por sí mismo el método mas adecuado, sin necesidad de consultar obras didácticas. Quejémonos por lo comun de la inteligencia de los niños, cuando estos no comprenden nuestras lecciones; pero en justicia, deberíamos quejarnos mas bien de nuestra propia ignorancia ó de nuestra falta de habilidad, por haber querido enseñar al niño cosas que nosotros mismos no entendemos bien, ó que su inteligencia no se halla todavía en estado de concebir. Muy de ordinario los maestros saben mal lo que quieren enseñar, y raras veces aciertan á ponerse al alcance de alumnos poco preparados todavía para el trabajo del estudio.

Todo método se funda en el orden, que es su esencia; y como el orden estriba en la analogía, resulta que el método natural es el que mas se conforma con la analogía real que existe entre las cosas. Mientras menos se aparte de la naturaleza, mas sencillo, regular y luminoso será el método. Estudiemos, pues, las relaciones de las cosas, para que nos sirvan de guia en la marcha que hayamos de seguir al exponerlas.

Siendo de dos especies las relaciones que existen entre las cosas, son por consiguiente de dos especies tambien los métodos que podemos seguir para estudiarlas: hay métodos de clasificacion, fundados en las relaciones que constituyen la semejanza ó desemejanza de las cosas, consideradas como independientes entre sí; y métodos de deducion, fundados en las relaciones que constituyen el encadenamiento y la dependencia de las cosas, consideradas como derivándose unas de otras. De los primeros tienen VV. una imágen en el arreglo de una biblioteca ó de un jardin botánico; y de los segundos, en una operacion aritmética, ó en la argumentacion de un abogado. Los métodos de clasificacion distribuyen los objetos en géneros, especies y familias, procurando

(1) El profesor inglés Pillans decia en 1836 á propósito de esta opinion, bastante general en Francia, lo siguiente: «El método mútuo (monitorial) está lejos de haber alcanzado en Francia el punto de desarrollo á que debe llegar. Depende esto en gran parte de que aun allí están los maestros en la creencia de que solo puede confiarse á los niños la enseñanza mecánica de leer, escribir y contar; idea contra la cual tenemos la refutacion práctica en nuestras escuelas, donde los monitores desempeñan con acierto otros cargos relativos á la educacion intelectual y moral. — M. B.

darles nombres, ó representarlos con signos que expresen los caracteres distintivos de cada clase del sistema; y los métodos de deducción sacan las consecuencias de los principios y observan la conexión que existe entre las causas y los efectos. Los primeros serán tanto mas conformes á la naturaleza de las cosas cuanto mas atiendan, al determinar los géneros, las especies y las familias, á los caracteres verdaderamente esenciales, y cuanto mas íntimamente se enlazen con las leyes generales de la organización de los seres; y los segundos, cuanto mas se atemperen á las leyes lógicas y á las observaciones de la experiencia.

En esto consiste, señores, el mérito absoluto ó científico de los métodos; pero acabamos de ver que éstos tienen también un mérito relativo, cual es, el hallarse en consonancia con el estado intelectual del alumno; y no debemos olvidar cuán débil es todavía la inteligencia de los niños. El método científico mas perfecto en sí mismo podrá no estar siempre al alcance de nuestros alumnos; por lo cual debemos partir desde el punto en que estos se encuentren, y exigirles solo aquellos esfuerzos de que sean capaces.

Así, la primera condicion de un buen método, considerado con relacion al estado intelectual de los alumnos, será el comenzar por las nociones mas sencillas y con las cuales estén mas familiarizados. Al elegir métodos de clasificación, debemos preferir los que se funden en los caracteres mas sensibles, mas fáciles de percibir; y al elegir métodos de deducción, debemos huir de los que comienzan por principios abstractos, por reglas generales, y seguir la huella de las inducciones fundadas en las primeras nociones del sentido comun y en la experiencia habitual y cuotidiana.

Determinado así el punto de partida, es menester que el alumno se ponga en marcha; y aquí tiene lugar la segunda condicion, cuyo objeto es economizar y dirigir bien sus esfuerzos. El método deberá ser, por consiguiente, sencillo y fácil, para lo cual ha de multiplicar hasta donde convenga los puntos intermedios de descanso, y no presentar nunca de una sola vez pormenores muy complicados; aprovecharse de cuantas circunstancias puedan contribuir á mantener la atención, y proceder siempre de lo conocido á lo desconocido. El método debe ser ante toda otra cosa muy claro, porque la claridad lo facilita todo en los trabajos intelectuales. La claridad puede ser de dos maneras: una que se refiere á las ideas, y otra á su expresion; pero ambas deben andar unidas y prestarse mútuo apoyo. Una idea es clara, cuando es completa y distinta; y una expresion es clara, cuando su sentido no da lugar á anfibologías.

Consultemos las necesidades y la capacidad de los alumnos. Preocupados por lo comun los maestros de primeras letras con sus propias ideas, solo piensan en transmitir lo que creen saber, y tendrían á menos el instruirse por medio de sus discípulos. Sin embargo, estos son los que han de suministrar al maestro las primeras indicaciones. Dejemos que se manifiesten libremente por sí mismos, probando sus fuerzas; observemos cómo los dirige su instinto; cómo yerran y cómo aciertan; escuchemos sus preguntas; y seamos testigos de sus esfuerzos. De este modo lograremos ver realizados en ellos los votos de la naturaleza. ¿No es admirable el tierno desvelo con que las madres procuran penetrar las necesidades de sus hijos cuando todavía están en la cuna? Pues ese debe ser nuestro modelo, por que el niño que asiste á una escuela de primeras letras, se encuentra todavía en la cuna de la inteligencia.

si, se la darán VV., porque á ello se comprometen hoy solennemente.

Si la instruccion se halla circunscrita en las escuelas de primeras letras á determinados límites, no sucede lo mismo con la educacion moral, cuyos beneficios podemos derramar sin tasa en nuestros alumnos, porque los dones de la virtud, sobre ser patrimonio de todos los hombres, de todas las edades y condiciones, constituyen á mayor abundamiento la riqueza del pobre, y la sabiduría de la niñez. Puede decirse, ademas, que este tesoro es hasta cierto punto indivisible, atento que la educacion moral forma un todo, un conjunto estrechamente enlazado, cuyo buen éxito depende de la armonía de los medios. No nos detengamos, pues, en nuestra laudable empresa, sino procuremos, por el contrario, abarcar bien todos sus diferentes ramos.

La educacion moral comienza para los niños mucho antes que frecuenten las escuelas de primeras letras, como que desde la cuna exige ya los mas asíduos cuidados. Las relaciones con las familias de los niños, ofrecerán á VV. desde luego un medio natural, aunque indirecto, de prestar á estos el auxilio que reclaman en su edad mas tierna. Obteniendo la confianza de las madres, las guiarán VV. con sus consejos, y me complazco en creer que sus palabras serán fácilmente comprendidas, y favorablemente acogidas. Las madres escucharán á VV. con confianza cuando les digan que la Providencia las ha encargado de esta primera educacion: el corazon materno comprenderá á VV. cuando le digan que esta educacion debe ser obra, ante todo, de la bondad; y la razou maternal aprobará los consejos de VV. cuando le digan que es preciso velar incesantemente por el niño que no es capaz todavía de conducirse; infundirle desde muy luego hábitos de orden, y mantenerle el ánimo siempre sereno y tranquilo. «La Providencia ha querido, les dirán VV., que los niños entren en la vida por la senda de la felicidad; cuidemos de que sus primeras impresiones sean apacibles y serenas; que el gozo y la alegría reinen en sus juegos; que el afecto y la confianza les sirvan de guia, y que no experimenten nunca los efectos del capricho, de la impaciencia, ni del mal humor. El niño, les dirán VV., procura imitar todo lo que ve: apartemos, pues, de su vista los malos ejemplos, y nosotros mismos presentémoselos siempre buenos.» Tambien les dirán VV..... pero ¿á qué cansarme? una madre verdaderamente digna de este nombre sabrá en el particular mucho mas que VV. y que yo. Recuerden VV. á los padres que deben ayudar á sus compañeras en tan delicados y tiernos cuidados; que la autoridad del gefe de la familia debe ser siempre benévola, tranquila, equitativa, indulgente. Enseñen VV. tambien á los hermanos mayores admitidos ya en la escuela, la manera de tratar á sus hermanos menores; que los buenos hábitos contraídos por los primeros bajo la direccion de VV., se irán trasmitiendo insensiblemente á los segundos. Si, como ya he indicado, pueden VV. establecer, ó lograr que se establezca en el pueblo en que residan, una escuela de párvulos, contribuirán por este medio, mas directamente y en mayor escala, á difundir en la niñez los principios de buena educacion. ¡Cuantos esfuerzos y cuidados no se ahorrarán VV., si sus alumnos vienen ya preparados de aquellos establecimientos! En este caso, solo tendrán VV. que continuar una tarea ya comenzada.

En el estado actual de cosas, triste es decirlo, los niños que van á las escuelas de primeras letras han sido, en su mayor parte, abandonados por los padres, si ya no es que han recibido en el seno de su familia, ó

entre sus compañeros, la educacion del vicio ó del desórden. En el primer caso tienen VV. que llenar un vacío y rescatar el tiempo perdido: en el segundo, la tarea es mas árdua, pues hay que desvanecer los hábitos adquiridos y purificar á los niños. Por lo demas, raro es el niño de educacion descuidada que no haya contraido ya algunos vicios; porque la sensualidad, el egoismo y la pereza se aprovechan de la falta de direccion y de vigilancia para pervertirle. Por tanto, el principal cuidado del maestro de primeras letras, al admitir á un alumno, será estudiar el estado en que se encuentra, y despues de reconocer el pernicioso influjo que puede ya haber experimentado, aplicarle el oportuno remedio y corregirle los malos hábitos adquiridos, cuidando siempre de proceder á esta reforma con la mayor indulgencia posible, porque los pobres niños son en este caso tanto mas dignos de compasion, cuanto no tienen ellos la culpa.

Todas las facultades é inclinaciones de que el Criador ha dotado al corazon humano son dones de su sabiduría y su bondad; la educacion las desarrolla y regulariza con el fin de encaminarlas á su destino y evitar que se abuse de ellas. Ya conocerán VV. que su principal conato en este punto debe ser estudiar bien á los niños, ya por lo tocante á las predisposiciones comunes, hijas de la situacion y de la edad, ya por lo que respecta á las individuales y propias de cada uno de ellos. que son las que constituyen la diversidad de talentos y caractéres. Prescindamos de las prevenciones que nuestros propios hábitos hayan podido crearnos, y no tratemos de infundir á los niños nuestras ideas é inclinaciones, suponiéndolos capaces de pensar y obrar como nosotros. Sin duda nos parecerán ligeros, imprevisores, crédulos, y dominados por las impresiones de los sentidos; pero al mismo tiempo curiosos, confiados, ingénuos, sensibles á la bondad, susceptibles de afecto y de entusiasmo, y capaces de conocer el precio de la equidad. No todos merecen el mismo juicio, ni que se les apliquen por consiguiente las mismas reglas de conducta: cuáles, arrebatados por su excesiva vivacidad, exigen principalmente que se les calme y se les modere; cuales otros, habiendo contraido hábitos de molicie, de dejadez y de apatia, necesitan que se les despierte, excite y anime. Los maestros que tienen experiencia y espíritu de observacion, echan de ver muy luego estas predisposiciones, atendiendo tambien para ello al temperamento de cada alumno, é informándose de cuantas circunstancias puedan haber influido en el ánimo de los niños, ya sean relativas á sus familias, á sus relaciones, á su método de vida, ó á su conducta anterior.

La primera inclinacion que se desarrolla en el hombre, aspirando al predominio sobre todas las demas, quiero decir, el egoismo, le ha sido dado como un móvil que le incita continuamente á velar por su propia conservacion. No extrañemos que se manifieste tan completamente desarrollado ya desde la aurora de la vida, ni que ejerza tanto imperio en la niñez y en las criaturas infortunadas á quienes acosan necesidades apremiantes y perentorias.

Desde el momento que entra el niño en la carrera de la vida, se encuentra delante del placer y del dolor, y su eleccion no puede ser dudosa; pero el placer presente y el dolor actual influyen mas en él que otros placeres y dolores remotos, aunque mas verdaderos, causándole mayor impresion un interés aparente, con tal de que sea palpable, que no una ventaja real y positiva, menos perceptible. Su error en este punto es el mismo que comete la mayor parte de los hombres; y aun en los niños es mas

excusable, porque carecen de experiencia, y sus impresiones son mas vivas. No nos irrite mos, pues, porque cometan este error, sino procuremos desvanecérselo, valiéndonos para ello del egoismo bien enténdido, y haciéndoles ver que las apariencias engañan, y que el buscar con ciega precipitacion los gozes, suele expiarse con crueles desengaños. Concedámolos, por lo demas, los placeres inocentes; que asi nos darán mas crédito, cuando les mostremos el daño que acarrear los falsos placeres.

Apresurémonos á dar á los niños sanas nociones acerca de la felicidad, pues están muy expuestos á dejarse arrastrar por el contagio de los errores esparcidos á su rededor, por la seducion del mal ejemplo, por el influjo de la apariencia, por los sentidos, por la vivacidad de imaginacion y por su natural impaciencia. Protejámolos desde luego para salvarlos de todos estos peligros, enseñándoles á gozar de los bienes que están á su alcance, á estimar el verdadero precio de los que poseen, y á disfrutar los verdaderos y sólidos placeres que la bondad divina derrama con tanta liberalidad sobre todos los hombres.

El amor propio engendra á algunos niños el deseo de dominar. Al principio solicitan los auxilios de que han menester; acostumbrados á obtenerlos, intentan despues exigirlos, irritándose cuando encuentran resistencia y complaciéndose en ser obedecidos; muy luego quieren seguir ejerciendo el mismo imperio, aun tratándose de meros caprichos, y exigen no solo que se satisfagan sus necesidades, sino que se respete en todo y por todo su voluntad; la benévola atención que se les dispensa, llega á parecerles un tributo obligatorio; quieren mandar, distinguirse, singularizarse; y en cada uno de sus iguales llegan á ser un obstáculo. Asi se forma y desarrolla la secreta vanidad que da origen á necesidades artificiales, á placeres y dolores ficticios, y que envenena la vida con el tormento de la inquietud y de la envidia. En los niños se manifiesta esta secreta vanidad por el deseo de alcanzar preferencia, por la ambicion de ocupar siempre el primer puesto, y por la importancia dada al trage. No siendo natural este extravío, sino efecto mas bien de las relaciones sociales, es mucho mas fácil evitarlo de antemano, que no remediarlo. Por fortuna nuestros alumnos están menos expuestos al pernicioso influjo de la vanidad que los hijos de los ricos y los jóvenes de edad mas avanzada, por lo cual nos encontramos en la ventajosa situacion de atender mas bien á preservarlos de este defecto que no á corregírselo. Los niños que pueblan nuestras escuelas de primeras letras están recién salidos de manos de la naturaleza; conservémosles los dones que de ella han recibido, y principalmente la candorosa modestia que desconoce la presuncion; la amable é interesante timidez propia de la inocencia é hija de la desconfianza que tienen de sí mismos.

Otros niños incurrén en el defecto contrario: sometidos desde luego á las humillaciones de la pobreza y de la dependencia, llegan á la escuela desanimados y abatidos por el temor. A estos niños debemos realzarlos á sus propios ojos, y devolverles la confianza en sí mismos y respecto de los demas. ¡Que obtengan de sus condiscípulos las consideraciones á que son acreedores, y que en la escuela, á lo menos, den al olvido las desgracias que los abruman! Este es, señores, uno de los objetos mas dignos del celo de los maestros. Consulten VV. su propio corazon, y él les dirá hasta qué punto deben consolar y aun respetar á los niños que tienen la desgracia de llevar el vestido de la indigencia. Si preferencia hubiese de haber, debería recaer siempre en ellos, como para indemnizarles de su infortunio.

Otros niños tienen algún vicio exterior de conformación, alguna deformidad repugnante, que da origen quizás á la aversión ó á la burla de personas poco delicadas; y suelen ser, por lo mismo, tímidos y encogidos, avergonzándose á cada momento por la especie de disfabor que acompaña á su persona. Protejamos también con benevolencia á estos niños, y procuremos darles á entender que nadie hace alto en la circunstancia que los aflige.

A la par que sofoquemos en su origen toda inclinación capaz de romper el corazón de nuestros alumnos, cuidaremos muy especialmente de despertarles y alimentarles un sentimiento de legítima y laudable altivez, manifestándoles que solo deben avergonzarse de ser viciosos. La dignidad de la naturaleza humana ha de mantenerse inviolable en todas las condiciones de la vida; y no debemos permitir que experimente la menor alteración, ni aun en la primera edad. Los niños deben ya respetarse á sí mismos, pues el aceptar el envilecimiento, bajo cualquier forma que fuere, los colocaría en la pendiente resbaladiza de los vicios más funestos. Siempre será poco cuanto hagamos para alejarles de la vista toda imagen degradante, y del corazón toda inclinación servil, toda propensión á la baja. Nuestros alumnos podrán ser pobres, pero no se avergonzarán de su pobreza, porque se considerarán dignos de la estimación general, al ver que les concedemos la nuestra.

A la par que atendiendo á la felicidad de nuestros alumnos, les preservemos del egoísmo desordenado que es contrario á su propio fin, les cultivaremos los afectos sociales, que atendiendo á la felicidad general, deben servir de contrapeso al egoísmo, y triunfar de él las más veces. Tampoco en este punto tendremos que hacer más que obedecer los designios de la Providencia, y auxiliar las indicaciones de la naturaleza.

Formando al hombre para el estado social, la Providencia le ha dotado de sentimientos que deben unirle á sus semejantes; por eso, aunque débil y escordido quizás, el germen de la benevolencia existe ya, aun en los niños de edad más tierna, y por eso propende á desarrollarse, siquiera sea lentamente, en virtud de las relaciones que se establecen entre el niño y las personas que le rodean. En la mayor parte de nuestros alumnos suele estar poco desarrollado este germen, acaso por haberle sido contrarias las circunstancias. Maltratados quizás por padres inhumanos, ó abandonados desde la cuna, ya es mucho que tengan siquiera alguna idea del encanto que producen los afectos de familia. Deber de VV. es, queridos discípulos, remediar en lo posible esta falta.

No se trata, por cierto, de ordenar la benevolencia con máximas, ni de imponerla con preceptos: otros son los medios con que deben VV. despertar la sensibilidad en el tierno corazón de los niños. El primero, el más eficaz consiste en la ternura que VV. mismos les profesen, la cual aconsejará á VV. mucho mejor que pudiera yo hacerlo. Amen VV. á los niños, que así aprenderán ellos á amar también, porque el amor es de suyo en gran manera simpático, y reclama correspondencia. Los niños conocen muy bien el amor que se les tiene: lo leen en las miradas; en los ademanes, en las mil particularidades á que da origen una ternura verdaderamente paternal; el corazón se les conmueve á vista de tan sincera y continua benevolencia; se adhieren involuntariamente al que conocen que así los protege y corre á su lado con alegría: en su maestro han encontrado un amigo. Procuremos que nuestra benevolencia los acompañe, aun fuera del recinto de la escuela, que los siga por todas partes y la echen de ver

hasta en el hogar paterno. Si enferman, irémos á visitarlos; si por ventura se les maltrata, intervendrémos en su favor; si necesitan que se les preste algun servicio, nosotros se le prestarémos; si experimentan algun pesar, los consolarémos. Y no es necesario para ello obrar ni hablar mucho, sino observar las ocasiones y aprovecharlas, pues un paso dado á tiempo, una palabra dicha apropósito producirán resultado. El afecto se engendra en el corazon de los niños por medio de la gratitud: por eso la Providencia los ha constituido en la mas completa dependencia de los beneficios ajenos; por eso ha confiado á la ternura mas perfecta que existe en la tierra, á la ternura maternal, la primera educacion del corazon humano. Apoderémos de este benéfico influjo, y no temamos desempeñar á veces el papel de madres para con tan tiernas criaturitas.

Hagamos todo lo posible por obtener la confianza de los niños; pues la confianza abre el corazon y le predispone para las mas tiernos afectos. Obteniendo la confianza de los niños tendrémos muchas mas ocasiones de serles útiles. Depositarios de sus deseos, de sus pesares y de sus temores, á la par que les satisfacemos las necesidades, podrémos tranquilizarles el ánimo. Entregándose á nosotros con confianza, comenzarán á amarnos y nos manifestarán que cuentan con nuestro cariño. No les echemos nunca de nuestro lado con mal modo; escuchémosles con paciencia; animémosles cuando esten muy intimidados; inspirémosles la mas grata confianza en nuestras relaciones con ellos; y tratémosles de manera que conozcan que cuanto hacemos por ellos es por su propio bien y no por el nuestro. No los engañemos nunca, ni abusemos jamas del poder que con su confianza nos otorgan, sino hagamos que redunde siempre en su beneficio.

Disipemos, pues, las nubes de la tristeza, si por acaso viniesen á oscurecer alguna vez el horizonte de nuestra escuela; reinen siempre en ella, aun en el seno del orden y del trabajo, la apacible serenidad, el contento y la alegría, concediendo á los niños para conciliar todas estas cosas el grado conveniente de libertad, á fin de que sean felices, y estén siempre tan contentos y satisfechos como fuere posible. La tristeza oprime el corazon: la alegría predispone al abandono y á la confianza.

Maestros de primeras letras ¡qué placeres tan nuevos y tan puros os están reservados, si preside este espíritu á vuestras relaciones con los alumnos! ¡Cuán dichosos se considerarán estos al reunirse á vuestro lado! Y si hasta entonces hubieren experimentado muy poco los efectos de la benevolencia, el contraste de su nueva vida con estos tristes recuerdos les hará todavía mas grato el precio de la proteccion que alcanzaren á vuestro lado. Al principio no piensan mas que en gozar del bien que les hacemos, pero muy luego echan de ver que ellos pueden tambien, en justa correspondencia, contribuir de algun modo á nuestra satisfaccion; que pueden entristecernos ó alegrarnos; y este descubrimiento presta nuevo carácter á la gratitud infantil, que anhela tambien hacernos felices. ¿Qué mas podemos pedirles?

Las relaciones recíprocas de los alumnos ofrecen una influencia de distinto género. No es ya la gratitud del débil para con el protector que le colma de beneficios, la que excita en este caso los afectos de amor y de benevolencia; antes bien nacen estos de la igualdad de todos los niños y de su recíproca independenciam. Aquí la accion del maestro no puede ser directa; mas lejos de permanecer extraño á lo que pasa á su vista, debe preparar de una manera invisible, con prudencia y prevision, los lazos que han de unir á sus alumnos.

La escuela es para el niño una imagen de la sociedad en que ha de vivir algun dia; debe servirle como de noviciado, y proporcionarle lo necesario para el nacimiento y desarrollo de la simpatía, que es la condicion comun. La reunion de los niños en las escuelas de primeras letras comienza ya á despertar la simpatía en el mero hecho de formar con ellos una pequeña comunidad bajo la direccion de un solo guia. Todo lo que estrecha los lazos de esta comunidad infantil, todo lo que multiplica el cambio recíproco de pensamientos y de afectos, todo lo que liga mas íntimamente á sus miembros, contribuye en la misma proporcion á estrechar la union de los corazones. ¡Procuremos que nuestra escuela parezca una familia! ¡que todos los niños se miren como hermanos! Los ejercicios simultáneos acercan y unen á los alumnos, habituándoles á obrar en armonía, á ejecutar iguales movimientos y á recibir y expresar las mismas ideas. El régimen de la enseñanza mútua establece entre los alumnos comunicaciones recíprocas y continuas; trocando sucesivamente los papeles y las situaciones, consigue que cada niño sepa ocupar mejor con el pensamiento el puesto de su condiscípulo, y establece la mas perfecta unidad en la completa organizacion de la escuela.

Válganse VV. de todos los medios posibles para mantener la concordia en los miembros de la pequeña familia, que cada uno de VV. tendrá á su cargo. Hagan que al pisar el umbral de la escuela olviden los niños las diferencias de edad, de condicion, de profesion y de bienes de fortuna; que desaparezca completamente el recuerdo de las funestas divisiones que existen á veces entre las familias, dejando solo subsistir los lazos que deben reinar entre condiscípulos; que el contraste de los caracteres y la diversidad de genios no originen nunca disenciones entre ellos; que el maestro no excite jamás la desconfianza prestando oido á los soplones; y sobre todo que no den nunca márgen á rivalidades ni envidia las preferencias y los favores del maestro. Todo esto, señores, es todavía poco, poquísimo. Maestros de primeras letras, ¡que la union mas franca y cordial reine entre vuestros hijos adoptivos! ¡que todos se consideren como hermanos, y se profesen mútuamente los sentimientos de tales! Esta union contribuirá á mantener la disciplina, al desarrollo de los afectos dulces y generosos, y al buen éxito de la enseñanza.

Y aun no basta esto. ¡Que nuestros alumnos tengan ocasiones frecuentes y naturales de prestarse mútuamente servicios individuales! pues el que invoque el servicio, conocerá el precio del afecto y de la bondad, por cuyo medio solamente puede obtenerle; y el que le preste experimentará la satisfaccion que causa el hacer cosas dignas de agradecimiento, penetrando de este modo la bondad, y ejerciendo muy luego su irresistible encanto y su dulce imperio en la reunion de los niños. ¡Que sean desinteresados estos servicios! pues solo asi tienen su verdadero valor. Los niños son mas susceptibles de generosidad de lo que generalmente se cree. No quiero decir con esto que tengan idea de las necesidades de los demas, cuando ellos todavía no las hayan experimentado, ni que piensen en las que no está en su mano socorrer; pero mostrémoles males que conozcan, pidámosles favores que esten á su alcance, y á pesar de su infantil ligereza, los verémos al punto conmovidos. Entre una infinidad de rasgos de esta especie, me limitaré á citar el de los alumnos de la escuela de Mirecourt, que sabedores de que un huerfanito no podia asistir á sus ejercicios por falta de ropa, se desnudaron á porfia para socorrerle esta necesidad. En el pueblo de La Croix-Rousse, junto á Leon,

existe un instituto de pobres huerfanitos que se ejercitan allí en el aprendizaje de diferentes oficios; y ¿saben VV. cuál es el único móvil que se emplea para animarlos á trabajar, y que basta por sí solo para que hagan prodigios? pues no es otro mas que la perspectiva de proporcionar con el producto de su sudor la entrada en el establecimiento á otros huérfanos desgraciados; porque consideran como la mejor recompensa de sus esfuerzos el librar del infortunio á algun nuevo compañero, y el hacerle partícipe del bienestar de que ellos disfrutan. Aprovechen VV., queridos oyentes, la multitud de circunstancias que se presentan en las escuelas de primeras letras para hacer que los alumnos conozcan la necesidad que tienen unos de otros, para proporcionarles el placer de ayudarse mutuamente; para ofrecerles acciones generosas que ejecutar; que si ellos las conciben, de seguro no será menester que VV. se las aconsejen, porque la conmoción del tierno pecho de los niños, rápida á veces como el relámpago y completamente espontánea, se anticipará al pensamiento y á los consejos de VV.

Amaos unos á otros: he aquí, señores, una divisa que debería estar grabada en todas las paredes de la escuela, ó por mejor decir, en el corazón de todos los alumnos, siendo el alma de todas sus relaciones. La ternura y benevolencia del maestro pueden ser tambien de grande eficacia en este punto: profesando á todos los niños el mismo afecto, lograrán VV. que este sentimiento constituya el lazo de union de su pequeña comunidad: evitenles VV., pues, todo motivo de disension ó de mútuo enfado, y complázcanse en escuchar los votos que la amistad les inspira; y en coadyuvar á los esfuerzos que tengan por objeto prestarse mútuos servicios.

Es mucho más difícil obtener de los niños la especie de bondad que consiste en ser tolerantes y perdonar las ofensas, que no la que estriba en prestar socorro al necesitado, pues al hacer esto último experimentan el placer de la abnegacion, mientras que, por el contrario, sienten vivisimamente las ofensas que se les hacen. Un maestro prudente pondrá todo su conato en moderarles por grados la impaciencia que se causa de los obstáculos y la irritación que excita á la ofensa. En la comunidad de existencia de los niños que van á la escuela ¿cuál será en efecto, el que no haya menester muy á menudo de la indulgencia de los demás? ¿cuál el que, por experiencia de su propia ligereza, no esté en el caso de comprender y disculpar el atolondramiento de sus condiscipulos? Demas de que, el órden y la disciplina de una escuela bien dirigida evitan generalmente las rivalidades ó las ofensas contrarias á la buena armonía que debe reinar entre los alumnos, y por medio de la pronta y justa reprehension de las faltas, quitan al ofendido el pretexto de tomarse la venganza por su mano.

Los niños campesinos suelen ver á menudo que se trata con crueldad á los animales, y aun á veces se complacen en hacerlo así ellos mismos, creyendo jercer de este modo cierta especie de poder, ó buscando impresiones fuertes, sin que su ligereza les permita reflexionar acerca de este modo de proceder, ó acaso porque no conciben bien el dolor en séres de organizacion diferente de la nuestra. Sin embargo, la crueldad para con los animales no puede menos de influir perniciosamente en el buen natural de los niños, tornándoles inaccesibles á la compasion y debilitándoles el sentimiento de la benignidad. Apartémosles, pues, de la vista este mal ejemplo y contrariémosles una inclinacion que de crueldad para con los

animales podría llegar á convertirse en inhumanidad para con el prójimo. Observémosle los servicios que prestan al hombre los animales domésticos, los beneficios que de él esperan y la especie de afecto con que se los pagan. Enseñémosles á considerar los animales, en general, no solo como obra del Criador, sino como una de sus obras mas notables; á observar su estructura, su organizacion, su instinto; que asi los interesaremos en favor de las criaturas animadas y dotadas de la facultad de sentir que bajo una infinidad de formas diversas pueblan la tierra y la habitan en compañía del hombre. Recorramos con ellos en el gran teatro de la naturaleza la escala gradual de los seres y los diversos desarrollos de la organizacion. Así observarán con interés las primeras chispas de la vida, que se ven saltar de las diferentes formas del reino animal; la sensibilidad que palpita y se despliega en el reino intermedio entre las plantas y la especie humana; así comenzarán á compadecerse de las necesidades de seres que no salen en cierto modo del estado de infancia; así tratarán de evitar el dolor á cuantas criaturas son de él susceptibles.

Los niños de las clases trabajadoras de la sociedad ven frecuentemente calcular con atencion el tanto de los salarios con que se remunera el trabajo, y dar suma importancia al premio que se obtiene con la habilidad y el sudor en una situacion en que las necesidades son apremiantes, y los recursos para satisfacerlas limitados é inseguros. Los que poseen pocas cosas, y tienen apenas las indispensables, son naturalmente mas propensos á conservarlas, resultando de aquí que nuestros alumnos podrían verse expuestos desde muy niños á ser interesados, avaros quizás, y á no estimar las cosas, sino por el provecho que de ellas se saca. Necesario es, sin duda, que conciban las nociones de la propiedad; el derecho que tiene el trabajo á ser recompensado y las ventajas de la economía. Empero alejémos del alma toda propension á la venalidad, y cuidemos de que no hagan la distincion de lo tuyo y de lo mio con la dureza del sórdido egoismo que desconoce el placer de dar y se complace en invadir. Nuestro ejemplo los instruirá en este punto mucho mejor que nuestras palabras. Habituémosles á reconocer que existen servicios que ni se pagan, ni tienen precio, prestándoselos nosotros mismos de esta especie, y haciendo que ellos se los presten tambien unos á otros, para lo cual no faltará ocasion aun á los mas pobres. ¿Quién no ha sido testigo de algunos rasgos de la mas generosa abnegacion, aun en personas sujetas á todas las privaciones de la indigencia?

Los niños de las clases inferiores de la sociedad suelen ver que se buscan con avidez los goces materiales, las impresiones fuertes, los placeres sensuales, y á veces serán testigos del embrutecimiento producido por el abuso de estos placeres. ¡Preservemos á los niños, hasta donde nos sea posible, del contagio de todos los vicios que degradan la dignidad de nuestra naturaleza! ¡Conservémosles escrupulosamente el inestimable privilegio de pureza y de inocencia que Dios ha concedido á todos los placeres de la niñez! ¡Vigilemos á fin de que ni las miradas ni el corazon de nuestros tiernos alumnos se manchen con ninguna impureza! El contento y la alegría que experimenten en el seno de la escuela serán el antídoto de los repugnantes espectáculos que puedan ofrecérselles á la vista en otros parajes; y si, á pesar de todo, sus propios padres les dieran mal ejemplo, procuremos evitar que del desprecio del hecho en sí mismo, pasen los niños al desprecio de las personas, dándoles á entender que la conducta de sus padres es mas bien una enfermedad que no una

falta, y haciéndoles conocer el respeto que, ante toda otra cosa, deben á los autores de su existencia, en el cual entra el apartar la vista cuando estos ceden á alguna debilidad. El niño cuyo corazón esté predispuesto á conocer las leyes de la delicadeza y de la decencia, entenderá este consejo mucho mejor de lo que VV. pudieran imaginar.

Cualquiera que sea la inferioridad de la condicion social á que pertenezcan nuestros alumnos, no debemos omitir diligencia alguna que pueda purificarles y ennoblecerles las inclinaciones. La suma sencillez de vida á que parecen destinados no excluye cierto género de elegancia, y aun es compatible con cierto donaire natural é ingenuo que no carece para ellos de atractivo. ¿No vemos cada día á los pintores y á los poetas ir á buscar en el seno de esa vida tan modesta y de las escenas que la acompañan, el asunto de sus cuadros mas bellos y encantadores? Pues á nosotros, maestros de primeras letras, toca realizar en las costumbres lo que estos cuadros representan. Mientras mas próximos estemos á la sencillez de la naturaleza, mas cerca estaremos tambien de la fuente de los verdaderos placeres, de los goces mas puros. Por ventura, ¿no despliega la naturaleza á nuestra vista las imágenes de lo bello bajo formas tan varias como seductoras? Instruyámonos con sus lecciones, á la par que nos aprovechemos de sus beneficios. ¡Que las miradas de los niños se fijen en las imágenes de lo bello, hasta familiarizarse con ellas! El maestro de primeras letras puede presentárselas de mil maneras diferentes, ya en el estudio de los elementos de historia natural, ya en paseos por el campo, ya en los ejercicios de canto y de dibujo. Los de canto principalmente son los que mas contribuyen á suavizar las costumbres, y á predisponer el alma de los niños para las impresiones tiernas y los afectos generosos.

Los niños pertenecientes á la clase ínfima de la sociedad, son testigos, por lo comun, de arrebatos de cólera y de escenas violentas. La dura sujecion que una vida afanosa y llena de privaciones impone á los individuos de esta clase, los lleva á contraer modales ásperos y groseros para con las personas que los rodean, y á entregarse sin límites á sus arrebatos, cuando se ven abandonados á sí propios. Que nuestros alumnos aprendan en la escuela á despojarse de la brutal grosería que hayan podido ya contraer, y á adquirir la urbanidad, la dulzura de carácter y el comedimiento que nacen de la civilizacion y embellecen el trato y las relaciones sociales. Démosles ejemplo con nuestros modales, con nuestro tono y con nuestro language, y recuérdese tambien incesantemente la disciplina de la escuela.

Aunque la mayor parte de nuestros alumnos haya de vivir alejada de trato social y en condiciones oscuras, no por ello debemos descuidar el hacerles contraer hábitos de urbanidad y cortesía. Hay cierta urbanidad que conviene á todas las situaciones de la vida, porque sirve exteriormente de norma al trato habitual de los hombres, urbanidad que es solo la expresion fiel del respeto para con los superiores; de la benevolencia para con los iguales, y de la condescendencia para con los inferiores. Egercitando á nuestros alumnos en guardar estos miramientos, les cultivaremos las predisposiciones benévolas, y las harémos mas enérgicas. La urbanidad es un language tanto mas sincero, cuanto mas sencillas son sus reglas. Adivinar los deseos, esperar, ceder, ser tolerantes, prescindir del propio gusto por complacer á los demas, y guardarles las debidas consideraciones, he aquí la verdadera urbanidad, la que nos enseña á moderarnos á nosotros mismos, á pensar en los demas, á ser complacientes y serviciales,

contribuyendo de este modo á impedir que se desarrolen la sensualidad y el egoísmo y á contrarrestar estos dos principales enemigos que en la educación de nuestros alumnos debemos proscribir bajo todas formas y por todos los medios posibles.

Si las personas de edad madura se dejan dominar á veces por el mal humor, ¿cuánto mas expuestos no estarán los niños á sufrir su yugo? Así es que de un día á otro, y aun á veces de una hora á otra, los encontramos con predisposiciones de ánimo enteramente contrarias. Su mal humor es á veces triste, sombrío, y entonces les vemos abatidos, desanimados, sin motivos aparentes: otras veces, por el contrario, están inquietos, agitados y se irritan con la mayor facilidad. A ello pueden contribuir diferentes causas internas ó externas, tales como el estado de la atmósfera las consecuencias del régimen de vida, el cansancio, y el malestar, bastando á veces la cosa mas fútil para modificar á unos seres tan susceptibles de las menores impresiones. Conservemos hasta donde sea posible, la serenidad á nuestros alumnos, la igualdad de genio, como una condicion, no menos necesaria á su felicidad, que á su mejoramiento y al buen éxito de sus estudios. Para conseguirlo, valgámonos oportunamente de las distracciones, de la indulgencia, del cariño, del estímulo, de la firmeza, disipando las nubes de la tristeza, y restableciendo al punto la paz en torno nuestro, si por acaso llega á turbarse. La alegría nos servirá con frecuencia de talisman para sofocar en su origen toda mala predisposicion. Con ella obtendremos los mas contrarios efectos, porque así modera al impaciente, como consuela al triste y reanima al abatido. Si, queridos oyentes, me atrevo á imponer á VV. la alegría y el buen humor como precepto para dirigir bien á los alumnos, entendiéndose que hablo de la jovialidad apacible que no traspasa los límites de la decencia y de la oportunidad, de la jovialidad propia de la virtud, que conserva la tranquilidad al corazon y la libertad al ánimo.

LECCION NOVENA.

CONTINUACION DE LA ANTERIOR.—MEDIOS DE QUE PUEDE VALERSE EL MAESTRO DE PRIMERAS LETRAS PARA INSPIRAR A LOS ALUMNOS EL SENTIMIENTO DE SUS DEBERES.

SEÑORES,

Conservando á nuestros alumnos el precioso tesoro de la inocencia, purificándoles las inclinaciones, inspirándoles sentimientos elevados y afectos de benevolencia, les hemos ya preparado el corazon para la virtud. Empero nos falta todavía que dar un paso, y por cierto muy esencial, para que puedan conocer plenamente este sublime privilegio de la humanidad: nos falta, queridos oyentes, desarrollarles la facultad moral mas elevada, la conciencia.

La conciencia es la voz interior que nos enseña á discernir el bien y el mal, y que nos descubre la sacrosanta autoridad del deber.

Por la conciencia llega á ser el hombre su propio regulador y juez, merece ó desmerece para consigo mismo, y encuentra la recompensa de sus buenas acciones en la aprobacion íntima, ó el castigo de las malas en los remordimientos.

Esta admirable facultad nace con el hombre, no es obra del arte, entra en el número de las leyes primitivas de la naturaleza y es inherente al carácter de la humanidad; pero no se nos despierta y desarrolla sino con cierta lentitud y de una manera imperceptible. De aquí proviene el error de los que limitándose á observar superficialmente á los niños, les suponen incapaces de experimentar el verdadero sentimiento del deber, y creen que no se les puede dirigir, sino por medio de la autoridad ó de la imitación. ¡Contradiccion singular! señores: no se escatiman penas ni recompensas á los niños, y se les niega, sin embargo, la capacidad de merecerlas. Atraidos por los objetos exteriores, arrastrados por las impresiones que reciben, ansiosos de obrar y de conmoverse, los niños se concentran poco en sí mismos; pero ¡cuántos hombres de edad mas avanzada prolongan su niñez por su propia disipacion ó por la ligereza de su vida! La voz de la conciencia solo se deja oír en el recogimiento, y por eso, no es falta de este sentimiento moral, sino solo distraccion lo que se nota en los niños. La época en que van estos á la escuela parece cabalmente destinada á comenzar con eficacia esta importante educacion, porque á esa edad son ya capaces de conocer si una accion es laudable ó vituperable, con tal que estén predispuestos y se les dirija bien para reconocer el carácter de las acciones. Toca, pues, al maestro de primeras letras guiarlos en estos primeros avisos por medio de los cuales procura la conciencia promulgar sus oráculos.

Entreguémonos, queridos oyentes, al mas absoluto recogimiento mental, á vista de tan gravísimo encargo, que es sin disputa la parte mas importante de nuestro ministerio y constituye una especie de sacerdocio moral. Siempre será poco cuanto hagamos con nuestros alumnos para infundirles amor á la virtud y horror al vicio, y para grabarles en el alma las reglas del deber, con caracteres indelébles. ¿Cómo desempeñaremos dignamente este encargo? ¿Creen VV. que bastará presentarles en abstracto las reglas de la moral y confiar sus preceptos á la memoria para hacerles conocer, respetar y amar la virtud? Sin duda que nó: la ley del deber está impresa en lo mas íntimo del alma, y es seguro que el niño la descubrirá en el momento que sepa concentrarse en sí mismo. ¡Ayudémosle á leer en este libro interior! ¡Preparémosle por medio de la tranquilidad del corazon para interrogar á su propia conciencia! ¡Mostrémosle las nociones del bien y del mal con ejemplos que estén al alcance de su experiencia, referentes á acciones de que sea testigo y que le interesen, observándole los motivos y las consecuencias; que si él prestare la debida atencion, no dejará de aprobar las acciones buenas ni de condenar las malas, elogiando ó vituperando á sus autores. Presentémosle tambien como ejemplo sus propias acciones, dejando empero que pasen los primeros ímpetus para que pueda juzgarlas con mas serenidad. Excitémosle á ser siempre sincero de buena fé y constituyémosle juez de su propia causa. Su candor contribuirá á ilustrarle, y se aplaudirá ó vituperará á sí propio, segun fueren buenas ó malas sus acciones. Al conocer que ha obrado mal, tal vez le costará trabajo confesárselo, y aun á veces se avergonzará de ello involuntariamente; mas si está seguro de haber obrado bien, le brillará la alegría en el semblante manifestándose sin reserva.

En ocasiones suele lograrse despertar á ciertos alumnos la voz de la conciencia, entrando en conversacion particular con ellos; mas para conseguirlo es preciso haberles penetrado bien el corazon, tratándoles con

grande intimidad y obteniendo por consiguiente toda su confianza. En otras ocasiones podrá convenir mas hablar á todos los alumnos en general, eligiendo el momento oportuno de presentarles la imágen de una accion buena; porque el poder de la simpatía prestará en este caso mayor vigor á la impresion que les causemos, atento que nunca se oye mejor la voz de la conciencia que cuando encuentra eco unánime en todos los corazones.

Valgámonos tambien de la buena eleccion de libros de lectura, en los cuales encuentren los alumnos cuadros y narraciones que les interesen y les despierten el sentimiento del deber mezclados con sencillas reflexiones y prudentes consejos (1). A estas lectura podran dedicar los ratos de ocio en el seno de la familia, y continuar despues instruyéndose con ellas en la época de la adolescencia y de la juventud.

De algun tiempo á esta parte se ha generalizado en nuestras escuelas de primeras letras la institucion de una especie de jurado compuesto de alumnos para fallar acerca de las faltas cometidas por los condiscipulos. En esta institucion, empleada oportunamente y con cierta prudencia, encontrarán VV. un medio eficacísimo de hacer reflexionar á los niños acerca de la moralidad de las acciones, y de obligarles á consultar el testimonio íntimo de su propia conciencia. La prueba de que esta en efecto les dicta naturalmente las reglas del bien y del mal, cuando la interrogan atenta, sincera é imparcialmente, es, que los veredictos que pronuncian estos pequeños jurados llevan, por lo comun, el sello de la mas estricta equidad.

Por idéntica razon produce tambien muy buenos efectos otra costumbre mucho mas antigua y generalizada; cual es la de conceder á fin de año un premio al niño mas juicioso ó de mejor conducta, consultando para ello el voto de todos los alumnos. Como estos no tienen que juzgar en tal caso una accion especial y determinada, sino la conducta general de todo el año, el fallo de su conciencia no será tan bien discernido, ni tan ajustado; pero en cambio se obtendrá la ventaja de habituarles desde luego á considerar en globo el mérito moral de todas las acciones de la vida y á formar una idea general del carácter de las personas (2).

Atiéndese mas, por lo comun, á iudicar á los niños los defectos, que no las buenas prendas, censurando con prodigalidad lo malo porque nos desagrada; y elogiando con sobriedad lo bueno, que no nos llama tanto la atencion por lo mismo que nos satisface. Ruego á VV. con mucho encarecimiento que no cometan semejante yerro, sino que hagan cabalmente lo contrario, presentando con especialidad á sus alumnos las imágenes del bien y no las del mal. La virtud les parecerá natural, amable, y se aficionarán fácilmente á ella, si cuidaren VV. de presentársela en un cuadro

(1) Con el objeto de que los profesores españoles de primeras letras tengan poco ó nada que desear en este punto, hacemos una edicion muy económica, pero esmerada, y con las correcciones precisas del *Nuevo Robinson*, compuesto por el célebre pedagogo alemán Campe, tan perfectamente traducido por nuestro compatriota D. Tomás de Iriarte. — M. B.

(2) Nos parece que pasan las ideas del ilustre escritor en este punto los límites de la posibilidad, considerando el gran complejo de cálculos y apreciaciones en que descansa su realizacion. Aun el calificar un solo hecho de la vida bajo el respecto moral, ofrece á veces inmensas dificultades; y he aqui por que, prescindiendo de otros motivos, no nos atrevemos á recomendar como provechosos estos medios de cultivar el sentimiento moral de los niños. — M. B.

fiel. No les familiarizemos el ánimo con los defectos, ni les demos á entender que semejantes extravíos son frecuentes y ordinarios; no vayamos á embotarlos, por querer excitarles con demasiada frecuencia el sentimiento de horror que debe inspirar el vicio.

¡Ah! señores: ¡con qué júbilo no saldrian los niños al encuentro de la virtud para saludar su imágen é invocar sus beneficios, y cuán encantados no quedarían de su belleza, si pudiéramos pintársela con sus cándidos y purísimos atractivos! Así los preservariamos de los ataques del mal, lo cual es mucho mejor que habérselos de curar despues; y así se aficionarian al bien, porque en él encontrarían realizados todos sus votos y el verdadero destino que les señalara la Providencia. Al deber le caracteriza esencialmente el ser una ley inmutable promulgada por la conciencia, y que liga la voluntad del hombre; por lo cual se nos presenta con todo el imperio de la autoridad moral, exigiéndonos que respetemos sus preceptos y ajustemos á ellos nuestras acciones. ¡Que nuestros alumnos se penetren bien de esta sacrosanta autoridad! ¡Cuidemos por nuestra parte de no sustituirla con un poder meramente arbitrario como el de la coaccion y de la fuerza! ¡Predispongamos el corazón de los niños al respeto de la autoridad; fundemos este respeto en la conviccion y no le degrademos, mezclándole con el servilismo ó el temor! ¡Acepten y estimen nuestros alumnos la obediencia, como una proteccion justa y natural á su debilidad, como una sumision legítima y honrosa á la eterna ley del bien! ¡Conozcan, en fin, la dignidad y la dulzura que lleva consigo esta obediencia!

Mal camino siguen los maestros que se limitan á explicar á los niños que su interés propio está en el cumplimiento de sus deberes; pues sobre ser por lo comun harto sutiles para ellos estos razonamientos, les desnaturalizarian la nocion esencial del deber: el deber es independiente del interés, y está muy por cima de todos los intereses. Mal camino siguen también los que se limitan á presentarles la ley del deber como dependiente de la sancion de las penas y las recompensas, porque les desnaturalizarian igualmente las nociones del bien y del mal, haciéndoles creer que las acciones son buenas ó malas, solo porque la ley las premia ó las castiga, cuando por el contrario conviene se persuadan que el mal es de suyo acreedor al castigo, como el bien á la recompensa. No hay cosa mas perniciosa para la moralidad del carácter personal que el atribuir al cumplimiento de los deberes una intencion venal y mercenaria.

No hay para qué disimularlo, señores: el poder de la autoridad está hoy muy debilitado; los lazos del respeto y de la obediencia se han aflojado mucho en las sociedades humanas. Y ¿de qué depende esto, sino de haberse entibiado el sentimiento moral, dando origen á las perniciosas consecuencias que están experimentando el órden público y las buenas costumbres? El trastorno de las ideas ha llegado hasta el punto de figurárenos que la independencía consiste en la emancipacion de toda especie de autoridad; que la libertad excluye el respeto; y que la obediencia es esclavitud. A los maestros de primeras letras toca atajar en su origen tan funestos errores, que corrompiendo á los hombres y perturbando las relaciones sociales, llegarían á destruir el órden y todas las seguridades de la prosperidad pública. Enseñemos bien á los niños que los derechos no pueden existir sino en virtud de la ley moral, y que por consiguiente no hay derecho ninguno que no tenga un deber correlativo; que la verdadera fuerza del hombre consiste en ser fiel á la conciencia;

su verdadera independencia en el triunfo alcanzado sobre las pasiones; su verdadera grandeza en el privilegio de regirse por las leyes eternas de la moral; y que la esclavitud y la infamia están únicamente en el crimen y en el vicio.

El respeto á la autoridad legítima lejos de humillar realza al que lo guarda fielmente, porque descubre la existencia del sentimiento de moralidad, que constituye la verdadera dignidad del hombre. El respeto tranquiliza el corazón, restaura el alma, predispone para la seguridad y la confianza, y nos enseña á ser moderados y circunspectos. Obedecer la ley del deber es mandarse á sí propio. Los límites sirven de apoyo; lo que contiene fortifica. La obediencia tiene tambien cierta altivez que le es propia y cierto valor característico. Con frecuencia contribuimos nosotros mismos á extraviar en este punto las ideas de los niños por nuestro raro modo de proceder. No hay cosa mas delicada que el uso que se hace de la autoridad, la forma en que se la presenta, la distribucion de las penas y de las recompensas; porque si manejáramos sin reflexion ni discernimiento estos resortes, podríamos llegar directamente á un fin contrario al que nos hubiéramos propuesto. El maestro de primeras letras, que considerándolos solo como un medio de reinar tranquilamente en su escuela, y no buscando en ellos sino su propia comodidad ó acaso la satisfaccion de una vanidad pueril, quiere ser exactamente obedecido en todo y por todo, corrompe el gérmen y hasta el principio fundamental de la obediencia.

La autoridad de un hombre sobre otro no puede ser legítima, sino como expresion de la moral, como una delegacion que esta le confiere para guiar á los que no pueden conducirse por sí solos, y velar por su felicidad. La autoridad debe conservar, por consiguiente, su carácter originario para manifestarse tranquila, sencilla, justa y consecuente como la moral.

La autoridad egoísta, arbitraria, parcial, apasionada, reniega de su principio, se convierte en mera dominacion, en fuerza mecánica, é irrita por lo mismo ó envilece á los hombres en lugar de inspirarles respeto. Los alumnos sometidos á un poder en que solo descubran pasion, interés ó capricho podrán temblar, ó tener ambicion, no lo niego; mas no se considerarán bajo el imperio de la ley del deber, y en realidad cederán pero no obedecerán.

Maestros de primeras letras ¡no os valgais jamás de la autoridad puesta en vuestras manos, sino como un depósito sagrado; empleadla siempre en provecho de vuestros alumnos y nunca en beneficio propio, en vuestra satisfaccion personal, ó en alivio de vuestro mal humor ó de vuestra pereza. Empleadla con justa sobriedad y solo cuando las circunstancias lo exijan indispensablemente. Empleadla con prudencia, cuidando de no comprometerla fuera de sazón, y de que al desplegarla sea justificado el motivo que la determina, y el fin que se propone alcanzar. Mandemos raras veces, para ser mejor obedecidos, pero revistámonos en tal caso de tanta mayor firmeza, cuanto mas prudentes hubiéramos sido en el ejercicio del poder. Sepamos mantener intactas las legítimas prerogativas de la autoridad. Quanto mas racional y equitativa sea esta, mas se la echará de menos, y mas fácilmente se captará el respeto de los alumnos. La autoridad fundada en la moral debe ser inviolable como su principio. Evitemos las formas duras y los rigores inútiles, pero no permitamos que se nos rompa jamás en las manos el freno de la disciplina.

La dignidad de carácter personal del maestro, la que sin duda sabrán VV. conservar en sus modales y en su talante contribuirá eficazmente á mantener la debida obediencia. El respeto que profesen á VV. los alumnos hará mas fácil el cumplimiento de sus preceptos. A este resultado contribuye tambien en gran manera el afecto, con tal que este se funde en la estimacion, y no sea el precio de una débil condescendencia de parte de VV. Pongamos especialísimo cuidado en que no se interesen jamas los afectos nobles y laudables de los niños en la resistencia que puedan oponer á nuestras órdenes; en que los sentimientos de equidad, de generosidad, de dignidad personal no vengan nunca por culpa nuestra á chocar con nuestros conceptos lo cual podria acontecernos muy bien, aun tratándose de una prescripcion justa, si nos equivocásemos en las formas, los medios ó las circunstancias.

La ventaja que resulta de la reunion de los niños en una escuela de primeras letras bien regida y disciplinada, es que los alumnos consideran los preceptos que se les imponen como una regla general y constante y no como emanados de la voluntad personal del maestro. Asi comprenden tambien el carácter esencial de la moral, que consiste en ser igual y reciprocamente obligatoria para todos los hombres. Dejemos en cuanto sea posible hablar á la regla, teniéndola siempre formulada de antemano; á fin de que los alumnos no puedan alegar ignorancia, y de que se aplique en cierto modo por sí sola.

No trato de reproducir aquí las prudentes máximas que encontrarán VV. en todas las obras de educacion, y que su propia razon les dictará: no les diré que valé siempre mas recurrir al estímulo producido por la perspectiva de las recompensas, que no á la represion, hija del temor del castigo; tampoco les repeliré que no deben prodigarse mucho las penas ni los premios, por temor de que pierdan su eficacia y de apocar el carácter á los niños; que el castigo no debe aplicarse jamás con arrebato ni impaciencia; que no solo debe decretarse con calma, sino dejando que se trasluzca la benevolencia, aun en medio de la mayor severidad; que debe prohibirse rigorosamente en la escuela todo castigo inhumano; que asi los premios como las penas deben aplicarse en el momento oportuno, sin precipitarlas ni retardarlas; y por último, que al castigar ó recompensar á los niños no deben tenerse en cuenta los efectos que él no haya previsto, sino solo los motivos que le hayan determinado á obrar. Empero insistiré muy particularmente en la necesidad de conservar á la remuneracion y al castigo el carácter moral en alto grado de que ha de estar investida la autoridad: el alumno no debe considerar jamás el premio ó el castigo como efecto de una casualidad feliz ó desgraciada, sino como una verdadera luz que ha de instruirle, obligándole á reflexionar, á reconcentrarse en sí mismo y á darse cuenta del mérito ó demérito de sus acciones. ¡Que comprenda, pues, claramente el niño lo que le ha atraído la pena ó le ha valido la recompensa, el mal que realmente haya hecho, ó el mérito de la accion premiada! Ciertas privaciones oportunamente impuestas, y que, sin ser crueles, afectan mucho á los niños, podrán servirnos para calmar su agitacion y hacerles reflexionar; la soledad y la inmovilidad son las que mas particularmente producen este efecto. Las recompensas y las penas han de expresar siempre elogio ó vituperio, si han de corresponder fielmente á su verdadero destino y producir eficaces resultados; y aun á veces bastarán la alabanza y el vituperio por sí solos para constituir el resorte mas poderoso de la disciplina, principalmente, si se

trata de niños bien preparados. Asi el elogio como el vituperio puede emplearlos el maestro por sí propio ó por medio de los condiscipulos del niño; pero en uno y otro caso deben ser un eco fiel del testimonio interior que este encuentra en el fondo de su conciencia. El elogio ó el vituperio tiene mas peso en boca del maestro por la superioridad del autor, pero es mas simpático en boca de los condiscipulos por la igualdad de condicion. Impuestos en público hacen mas efecto en la imaginacion; dados privadamente suelen penetrar mas adentro en el corazon.

No abusemos, sin embargo, de ninguna de estas dos palancas: prodigando elogios sin discernimiento ni medida daríamos pábulo á la vanidad, y vituperando con exceso á nuestros tiernos alumnos correríamos el riesgo de familiarizarlos con la ignominia.

La debilidad humana ha menester en general de indulgencia; ¡cuánto mayor no deberá ser por consiguiente la que exige la debilidad de los niños que en tan tierna edad van á la escuela! Pero en este punto conviene establecer algunas distinciones esenciales. Distingamos en primer lugar los defectos que pertenecen naturalmente á la edad y á las circunstancias en que se encuentran los niños, de los que muestran disposiciones prematuras propias de otra edad y de otras circunstancias: podemos y aun debemos escusar fácilmente lo que sea lijo de la inexperiencia, de la ligereza ó de la disipacion; pero debemos ser muy severos respecto á las faltas que descubran malignidad, premeditacion, hipocresía. Distingamos en segundo lugar las faltas que nacen de ignorancia de las que son hijas de la reflexion. La duracion de las penas debe proporcionarse á la pertinacia de los defectos que tratemos de corregir; pero nunca será conveniente prolongarla demasiado. La recompensa puede ser perpétua cuando el mérito á que corresponda subsista tambien perpétuamente; mas la pena debe cesar luego que estemos convencidos de la sinceridad del arrepentimiento; porque es muy útil que, reparada la falta, se rehabilite el niño á sus propios ojos. Si nuestra ternura debe manifestarse hasta en los casos en que tenemos el sentimiento de haber de apelar al castigo ¡cuánto mas no deberá ostentarse y resplandecer con el gozo del perdón!

Los niños se dejan intimidar y desanimar facilísimamente, por lo cual no conviene llevar con ellos la severidad al extremo; pero tampoco conviene ser indulgentes en demasía, porque llegaríamos á pecar de débiles, y amenguáramos el prestigio de la autoridad. Observemos siempre con los niños una conducta igual, y procuremos ser consecuentes con nosotros mismos.

Las lecciones de moral dadas á la niñez deben adaptarse á ella en lo posible, condescendiendo con sus debilidades, despojándose de toda austeridad que pueda causarle espanto, y presentándose en la forma mas amable. La moral debe aparecerse á los niños como una madre cariñosa que les abre los brazos para protegerlos en esta vida y proporcionarles la verdadera felicidad. ¡Cuán fácil no es, en verdad, presentarles la virtud con el irresistible encanto de su propio atractivo! Con descubrirsela tal como es, fiel y sencillamente; quedará cautiva su alma, todavía inocente y pura. La virtud corresponde á nuestros mas íntimos sentimientos; de ella sale un raudal inagotable de beneficios para el hombre; en ella encontramos la nobleza que realza, la gracia que conmueve; ella excita la admiracion, á la par que la ternura. ¡Sea digno de ella nuestro language, pues vamos á servirle de intérprete! ¡Sigamos los rasgos mas apropiados para que resalte su belleza y las imágenes que mejor la pintan! Evitemos, sin em-

bargo, otro exceso en que aquí podemos incurrir: si no conviene revestir las verdades morales de formas rígidas en demasía, tampoco debemos presentarlas de manera que pierdan su dignidad natural y dejen de elevar el alma, ó de inspirar recogimiento y respeto.

¿Cómo conseguiremos, queridos oyentes, desempeñar bien este importantísimo encargo? ¿Será, por ventura, ejecutándole, cual si fuera una tarea enojosa, é imponiendo deberes que nosotros no cumplamos? No, señores, nó: ya sabia yo de antemano la respuesta de VV.: VV. están bien persuadidos á que debemos practicar esta enseñanza con toda el alma, y ser los primeros en penetrarnos de los sentimientos que tratemos de inspirar. ¡Felicitémonos de que nos haya cabido en suerte esta honrosa obligacion! ¡Que el espectáculo de nuestra propia vida sirva á los niños que nos rodean para hacerles respetable y digna de amor la virtud! ¡Que la vean en nosotros siempre tranquila, igual, constante, serena, benévola! ¡Que el amor á la virtud sea el núm. que inspire nuestras palabras y dirija nuestras instrucciones. Asi encontraremos fácilmente las vías para penetrar en el corazon de nuestros alumnos, y entónces sabremos mas para enseñar la moral de cuanto pudieran decirnos todos los libros.

LECCION DÉCIMA.

DE LA EDUCACION RELIGIOSA, Y DE LA PARTE DE ELLA QUE CORRESPONDE AL MAESTRO DE PRIMERAS LETRAS.

SEÑORES,

Cualesquiera que sean los medios de que nos valgamos para purificar y ennoblecer las inclinaciones á nuestros alumnos, para enseñarles sus deberes é inspirarles el respeto con que deben cumplirlos, nuestra obra quedará imperfecta si no ayuda la educacion religiosa á completarla; por que solo con la religion, queridos oyentes, alcanza el hombre la plenitud de la dignidad humana.

El hombre, rey de la creacion, no obtiene real y verdaderamente la investidura de este imperio sino por medio de la religion, que añade un órden sublime de relaciones á las que ya tenia el hombre con sus semejantes y con las criaturas colocadas por debajo de él en la vasta escala de los seres, y le descubre y muestra las eternas fuentes de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, explicándole su verdadero destino, su propia naturaleza y la de todos los seres creados. Por la religion se reconoce el hombre hijo de Dios, y entra en posesion de su futuro destino. Iluminado por ella conoce la lucha en que está empeñado, porque la considera como una prueba saludable, y porque divisa la corona triunfal que le está reservada. La antorcha de la religion ilumina con vivos y benéficos resplandores los tres misterios del nacimiento, de la vida y de la muerte. La religion es, pues, indispensable para el hombre, por cuanto le enseña lo que es, lo que ha venido á hacer en la tierra, y á donde irá despues, trayéndole ademas sus títulos de familia, dándole posesion de su herencia, y encargándose de satisfacerle todas las ambiciones del corazon.

La educacion religiosa debe presidir al primer vuelo de las inclinaciones de la niñez y á la primera enseñanza de los deberes.

La educacion religiosa ennoblece desde su origen todas las inclinaciones del hombre, poniéndole en posesion de su verdadera dignidad, pues cualesquiera que sean su oscuridad de condicion, su debilidad y dependencia, alcanza por medio de sus relaciones con el Criador una grandeza que le realza á sus propios ojos, sin inspirarle funesto orgullo; ya no sirve de juguete al ciego acaso; ya no es un átomo imperceptible que cruza la escena de la vida con la rapidez del relámpago; ya tiene su puesto en la vasta armonía de la creacion, y admitido á contemplar el modelo de la perfeccion infinita, encuentra en él á un tiempo su origen y su fin. ¡Dejemos que el niño se acerque á Dios y eleve sus inocentes miradas á la eterna fuente de todo bien! Dando gracias al Autor de todo lo criado, llegará dia en que el niño se contente con su suerte; puesto al abrigo de todas las seducciones de la vanidad, y protegido contra cuanto pudiera envilecerle, sabrá mejor respetarse á sí propio. La educacion religiosa enseña al niño el reconocimiento y la confianza, mostrándole como regulador de sus acciones al bienhechor supremo; le enseña á amar, mostrándole en la perfeccion infinita el objeto mas digno de su amor; le enseña á ser benévolo, haciéndole ver en sus semejantes otros tantos hermanos; le enseña, en fin, á ser desinteresado y generoso, revelándole los designios del Criador en la distribucion de sus dones, y el inestimable privilegio concedido á la criatura humana de poder coadyuvar á los planes y convertirse en instrumento de la bondad divina.

La educacion religiosa protege naturalmente la inocencia, el candor y la ingenuidad que constituyen el atributo mas precioso de la niñez; y la pone al abrigo del huracan de las pasiones y del contagio del vicio. La educacion religiosa mantiene la paz del corazon, la calma de los sentidos, la serenidad de ánimo y la rectitud de juicio, abriendo de este modo las vias á la razon, y asegurando la felicidad del hombre.

La educacion religiosa concurre á auxiliar la debilidad de los niños; da un giro mas serio á sus ideas; los aparta de la disipacion; sostiene la voluntad con motivos mas eficaces; les inspira una apacible confianza; y los defiende de vanos temores.

Ya lo ven VV.: estos beneficios de la educacion religiosa se refieren especialmente á la niñez, y son tanto mas útiles y perceptibles, cuanto mas tierna es la edad del niño. La educacion religiosa debe preceder á la educacion moral, para dirigirla, animarla y protegerla. Asi nos lo indica la naturaleza, que ha querido sin duda establecer esta feliz alianza, cuando tanto se cuida de prepararla; que ha predispuerto favorablemente el corazon á los niños para que busquen con ahinco, abracen con alegria, y reciban con fidelidad el benéfico influjo de las verdades religiosas. Cuando el niño comienza á reflexionar, descansa en el seno de la religion, no de otra suerte que en los brazos maternos, cuando está todavía en la cuna. Al querer representar por medio de imágenes sensibles los ángeles que rodean el trono de la Divinidad, se han elegido niños para expresar este emblema.

Por medio de la educacion religiosa se ilumina y se hace mucho mas eficaz para los niños la enseñanza de los deberes. Estos se comprenden mejor, cuando se nos presentan como una ley impuesta al hombre por el Criador, como el verdadero fin de su destino, como la condicion de su progreso. Las doctrinas morales se simplifican, y la autoridad de los pre-

ceptos es mucho mas imponente, cuando emanan de la suprema sabiduría unida á la suprema omnipotencia: el respeto es mas profundo delante de la Magestad Divina; y la obediencia mas fácil, cuando reconocemos al bienhechor supremo en el supremo legislador, porque la obediencia se confunde en tal caso con el reconocimiento y es animada por el amor y por la confianza en la voluntad divina. La ley es suave y el yugo ligero.

Aun prescindiendo de la perspectiva augusta de la inmortalidad y de las consecuencias que esta perspectiva tiene con relacion á las buenas y á las malas acciones, la religion añade nueva fuerza al arrepentimiento, nuevos goces á la satisfaccion de haber cumplido los deberes; inspira sed de perfeccion y necesidad de aspirar constantemente á lo mejor; contribuye al recogimiento interior; presta inefable encanto á los ejercicios de la meditacion; embellece el silencio; anima la soledad; vivifica todos los afectos; é infunde á los niños anticipadamente la sabiduría. Considerándose delante de Dios, aprenden estos mejor á velar por sí mismos, y les es mas grato el sacrificio que se les impone, ofreciéndole á aquel de quien han recibido todos los bienes.

Este influjo comienza ya á experimentarse desde la primera edad de la niñez; porque las ideas en que se funda son sencillas, y los sentimientos que le alimentan naturales al corazon humano; porque es una consecuencia del amor filial, atento que al alzar el niño los ojos al cielo, se le presenta Dios bajo la imágen de un padre.

¡Lejos de nosotros la errónea suposicion admitida á veces y repetida por los mundanos, de que la religion es necesaria mas particularmente á las clases inferiores de la sociedad! No, señores: la religion es la primera necesidad de todas ellas; porque tiene socorros especiales para todas las necesidades, y una utilidad relativa para cada situacion de la vida: es necesaria al grande, para preservarle del orgullo; al rico, para enseñarle moderación, y al indigente, para sostenerle contra el abatimiento y librarle de la desesperacion. Los alumnos destinados á arrastrar una existencia oscura y laboriosa, encontrarán en la religion nuevas fuerzas: ella les explicará el mérito de la larga prueba que el destino les impone en este mundo; y servirá de estímulo á sus esfuerzos, de indemnizacion á sus privaciones, de alivio á sus pesares, proporcionándoles, aun en el seno de la adversidad, goces sublimes y placeres inagotables. ¿Qué lagrimas no puede ella enjugar? ¿para qué dolores no tendrá un bálsamo consolador? y ¿qué sacrificios no hará fáciles y suaves? La religion es el amigo del pobre, el compañero del afligido, el protector de la viuda y del huérfano, y el nuncio de la dicha futura, aun para el que ha perdido en el mundo toda esperanza de felicidad.

La religion coadyuva de una manera portentosa al dificilísimo fin, no menos apetecible para el reposo de la sociedad que para la dicha del individuo, de que todos estemos contentos con nuestra suerte; y lo que es mas aun, de que aprendamos á aceptarla con alegría. La religion destrona al ciego acaso y al hado inexorable. Iluminado por ella el hombre, cualquiera que sea la situacion en que se encuentre, conoce que ocupa su puesto en el órden universal, y que debe su suerte á la voluntad Divina. Lejos de caminar en las tinieblas, sabe que cumple el destino que le han señalado la sabiduría y la bondad de la Providencia, y se encuentra de este modo al abrigo de las inquietudes de lo futuro, de los tormentos de la ambicion y de todo linage de tentaciones, conservando calma en las borrascas, serenidad en los peligros, modestia en los triun-

tos, y sobreponiéndose sin esfuerzo á la fortuna. La religion siembra de flores las sendas mas ásperas de la vida, nos sirve de apoyo en los tran- cés mas difíciles, y nos pone en posesion de nuestro verdadero patri- monio.

Bajo el influjo de la religion dejan de ser una valla de separacion para los corazones los límites que la diferencia de categorías, de medios de fortuna y de profesion establece entre las diversas clases de la sociedad: la discusion de los intereses cede el puesto al cambio reciproco de afectos benévolos; toda hostilidad desaparece, y se cortan todas las disen- siones, estableciéndose entre el pobre y el rico, no ya solo una paz sóli- da, sino una verdadera hermandad, un cariño sincero que los une. El rico y el pobre se prosternan en el mismo templo y adoran juntos al mismo Dios: todos los hombres forman ya una sola familia.

He aquí señores, lo que nos enseñan de consuno la sana filosofía, la historia de los siglos y el conocimiento profundo del corazon humano. Ciertas almas áridas podrán no conocer el precio de la religion; ciertas inteligencias frívolas no entenderán quizás la altísima revelacion que la humanidad le debe; y acaso no falten hombres irreligiosos dominados por una intolerancia singular y contradictoria, que con sistemas exclusi- vos quieran disputar hasta los beneficios de la religion á los mismos que los experimentan; pero por lo que á VV. toca, confio en que, colocados como están en el seno de las mas serias realidades de la vida, su propia experiencia les confirmará muy luego estas verdades fundamentales, y reconocerán que el influjo de la religion bien entendida, es el auxiliar mas poderoso de la educacion moral de los alumnos. Merece notarse, en efecto, que en todas las regiones del globo donde la primera educacion está mas adelantada y desarrollada, como en Escocia, Alemania, Suiza y los Estados Unidos, ha conservado en ella la religion una parte mas emi- nente. La religion es tambien la que en esas diferentes regiones ha ex- citado el celo de tantos generosos filántropos que se han convertido en apóstoles de la primera educacion. La religion bien entendida será siem- pre favorable á la propagacion de las luces, porque encuentra en ella el modo de llamar á todos los hombres al goce de los bienes mas pre- ciosos que les ha otorgado la Providencia, y nuevos medios para exten- der su imperio. ¡Feliz el maestro de primeras letras cuyo corazon esté animado por un sentimiento religioso ilustrado y sincero! ¡Qué carác- ter tan sagrado no tendrán para él sus deberes! ¡Cuán fácil y cuán grato al mismo tiempo no le será cumplirlos! ¡Cuán mejor no comprenderá su espíritu! ¡Que ensanche no recibirá el horizonte de sus ideas y de sus previsiones! ¡Qué nuevos resplandores no iluminarán su entendimiento! ¡De cuán elevada altura no contemplará todos los ramos de la educacion! ¡Con cuánto mas cariño no mirará á sus alumnos! ¡Cuán mas íntima no será la adopcion por cuyo medio los prohija! ¡Qué nuevo precio no adqui- rirán para él sus propios servicios, y cuánto mejor no hallará por lo mis- mo su recompensa en la abnegacion con que se los consagra!

Pero ¿cuál es exactamente la parte que el maestro de primeras letras debe tener y la marcha que ha de seguir en la educacion religiosa de sus alumnos? Su conducta en este punto debe de ser tanto mas prudente y previsor, cuanto mas grave é importante es la materia que nos ocupa.

Los maestros no deben entrometan en la enseñanza dogmática, sino de- jarla al cuidado de los ministros de la religion, que han recibido expresa- mente este encargo, y se han preparado para cumplirle haciendo los estu-

dios convenientes; y si alguna vez tomaren directamente parte en ella, que no sea sino por invitacion de las curas párrocos y bajo su direccion y vigilancia. Los maestros coadyuvarán con fruto, bajo ciertos conceptos, á la instruccion religiosa, que pertenece de derecho á los ministros del altar, pero siguiendo siempre su direccion, y no traspasando jamás los justos límites. Su intervencion deberá ser en todo caso muy restricta, y no la ejercerá, sino hasta el punto que le dictaren su prudencia, el desec de las familias, y los consejos de las personas á quienes auxilian. Por regla general conviene no presentar prematuramente á los niños ideas dogmáticas que no puedan concebir. El maestro de primeras letras no es ningun teólogo, ni podría hacer tampoco las veces de tal.

Prescindiendo de esta participacion directa que el maestro de primeras letras puede llegar á tener, por una especie de delegacion, en la enseñanza de la creencia religiosa que profesen sus alumnos, existe otra tarea, no ya limitada á ciertas y determinadas horas, ni consistente en prácticas fijas y positivas, sino tarea de cada momento, que se enlaza á las demas enseñanzas, y es propia y peculiar del cargo que VV. desempeñan: hablo de la enseñanza que sirve realmente de complemento á la educacion moral de los alumnos, y consiste en cultivarles las predisposiciones religiosas y hacerles comprender las nociones elementales que sirven á la religion de fundamento. El hombre es un ser esencialmente religioso; la religion no es cosa de momentos, ni forma una parte aislada de la existencia, sino que preside á todas las acciones, siendo la vida del alma, la fuerza de la voluntad, la luz de la inteligencia.

El hombre, repito, es naturalmente religioso, y tiene en el alma ciertas predisposiciones que le hacen desear, sentir y encontrar grata la religion. El maestro de primeras letras cultivará y dará la direccion conveniente á estas predisposiciones del corazon.

La religion, considerada en su principio fundamental, es la relacion de la humanidad con una naturaleza superior; la relacion del ser imperfecto y débil con la perfeccion infinita; la relacion de lo presente con lo venidero; el culto tributado por la criatura al Autor de todo bien. Por consiguiente, todo lo que ennoblezca y purifique los afectos, todo lo que se encamine á desarrollar los sentimientos virtuosos á los niños, los predispondrá ya por ese mero hecho para el sentimiento religioso, pues no podrán complacerse en las imágenes de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, sin sentirse al mismo tiempo atraidos hácia el eterno modelo, hácia la fuente suprema de toda verdad, de toda bondad, y de toda belleza. Cada vez que el alma se eleva á estos nobles goces se presenta ocasion favorable al maestro de primeras letras, para hacer que los alumnos piensen en la Divinidad. Cada vez que el niño experimenta sentimientos de amor y de respeto, conoce la adoracion que de él espera el ser soberanamente perfecto. El reconocimiento á los beneficios que recibe, le prepara el corazon para la eterna gratitud que debe al bienhechor supremo. Hasta los afectos naturales le instruyen del culto que su corazon tributa al Criador. La piedad filial es la aurora de la piedad religiosa. No bien oye resonar el niño la voz de su conciencia, cuando comienza ya á reanacer la autoridad del soberano legislador; sus deberes para con las personas á quienes obedece, le explican los que exige de él el Autor de todo lo criado. La vigilancia á que está sometido le hace concebir que se halla á presencia del que abarca todo el universo con su mirada y lee en el fondo de los corazones. A los maestros prudentes é ilustrados corresponde aprovechar de este

modo todos los sentimientos morales, haciendo que sirvan de preparacion para la educacion religiosa.

Si á pesar de hallarse el hombre en lo mas vigoroso de su edad y en el pleno desarrollo de sus facultades, experimenta tan vivamente el sentimiento de su impotencia y de su imperfeccion ¿qué no sucederá al niño que comienza á vivir? Para él todo es motivo de temor. La razon se valdrá de la religion para devolverle la tranquilidad y la confianza, presentándole la augusta imágen de la Providencia, que rige el órden del universo. El niño necesita alimentar esperanzas; la religion le ofrecerá las mas sólidas seguridades de felicidad. El niño padece, y en ocasiones está triste, abatido, desanimado; la religion tiene palabras dulces, tiernas, consoladoras para reanimarle y fortalecerle. En estos diversos casos de nuestro trato con los niños, tomaremos del lenguaje de la religion las expresiones mas sencillas, que son siempre las que mejor entienden.

Ya ven VV. que no se trata en cuanto queda dicho, de una enseñanza didáctica, sino solo de un influjo habitual, parecido, en cierto modo, al que ejerce en nosotros el aire que respiramos; de continuar y llevar á cabo el movimiento que impeló á la niñez hácia el bien. El corazon de los niños, hábilmente dirigido, se abre naturalmente á la religion, como el cáliz de las flores á los benéficos rayos del sol. Los lazos que ligan al alumno con su maestro son el primer eslabon de la cadena que le une al maestro eterno, fuente de toda luz y autor de todo bien.

Las nociones elementales de la religion brotarán tambien fácilmente en la inteligencia de los niños dirigidos por un maestro ilustrado, presentándose como inducciones naturales de los acontecimientos que presencié y principalmente de los que mas les interesen. El maestro de primeras letras no tiene en este punto que hacer otra cosa mas, sino seguir por el camino que he aconsejado al tratar de la manera de formarles la razon á los alumnos. Empeñándose, como debe hacerlo, en que estos reflexionen acerca de las cosas que presencié y de las impresiones que experimenten; cuidando de observarles el encadenamiento de los sucesos, y de que se remonten de los efectos á las causas, les suministrará ocasion de reconocer á cada paso, que sobre los fenómenos sensibles existen causas, imperceptibles para nuestros sentidos, y que la sucesion de los fenómenos se rige por leyes generales y constantes. De este modo la nocion de la Omnipotencia divina brotará por todas partes de las escenas del universo; la de la suprema sabiduria resplandecerá en el seno del admirable órden que preside á la naturaleza, y la de la bondad infinita se revelará en el inextinguible anhelo con que provee el Criador á las necesidades de todas las criaturas. Para concebir estas nociones, el niño no tendrá que hacer mas que ejercitarse en ver, en sentir, en recogerse dentro de sí mismo; el sentido comun le bastará para traspasar el limite que separa al mundo material del mundo moral; y con solo alzar la vista al cielo descubrirá la explicacion de lo que pasa en la tierra. Estas lecciones familiares serán tanto mas eficaces, cuanto mas naturalmente se presentaren, sin que sea menester que el maestro las dé *ex profeso* como lecciones especiales, pues bastará que las deduzca de la experiencia cotidiana de los alumnos. Las ocasiones de hacerlo se le presentaran en gran número, si, como repetidamente he aconsejado, les diere nociones elementales de historia natural, y procurase sacar todo el fruto posible de los paseos que tambien he aconsejado. A veces podrá asimismo deducirlas de las tradiciones históricas, procurando que las echen de ver sus alum-

nos en la lectura de los libros que para ellos hubiere escogido. Como no existe cosa alguna en el teatro de la creacion, que no se enlace con el órden universal, y que no obedezca al Autor de todo lo criado, no existe tampoco cosa alguna que no hable de Dios á la inteligencia que sabe escucharle. Las producciones mas sencillas del arte, las mas vulgares previsiones del padre de familia, son otras tantas imágenes que nos servirán, en pequeño, para revelarles el augusto pensamiento de la causa primera y del soberano dispensador de las cosas.

Los alumnos de VV., queridos oyentes, pertenecerán con rarisimas excepciones á familias cristianas. Háganles, pues, presentir y gozar anticipadamente las bellezas del cristianismo. Pónganles á la vista las máximas del Evangelio, que no dejará su embalsamado aroma de penetrarles íntimamente el tierno corazon. ¡Con cuánta ternura no escucharán la voz que ha dicho con celestial benevolencia: *dejad á los niños que lleguen á mí!* Como ya saben amar, entenderán el precepto en que se encierran todos los demas y que dice; *ama á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á ti mismo.* Como ya han padecido dolores, bendecirán la misteriosa consagracion del dolor, que le consuela santificándole, y seguirán con admiracion las huellas del que se hizo hombre para hacernos bien. En sus oraciones ingenuas é infantiles se dirigirán á Dios como á un padre omnipotente, aunque solo visible por sus beneficios.

Tal es, si no me engaño, el deber del maestro de primeras letras por lo tocante á la educacion religiosa; deber grave, serio, pero dulce, y que exige no menos celo que prudencia, razon ilustrada, costumbres puras, mente sana y corazon recto. Yerran, pues, los maestros de primeras letras, que creen haberlo hecho todo, solo con que los alumnos hagan los ejercicios exteriores del culto. Sin duda debemos cuidar de que así lo efectuen fielmente; porque estos ejercicios despiertan y reaniman el sentimiento religioso; inspiran recogimiento, y dan márgen á reflexiones saludables. El culto comun tiene principalmente la inmensa ventaja de despertar en el alma humana la mas eficaz, la mas santa simpatia; de estrechar y consagrar los vínculos de confraternidad entre los hombres, siendo con relacion á la religion lo que las fiestas de familia con relacion á los afectos domésticos: instruccion muda que se dirige al espíritu y al corazon de los niños. Conviene, no obstante, alejar de su observancia todo lo que semeje coaccion ó pueda incomodarles en el cumplimiento de un deber que debe ser un consuelo. Ya que tenemos la dicha de preparar á los niños para concebir y sentir la verdadera religion, el culto en espíritu y verdad, preservémosles con tiempo de las ideas supersticiosas. La supersticion no penetra en el hombre sino para usurparle el puesto á la piedad ilustrada; y por eso ¡extraña amalgama! es tan comun hallar confundidas la supersticion y la incredulidad mas absoluta.

Inspirar á nuestros alumnos el sentimiento religioso en toda su pureza; suministrarles las nociones elementales de la religion en toda su verdad y sencillez; preservarles de los estravíos que, desnaturalizando la religion, dan márgen á que se cometan en su nombre fanestisimos abusos, es todo una misma cosa. Nosotros no presentaremos la religion sino bajo un aspecto amable y grato, propio para inspirar confianza y alegría y para tranquilizar el corazon, alejando toda idea sombría y terrible, capaz de perturbar el ánimo á los niños. Les enseñaremos la oracion que brota espontáneamente del corazon en todos los momentos de la vida en que fijamos nuestro pensamiento en Dios. Los habituaremos

á respetar las ceremonias y las prácticas exteriores; pero observándoles que estas tienen solo una importancia secundaria, no siendo mas que la forma, la expresion de la religion, y no la religion en su esencia. ¡Huyan de la religion servil y venal, que no se acerca al Criador, sino por un sentimiento de temor ó con miras interesadas! ¡Inspirémosles profundo horror á la hipocresía, odiosa profanacion de las cosas mas sagradas, culpable y vil mentira, que corromperia para siempre el corazon en que una vez llegase á penetrar! ¡Que consideren siempre el candor, la rectitud y el cumplimiento de los deberes, como el mejor medio de honrar y reverenciar á Dios! ¡Que la religion sea para ellos una escuela de moral y la fuente de la felicidad mas pura y verdadera!

LECCION UNDÉCIMA.

DE CÓMO DEBE PROCEDER EL MAESTRO DE PRIMERAS LETRAS A LA ENSEÑANZA DE LOS DEBERES.

SEÑORES,

Ya hemos visto cómo puede el maestro de primeras letras cultivar el germen de la vida interior que constituye la excelencia del hombre; cómo puede ayudar á sus alumnos, no solo á reconocer la sacrosanta autoridad de la ley moral grabada en lo íntimo de la conciencia, sino también á descubrir las sublimes relaciones que los unen con el ser soberanamente perfecto. Deduzcamos ahora las consecuencias de esta enseñanza, por lo tocante á la observancia de las diversas obligaciones morales y al cumplimiento de los deberes positivos. Porque la educacion de los niños no debe limitarse á inspirarles predisposiciones vagas y generales, sino que debe ejercitarlos en aplicarlas desde luego á las particularidades de la vida. Hasta la religion debe hacerlos capaces de obrar mejor en todo, y la mejor prueba de la piedad es indudablemente la buena conducta.

Lo primero que conceptuo necesario para enseñar con fruto á los niños el cumplimiento de los verdaderos deberes, es no imponerles, cual suele hacerse de ordinario, deberes facticios. Algunos maestros de primeras letras, ya por el placer de desplegar su autoridad, ya por ahorrarse medios de persuasion, ya por impaciencia, por mal humor, ó por capricho, erigen en leyes sus voluntades arbitrarias, de donde resulta, que se les confunden las ideas á los niños; que se les debilita el respeto á la autoridad moral, y que consumen y agotan en la observancia de éstos preceptos imaginarios las fuerzas que deberian emplear en el cumplimiento de obligaciones reales. No basta al hombre todo su valor para cumplir constantemente lo que de él exige la virtud; y el niño es menos capaz aun de esta superabundancia de energía, que permite hacer mas sacrificios de los necesarios. ¡Guardémonos, pues, de pedirle esfuerzos inútiles! ¡No exageremos la importancia de los deberes! ¡No demos á cosas fútiles una gravedad imponente, ni subvirtamos la subordinacion natural de las obligaciones morales! ¡Pongámosle siempre al niño en primer término, no los deberes que mas redunden en provecho personal nuestro, sino los mas sagrados y los que puedan serle mas útiles! ¡No exijamos demasiado de los niños; seamos indulgentes con las faltas leves!

¡No confundamos los deberes relativos y condicionales con los deberes absolutos é inmutables; las reglas meramente convencionales y exteriores encaminadas á conservar el orden, con lo que es bueno ó malo por natura-

lezal ¡No confundamos las faltas hijas de la ignorancia, olvido ó distraccion, con las que se cometen á sabiendas y con pleno conocimiento de causal ¡No atribuyamos el mérito ó demérito de las acciones á circunstancias exteriores ó materiales, sino procuremos buscar siempre la intencion y el motivo; dando á entender, sin embargo, á los niños que la buena intencion no basta siempre para excusar, porque sin motivos culpables podemos cometer faltas, cuando descuidamos el ilustrarnos, ó el reflexionar las consecuencias de nuestras acciones, y los perjuicios que de ellas pueden seguirse! Acaso parecerá muy delicada esta distincion; pero, sin embargo, es muy esencial que la comprendan los niños. De caracterizarles el mérito ó demérito de las acciones, solo por sus efectos, y sin consideracion á los motivos que las hayan inspirado, les dariamos falsas ideas de moral, y su conciencia protextaria en ciertos casos contra las decisiones que tratásemos de hacerles respetar. De habituarlos á no examinar mas que los motivos de sus acciones, sin curarse de los efectos ó de las consecuencias que estas producen, les fomentariamos hábitos de disipacion y de ligereza; les dariamos lugar á que olvidasen que su primer deber es instruirse de sus obligaciones, y preguntarse antes de ejecutarlas, cuales son las reglas de conducta trazadas por la moral. Sin duda están expuestos á errar con frecuencia por ignorancia involuntaria, y á dejarse llevar fácilmente de las primeras impresiones, que pueden presentárseles como inocentes; pero cabalmente por esta razon conviene excitarles la vigilancia, y ponerlos al abrigo de este peligro. Los males que afligen á la sociedad se deben en su mayor parte á irreflexion y á ignorancia, mas que á intenciones criminales; y diariamente vemos que personas poco ilustradas hacen, con la mejor intencion del mundo, tanto mal como podrian hacer los hombres mas perversos.

En la enseñanza de los deberes debe guardarse cierto orden y cierta economía. No conviene presentar á los niños un código de moral extenso en demasía, ni imponerles de una vez gran número de preceptos; porque los asustariamos. Seria prematuro fatigarles la razon, presentándoles reglas de conducta que no estén todavia en el caso de aplicar. Cada cosa debe ser enseñada en su tiempo y lugar. Al dar un precepto, escojamos circunstancias en que se presente de suyo á la inteligencia de los niños, á fin de que se penetren bien de su espíritu, y comprendan mejor su aplicacion; sin perder de vista, que las circunstancias mas favorables son aquellas en que los niños experimentan en sí propios los efectos del cumplimiento ó del olvido de un deber. Presentándoles las obligaciones como consecuencias de un mismo principio, prestamos fuerza y energía á las unas por medio de las otras.

No confundamos los defectos con las faltas. Los defectos son una predisposicion habitual á cometer ciertas faltas mas pueden cometerse faltas que no sean hijas de un defecto. Es imposible evitar que los niños no incurran en muchas faltas, pero es fácil conseguir que estas faltas no degeneren en defectos. Seamos indulgentes con las unas y severos con los otros. Vigilemos, aconsejemos, é ilustremos á los niños para evitarles las primeras, y armémonos de perseverancia y valor para lidiar con los segundos.

A tres cosas debemos atender para hacer virtuosos á los niños: á preservarlos, á corregirlos y á instruirlos.

Debemos preservarlos de los vicios de que están todavia exentos, conservándoles la preciosa inocencia que constituye el mas bello privilegio de su edad, y á la cual deben ventajas cuya pérdida seria irreparable,

y cualidades que naturalmente se van desarrollando. Nuestro ministerio en este punto se reduce á la vigilancia, á rodearlos de vallas que los protejan, y á apartarlos de las seducciones y de los malos ejemplos, que podrían alterar esta cándida pureza. Tenemos la dicha de que semejante enseñanza pertenece en cierto modo á la naturaleza, por lo cual nuestra tarea se reduce á mantener su obra.

Debemos corregirlos, ó mejor dicho, curarlos, esto es, quitarles los defectos que comenzaren á manifestarse, y que podrían arraigarse con el hábito, y aumentarse con el tiempo. Aquí nuestro ministerio comienza ya á ser activo. Apresurémonos á aplicar á los defectos nacientes el remedio mas oportuno, cuidando, ante toda otra cosa, de quitar las ocasiones que los hayan producido y de estimular los esfuerzos que para dominarlos hagan los niños.

Nuestras amonestaciones, al principio en tono amistoso, tomarán un carácter mas serio, si el alumno las desoyere; pero no dudemos de encontrarles dóciles á nuestra voz, si sabemos ponernos al alcance de su comprension.

Debemos instruir á los niños en sus deberes, porque de la mayor parte de ellos no tienen todavía conocimiento, ó si le tienen es equivocado é incompleto. No nos limitemos á darles preceptos, sino procuremos que los reflexionen, valiéndonos de la experiencia, para que se penetren de la naturaleza y extension de sus deberes. La mejor enseñanza en este punto consiste en la práctica; familiarizándolo con el conocimiento de sus deberes, aprenderán tambien á amarlos. La moral en boca del maestro debe conservar la dignidad, la autoridad y la santidad, que son sus caracteres esenciales, pero al mismo tiempo debe ser elocuente, persuasiva, y anunciarse á los niños cual madre indulgente y cariñosa.

El imperio del deber se extiende al corazon no menos que á las acciones; y es muy esencial que los niños se habituen á reconocerle y seguirle en estas dos esferas: la obediencia meramente exterior no satisface las obligaciones de la conciencia; ni basta admirar interiormente lo bueno, si no tenemos valor para practicarlo.

Procuremos aplicar estas máximas á ciertos y determinados deberes. Consultemos las necesidades de nuestros alumnos; examinemos que enseñanza es la que mas les conviene y en que forma podríamos dársela mejor.

El primer deber que habrémos de enseñarles es el de la veracidad y de la sinceridad, porque el respeto á la verdad viene á ser para los niños el guardian de la moralidad del carácter. El que comienza á engañar á los demas, se expone á engañarse á si propio, como está dispuesto á engañar á otros el que se engaña á sí mismo.

La sinceridad para con los hombres es una garantía de buena fé y de fidelidad en las relaciones sociales; la sinceridad para consigo mismo es condicion necesaria para oír la voz de la conciencia. Del hábito de mentir no hay mas que un paso á la hipocresía, á la falta de probidad, á los vicios mas vergonzosos. La rectitud es un deber para con Dios, para con nuestros semejantes, y para con nosotros mismos; y si desde pequeño faltare á ella el niño, toda la educacion moral quedará falseada en su origen. El maestro de primeras letras no podria ya leer en lo mas íntimo del corazon de su alumno; sus palabras ya no encontrarian allí eco; la confianza entre ambos quedaria destruida, y con ella todo influjo benéfico del uno en el otro.

Este es uno de los defectos que con mas cuidado debe evitar el

maestro, vigilando continuamente, para corregirle en el momento que aparezca. El niño sale lleno de ingenuidad y candor de manos de la naturaleza: la mentira es una cosa artificial. Los niños conocen desde muy pequeños que es malo y vergonzoso mentir: la mentira les causa horror, cuando la descubren en boca de los demas, y ninguno deja de ruborizarse la primera vez que miente. El maestro de primeras letras no tiene, pues, que hacer en este punto mas que conservar los dones del cielo. La sinceridad es una de las cosas cuya pérdida no se repara fácilmente: es como un cristal que se rompe.

¿En qué consiste, sin embargo, que hasta los niños de edad mas tierna suelen dar al olvido este precioso don de la naturaleza? ¿Cómo aprenden los niños á mentir?

¡Cosa extraña! señores: á veces comienzan los niños á mentir por via de juego y sin mas intencion que la de caer en gracia. ¡Funesta gracia que acaso degenera con el tiempo en un vicio formal, haciéndoles desconocer el respeto que la verdad se merece! ¡Evitemos en nuestro trato con ellos todo chiste que pueda despertales el deseo de jugar así con la mentira! ¡Evitemos tambien, por consiguiente, el prodigarles cuentos y fábulas, que los habituan á disfrazar la realidad! ¡Guardémonos de animarlos con nuestra sonrisa á forjar los cuentecillos con que á expensas de la verdad creen mostrar su ingenio y su inventiva!

A veces mienten tambien los niños por interés, empleando la mentira como el camino mas corto para conseguir su objeto, y sin considerar por el momento mas que el medio de lograr lo que desean. ¡Procuremos que siempre les salga fallido este cálculo; que nuestra vigilancia y penetracion les quiten esta esperanza; y que el logro de sus deseos sea siempre la recompensa de su veracidad!

Tambien suelen mentir los niños por temor, lo cual acontece principalmente, cuando los dirigen maestros imprudentes, que los tienen siempre asustados con la perspectiva de riñas ó castigos. Preocupado el alumno, no tanto de su propio yerro, quanto de las consecuencias que puede traerle, echará de ver que le es mas fácil evitarlas, ocultando su falta, que no dejando de cometerla. La mentira viene entónces en su ayuda, causándole ademas otro perjuicio, con ayudarle á excusarse tambien á sus propios ojos. ¡Alimentémos, pues, á nuestros alumnos un sentimiento de tranquila y cordial confianza; animémosles á confesar sin rodeos sus pecadillos; recompensémosles siempre la franqueza, y procuremos que encuentren mas ventajas en decirnos la verdad que en engañarnos!

A veces mienten tambien los niños por amor propio, tratando de alcanzar por sorpresa la aprobacion ó los elogios de los demas, y cayendo en la tentacion de lisongearse á sí propios, atribuyéndose mas mérito del que tienen en realidad. Ni les aplaudamos nunca, por consiguiente, sino lo que sea verdaderamente estimable; no les prodiguemos las alabanzas, guardando siempre las mas lisongeras para recompensar la sinceridad y la modestia.

Tambien los niños mienten, casi sin querer, por turbacion de ánimo, confundiendo las ideas, y no sabiendo lo que se dicen, por no saber tampoco lo que se piensan. Por paridad de razon suelen tambien en ocasiones faltar los niños á la verdad por atolondramiento, no reflexionando el valor de las palabras que pronuncian, ni sabiendo ellos mismos lo que quieren decir ó hacer. ¡Conserveinos, pues, á nuestros alumnos la sere-

nidad de ánimo, la rectitud de entendimiento! ¡Habituémosles á formar-se ideas claras y exactas de las cosas, á no hablar sino de lo que sepan y á comprender la dignidad y la importancia del don de la palabra. ¡Que nunca tengan motivos para tratar de engañarnos, ni esperanza de conseguirlo!

El disimulo no es todavía la mentira, pero sí un camino que conduce á ella; y aun á veces es mas reprehensible, porque puede encubrir vicios gravísimos. Se miente á veces por ligereza, pero el disimulo supone ordinariamente reflexion. La mentira puede no ser mas que una falta; el disimulo es un defecto. El mas culpable y el mas difícil de corregir es el disimulo que daña á la franqueza.

La timidez se presenta de ordinario en los niños, bajo la apariencia del disimulo: el niño tímido se calla y baja los ojos como el niño disimulado. El maestro, sin embargo, no debe equivocar una cosa con otra; al niño tímido, debe animarle; al disimulado, reprimirle. Con todo, la timidez puede insensiblemente degenerar en disimulo, por el hábito de silencio y reserva que la acompaña.

¡Que la franqueza sea constantemente honrada en nuestra escuela! ¡Que presida así á las relaciones del profesor con los alumnos, como á las de estos entre sí! ¡Que para ello reine siempre el grado conveniente de libertad en la conversacion y en las acciones! Vale mil veces mas exponerse á que los alumnos cometan algunas de las ligeras faltas propias de su edad, que no llevarlos al disimulo por medio de la sujecion. ¡Anticipémonos á ellos para inspirarles la sinceridad mas completa, y que se pongan en nuestras manos de un modo ilimitado. Si hubiéramos sabido desarrollarles sentimientos honrosos, se entregarán espontáneamente á la confianza, porque los afectos generosos son de suyo expansivos. Si les hubiéramos inspirado el sentimiento de la estimacion propia, serán veraces y sinceros; porque nada degrada tanto al hombre á sus propios ojos como la mentira.

La cultura de la razon contribuye eficazmente á hacernos conocer el alto precio de la verdad, mostrándonos la noble prerogativa concedida á nuestro doble carácter de seres inteligentes y morales. ¡Que la inteligencia de nuestros niños se alimente siempre con la verdad! ¡Que su encantador atractivo les penetre el tierno corazon! ¡Sepan que la mentira es una verdadera profanacion de los dones mas preciosos que el Criador ha otorgado al linage humano! La bondad de corazon y la rectitud de carácter, que es su consecuencia, serán para nuestros alumnos la prenda mas estimable, porque sirve en efecto de basa y cimiento á todas las demas. Nuestra conducta les probará que reconocemos la preeminencia de esta prenda, y con nuestros consejos procuraremos darles á conocer su verdadero mérito y utilidad. Démosles á entender incesantemente que la buena fé para consigo mismos es el medio mas seguro de disfrutar la satisfaccion interior, la serenidad que esta proporciona, y las fuerzas que dá; y de conseguir nuestro mejoramiento moral. Hagámosles reconocer incesantemente que los hombres de carácter recto, firme y fiel, son los que mejor se captan el respeto de los demas, los que mejor cautivan la confianza, los que tienen verdaderos amigos, y los que sin grande esfuerzo disfrutan en la sociedad merecidas consideraciones. Enseñémosles que la rectitud confiere al hombre la verdadera nobleza y una dignidad inalienable, aun en las circunstancias exteriores mas modestas.

Hay deberes de otra especie, que se presentan asimismo como funda-

mento general de todos los demas, y que por este motivo conviene enseñar desde luego á los niños, inculcándoselos de la manera mas profunda: hablo del deber de respetar lo digno de respeto. El respeto es el reconocimiento de una superioridad moral; se une á la piedad filial, inspira veneracion á la virtud y á la sabiduría, deferencia á la vejez, sumision á la autoridad pública, obediencia á los superiores y á los maestros. El respeto se extiende tambien á las cosas, quiero decir, á las reglas prescritas, al órden establecido, y hasta á los signos exteriores que simbolizan y traen á la memoria la ley del deber. El sentimiento de respeto, segun ya he dicho, es en sí mismo altamente moral; tiene carácter religioso y es de esencia conservador. Profesando el niño este sentimiento á las personas que lo merecen, se habitua á reverenciar bajo una forma sensible, y por decirlo asi, personificada aqui en la tierra, lo que efectivamente es sagrado en el órden moral. En los autores de sus dias contempla una representacion de Dios, pues son el conducto por donde recibe los beneficios de la divina Providencia. En los ministros del altar ve los órganos de las verdades religiosas, los guias de su piedad. En el maestro encuentra un padre adoptivo, el órgano por medio del cual recibe las luces de la instruccion y las lecciones de la virtud. La vejez le representa la experiencia adquirida, la constancia que ha triunfado de las pruebas por que pasa el hombre en la vida, y la cadena de las tradiciones. Los magistrados le representan patentemente la autoridad de las leyes, los intereses del bien general, la proteccion debida á los derechos de todos. De este modo se personifican para el niño la bondad, la sabiduria, la prudencia y la utilidad pública. El respeto que se le exige no es mas que la justa veneracion debida á lo que de suyo es eminente, respeto que le lleva á la fuente eterna de la luz y de la perfeccion, y vuelve á conducirlo por diversos caminos al culto de la divinidad.

En el mero hecho de honrar el niño á las personas que tienen sobre él superioridad moral, presta homenaje á lo que es bueno, y reconoce aqui en la tierra el reinado de la verdad y de la bondad, á cuyo trono se acerca á pagar tributo. En cada uno de los miramientos y consideraciones que tributa á aquellas personas, encuentra una leccion verdadera y provechosa. Cada cual de las personas acreedoras por diversos títulos á su respeto es para él un símbolo viviente que le representa alguno de sus deberes. Los consejos y las lecciones que recibe, adquieren asi mayor fuerza. La voz de aquellas personas es un eco que le reproduce las lecciones de la virtud; pero estas ideas no se le presentan siempre clara y espontáneamente á la inteligencia. Al principio distingue solo la superioridad de la fuerza material; conoce únicamente la dependencia en que está con relacion á sus necesidades físicas; despues descubre la superioridad de habilidad y de conocimientos; y á veces sus primeras relaciones con las personas á quienes está sometido le inspiran un sentimiento de temor. Deber nuestro es extender sus reflexiones, elevar sus pensamientos, deterrarle del alma toda predisposicion servil, y ennoblecerle con el respeto legítimo, haciéndole ver en la frente de las personas á quienes honra los destellos y resplandores de una magestad invisible y eterna.

Preparando de este modo á los niños, para que respeten á sus superiores, y para explicarles los motivos de este respeto, los librarémos naturalmente de las impresiones que podrian amenguarle, al notar las imperfecciones, los desaciertos, y la sinrazon de las personas que á él tienen derecho. Ellos sabrán apartar la vista de las debilidades humanas, para

no considerar mas que lo excelente; y sabrán tambien permanecer fieles á este respeto, aun en el caso de que llegaren á hacerles alguna injusticia las personas á quienes se lo tributan; porque no verian en ella sino una consecuencia de las inevitables imperfecciones de la humanidad, que no seria bastante para borrar el título en que se fundan nuestros homenajes y que emana de una fuente siempre sagrada.

Entendido asi el respeto por los niños, no solo estará exento de temor ó de servilismo, sino que tendrá una mezcla de reconocimiento, de confianza y de amor, manifestándose, unas veces por medio de la deferencia, y otras, por medio de la abnegacion. El niño instruido de este modo no confundirá el sentimiento interior del respeto con sus testimonios exteriores, sin dejar por eso de conocer que estos últimos son consecuencia natural del primero. Su respeto se extenderá á cuanto tiene el carácter sagrado de la humanidad, porque en ella resplandecen tambien los destellos de las perfecciones divinas. Y por último, á este respeto á la superioridad moral se unirá naturalmente el respeto á sí propio, que el niño debe aprender tambien á conocer; porque la niñez del hombre reproduce bajo una forma sencilla y graciosa el carácter de la humanidad, todavía en bosquejo, pero marcada ya con el sello divino. La pureza, la templanza, la prudencia, le preservarán de toda mancha. Respetemos, pues, la niñez y la aureola de inocencia que orna su frente.

El homenaje prestado á nuestros superiores no excluye la verdadera elevacion, la legítima altivez de carácter; antes al contrario, el hombre no entra en posesion de sus títulos de nobleza, sino respetándose siempre á sí propio, á la manera que no alcanza su verdadera grandeza sino perfeccionándose.

El respeto á sí propio es mas necesario, bajo ciertos aspectos, á las personas con quienes la fortuna haya sido avara de sus favores; porque es lo único que puede librarlas del desaliento y de la vergüenza, que, humillando al hombre á sus propios ojos, da pábulo á las inclinaciones innobles; y servirles de valla para toda especie de envilecimiento y de degradacion, prestando verdadera dignidad, aun á la pobreza. No omitamos diligencia alguna para habituar á los niños á este respeto de sí propios; exijámosles que guarden exactamente las reglas de la decencia y del decoro; huyamos con cuidado de cuanto pueda rebajarles en su propia opinion, no solo por lo relativo á las circunstancias meramente exteriores y accidentales, como las deformidades del cuerpo, la pobreza del trage, ó la humildad de condicion, pues lo contrario seria una injusticia y una crueldad casi bárbara; sino tambien por lo tocante á otra inferioridad mas real y positiva: no humillemos á los alumnos que manifiesten poca capacidad intelectual; y al avergonzar á los que hubieren cometido alguna falta, guardémonos de echarles un borron, que, habituándolos á considerarse como envilecidos, los incapacite para volver á experimentar sentimientos honrosos.

El niño instruido de esta manera conocerá el respeto debido á la desgracia, considerándola como un combate á que la Providencia llama á la virtud humana; como una cosa sagrada digna por todos títulos de nuestra benevolencia.

¡Por cuán estrechos lazos se ligan entre sí todos nuestros deberes! El respeto á sí propio contribuye tambien á aumentarnos el sentimiento del deber de la sinceridad. En general, el respeto acompaña y se enlaza á todos los deberes.

Del mismo modo que la paternidad, la edad, la dignidad del cargo, la virtud, la ciencia, dan títulos individuales al respeto, así también hay otra clase de respeto, que se dirige al conjunto, á la sociedad en general. La familia y la sociedad son instituciones divinas: por ellas recibimos los bienes más preciosos, los frutos de la civilización, la subsistencia, las comodidades de la vida, la industria, la instrucción, los gozos, el desarrollo moral. La familia y la sociedad nos colman gratuitamente de dones mucho tiempo antes de que podamos corresponder á sus servicios. La niñez es cabalmente el período de la vida en que recibimos todos estos beneficios, sin poder pagarlos. ¡Aprendan los niños á conocer su precio, al punto que de ello sean capaces! ¡Pongámosles á la vista la protección que se dispensa á su debilidad; los tesoros comunes, acumulados en la serie de los siglos con tantos trabajos, y á cuya participación se les admite: magnífico banquete al cual se les convida desde su entrada en la comunidad humana! Así comenzará á entrever los sagrados derechos que esta tiene sobre su persona, y el reconocimiento le hará sumiso y obediente.

Al principio comprenderá mejor el niño sus deberes para con la familia, por estar más cercano á ella y ser sus relaciones más inmediatas, más habituales, más numerosas y más íntimas. Pero poco á poco la imagen de la familia le explicará la sociedad, y conocerá los deberes sociales por los vínculos que le unen á sus deudos.

La escuela es una especie de comunidad entre la familia y la sociedad civil, que participa de la naturaleza de ambas, y puede servir á nuestros niños de continuo aprendizaje para la gran instrucción que debe elevarlos al conocimiento de los deberes sociales. ¿Cuán importante no será, por lo mismo, que la organización de la escuela establezca entre los niños relaciones íntimas y bien dirigidas? ¡Conservemos en ella el espíritu de familia! ¡que la disciplina de la escuela presente el cuadro de una sociedad feliz! ¡que cada cual de los niños experimente el vivo sentimiento de los beneficios que recibe de la comunidad, y la fuerza de los vínculos que á ella le unen! Así, cuando se desarrollen sus ideas, se reconocerá como miembro de la corporación, de la ciudad, del Estado, de la gran sociedad humana. VV. sabrán, queridos oyentes, recurrir á las nociones elementales de historia y á las instituciones fundamentales del país, á fin de poner á los alumnos en camino de conocer los deberes que algún día habrán de cumplir como ciudadanos.

Estos deberes son de dos especies: unos consisten en abstenerse de cuanto queda perjudicar á la comunidad; otros, en prestarle cuantos servicios exija. Los niños están llamados á cumplir los primeros, y pueden ir concibiendo poco á poco los segundos, y preparándose para cumplirlos también el día en que entren en posesión de todas sus facultades.

Nuestros alumnos comprenderán cuán culpables serían, si causasen perturbación ó desorden en la comunidad que los ha adoptado ó cautivado con sus beneficios. No perdamos ocasión de grabarles profundamente en el alma el respeto que merece el orden establecido. En los países libres principalmente el respeto á la ley, fundamento de la moral pública, forma una parte esencial de la educación popular, y siempre será poco cuanto se haga para inspirárselo pronta y enérgicamente á los niños. Estos aprenderán á considerar la autoridad social como la expresión sensible de la ley, como el poder tutelar que vela por las necesidades del bien general, y que protege los intereses de todos los asociados. La disciplina de la

escuela, bien concebida y aplicada, les enseñará estas utilísimas verdades por medio de un ejemplo familiar; como en las reglas que impone echan ya de ver prescripciones benévolas y previsoras para la conservación de su salud, el buen éxito de sus estudios, la economía de tiempo, y el mantenimiento de la mejor armonía.

La desigualdad de condicion social, resultado inevitable de los progresos de la civilizacion, que asombra á las inteligencias superficiales, confunde á los hombres extraños á las meditaciones en moral, y exalta la codicia, la envidia y todas las malas pasiones, es un misterio cuya revelacion no está al alcance de los niños, pero que deberán respetar, sin embargo, no solo por interés del orden público, sino por el de su propia dicha futura. Nuestros alumnos pertenecen por lo general á las clases menos favorecidas de la fortuna; ¡hagamos lo posible porque todos estén contentos con su suerte, y pueden mejorarla algun dia trabajando con valor y activa perseverancia! Digámosles que esta desigualdad es mas aparente que real, y que á veces se encuentra el verdadero contento en las situaciones mas modestas. Digámosles que la Providencia rige el destino de todas las criaturas, ha repartido todos los papeles, y que cada cual de nosotros alcanza su fin desde el momento en que cumple la vocacion que le hubiere señalado. Digámosles, que la diversidad de condiciones es una gran ley impuesta por la sabiduria divina como medio de que progrese la humanidad en general. Tratemos de hacerles ver que las condiciones, al parecer menos favorecidas, participan no obstante de los beneficios de la civilizacion, que se difunden como el aire y la luz. Observémosles las diferencias que hay aun en el seno de la familia y de la escuela, por lo tocante á facultades, cargos, situaciones, parte asignada á cada cual, etc., y cómo de estas mismas diversidades resulta la armonía general y el provecho comun de todos. ¡Con cuántos ejemplos no podremos probarles, que lejos de recibir el hombre de las circunstancias su parte esencial en los bienes reales de esta vida, la debe mas bien á su valor y sabiduria; y que el secreto de la felicidad consiste en vivir contento y hacer buenas obras.

¡Que nuestros alumnos se habituen incesantemente á considerarse como miembros de la gran familia humana, de cuya comun existencia participan, y de la cual han recibido todo cuanto poseen! Así conocerán que esta tiene derecho á exigirnos el tributo de nuestras facultades, de nuestros bienes, de nuestra existencia, y que servirla es honor, no menos que deber. La educacion del ciudadano debe fundarse en el gran principio de que los deberes preceden á los derechos, y que estos se derivan de aquellos. Así, cuando algun dia tenga que ejercitar sus derechos lo hará dignamente y con moderacion. Como premio de someterse á las leyes disfrutará algun dia la debida independencia en sus palabras, en sus sentimientos, en sus discursos y en sus acciones. Respetándola en los demas, reclamará la libertad de conciencia, la libertad individual, la seguridad de sus derechos privados. La libertad, considerada como derecho social, no puede consistir nunca en la facultad de perjudicar á otros, sino en el ejercicio legítimo de nuestras facultades. La libertad es la expresion de la dignidad del hombre como ser intelectual y moral, y para gozarla, es preciso saber merecerla.

Luego que nuestros alumnos lleguen á alcanzar el grado de educacion conveniente para concebir la naturaleza de los derechos políticos, aprenderán á considerarlos como un verdadero servicio público, como un

mandato hecho á nombre y por interés de todos, combinado con el cumplimiento de un deber y con el ejercicio de cierta especie de magistratura. Asi llegarán á concebir que estos derechos, diversos en su forma, graduados en su extension, subordinados á las capacidades legales, é instituidos siempre en provecho de todos, aun en el caso de que solo los ejerzan unos pocos, deben ser ordenados por la sociedad y definidos y determinados por las instituciones del estado. Felicitémonos, queridos oyentes, de que nos sea ya posible dejar entrever á nuestros alumnos toda la belleza de nuestras instituciones patrias, que proclaman la igualdad universal ante la ley, declaran admisibles á los empleos y cargos públicos á todos los ciudadanos, dejan la via expedita á todas las reclamaciones, iluminan los intereses generales con la luz de la publicidad, aseguran el triunfo de la equidad con el reinado de la franqueza, y que aun en el hecho de exigir para el desempeño de los cargos públicos condiciones relativas de capacidad, protegen los intereses generales y los derechos individuales por medio de seguridades indispensables. No basta que nuestros jóvenes conciudadanos aprendan á obedecer; es tambien necesario y justo que amen las leyes de su pais, y se enorgullezcan de ellas.

Coloquemos ya á nuestros alumnos delante de sus iguales. Aqui se nos presenta otra cuarta especie de deberes, cuyo principio no es menos fecundo, y que ocupa el primer puesto en la instruccion moral: hablo del deber de la justicia. Este deber es sencillo, absoluto, inflexible, constante, recíproco; y tambien aqui se corresponden los deberes y los derechos, se legitiman y se explican unos por medio de otros.

No hay nada mas sencillo que el principio de la justicia: la igualdad, la mutualidad en que se funda, hacen su inteligencia fácil y su sentimiento vivo y profundo. Por eso los niños conciben pronto la noción de la justicia y sienten vivísimamente que se falte á ella. Por desgracia, esta luz tan pura en su origen, se oscurece en las conversaciones que oyen los niños, en los ejemplos que tienen á la vista, y á veces, triste es decirlo, hasta en los comentarios de los maestros que los instruyen. La mejor enseñanza es la que dan los hechos. ¡Que el niño sea testigo y juez de las controversias entre sus condiscípulos! ¡Que se coloque en el lugar de estos y los suponga á ellos en el suyo! ¡Destiérrese de la escuela toda arbitrariedad! ¡reprimase en ella toda violencia! ¡Que los alumnos sean tratados igualmente y no obtengan mas privilegios que la distincion debida al mérito! ¡Que todos tengan interés en la estricta observancia de una regla que es igual para todos! El establecimiento de una buena disciplina, la institucion de los instructores, la formacion de un pequeño jurado compuesto de alumnos que pronuncien en ciertos casos el veredicto de los condiscípulos mas juiciosos, para apaciguar los disturbios y regularizar las pretensiones, contribuirán ventajosamente á definir la noción de justicia, realizándola en la práctica.

Preservemos, si posible fuere, á nuestros alumnos de una equivocacion bastante comun, que consiste en confundir los intereses con los derechos. La ambicion, la vanidad y en general todas las pasiones, propenden á hacernos considerar como verdaderos derechos los intereses que trata de satisfacer. Nos interesa todo lo que deseamos; pero no tenemos derecho sino á las cosas que poseemos ó reclamamos en virtud de un título legitimo. Nos interesa obtener favores; pero no podemos exigir sino lo que se nos debe de derecho.

El carácter sagrado de la humanidad nos impone la obligacion de

respetar á toda criatura marcada con su sello, de considerar como inviolable la persona, y de proteger la vida, la libertad y el honor del individuo. ¡Que los niños se penetren muy luego de este sentimiento! ¡Que la benevolencia les fortifique la equidad en el corazón! ¡Que se habituen á considerar como hermanos á sus semejantes! Así conocerán muy bien que no deben hacer á otro lo que no quisieran que se hiciese á ellos mismos; pero ignorando el alcance de sus acciones ó de sus palabras, no sospecharán, de ordinario, la gravedad de los perjuicios que ocasionen. Hagámoslos reflexivos; dispémosles la ignorancia, y rectificémosles las ideas. Sépase que pueden también causar daño por irreflexión, por atolondramiento; que un movimiento de olvido, una imprudencia pueden tener funestísimos resultados; que no se daña á otro solamente causándole perjuicios materiales, sino que de ordinario se hace más daño lastimando los afectos, atacando la reputación, faltando á la confianza, perturbando la seguridad ó la dicha de los demás.

La imagen de la justicia toma una forma material y sensible en el derecho de propiedad. Los niños son apegados á lo que poseen y se consideran como legítimos propietarios de lo que ganan con su trabajo, ó de los dones que reciben; pero el derecho de propiedad se les presenta de ordinario más oscuro, cuando el propietario está lejos; y no comprenden bien sus consecuencias, cuando el origen de la propiedad es muy antiguo. Por eso experimentan tentaciones enérgicas de apoderarse de las cosas expuestas al público, cuando las consideran como una adquisición agradable ó útil; y se persuaden haber adquirido por derecho de conquista lo que sorprenden por artificio, arrebatan por fuerza ú obtienen con peligro. ¡Maestros de primeras letras! siempre será poco cuanto hagamos para evitar estas primeras tentativas, aun respecto de las cosas más útiles. Conozcan nuestros alumnos, que la espiga de la heredad del labrador, que el fruto pendiente de los árboles no cercados, están bajo la protección de la ley pública, y que es mayor delito aun sustraer lo que está sin guarda, que lo cerrado bajo llave; porque al daño causado se agrega el abuso de confianza.

¡Que lo expuesto al público esté mejor guardado por la delicadeza de nuestros alumnos, que por todas las cercas imaginables! ¡Que nunca disculpen estos la violación del deber por la poca importancia del objeto sustraído! ¡Vituperemos con justa indignación el culpable abuso de la inteligencia por medio del fraude! ¡Libremos á nuestros alumnos de las ideas erróneas que atribuyen menos gravedad á los hurtos hechos á la sociedad, que á los hechos á los individuos, y que consideran como buena presa todo lo sustraído al patrimonio público! ¡Conozcan que la propiedad, fruto del trabajo, es también su recompensa! que así conocerán mejor los derechos de la una y el precio del otro. ¡Procuremos hacerles conocer bien que la propiedad es el derecho de disponer de las cosas, no menos que de disfrutarlas, y que por consiguiente la propiedad cedida por el que la posee, pasa al nuevo poseedor tan íntegra y completamente como la tenía el primero! ¡Enseñémosles á conocer la preciosa y admirable facultad de *donar*, con que la Providencia ha investido al hombre, y que, abriendo ancho campo á la generosidad y al reconocimiento, añade á la trasmisión de los títulos el trueque recíproco de los afectos! ¡Mostrémosles la perpetuidad de la familia como una institución de la Providencia Divina, que unida á la perpetuidad de la sociedad humana, conserva las tradiciones, alimenta la esperanza, y encuentra un símbolo, un apoyo en la trasmisión de la herencia!

Enseñemos á nuestros alumnos el respeto que merecen los derechos adquiridos : la proteccion general debida á la sociedad , el interés de la paz general, y hasta la fé pública conspiran de consuno á hacernos considerar como legitima la posesion que tiene las formas establecidas , y consagradas por el tiempo. Pero enseñémosles tambien que la verdadera probidad no se limita á reconocer los derechos fundados en títulos auténticos , y que los derechos verdaderos no son menos sagrados á los ojos del hombre de bien, porque les falta la consagracion de las formas jurídicas. Reservémoslos de las sutilezas que alimentan el espíritu embrollador y pleitistas ; predispongámoslos á no usar de sus prerrogativas en todo el rigor del derecho ; habituémosles á fundar la equidad en la buena fé ; inspirémosles sentimientos de la mas escrupulosa delicadeza.

Concluyo, señores, hablando de la última especie de deberes, que es el complemento y resúmen de todas las demas, y abarca el conjunto de nuestras acciones, la serie de nuestra existencia : hablo del gran deber de nuestro propio mejoramiento. Susceptible de perfeccion por naturaleza, el hombre ha sido confiado á la sociedad y á sus propios esfuerzos, para caminar á la perfeccion en continuo progreso. Esta sublime ley de la humanidad se manifiesta palpablemente en el feliz período de la niñez, en que la naturaleza concurre al adelantamiento progresivo aumentando cada dia las fuerzas y el desarrollo de los órganos. ¡Experimenten nuestros alumnos la necesidad de ser tambien cada dia mas racionales y virtuosos! ¡Que su alma corresponda á esta noble vocacion! ¡Que sus miradas estén incesantemente fijadas en este objeto! ¡Que todas las mañanas, al despertar, renueven el compromiso de hacerse mejores! ¡Que todas las noches, al acostarse, se pregunten lo que han adelantado! ¡Que en nuestros libros y registros estén señalados los pasos que diere cada uno de ellos en la carrera del bien! Si se extraviaren, mostrémosles cómo pueden volver al buen camino; y si obraren bien, ayudémosles á obrar mejor todavía. ¡Despertémosles el ardimiento y mantengámosles el valor! ¡Que el anhelo de adquirir y el deseo de hacer bien los encienda en generosa emulacion, sin que esta llegue nunca á degenerar en envidia! ¡Que caminen por las vias de la instruccion y por la senda del bien! ¡Progreso! ¡Progreso! Tal debe ser la consigna, la divisa de nuestra familia adoptiva. ¡Marchemos nosotros mismos á su frente, animémosles con nuestro ejemplo! ¡Que por todas partes respiren nuestros alumnos el aroma de la moral! Asi se conservará en el seno de la escuela un verdadero espíritu de vida; asi se prepararán los niños para continuar despues diariamente, hasta el sepulcro, el trabajo de mejorarse intelectual y moralmente, que no es tampoco sino una grande preparacion para la bienaventuranza.

En las indicaciones que preceden, encontrarán VV., queridos oyentes, algunas ideas superiores al alcance de los niños; pero no pierdan VV. de vista que, ademas de las lecciones dadas en la escuela, les he recomendado que bajo diferentes formas mantengan con los antiguos alumnos relaciones, que suministrarán á VV. medios de continuar cultivando sus hechuras en edad mas avanzada.

LECCION DUODECIMA.

DE CÓMO PUEDE EL MAESTRO DE PRIMERAS LETRAS FORTALECER EL CARÁCTER DE LOS NIÑOS.

SEÑORES,

Las inclinaciones incitan al hombre; los deberes le prescriben reglas: la voluntad rige á las unas, y obedece á los otros. La voluntad es una especie de monarquía interior y moral; monarquía gloriosa, cuando está consagrada por la virtud. Sí, señores: el hombre es rey de sí propio, con tal que sepa y quiera dominarse; la energía de carácter constituye su poder.

Bien sé que los niños llevados á la escuela en tan tierna edad, no tienen todavía voluntad propia; sus acciones parecen caprichos; ceden á las primeras impresiones; y se dejan llevar sin reflexion ni exámen. Por eso necesitan colocarse bajo la direccion de un tutor sabio y benéfico, que les sirva de guia y apoyo. Pero tambien sé que no deben pasar toda su vida á nuestra vista y en nuestra escuela; que muy pronto se separarán de nosotros para siempre; y si hasta entonces no han aprendido mas que á dejarse conducir como ciegos, saldrán quizás de la escuela mas incapaces de conducirse que lo eran al entrar, y se convertirán en juguete de sus propias pasiones ó de las circunstancias. Hoy vienen á pedirnos, no que prolonguemos su niñez, sino que les preparemos para la vida adulta, que les demos posesion de su voluntad, y les enseñemos el arte difícil de hacer uso de ella.

El maestro de primeras letras está al frente de este noviciado de la humanidad, que hace capaces á las criaturas de regir su propio destino. Ceder á las inclinaciones, no esser fuerte, sino al contrario ser esclavo; y la misma violencia á que en tal caso nos dejamos arrastrar, no demuestra otra cosa sino la extension de la esclavitud. La voluntad no es fuerte sino en cuanto es libre. El carácter no consiste en el arrebató de las pasiones, sino en el poder que las contiene y en el imperio que ejercemos en nosotros mismos. La primera educacion debe ser una especie de gimnasio moral en que el hombre se habitúe desde niño á pelear y á salir victorioso.

¡Cuántos combates, en efecto no tendrán que dar algun dia nuestros alumnos, y cuántas victorias que alcanzar! Colocados en circunstancias poco prósperas, la energía de carácter les será tanto mas necesaria, cuanto mas crueles y numerosas sean las privaciones que hayan de experimentar. El que sobrelleva á la fuerza las privaciones, ó siente con mas viveza la amargura del sacrificio, está impaciente por librarse de ellas; se irrita; procura desquitarse por todos los medios posibles; y mira con envidiosos ojos á las personas que se encuentran en situacion mas afortunada. Por el contrario, el que sabe someterse á las privaciones y aceptarlas, casi no siente el sacrificio; vive contento, ó á lo menos resignado con su situacion; conserva la calma y la serenidad de ánimo, y sabe gozar, aun en el seno de la adversidad, dulzuras inefables. La verdadera energía de carácter es la fuente de la moderacion, que así sabe triunfar de los rigores de la fortuna, como no dejarse embriagar por sus favores.

La fuerza que resiste á la seducción procede exclusivamente de adentro; es enérgica, pero tranquila; supone un gran esfuerzo del hombre sobre sí propio; y le enseña á abstenerse y á no abusar. En medio de la desigualdad de clases y condiciones, que los progresos de la civilización han creado en la sociedad humana, la moderación en los deseos asegura la tranquilidad pública y la dicha individual; porque la felicidad, señores, no tanto depende del número y de la extensión de los placeres, como de la moderación que nos enseña á gozarlos. Y así vemos que los hombres pertenecientes á la clase media son, por lo comun, los mas felices, como que encuentran la paz bajo la égida de la medianía. La medianía, señores, es la suerte general de la criatura humana. ¡Bendigamos, pues, á la Providencia que nos ha concedido las condiciones necesarias para vivir contentos! La moderación en los deseos mantendrá en buena armonía á nuestros alumnos, alejará de ellos la venenosa envidia, y los predispondrá á vivir alegres y satisfechos con la suerte que les estuviere reservada. Muy luego desparramándose en las diversas clases de la sociedad, y yendo en su mayor parte á parar á las inferiores, sabrán contemplar tranquilos y serenos las ventajas que no pudieren disfrutar; y aceptarán sin murmuración ni pena la humilde é ingrata condición que les cupiere en suerte, descubriendo en ella el escondido tesoro de una felicidad verdadera.

Y ¿cómo podrán alcanzar esta moderación, tan universal como indispensable, si no supieren dominarse á sí mismos? Asediados á cada momento por el atractivo del placer y por las seducciones del amor propio, nos lisongearíamos en vano de verles oponer resistencia, si al cabo no hubiesen aprendido á velar por su corazón. Es mucho mas fácil preservarse de las ambiciones vanas, que no reprimirlas cuando ya han tomado vuelo.

La niñez es de suyo movable, y cede fácilmente á las primeras impresiones que recibe; la disipación es en los niños lo que el desarreglo llega á ser en los adultos. Protejámosles contra este peligro, para lo cual no podemos hacer cosa mejor, que preservarles de la ligereza, enseñándoles á reflexionar.

Hay una especie de valor modesto, pacífico, pero tanto mas meritorio, cuanto se ejerce lejos de la vista de los hombres, en el seno de una vida activa y laboriosa; valor que nos hace emprender con alegría y continuar con perseverancia los mas duros esfuerzos; que nos reanima en el cansancio y nos allana los obstáculos: hablo del valor de la constancia. Proveamos de él á nuestros alumnos para toda la vida. Enseñémosles tambien á sacudir la pereza, la molicie, á triunfar del abatimiento y del tedio, á arrostrar con resolución las dificultades. Despertémosles el noble ardimiento del ánimo; que la energía mental mantiene las fuerzas corporales y nos hace conservar en los mayores esfuerzos la tranquilidad, la libertad y el bienestar necesarios para alcanzar buen éxito, privilegio de los que saben dominarse á sí propios.

Nuestros alumnos no podrán eximirse de la condición general de la humanidad: el dolor les espera en la senda de esta vida, y acaso les estén reservados largos y crueles padecimientos. Los que estuvieren condenados á la pobreza se verán mas particularmente sometidos á duras pruebas. Armémosles, pues, del valor de la paciencia; valor tambien heroico, sublime á veces, y tanto mas sublime cuanto fuere mas oscuro. Llegará dia en que tengan que soportar padecimientos, sufrir reveses, experimentar pérdidas, ser víctimas de engaños ó injusticias, y verse acaso arrebatar

hasta los goces del corazón, hasta los afectos de familia, que son el consuelo de las adversidades. ¡Preparémosles, pues, con tiempo para padecer sin murmurar; para no agravar sus pesares rebelándose contra ellos! Ejercítense en sufrir con paciencia sus disgustos; en despreciar los dolores corporales; en no dejarse arrebatar por la ira ó abatir por la tristeza.

Algún dia tendrán necesidad también nuestros alumnos del valor que consiste en arrostrar los peligros; porque la vida humana está sembrada de escollos por todas partes, y ciertas profesiones los tienen además especiales. Llamados, por otra parte, á desempeñar los deberes de ciudadanos, la patria reclamará algún dia sus servicios en las filas del ejército activo ó en las de la milicia que le sirve de reserva, á la par que vela por la conservación del orden público. Si queremos dotarles el alma del valor que arrostra con serenidad toda especie de peligros, del valor que constituye la intrepidez del marino y la bravura del soldado, desarrollémosles la energía de ánimo, habituémosles á dominarse á sí propios.

En la energía de carácter, queridos oyentes, estriba la verdadera independencia del hombre; por ella nos sentimos libres hasta en el cautiverio; que cuando sabemos imponernos límites á nosotros mismos, no sentimos las cadenas con que la suerte puede abarrojarnos. El que sabe renunciar no puede ser despojado: para el que se resigna, no es posible la opresión. La energía de carácter suple á la robustez física: hasta los hombres más endebles tienen en ella un arma poderosa que les prestará fuerza moral para servir á sus semejantes y obtener miramientos y consideraciones.

¿No es esto pedir demasiado á niños tan poco favorecidos por las circunstancias? ¿no es exigirles cualidades difícilísimas? ¿Nos proponemos, por ventura, formar héroes? Y ¿por qué nó? señores: héroes hay en las condiciones más oscuras; porque hay un heroísmo ignorado del mundo, un heroísmo vulgar, si se me permite decirlo así, no menos honroso, y es el heroísmo que lucha con la suerte y la vence. ¡Cuántas veces no he encontrado este heroísmo en las clases de la sociedad menos favorecidas por la fortuna, y le he admirado en silencio! En ellas es donde se encuentran hombres que saben abstenerse y padecer. ¡Cuántas virtudes ocultas reinan en los hombres laboriosos, que con tan poco se contentan, que no se quejan de su suerte, ni conocen la envidia! ¡Qué espectáculo tan interesante nos presentan las víctimas de la adversidad, los mártires de la paciencia, que retirados á un oscuro rincón y agoviados de dolor y de miseria sobrellevan, sin embargo, con ánimo sereno y constante las pruebas más crueles!

En circunstancias grandes y solemnes que pertenecen ya á la historia ¿no vimos salir espontáneamente de todas las clases de la sociedad vengadores ó defensores de nuestras leyes violadas, que inmolaban sin vacilar su vida, ya en las aras de la libertad, ya en las del orden público? Grandes por su moderación, mas todavía que por su intrepidez ¿con qué respeto no miraron aun en medio de los mayores peligros los sacrosantos derechos de la humanidad? ¡Qué disciplina! ¡qué generosidad! ¡qué mansedumbre después de la victoria!

¡Sí, señores, la Providencia ha querido que las virtudes más necesarias al hombre sean también las más extendidas, las más vulgares, y por lo mismo las menos ostensibles. Hasta el brillo que les falta es una circunstancia que aumenta su verdadero precio. Tal es, queridos oyentes, el patrimonio que debemos asegurar á nuestros hijos adoptivos; patrimonio más útil que los dones de la fortuna, porque enseña á pasarse sin ellos.

Pero me dirán VV.: «¿de qué medios podemos disponer para inspirar á nuestros alumnos la energía de carácter que todavía no conocen, y que es tan poco compatible con su edad? ¿será posible efectuar un milagro semejante en las breves horas que pasan en la escuela, ocupados en el estudio?» Efectivamente, señores, lo confieso: la educación del carácter no es obra de un día, y se efectúa lenta é imperceptiblemente; pero podemos comenzarla desde luego, y continuarla á cada momento, aprovechando una multitud de circunstancias.

En el momento que los niños se someten al régimen de una vida arreglada, comienzan por este mero hecho á dominarse. La disciplina escolar les obliga á dar treguas á la disipacion, á triunfar de su propio atolondramiento, y á salir de la apatía. Tienen precision de ir á la escuela exactamente á la hora dada, de colocarse en sus respectivos puestos, de someterse á los ejercicios, de guardar silencio y de estarse quietos el tiempo determinado: todo lo cual es una série de pequeños triunfos que alcanzan de sus inclinaciones, y un principio de imperio sobre sí propios. Tienen que abstraerse para prestar atencion, que cuidar de su apostura y continente, que reprimir su impaciencia y su mal humor. Hasta el estudio, que tal vez no sería la ocupacion que ellos eligiesen, es un sacrificio que se imponen, un esfuerzo costoso que exige continuada aplicacion, y una perseverancia enojosa para su natural ligereza. La institucion de una disciplina prudente, el cuidado con que debemos velar por la conservacion del órden en la escuela, la regularidad de los movimientos y la actividad del trabajo, son otros tantos medios seguros y eficaces de predisponer poco á poco á los niños para que dominen sus inclinaciones. Para lograr su objeto, la disciplina no debe ser excesivamente rigorosa ni minuciosa, ni exigir á los niños mas esfuerzos que aquellos de que sean capaces, así por lo tocante á la extension como por lo que respecta á la duracion; concediéndoles cierto grado de libertad para dejarles el mérito del vencimiento. Cuidemos sobre todo de mantener la mas perfecta tranquilidad en la pequeña sociedad reunida en torno nuestro; evitemos la confusion, la agitación, el desórden; porque la tranquilidad da serenidad á la inteligencia, verdadera fuerza al alma, é independencia á la voluntad. Es tal la propension de los niños á moverse y variar, que el mayor esfuerzo del imperio sobre sí propios es el conseguir estarse quietos; mas esta quietud no ha de ser ociosa ni estéril, sino activa y provechosa, de suerte que les reprima los movimientos desordenados, á la par que les apreste las fuerzas útiles.

Nunca velan mas los niños por sí mismos que cuando conocen que están vigilados por otros; pero semejante vigilancia no debe causarles inquietud ni vejámenes, pues de lo contrario, les fatigaria, intimidaria y perturbaria el ánimo: basta que el alumno sepa que le observan y que obra delante de testigos que pueden ser jueces suyos.

En el sistema de enseñanza mútua todos los alumnos están constantemente empleados y sometidos á una vigilancia habitual y fácil, que no les molesta ni importuna. Las señales de que se hace uso son otros tantos estímulos que les ponen sobre aviso, advirtiéndoles lo que deben hacer. En estas escuelas todos ocupan un puesto y desempeñan un papel. El inspector encargado de celar á sus condiscípulos, debe ante toda otra cosa saber observarse á sí propio. Depositario de una parte de autoridad, es preciso, si ha de hacerse respetar de sus iguales, que sepa contenerse, dominarse, aparecer tranquilo y mesurado, á la par que previsor y atento. Al volver á confundirse en las filas de los alumnos, el monitor ejerce mayor imperio sobre sí mismo, despues de haber mandado á los demas.

Llega la hora de recreo, y el alumno se ve libre al fin de las cadenas que llevaba en la escuela; pero ¿dejará por eso de conservar cierta medida y circunspección en sus acciones? Quizás sí, si le abandonamos completamente; pero como debemos acompañarle también en sus placeres, le ayudaremos á ser sóbrio hasta en sus juegos, y á no traspasar nunca los justos límites. Cabalmente porque entonces gozan los niños mayor independencia, les es más difícil y más útil el comedimiento.

Obtengamos la confianza de todos y cada uno de nuestros alumnos; seamos depositarios de sus propósitos de sus penas y de sus pesares, ayudándoles á moderar los unos y á disipar ó soportar los otros. Asociándonos á ellos por medio del cariño, les haremos partícipes de nuestras propias fuerzas. Estimulémosles con nuestra benevolencia, é ilustrémoslos con nuestros consejos. Hagámosles descubrir el poder del valor, poniéndoselo á prueba; que tendrán á dicha y á orgullo el conocer que también ellos pueden pelear y alcanzar victoria.

Los pobres niños experimentarán á menudo sinsabores, incomodidades, verdaderas penas y padecimientos; mas nosotros tenemos el gratísimo privilegio de ser su consuelo y de inspirarles por este medio resignación y paciencia: comencemos por mitigar el dolor, y por enseñarles á soportarlo; que nuestros consejos serán tanto más eficaces, cuanto más compasivos nos hubiéramos mostrado.

Los maestros prudentes cuidarán de no causar á los niños impresiones demasiado vivas, ni conmociones repentinas, evitándoles todas las que puedan infundirles terror ó espanto. Las personas ignorantes que rodean á los niños en sus primeros años, no conocen medio mejor de someterlos y contenerlos, que presentarles la imagen del peligro, complaciéndose en sorprenderles la imaginación con cuentos absurdos, cuyo recuerdo les persigue y les hace temer á cada momento peligros imaginarios. Libre-mos á los pobres niños de semejantes fantasmas: devolvámosles la tranquilidad y la confianza, ilustrándoles la razón. El hombre teme, por lo general, lo que no conoce: por esta razón la niñez, como tan falta de experiencia, es naturalmente asustadiza. Habitúemos á los niños á mirar las cosas de cerca, que así contemplarán serenos lo que desde lejos les hacia temblar. Patentémosles que aun los males, con ser males, no son en realidad tan insoportables como al principio lo parecen.

Los ejercicios gimnásticos que ya he recomendado á VV. contribuyen admirablemente á dar á los niños la serenidad, que es una de las condiciones del valor: ejercitando las fuerzas físicas, predisponen á los niños á ejercitar igualmente el poder de la voluntad, y á llegar á ser también atletas en la lucha de la virtud.

La mútua simpatía que despierta en los niños la asociación común que contraen en las escuelas, contribuye ventajosamente al desarrollo del carácter; porque obrando juntos se sostienen recíprocamente. Este efecto es tanto más perceptible, cuanto más viva fuere la simpatía, y más íntima por consiguiente la asociación. Es, pues, una circunstancia feliz, el que haya en una misma escuela niños de diferentes edades, y con diferentes grados de experiencia. Los que han comenzado ya á recoger el fruto de una educación bien entendida, marchan á la cabeza, dando ejemplo é impulso á los demás; y dado el movimiento, la fuerza adquirida por los primeros se va comunicando sucesivamente hasta llegar á los más débiles. El niño aprende mejor de sus discípulos que de cualesquiera otras personas, el imperio que puede ejercer en sí mismo y los esfuerzos de que es susceptible.

Los ejemplos de valor que se presentan á los niños, les conmueven poderosamente la imaginacion; pero cuando se escogen al acaso estos ejemplos, pueden ser inútiles para formarles el carácter y aun quizás dañosos, dándoles una exaltacion simulada y llenándoles la cabeza de ideas novelescas que nunca tendrán ocasion de aplicar. Mas que interesarlos ó sorprenderlos con narraciones extraordinarias debemos presentarles modelos que imitar. Pongámosles á la vista el cuadro de las virtudes que estan á su alcance, tomando nuestros ejemplos de la clase social á que pertenecen y del género de vida que hayan de llevar. Escojamos en las condiciones mas oscuras los héroes que les presentemos como dignos de admiracion. Pintémosles el valor modesto y sencillo, el valor de cada momento que se ejerce en las ocasiones ordinarias de la vida por medio de la constancia, del comedimiento y de la resignacion. Patentémosles cuán grande, noble, meritorio y útil es este valor, así para el que le posee como por los demás. Mostrémosles, en fin, que ellos tambien pueden alcanzarle con el tiempo.

LECCION DECIMATERCIA.

DEL HÁBITO Y DE LA IMITACION.

SEÑORES,

Así como la instruccion tiene instrumentos, la educacion tiene resortes. La una ilumina por medio del método: la otra obra por el poder del hábito.

Uno de los estudios mas interesantes que puede hacer el maestro de primeras letras, es el de las leyes del hábito, las cuales le ofrecen un medio eficacísimo y un obstáculo muy temible. El hábito, apellidado con razon segunda naturaleza, forma el carácter y las costumbres; por el hábito, las buenas acciones llegan á convertirse en prendas, en virtudes, así como las malas en defectos, en vicios.

La situacion de los maestros de primeras letras es ventajosísima en este concepto, porque los niños llegan á su lado cabalmente en la época de la vida en que los hábitos comienzan á formarse y no han echado todavía profundas raices. Pero al mismo tiempo pesa sobre los maestros una responsabilidad grave y terrible, porque los hábitos han de nacer á su vista y bajo su influjo.

El imperio del hábito es mas fuerte en las clases inferiores de la sociedad, ya porque llevan una vida mas uniforme, ya porque el círculo de la existencia es para ellas mas estrecho, ya porque les falta tiempo y espacio para reflexionar.

¿En qué consiste la ley singular de nuestra naturaleza que constituye propiamente el hábito? En una predisposicion adquirida, que hace mas fácil la ejecucion de ciertos actos, y aun basta á veces para determinar por si sola la reproduccion de los mismos actos. El hábito es una palanca que aumenta nuestras fuerzas, y tambien una cadena que puede esclavizarnos.

El hábito obra en los órganos exteriores, en la inteligencia y en la voluntad, teniendo por consiguiente una parte considerable en la educacion física, intelectual y moral.

Los efectos del hábito en los órganos del cuerpo son casi idénticos en el hombre y en los animales. En el uno y en los otros los órganos se pliegan, se amoldan y se hacen dóciles á las impresiones que reciben con repeticion y asiduidad. Asi nos habituamos á las diferentes temperaturas atmosféricas, á las diversas clases de alimentos y hasta á los venenos. Asi tambien se embotan y debilitan gradualmente, repitiéndose las impresiones de los sentidos, llegando por ejemplo, el caso de no oír el ruido que resuena continuamente á nuestro lado; y de no ver los objetos que están constantemente á la vista. El maestro de primeras letras ha de valerse de este primer influjo del hábito para robustecer la salud á los alumnos, y librarles de una multitud de trabas, de terrores y de antipatías; para hacerles soportables las privaciones y los disgustos, menos dolorosos la mortificacion y los padecimientos, y mas fácil la paciencia.

Los maestros han de observar una regla diametralmente opuesta por lo tocante á las impresiones útiles que deban conservar toda su fuerza. No prodiguemos las que despiertan la atención en los alumnos y les excitan la actividad. No distribuyamos, ni aun los placeres, sino con cierta economía, á fin de conservarles todo su precio. ¡Cuánto no aumentaremos los goces á los niños, si les enseñamos á disfrutarlos con sobriedad! En esto, como en todo, la economía engendra riqueza. Al paso que el hábito borra las impresiones pasivas, da al ejercicio de los órganos activos una facilidad y rapidez siempre crecientes, y hasta cierto punto prodigiosas, haciendo fáciles hasta las cosas mas difíciles. Los miembros del cuerpo le deben su fuerza, su flexibilidad y su aptitud para ejecutar una infinidad de movimientos. Por medio de la repeticion constante se aprenden todas las artes exteriores, los ejercicios del cuerpo, los oficios; y hasta el escribir se aprende tambien, en parte, por medio de ejercicios mecánicos. El hábito hará adquirir á los niños agilidad, destreza y habilidad para los trabajos manuales, formándoles y regularizándoles á un tiempo el modo de andar, las actitudes y el continente.

Los movimientos, ejecutados al principio con reflexion, concluyen por efectuarse de una manera involuntaria y en cierto modo ignorada. De aqui proceden ciertos defectos exteriores que estamos expuestos á contraer desde la niñez, y de los cuales suele ser despues casi imposible librarnos. Los niños pobres están mas particularmente expuestos á este peligro, porque permanecen de ordinario, abandonados á si propios, y sus padres se cuidan poco de contenerlos. El maestro de primeras letras combatirá estos defectos orgánicos antes de que el tiempo los arraigue, y procurará evitarlos en su origen, oponiéndoles ejercicios contrarios, rompiendo con sacudidas fuertes y repentinas la cadena que empieza á formarse, excitando la vigilancia del alumno; y apelando en último recurso á la represion, cuando viere que no hay otro remedio. Hasta en las cosas mas pequeñas debemos habitar á los niños á dominarse, porque este imperio sobre sí mismos les será algun dia muy necesario en circunstancias mas graves.

Cuando nos habituamos á obrar de cierta manera, no podemos hacerlo de otra, y nos encontramos atados á pesar nuestro. Este es un inconveniente de otra especie que exige el mayor cuidado por parte del maestro, á fin de que ciertos hábitos, excesivamente exclusivos no paralicen la aptitud y la capacidad de otra especie que tengan los alumnos. Para ello les ejercitará á un tiempo todos los órganos, variando hábilmente los ejercicios.

Ya observarán VV., queridos oyentes, que el hábito de ejecutar ciertos actos se adquiere tanto mas pronto, y alcanza mas energía, cuanto mas regulares y sencillos son estos actos. Cuando tratemos de que adquieran aptitud los niños para ejecutar operaciones mas complicadas, procuremos que haya en ellas cierta armonia, lo cual se consigue en el canto, por ejemplo, con el ritmo; en el dibujo lineal, con las figuras geométricas, y en las artes y oficios, con la uniformidad de las operaciones. Nos será tanto mas fácil ejecutar las cosas, cuanto mejor supiésemos hacerlas.

El alma tiene también hábitos como el cuerpo; y en virtud de las leyes de nuestra organizacion, se enlazan unos con otros, resultando de aquí el mecanismo de la memoria y el fenómeno del encadenamiento de las ideas. Así, el maestro de primeras letras encuentra en la repetición asidua de las lecciones un medio natural y sencillo de grabárselas en la mente á los alumnos, los cuales las conservan por hábito como en depósito, para recurrir á ellas cuando llegue el caso. No basta, pues, que el maestro enseñe: es preciso además, que con mayor ó menor perseverancia y con infatigable paciencia confirme sus lecciones por medio de la conveniente repetición de ejercicios. Los niños, en general, pierden pronto la huella de las lecciones; y es por consiguiente muy útil volver de tiempo en tiempo á las cosas que ya hubieren estudiado, para reparárselas y refrescarles la memoria. Como no todos los niños tienen igual retentiva, la repetición de los ejercicios debe ser mas constante para unos que para otros.

El hábito influye en la imaginación lo mismo que en los sentidos. Al paso que graba los objetos en la memoria, debilita progresivamente sus particularidades en la inteligencia. El maestro de primeras letras cuidará de amortiguar en ciertos casos por medio del hábito el efecto de algunas imágenes que podrían afectar vivamente á los niños, distraerlos y extravíarlos, pero al mismo tiempo no dejará secar por el hábito la preciosa sábia de la imaginación que constituye la vida de la inteligencia: los modelos de lo bello deben conservar siempre novedad, frescura y gracia.

El hábito, que sirve para dar cierta regularidad al espíritu, puede también esclavizar el entendimiento. El maestro de primeras letras tiene que desempeñar un papel muy diferente del de los instructores militares: estos ejercitan á los soldados solo en las maniobras y no necesitan mas que hacer repetir sus órdenes; al paso que el primero ejercita el entendimiento á los alumnos y debe enseñarles á reflexionar. Los maestros que se apoyan solo en la rutina pueden enganarse á sí mismos, creyendo que forman alumnos, cuando en realidad no forman mas que autómatas. La rutina mata el ingenio y la reflexión, haciendo repetir palabras, sin dar á conocer su significado.

Después de bien comprendida una noción, el hábito sirve oportunamente para grabarla en el entendimiento; pero su papel se limita á esto solo, pues la reflexión es la única que nos da el conocimiento de las cosas. Los maestros ineptos comienzan por donde deberían concluir, confundiendo al guarda con el artífice. Antes de grabarles en la memoria las lecciones á nuestros alumnos, procuremos que las entiendan, y para ello cuidemos de entenderlas nosotros mismos (1).

(1) Véase lo que hemos dicho sobre el particular en las notas de las páginas 120 y 121 de *El maestro de primeras letras*. -- M. B.

El hábito rutinario paraliza la facultad de juzgar y de raciocinar, privándonos de toda convicción reflexiva. Como los errores más peligrosos nacen, por lo común, de la falsa aplicación de los mejores principios, si remplazamos el juicio con el hábito ciego y maquinal, conferiremos solo á nuestros alumnos la funesta facultad de afirmar las cosas sin conocimiento de ellas, y podrán hacer un abuso pernicioso de las máximas más sabias, porque les extinguiremos en el alma el sentimiento de lo verdadero, que presta saludable energía á las convicciones, y carácter sagrado á las creencias.

Las asociaciones de ideas que, substituyendo al juicio, se fundan exclusivamente en el hábito, abren la puerta á todo linaje de errores. De estas asociaciones, formadas así al acaso y bajo el imperio de las circunstancias en tan tierna edad, nacen las innumerables preocupaciones que nos atormentan despues toda la vida, y de las cuales no bastan de ordinario á librarnos la reflexion y la experiencia. A veces, suelen tomar estas preocupaciones la forma más peregrina, sin ser por ello menos tiránicas. Tales son las falsas ideas acerca de la fatalidad, que circulan y reinan en el vulgo, porque es propio de las preocupaciones hijas del hábito trasladar al teatro de la naturaleza la ciega necesidad, que á ellas mismas las esclaviza.

Estas preocupaciones hijas del hábito son mucho más funestas todavía cuando se refieren á las nociones morales, porque influyen entonces perniciosamente en el carácter y en la conducta de las personas. Este es el peligro á que están expuestos más frecuentemente los niños, admitidos ya, á pesar de su cándida inocencia é inevitable ignorancia al trato común de los hombres; porque al dirigir la vista en torno suyo, el hábito les hará considerar las acciones de que son testigos, como reglas de conducta, y confundir lo que es, con lo que debe ser. Así llega el hombre, á veces, á imponerse como deberes prácticos arbitrarios, y á imaginarse que cumple con un deber cuando acaso ejecuta un acto contrario á la moral.

Las facultades activas del entendimiento se desarrollan ejercitándolas con asiduidad. De este modo adquiere la percepcion mayor claridad cada vez, por medio de la atencion constante y repetida; así la reflexion se va haciendo más y más penetrante, cuanto más repetidos esfuerzos hace la mente para reconcentrarse en sí misma; así también va siendo cada día más fecunda la imaginacion, cuanto más se ejercita; de este modo, en fin, adquiere progresivamente mayor sagacidad el juicio, habituándose á examinar las cosas. Aquí tiene el maestro de primeras letras ancho campo en que extenderse, sin más límites que los que prescribe la prudencia, á fin de no excitar en el ánimo de los alumnos una actividad desordenada. El arte de ejercitar á los niños es el verdadero secreto del arte de enseñar. Y no se crea que este arte consista solo en hacer repetir constantemente idénticas operaciones intelectuales, pues exige además otras varias condiciones, tales como determinar el fin á que nos encaminemos, ponerlo al alcance del alumno despues de calcular bien la distancia, y proceder de manera que se adelante cada vez un paso y que cada repeticion sea un progreso.

Los hábitos de la voluntad ofrecen al maestro de primeras letras resortes no menos poderosos, y obstáculos muy dignos también de llamar su atencion. En efecto, estos hábitos modifican las inclinaciones, producen nuevas necesidades, fortalecen ó enervan el ánimo, y labran la felicidad ó la desgracia de toda la vida.

El maestro de primeras letras debe proponerse como fin el coadyuvar á los designios de la Providencia, haciendo adquirir á sus alumnos los hábitos mas conformes al destino general del linaje humano y al destino propio y especial de la carrera que hayan de seguir. Preservémosles de una multitud de necesidades artificiales que no les será dado satisfacer mas adelante, y solo les servirian de inútil tormento en la vida; conservémosles la preciosa sencillez de gustos, manantial perene y abundante de placeres seguros y poco costoso; y enseñémosles á vivir contentos con su suerte. Hábitos contraídos con prudencia los protegerán y defenderán de las inquietudes de la ambicion, del inmoderado deseo de variar de suerte, y de los tormentos de la envidia. El hombre que sabe limitar sus necesidades á sus medios de satisfacerlas, tiene siempre lo bastante para ser feliz; al paso que será eternamente desgraciado el que se cree necesidades superiores á sus medios.

De dos maneras diferentes podemos servirnos del hábito para hacer virtuosos á los niños: como de baluarte contra las tentaciones, ó como de apoyo y sosten para las buenas obras. Por lo mismo que nuestros queridos hijos adoptivos son todavía muy débiles, importa tanto mas sostenerlos y habituarlos á obedecer la ley moral. El valer que exigen las acciones virtuosas es tanto mas fácil, cuanto mas se repiten acciones de esta especie: la recompensa del hombre de bien es el aumento constante de su fortaleza. ¡Maestros de primeras letras! ¡que la existencia de nuestra familia adoptiva se distinga por la práctica constante y general de buenas obras! ¡que por todas partes se respire en nuestras escuelas el aroma de la moralidad! ¡No temamos cansar á nuestros alumnos, si solo les imponemos verdaderos deberes; que su cumplimiento, lejos de fatigar el ánimo, le fortalece y rejuvenece sin cesar.

La fidelidad á los deberes, fundada exclusivamente en el hábito, puede ofrecer los efectos exteriores, pero no el mérito de la virtud: su fria y árida regularidad podrá lisongear el orgullo, mas no satisfacer la conciencia. Esta es, por tanto, la que principalmente debe oír la voz del maestro, el cual ha de depositar el sentimiento del deber en lo mas íntimo del alma. El hábito no es mas que un guardian colocado á la puerta del santuario.

Asi en la práctica de la virtud, como en los ejercicios del estudio, procuremos que el hábito no debilite los goces del alma y la vida interior, fuente de todo bien. La virtud y la verdad deben resplandecer siempre con nueva belleza.

El auxilio que el hábito presta á la virtud haciendo cada dia mas fácil la práctica del bien á los que perseveran, no tiene por objeto dispensarles de intentar nuevos esfuerzos, ni proporcionarles en esta vida el reposo de la indolencia, sino ejercitarles en realizar el progreso, que es la ley esencial del género humano. Obrando asi, todas las prendas morales adquiridas por nuestros alumnos se convertirán en medios de perfeccion. Atentos constantemente nosotros á su desarrollo moral, no les permitiremos que se duerman en la via del progreso, y nos valdremos de los hábitos virtuosos ya contraídos, como de escalones para subir mas todavía.

Ciertas pasiones que podríamos apellidar mezquinas, frias, estériles, deben al hábito su principal poderío: tales son, con especialidad, el egoismo y sus principales ramificaciones, como la crueldad y la avaricia; tal es tambien la mentira. El maestro de primeras letras las vé venir de lejos y puede combatir las en su origen, sin dejar que se arraiguen con el hábito, librando asi á los alumnos del riesgo que les amenaza.

Otras pasiones, aunque exaltadas, se aumentan tambien con el hábito, cuando nos abandonamos á ellas: tales son las que tienen su foco en nuestro interior, y se dirijen á objetos fantásticos de creacion propia. De aqui proviene el poder de las ideas supersticiosas y la influencia, terrible á veces, que ciertos objetos quiméricos ejercen en el ánimo de la muchedumbre. El imperio de estas pasiones, tan contrarias al reposo de nuestros alumnos, se extenderia indefinidamente, si les dejásemos libre curso, por lo cual les opondremos distracciones prudentemente combinadas y el poder de la realidad, abriendo otras salidas á la actividad interior de los niños, para preservarles de estos extravíos.

Ciertos hábitos subsisten en nosotros á nuestro pesar, desafiando á la voluntad y triunfando de todos sus esfuerzos. Las pasiones que se presentan en su origen con carácter impetuoso, llegan por lo comun á convertirse en un yugo pesado y frio, cambiando de forma, pero sin abdicar su poder. En semejante estado, el hombre no cede ya al atractivo del placer, y aun quizás experimenta un principio de aversion ó repugnancia; pero obedece á una especie de fatalidad inexorable. Asi podrán VV. observarlo, queridos oyentes, en los efectos de la intemperancia, de la sensualidad, de la pasion del juego, ¡triste y deplorable sucesion de consecuencias que concluye por alterar el carácter de una manera casi irreparable! A la verdad, este peligro no amenaza á nuestros alumnos, sino en edad mas avanzada; pero por remoto que le consideremos, debemos preservarles de él desde luego con nuestros prudentes consejos, poniéndoles á la vista la profundidad del precipicio, y habituándoles á triunfar de los malos hábitos que hayan podido ya contraer, para que estén apercibidos á los combates que acaso hayan de sostener algun dia.

Alejar de la vista el objeto que nos despierta el hábito contraido, y romper la continuidad que existe entre las diferentes impresiones ó actos de que este hábito se compone, son los dos medios principales de cortar en su origen los hábitos funestos para el carácter de nuestros alumnos; medios de que estos pueden disponer lo mismo que el maestro, por lo cual nos será fácil aumentar su eficacia, si logramos atraernos la cooperacion de los niños, y hacer que su voluntad y la nuestra conspiren á un mismo fin.

Las anteriores reflexiones nos demuestran la influencia que ejercen en los niños los objetos que tienen habitualmente á la vista, las impresiones que de ellos reciben, y cuán importante es para la buena educacion atender á las circunstancias en que se encuentren y á la eleccion de cuanto pueda influir en ellos. Su educacion no es obra exclusiva del maestro; porque todo cuanto ven, todo cuanto oyen viene á ser para ellos otra educacion. La exactitud de esta observacion quedará nuevamente corroborada, considerando el poder que la imitacion ejerce en los niños.

Estos son naturalmente propensos á imitar todo cuanto ven; y digo naturalmente, porque la naturaleza les ha dado en efecto esta propension como medio auxiliar del desarrollo de sus facultades, y como precioso lazo de sociabilidad. Asi se aproximan mas á sus semejantes y entran mas pronto en posesion de la riqueza comun. La imitacion contribuye á perpetuar las tradiciones y á conservar y uniformar los usos y las costumbres. Su predominio, tanto mayor, cuanto mas unidos viven los hombres, se ejerce de una manera mas absoluta en los menos reflexivos y en los que menos obran por impulso propio. En las sociedades

particulares crea el imperio de la moda; en la sociedad general, el de la costumbre. Domina en las ciudades, en las aldeas, en las corporaciones, en la familia; y habrá de ejercer tambien su poder en nuestra escuela. Para el maestro de primeras letras será un resorte, del cual podrá usar ó abusar: en el primer caso le servirá de ayuda; en el segundo, de obstáculo.

Comparando la ley de la imitacion con la del hábito, sorprenderá á VV., queridos discípulos, la estrecha analogía que entre ambas existe. El ver las acciones de los demas, produce, por lo que respecta á la imitacion, efectos análogos á los de la repeticion por lo tocante al hábito. Cuando vemos hacer las cosas nos cuesta menos trabajo ejecutarlas, y las reproducimos mas pronto. Es tal el imperio de este poder singularísimo, que puede determinar actos involuntarios y aun á veces, actos contrarios á la voluntad. La imitacion es, por consiguiente, el segundo maestro de los niños; y casi pudiera decirse que ella sola les enseña la lengua materna. Por medio de ella adquieren tambien á poca costa la mayor ó menor habilidad de las personas con quienes viven; siguen las huellas de sus predecesores en la carrera de la vida; y se someten al imperio de la ley comun: en estos casos la imitacion sirve de ayuda.

Mas por efecto de esta propension á imitar cuanto ven, los niños adquieren irreflexiva é indeliberadamente los hábitos de las personas que los rodean, haciéndose asi contagiosos los vicios y los defectos: la imitacion es entonces un obstáculo.

Los alumnos, en este concepto, dependen mas de sus padres y de sus condiscípulos que de sus maestros. Pero este no debe olvidarse de que el espectáculo de sus acciones, aunque mudo, influye en ellos mas que la autoridad de sus palabras.

La simpatía corrobora y desarrolla en sumo grado la propension natural que tienen los niños á la imitacion. Asi es que estos imitan con preferencia á las personas que mas aman, á las que participan de sus sentimientos, á las que mas se les acercan por analogía de condicion, de edad, de ocupacion ó de género de vida. Por consiguiente, el maestro se valdrá de este resorte tanto mas ventajosamente, cuanto mejor sepa atraerse á los alumnos y estrechar los vínculos de estos entre sí.

La debilidad de carácter, la pereza, el deseo de agradar, y mas comunmente el de distinguirse, aumentan tambien la propension natural de los niños á la imitacion, que obedeciendo á motivos de esta especie puede tomar una direccion viciosa. El niño de carácter débil obedecerá al primero que se presente; el perezoso se guiará por lo que hagan los demas, para ahorrarse la molestia de dirigirse á sí propio; el complaciente adoptará hasta los ejemplos que desapruebe su conciencia; el presuntuoso remedará como un mono á los mas sobresalientes. ¡Preservemos á los alumnos de esta especie de seduccion! ¡Que la imitacion sea siempre deliberada, ilustrada por el juicio, y determinada por la estimacion! ¡Que tenga el carácter de una emulacion laudable!

No se imita sino lo que se observa, prefiriendo siempre lo que mas llama la atencion. De aquí procede el ascendiente natural que ejercen en los niños, y en el vulgo, que tanto se les asemeja, las personas que tienen alguna preeminencia ó llaman mas vivamente su atencion. Esta predisposicion seria muy útil, si no cediese mas que á la preeminencia de la sabiduria y de la virtud; pero no sucede asi, tratándose de espectadores superficiales, ignorantes y ligeros, en quienes ejerce una verdadera fascinacion

la superioridad aparente, hija de la fuerza, del nacimiento, de la riqueza y de otras ventajas exteriores. Para obtener su obediencia, basta por lo comun exigirla con tono imperioso, pues los caracteres débiles se pliegan con dócil complacencia á lo que exige de ellos el espíritu de dominacion. Este es el origen del ciego imperio que, si nos descuidamos, ejercen ciertos alumnos en sus condiscípulos, aunque no sean dignos de servirles de guia. El maestro prudente cuidará de echar por tierra estos ídolos, de poner término á la usurpacion, y de evitar en su origen semejante tiranía, haciendo que los alumnos fijen la atencion en los que verdaderamente sean dignos de servirles de modelo, y ensalzando el mérito y la belleza de estos últimos. Las distinciones otorgadas á los alumnos que sobresalgan por su aplicacion ó por su buena conducta, contribuirán eficazmente á contener la imitacion en sus verdaderos límites.

A veces el instinto de imitacion hace contraer á los niños ciertos defectos, por lo mismo que son más chocantes. La singularidad, la extravagancia, les hacen profunda impresion, excitándoles á remediarlas. Quitémosles la ocasion de caer en estas tentaciones. Nuestros ejemplos, nuestras lecciones, las tradiciones creadas en nuestra escuela, les inspirarán sentimientos de decencia y de decoro, les servirán de escudo contra tales tentaciones, y les patentizarán cuán absurdas, vergonzosas y ridículas son las viciosas imitaciones que al principio les parecerian quizás solamente estrambóticas.

El contagio de los defectos exige de parte de los maestros de primeras letras precauciones ó remedios de diferente naturaleza, segun estuviere más ó menos desarrollado. En su principio, nos apresuraremos á detener su propagacion; y si advertimos que la presencia de un alumno vicioso expone á los demás á contraer un vicio cuyos progresos no podemos evitar, no vacilarémos un solo instante en expulsarle de la escuela; que el temor de desagradar á la familia de un alumno tan peligroso, no debe equipararse al de ver sucumbir á los demás.

Pero si por desgracia el defecto se hubiere hecho casi general en la escuela, nos dirigiremos á un corto número de alumnos escogidos, á los más predispuestos á escucharnos, aprovechándonos del influjo que estos ejercen en sus condiscípulos, y comenzando la reforma por lo más selecto, para continuarla sucesivamente y por grados imperceptibles hasta lo más viciado.

Los niños llevan, cada uno por su parte, á la escuela en que se reunen, la tradicion de los ejemplos que han tenido á la vista desde la cuna; y todos estos hábitos conspiran de consuno contra los esfuerzos del maestro. La disciplina, las buenas costumbres, el tono, los modales y el lenguaje que rijan en la escuela, nos suministrarán medios para triunfar de ellos. Por eso es necesario, queridos oyentes, que cuando traten VV. de abrir escuela, no admitan al principio más que un corto número de alumnos, y esperen á que estos hayan adquirido ya buenos hábitos, para ir aumentando gradualmente su número. De este modo, cada cual de los reciénvenidos se plegará fácilmente á los usos generales de sus condiscípulos, y tendrá á honra el imitarlos. Es una práctica prudente y muy bien entendida, la de poner á cada nuevo alumno que llega á la escuela bajo la proteccion de uno de sus condiscípulos que se convierta en tutor y amigo suyo, pero cuidemos de elegir siempre para desempeñar este oficio á los niños mejores, á los que desde el principio no le trasmitan más que las buenas tradiciones.

El poder de la imitacion nos explica, señores, por qué la educacion de los niños es mas bien hija del ejemplo, que no de la enseñanza oral, y nos revela el apoyo que debemos buscar en la familia de los alumnos, en los libros que les pongamos en la mano, en la direccion que demos á sus amistades y relaciones, en el impulso que reciban de sus condiscípulos, y principalmente en el modelo que debemos ofrecerles con nuestro carácter y nuestra conducta.

LECCION DÉCIMACUARTA.

DEL TRABAJO Y DEL ÓRDEN.

SEÑORES,

El trabajo, título de independencía, verdadero poder, medio de bienestar, manantial de gozes y de honra para el hombre, es tambien un resorte eficaz de educacion. Bajo este último aspecto, queridos oyentes, voy á considerarle en la leccion de este dia.

La educacion del trabajo debe comenzar lo mas pronto posible, porque aprender á trabajar, vale tanto como aprender á vivir. Las clases de la sociedad que pueblan nuestras escuelas de primeras letras tienen todavía mas necesidad de esta educacion, porque en ella encuentran los recursos y las cualidades que exige la carrera de actividad, de valor y de perseverancia á que están destinadas.

El trabajo es la vocacion natural del hombre, la condicion con que la Providencia nos ha conferido el imperio de la tierra, y el noviciado que nos hace aptos para cumplir nuestro destino en el mundo. ¡Cosa admirable! señores: hasta en el instinto del juego que la naturaleza ha dado á la niñez, va envuelto el aprendizaje del trabajo, porque da ocasion al niño de desplegar en el juego su actividad y sus fuerzas, le hace encontrar placer en la facultad de producir, y cubre así de flores la instruccion que le comunica. ¡Penetrémonos de sus designios! Si los niños abandonados á sí propios, parece que se complacen en destruir, es porque mal dirigidos, creen obrar cuando destruyen, en el mero hecho de variar la forma de las cosas. ¡Démosles algo que crear! con tal de que puedan hacerlo pronta y fácilmente. ¡Que su obra les cause admiracion y placer, inspirándoles secreto orgullo! y así el entretenimiento les servirá de taller, sin que lo sepan. Veán VV. con qué alegría se ponen á preparar un jardinito, á construir una cabaña ó un puentecillo, á levantar un molino en el arroyo ó desplegar sus aspas al viento, y á echar á volar una pandorga. Maestro indolente y ciego, que crees ser buen profesor de primeras letras ¿qué haces tú mientras tanto encerrado en tu habitación? tu deber es colocarte al frente de ese reducido enjambre de jugadores, guiarlos con aire risueño, tomando parte en su alegría, imaginar mil modos diferentes de ejercitarlos deleitándolos, é inventar juegos que puedan serles útiles, á la par que gratos. Sí, señores, inventemos juegos: este es el triunfo á que convido á VV. y la gloria que les reservo.

VV. mismos podrán sacar de este oficio provechosas lecciones: pues aprenderán á descubrir el secreto encanto por cuyo medio se logra inspirar á los niños aficion al trabajo. Los alumnos, así preparados, aceptarán mas gustosos los esfuerzos que el estudio exige de su aplicacion,

VV. aprenderán á allanarles los obstáculos y á embellecer las ocupaciones mas serias.

No solo prepara el trabajo al hombre para cumplir su destino en esta vida, sino que tambien se lo muestra. El trabajo es en realidad una leccion que explica á los niños verdades muy importantes, enseñándoles que el hombre no ha venido al mundo para pasar en él una existencia ociosa y estéril, sino fecunda y productiva. ¡Comentémosles nosotros esta admirable leccion! Hagámosles ver que el trabajo es el agente productor de la riqueza, el que le da valor y la pone á nuestro alcance, el que ha cubierto de creaciones humanas la superficie de la tierra. Observémosles que las operaciones del trabajo son la aplicacion natural de las facultades humanas, y que hasta el cansancio que produce es un acto de poder, una especie de triunfo. Citémosles en corroboracion de esta verdad la satisfaccion y el contento interior que experimentamos despues de haber empleado bien el dia. Suele decirse á los niños: «Trabajen VV., porque el trabajo es condicion indispensable para asegurarse la subsistencia.» Así es la verdad; pero con esto se les dice poco y se les hace considerar el trabajo bajo un aspecto muy limitado. Nosotros les diremos: «El trabajo es el cumplimiento de una ley divina, un privilegio que ennoblece nuestra existencia, una obligacion para con la sociedad general.» Suele mostrarse á los niños el valor del trabajo en el salario que le sirve de recompensa; pero nosotros les barémos reconocer el valor moral, que le da mas digno precio. De ordinario se les presenta el trabajo como cálculo: nosotros se lo ofrecerémos como virtud. Nuestros alumnos sabrán estimar y honrar el trabajo con absoluta independenciam de toda idea de lucro material. Hagámosles contemplar los portentosos prodigios que la mano del hombre ha sembrado en la tierra y con los cuales ha metamorfoseado todas las sustancias. ¡Que á vista de un hombre laborioso experimenten siempre, como nosotros, profunda estimacion, digo mal, verdadero respeto y veneracion á una existencia consagrada al servicio de los demas, por muy humilde y trabajosa que fuere la ocupacion en que se ejercite! ¡Reservemos nuestro desprecio para la indolente ociosidad, por mucho que sea el oropel de que esté rodeada! ¡Honra y gloria al trabajo! He aquí la inscripcion que debe leerse en el frontispicio de nuestra escuela; he aquí la máxima que debemos grabar en el alma de nuestros alumnos.

Inspirar con tiempo á los niños aficion al trabajo y hábitos de laboriosidad, es proveerles de un antídoto del tedio, de un preservativo infalible de la miseria, del desórden y del vicio. El niño ocioso pierde el fruto de las dotes mas felices y se hace inepto para todo. Si cede á la inclinacion al movimiento, tan natural á su edad, es para abandonarse á una agitacion desordenada, tan dañosa para los demas como para él mismo. Triste y doloroso espectáculo para los amantes de la humanidad el de los niños abandonados en las calles por la criminal incuria de sus padres, perdiendo en la holgazaneria momentos tan preciosos para lo sucesivo, corrompiéndose desde la mas tierna edad, amenazando para adelante el órden social, y siendo un semillero de malhechores!

Fácil nos será presentar á los niños numerosos ejemplos de los funestos resultados que la ociosidad acarrea: aquí un mendigo reducido, aunque robusto y sano, á implorar la caridad pública, cuando podria salvarse á sí propio; allí, un vagabundo, que renunciando al trabajo, renuncia al mismo tiempo á todos los vínculos sociales, y se encuentra aislado y sin

apoyo; allá, un vicioso que pierde el dinero y la salud en la disolución y en la crápula; acullá, en fin un criminal castigado por la justa severidad de las leyes. En estos diferentes espectáculos de miseria, de ignominia, y de crimen, que inspirarán á nuestros tiernos alumnos sentimientos de aversión, de indignación y de horror, les indicaremos los diversos resultados de una ociosidad, que quizás fué solo en su origen efecto de mera indolencia; he aquí el abismo que les mostraremos abierto á los pies del que no sabe labrarse una existencia activa y útil.

Inspirar con tiempo á los niños afición al trabajo y hábitos de laboriosidad, es tambien dotarlos de gran copia de fuerzas, prepararlos para continuar progresando, y en una palabra, dar mayor desarrollo á su educación física, intelectual y moral. El trabajo manual encerrado en sus justos límites y con la convenientes condiciones de salubridad, es un excelente régimen higiénico en el mero hecho de proporcionar ejercicio regular y constante á todos los miembros y de auxiliar todas las funciones vitales de la organización. Si ciertos oficios sedentarios son dañosos á la salud, no debemos atribuir este mal al trabajo en sí mismo, sino á su forma. Las faenas campestres que exigen el concurso de todos los órganos y suponen un continuo movimiento, son saludables en sumo grado. Los maestros de primeras letras que obtengan la confianza de los padres, deben hacer todo lo posible, para que los trabajos en que estos ocupen á sus hijos de una manera útil en los intervalos de las clases, ofrezcan las condiciones mas favorables á este fin.

Nunca es meramente manual el trabajo del hombre, pues supone siempre cierta participacion de la inteligencia; y hasta en las operaciones menos complicadas es preciso que el trabajador atienda á su obra, observe cierto método y ejecute ciertas combinaciones. La parte que tiene la inteligencia en el trabajo del hombre se aumenta con el desarrollo de la industria. El maestro de primeras letras cuidará de que en el trabajo manual de los niños intervenga el ejercicio de la atención y de las demas facultades intelectuales, que perfecciona los productos. Uno de los hábitos mas útiles, y sin embargo mas raros, es el de aplicar todas las facultades á la obra en que nos ocupáremos. Prestarémos un servicio eminente á los alumnos, si desde niños los habituamos á esta aplicación completa, tranquila y perseverante. Combinémosles, hasta donde sea posible, el trabajo mental con el corporal, pasando alternativamente de uno á otro, porque alternadas estas dos clases de ocupacion se auxilian mutuamente de una manera prodigiosa. Procuremos que nazca y se desarrolle en los niños el talento industrial, que enseña á ejecutar bien lo que se hace, desarrolla la actividad, crea recursos, multiplica medios, inventa, y perfecciona; talento que, sea cual fuere la profesion á que se dediquen, les proporcionará incalculables ventajas en el resto de la vida. Para conseguirlo, les suministrarémos ocasion de obrar por sí mismos, y los estimularemos á que asi lo hagan, proponiéndoles un fin que conseguir ó un obstáculo que superar. Asi, será preciso que traten de investigar, de observar, de combinar y de emplear sucesivamente diferentes medios. Por nuestra parte, procuremos graduarles las dificultades, y no exigirles tareas superiores á sus fuerzas.

Esta especie de educación industrial es de gran importancia práctica para los alumnos que frecuentan nuestras escuelas, y sin embargo, forzoso es convenir en que la generalidad de los maestros la tiene muy descuidada. Acaso me dirán VV. que el aprendizaje de los oficios ó de las

faenas campestres es la verdadera preparacion de los niños para la industria; pero yo les responderé, que el primer aprendizaje debe hacerse en la escuela, porque la aplicacion técnica y especial á trabajos determinados presupone en el trabajador cierta disposicion y cierta capacidad adquirida de antemano. Hay una educacion industrial, que sirve de preparacion general para todos los trabajos útiles, y es la que toca á VV. dar á los niños. La enseñanza de los conocimientos usuales que recomiendo á VV. les proporcionará singularísimas ventajas, con especialidad, si supieren añadirle oportunamente algunas aplicaciones familiares. Fácilmente podrémos conseguir que los niños hagan algunos experimentos físicos ó químicos, cuyos materiales é instrumentos estén á nuestro alcance; ó que ejecuten ciertas operaciones mecánicas ingeniosas. Tambien les darémos algunas nociones elementales de artes y oficios, y de economía doméstica; les observarémos las principales propiedades de las sustancias mas comunes, el uso á que están destinadas, y las trasformaciones que pueden experimentar; les llamarémos la atencion hácia los principales fenómenos de la naturaleza y el admirable encadenamiento de los efectos, y las causas: todo lo cual nos proporcionará tambien considerables ventajas, porque el espectáculo de la naturaleza es la gran leccion industrial del hombre, en razon á que la naturaleza le ofrece no solo los modelos sino tambien los instrumentos de las operaciones del arte. A los niños campesinos cuidarémos de explicarles algunas de las operaciones industriales que solo se ejecutan en las ciudades, pero que pueden serles útiles; á los de las ciudades les hablarémos de las faenas campestres, de la industria rural; y á todos les dirémos algo acerca de las excavaciones del pacientísimo minero que saca de las profundidades de la tierra el carbon fósil ó los metales, cantando alegremente al compás del martillo en sus habitaciones subterráneas, y de las excursiones del osado navegante, que, atravesando el Océano, y desafiando á las borrascas, arriba á ignotas playas. Estos ejemplos prestarán animacion y vida al talento industrial de los alumnos, inspirándoles ardiente y generosa emulacion.

Al despertar al niño aficion al trabajo y hábitos de laboriosidad, le enseñarémos á trabajar bien, esto es, á hacer las cosas con método, á trabajar con perseverancia para acabarlas y perfeccionarlas; y cuidando al mismo tiempo de hacerle adquirir firmeza de pulso y ojo pronto y seguro. Hagámosle comparar la obra imperfecta de un trabajador poco diestro, con un producto acabado y ejecutado con habilidad; y observémosle que la bondad de los procedimientos duplica en realidad las fuerzas del trabajador, y le evita el cansancio. Expliquémosle con ejemplos familiares que los instrumentos y las máquinas, equivalentes á una multitud de brazos puestos á disposicion del hombre, centuplican su poder y aumentan el valor del trabajo. En las ciudades manufactureras, el maestro que tenga á su cargo la escuela frecuentada por los hijos de los trabajadores, deberá insistir, con mas empeño aun, en consideraciones de esta especie, diciéndoles tambien que el uso de las máquinas, en el mero hecho de abaratar considerablemente los productos y de ponerlos por consiguiente al alcance de mayor número de consumidores, aumenta el consumo y el despacho en la misma proporcion, restituyendo asi definitivamente al trabajador, aunque en otra forma y con creces, lo que al parecer le habia quitado al principio; verdad importantísima que es fácil demostrar con innumerables ejemplos. En algunos libros moder-

nos, de que pronto hablaré á VV., encontrarán acerca de este asunto explicaciones tan sencillas como luminosas.

Inspirar á los niños aficion al trabajo y hábitos de laboriosidad es, en fin, dirigirles acertadamente las facultades morales, enseñarles buenas costumbres y habituarlos á practicar diferentes virtudes. Por medio del trabajo aprenderán con tiempo á fijar la atencion, á recapacitar y á dominarse. A la versatil é insegura actividad que les hace moverse de un lado á otro, sin designio ni objeto, sustituirá el trabajo una actividad metódica, moderada y fecunda. Ningun otro ejercicio podrá enseñarles mejor á dominarse á sí propios. El trabajo libra al niño de la disipacion y de la molicie, le protege de la sensualidad, le desarrolla la energia, le inspira valor, serenidad, paciencia y perseverancia, y le colma poco á poco de dotes varoniles. El hombre laborioso es naturalmente grave, formal y circunspecto. El trabajo es una especie de gimnástica física y moral. Obremos de manera que nuestros alumnos acudan al trabajo con las predisposiciones mas propias para lograr este objeto: que consideren el trabajo, no como una tarea ingrata y penosa, sino como un premio.

El trabajo da al hombre verdadera independendia, y por consiguiente, verdadera dignidad; él es el que ha creado la propiedad, el que la multiplica, el que nos hace adquirirla. Aunque nos sea lícito recibir y grato aceptar de mano de nuestros semejantes los dones hijos del afecto, no por eso deja de ser humillante el servir por nuestra propia culpa de gravámen á otros y el vivir á expensas de los que nada nos deben. ¡Conozcan con tiempo nuestros alumnos estas importantes verdades! ¡No es verdaderamente doloroso el espectáculo, que en gran parte de nuestro hermoso pais nos ofrecen todavía los niños, corriendo en tropel al encuentro de los viajeros, tendiéndoles la mano, sin avergonzarse, y aun quizás sin experimentar las necesidades de la indigencia, complaciéndose en mendigar, importunando á los transeuntes, y todo por obtener una limosna miserable?

Nuestros alumnos, queridos oyentes, tendrán sin duda bastante altivez para no incurrir jamás en semejante ignominia, que los degradaria desde sus mas tiernos años. Conozcan que el trabajo revela al hombre sus fuerzas; hagámosles disfrutar la satisfaccion interior tan verdadera, tan profunda y grata que experimenta el hombre cumpliendo en esta vida el gran deber impuesto á todos por la Providencia; demostrémosles que el hombre laborioso se lo debe todo á sí mismo: que es naturalmente económico, porque conoce el precio de las cosas, y porque ha comprado con el sudor de su frente las comodidades de la vida; que alcanza merecida consideracion en la sociedad; y que hasta en las adversidades es acreedor al interés y al respeto de sus semejantes.

Estas lecciones tan saludables como dulces y consoladoras, contribuirán á que nuestros alumnos se conformen con su suerte, y aun á abrazar con gusto la carrera que les estuviere reservada. Asi irán conociendo poco á poco las ventajas que la divina Providencia ha concedido á las clases laboriosas de la sociedad; ventajas reales y positivas, por mas que de ordinario las veamos menospreciadas. ¡Felicítense VV., queridos oyentes, si les tocare establecerse en poblaciones rurales! La agricultura contribuye mejor que los trabajos de otra especie á desarrollar estas ideas. Trabajando en el campo, reina el hombre en su imperio, y parece que la naturaleza toda aplaude sus labores y le presta ayuda recompensándolos. Las escuelas rurales, fundadas en diferentes regiones de Europa con arre-

glo al modelo de la de Hofvyl, nos ofrecen una prueba palpable de esta verdad: las labores del campo están dispuestas y arregladas de manera que resulte de ellas una buena educacion moral, y los hechos han confirmado en efecto esta esperanza. La felicidad resplandece en el rostro de los tiernos alumnos, y todos ellos se aficianan tanto á su profesion, que ni siquiera les pasa por la mente la idea de envidiar otra mas brillante.

Si, queridos oyentes: VV. saben ya por experiencia propia que el trabajo, á la par que aumenta el precio de todos los placeres, tiene tambien los suyos propios tan puros como verdaderos. Hasta los niños saben muy bien que sus placeres son mas vivos cuando los disfrutan como recompensa de sus esfuerzos y de su aplicacion. El trabajo tendrá para ellos tanto mas atractivo, cuanto mas animacion supiésemos prestarle. Pongámonos á él con la actividad y el ardor que no temen el cansancio; démosle toda la variedad de que es susceptible; imitemos al obrero, que canta alegremente mientras desempeña su tarea. Metodicemos el trabajo para que canse menos y no inspire tedio ni desaliento. Prestémosle todo el interés posible, embelleciéndole, adornándole con flores y concediéndole coronas. Ennoblezcámonos por cuantos medios estén á nuestro alcance, y seamos los primeros en gloriarnos de cooperar á tan grande obra ¿Qué combate, en efecto, mas noble que el trabajo? ¿qué conquista mas continua y duradera? ¿qué triunfo mas glorioso?

Recíprocamente nada contribuye tanto á inspirar á los niños aficion al trabajo y hábitos de laboriosidad, como el amor y la práctica de la virtud. Bien puede ser diestro, inteligente y hábil un obrero, aunque tenga defectos de carácter, mala conducta y aun vicios; pero entre dos trabajadores de igual capacidad, la ventaja estará siempre de parte del que sea hombre de bien, porque tendrá que hacer menos sacrificios y se verá sostenido por motivos mas eficaces. He aquí, pues, cómo la virtud es útil para todo: hacer virtuosos á los alumnos es tambien uno de los medios mas poderosos de educacion industrial.

Estas reflexiones nos llevan naturalmente á examinar las ventajas que pueden sacar los niños de la aficion al trabajo y de los hábitos de orden; porque el orden y el trabajo producen efectos análogos: el orden reina en el trabajo y le hace producir su fruto. El orden es, lo mismo que el trabajo, un maestro mudo; el bienhechor de la niñez; el que la admite á disfrutar las preciosas prerogativas de la humanidad.

El orden señala á cada cosa su fin, su tiempo, su lugar y su medida; clasifica, distribuye, arregla, proporciona, enlaza, y es opuesto á la confusion y al acaso. Definir el orden es enumerar todos sus beneficios.

Véamos como hasta los movimientos del cuerpo son mas fáciles cuando se ejecutan con regularidad. Observemos la marcha del soldado, las rápidas operaciones del artífice, y encontraremos en ellas ahorro de tiempo, disminucion de fatiga, ejecucion perfecta. El ejercicio bien dirigido desarrolla las fuerzas físicas y da firmeza y flexibilidad á los órganos.

El orden es conservador en sumo grado. Si queremos que los objetos se conserven y duren, cuidemos de tenerlos bien arreglados. Si queremos encontrarlos al instante cuando nos hagan falta, arreglémoslos. Si queremos aumentar nuestros recursos, pongámonos en orden nuestros negocios. Si enriquecernos por medio de la economía, observemos un orden riguroso en nuestros gastos é ingresos. Si economizar el tiempo, que es nuestro mas precioso tesoro, metodicemos nuestras ocupaciones y distribuyamos con orden las horas. El desorden origina infinidad de dificulta-

des y de trabas, da al traste con los mejores propósitos, y es la causa mas comun de nuestra ruina. El orden es mas necesario todavía á las clases poco acomodadas, que sin él no podrian vivir con cierta tranquilidad y desahogo; cuanto menos poseemos, tanto mas nos importa conservarlo.

El orden crea en parte el valor de los objetos dándoles su verdadero destino. Lo que se hace fuera de sazón es supérfluo, cuando no perjudicial. Las cosas no producen fruto sino cuando ocupan su verdadero lugar. El pincel y el martillo son dos instrumentos de mucho uso: ¿de qué servirian, sin embargo, puesto el uno en manos del herrero y el otro en manos del pintor?

El amor al orden y los hábitos metódicos serán muy útiles á los niños, tanto para conservar la salud, como para su carrera industrial y su dicha futura.

Pero el orden tiene principalmente un carácter intelectual y moral en sumo grado, pues es la señal que nos revela la intervencion de la inteligencia, atento que solo es propio de esta el poner los medios en relacion con el fin. Por eso el orden de la naturaleza dá tan insigne testimonio de la sabiduría del Criador; por eso tambien en las obras artísticas nos revela el orden la inteligencia humana. El orden despierta, recrea y alivia á la inteligencia, sirviendo prodigiosamente de auxilio á los niños. El es la luz que los ilumina en sus estudios, el principio de los métodos, el que les enseña á clasificar los objetos, el que les sostiene la atencion. El orden sirve á la memoria, fortaleciéndola; y á la imaginacion, auxiliándole el vuelo. El orden es el alma de la verdadera belleza y el poder de la invencion, porque el hombre no crea sino coordinando las cosas. El orden, en fin, es una especie de lógica práctica, que forma la razon á los niños. La confusion de ideas es peor aun que la ignorancia, porque engendra muchos errores. Inspirando á nuestros alumnos amor al orden y hábitos metódicos en sus estudios, los ponemos en estado de no necesitar de nuestras lecciones, y á la par les alimentamos el amor á la virtud, haciéndoles mas fácil el practicarla.

El amor al orden es compañero inseparable de la pureza de sentimientos, como el hábito de ordenar lo es del imperio en nosotros mismos. Con relacion á los afectos el orden es la fuente de la moderacion, de la paz y de la serenidad; con relacion á las acciones es prueba segura de la conformidad de esta con las reglas del deber; y por lo tocante á la conducta en general y al régimen de vida es el sello de la prudencia. En tales casos la disciplina se establece por sí sola é impera sin dificultad; porque sus rigores no son necesarios sino para evitar ó reprimir el desorden.

¡Maestros de primeras letras! al organizar nuestras escuelas, comencemos introduciendo en ellas el orden material, que satisface la vista y ofrece la imágen de una buena direccion. ¡Que jamás vean en ella los niños el espectáculo de la confusion! ¡que ellos mismos concurren á establecer y conservar el buen arreglo de todos los objetos de la escuela! ¡que el orden en la distribucion de las horas, en la sucesion de los ejercicios, en los movimientos y en la colocacion de los alumnos, haga reinar la armonía en el conjunto y hasta en las mas pequeñas particularidades!

No conviene, sin embargo, llevar las cosas al extremo, y tambien puede haber exceso en el rigor del orden. Cuidemos de no desanimar á los niños y de no sofocarles el principio de actividad, si por querer conservar un orden austero en demasía, les inspiramos tristeza ó tedio, y les quitamos la justa libertad.

Para excitar la asiduidad á los alumnos y mantenerles la emulacion, aconsejo á VV., que den á cada uno de ellos un cuadernito en que conste la época en que entraron en la escuela, el tiempo que la han frecuentado, la conducta que hayan observado, sus adelantamientos y aptitud, anotando tambien lo que concierna al temperamento y pueda interesar á su salud. Si las escuelas de VV. obtienen, como me complazco en creer, honrosa reputacion, este cuadernito llegará á ser para los alumnos un documento que les envanecerá justamente y un título de recomendacion, á la par que les traerá á la memoria, como tambien á sus padres, recuerdos útiles y provechosos.

Los reglamentos de las escuelas de enseñanza mútua prescriben que se lleve exactamente el registro relativo á los alumnos, y señalan la forma en que ha de hacerse. Si alguno de VV. no adoptare el método de que acabo de hablar, tomen de él, á lo menos, tan buen ejemplo. En este registro debe constar la aplicacion de los alumnos y sus adelantamientos en los diferentes ramos de enseñanza. Aconsejo á VV. tambien que le añadan notas particulares acerca de la aptitud y del carácter de los niños, abriendo así á cada uno de ellos una especie de balance moral en que á la primera ojeada se encuentren sus méritos al lado de sus principales faltas. Aconsejo á VV. asimismo que lleven para su uso particular un pequeño diario, en el cual consignen sumaria y sencillamente, pero con fidelidad, las reflexiones y observaciones mas esenciales que hayan tenido ocasion de hacer en el ejercicio de su ministerio. De este modo podrán VV. darse cuenta de sus ensayos, de sus esfuerzos, de los resultados que hubieren obtenido, y cojerán y conservarán el fruto de su propia experiencia. Siguiendo mi consejo, podrán VV. recorrer algun dia estos apuntes con grata satisfaccion, mostrarlos á los amigos, y encontrar la merecida recompensa en el mismo diario, que será el mejor testimonio del celo de VV.

Observemos frecuentemente á los niños cuán útil es el orden en todas las circunstancias de la vida; cómo se estrellan cuando obran al acaso; cómo pierden las cosas cuando no saben colocarlas en su sitio; cómo procediendo con método se consigue vencer las mayores dificultades; y cómo el desorden lo trastorna todo. Habituémosles á mirar por todo lo que les pertenece, á saber donde están las cosas, y á volver á colocarlas en su sitio, despues que se sirvan de ellas. ¡Que se echen de ver estos buenos hábitos hasta en sus adornos y apostura! ¡Que el orden sea respetado como ley universal y suprema!

De ninguna manera podremos patentizar mejor á los niños la nocion del orden, que enseñándoles á proponerse un fin y á inquirir los medios para alcanzarle. Démosles tambien algunas cosas para que las arreglen, y desordenémoslas adrede algunas veces á fin de que se ejerciten en establecer el arreglo y la simetria.

Nada predispone tanto á los niños á aficionarse al orden como el sentimiento de lo bello, luego que podemos comenzar á inspirarlo. ¡Llamémos en nuestro auxilio el inagotable encanto que la naturaleza pone á nuestra disposicion! ¡busquémos tambien ayuda en el poder que tienen las artes de imitacion! El dibujo y el canto están á nuestro alcance, y á nosotros toca escoger para nuestros alumnos los mejores modelos. La dulzura de los acordes y la gracia de los contornos inspirarán á los niños secreta aficion á la regularidad. No vacilemos en sembrarles de flores el camino que hayan de recorrer, y sobre todo, penetrémosles hasta lo ínti-

mo del corazón, para despertarles sentimientos de delicadeza, de decencia, de amor á la verdad y de respeto á las leyes morales. Mientras mejor logremos que reine en ellos el orden interior, hijo de la práctica del bien, mejor les haremos conocer su precio y disfrutar los placeres á que da origen.

LECCION DÉCIMAQUINTA.

DE LAS DIFERENTES CLASES DE ESCUELAS Y DE LOS DIVERSOS CARGOS QUE HAN DE DESEMPEÑAR LOS MAESTROS DE PRIMERAS LETRAS.

SEÑORES,

Hasta ahora he considerado el magisterio en su conjunto y de una manera general. Hoy conviene ya entrar en algunas particularidades que extienden y modifican los deberes del maestro, exigen de él diferentes servicios y le preparan no pocos placeres. Examinemos en primer lugar las diferentes especies de escuelas en que se dá la primera educación.

Las escuelas de párvulos, beneficio inmenso de institución moderna, son las primeras que se nos presentan á la vista, ofreciéndonos un espectáculo interesante y gratisimo. Estos utilísimos establecimientos, designados por los ingleses, alemanes y suizos con varios nombres, merecen por muchos conceptos el interés y la atención de VV., por mas que no sean los encargados de dirigirlos. En ellos se comienza ya la importante obra, que mas tarde ha de confiarse al celo de VV.; en ellos adquieren los párvulos predisposiciones favorables, hábitos de obediencia, afición al trabajo y algunas nociones elementales, que les sirven de preparacion para pasar despues á las escuelas regidas por VV.; en ellos encontrarán ejemplos útiles, experimentos instructivos, procedimientos ingeniosos, y si no existieren todavía tales establecimientos en los pueblos donde fijen VV. su residencia, promuevan y auxilién su fundacion por todos los medios posibles. Conviértanse VV. en apóstoles de esta gran mejora, exponiendo y preconizando sus inmensas ventajas; describan VV. su organizacion; y ayuden en los primeros momentos si fuere menester, á las personas encargadas de regir estas escuelas. Hagan VV. que su esposa, si la tienen, pueda ponerse al frente de ellas desempeñando así un cargo honroso, y útil al lado de VV.; y en el caso de estar solteros, este será un motivo mas para que elijan una compañera, digna de asociarse con VV., y de ayudarles en las tareas de la educación.

Si existiere ya el establecimiento, convendrá que esté en armonía con la escuela de VV., que se pongan VV. de acuerdo con la persona que lo dirija, y que contribuyan al buen éxito de sus lecciones, de que VV. mismos habrán de reportar despues tantas ventajas.

Aconséjoles, por tanto, que visiten escrupulosamente algunas de las escuelas de párvulos establecidas ya en esta capital, en las cuales encontrarán verdaderos modelos, y particularmente en la de la calle de San Hipólito que, ademas de su perfecta organizacion, tiene la ventaja de formar parte de un sistema completo de institutos de primera educa-

cion, hábilmente combinados. Asistan VV. á los ejercicios de estos establecimientos, observando principalmente su objeto y el espíritu que los anima. Por lo tocante á su plan, pueden VV. estudiarle en el precioso opúsculo de la señora de Millet, inspectora de las escuelas de párvulos, en la *Instrucción elemental para su formación y régimen*, recientemente publicada, en el *Manual de los fundadores*, del señor Cochin, y en el del padre Aporti (1).

Observen VV. la distribución de las horas, cómo se les pasa el día á los párvulos alternando los entretenimientos con trabajos adecuados á sus fuerzas, y cómo estos mismos trabajos les ofrecen una de las distracciones más interesantes. Reparen VV. el cuidado con que se mira por la salud, el asco y el primor de tan tiernas criaturitas, el partido que se saca de los ejercicios gimnásticos acomodados á su edad; el ingenioso arte con que se les despierta la inteligencia; las lecciones que se les dan de las cosas; y el uso que se hace del tablero contador. No podrán VV. oír, sin conmoverse, los sencillos cantos que repiten en coro con su voz infantil, ni ver sin sorpresa, las ventajas que produce este ejercicio, y cómo puede ya fijárseles la atención en edad tan tierna. Admiren VV. especialmente el perfecto orden que reina en una reunion tan numerosa de chiquitos hasta entonces indisciplinados; la risueña serenidad que constantemente los anima; la benévola ternura con que se les cuida, que es el alma y la vida de estos establecimientos y la que les hace producir ópimos frutos.

De este modo podrán VV., cuando abran escuela, encarecer á la autoridad municipal, á los administradores de las juntas de beneficencia y á los hombres de bien los motivos que recomiendan la formación de estos establecimientos; díganles VV. lo que han visto; que así contribuirán al mejoramiento de las buenas costumbres y á la disminución de la indigencia, y que de cuantas obras pueden emprender los hombres generosos é ilustrados hay pocas más provechosas que esta, y que menos gastos exija.

Fácilmente convencerán VV. también á los padres de las ventajas que les ofrece la escuela de párvulos, así por lo tocante á los niños que á ella puedan enviar, como por lo que respecta á ellos mismos. Y no hablo aquí solamente de la confianza con que podrán poner á sus hijos en manos de personas tan atentas y entendidas; de la libertad con que las madres podrán atender á sus quehaceres, viéndose dispensadas de velar por sus niños, y de la economía que por este medio se obtiene; sino también de la trasformación, tan completa como favorable, que experimenta la complexión de los niños sometidos á tan saludable régimen; de los buenos hábitos que adquieren; y de la educación preparatoria que reciben para la que después ha de seguir. Si vuestros consejos fueren escuchados, hasta los parvulitos abogarán muy luego elocuentemente en pro de esta causa con sus adelantamientos; y las familias, al verles volver de la escuela alegres y contentos, obedientes, amables, cariñosos, y al escuchar sus relacioncitas, se llenarán de ternura y de agradecimiento.

Los niños salen de las escuelas de párvulos para pasar á las de VV. á la edad de cinco, seis ó siete años.

La ley ha cuidado de determinar las materias de la primera instrucción, y de dividirla en grados.

(1) Nosotros tenemos el del ilustrísimo señor don Pablo Montesino. — M. B.

Distingue la primera instruccion (instruccion primaria) elemental, de la primera instruccion (instruccion primaria) superior.

En la una ha comprendido, como necesarias, la instruccion moral y religiosa, la lectura, la escritura, los elementos de francés y de aritmética, y el sistema legal de pesas y medidas.

En la otra ha añadido como igualmente indispensables, los elementos de geometría y sus aplicaciones usuales, especialmente, el dibujo lineal y la agrimensura; algunas nociones de ciencias físicas y de historia natural aplicables á los usos de la vida; el canto, elementos de historia y de geografía, especialmente con aplicacion á nuestro suelo (1).

Ha previsto, por lo demas, que la primera instruccion podrá recibir aun mayor desarrollo, cuando asi parezca conveniente, atendiendo á las necesidades y á los recursos de cada pueblo.

Asi tienen VV., queridos oyentes, trazada su carrera segun el grado á que pertenezca la escuela que hayan de dirigir.

La naturaleza de las cosas circunscribe á VV. la esfera de la enseñanza. La edad de los alumnos, el corto tiempo que permanecen en la escuela, los escasos medios de que pueden VV. disponer, la falta de oportunidad, la poca capacidad de los niños y aun el interés de los alumnos son otros tantos límites impuestos á VV. por la naturaleza de las cosas.

La instruccion no puede penetrar, sino en entendimientos que estén ya convenientemente preparados para recibirla. En el caso contrario, las nociones que se dan á los niños les vician la inteligencia, les exaltan la presuncion, y les extravian, llenándoles de errores é inspirándoles falaz confianza. El precio de los conocimientos y de las habilidades se calcula por la utilidad de su aplicacion; al que no está llamado á hacer uso de los unos y de las otras solo le sirven de despertador de vagos deseos y de pretensiones imposibles. Diariamente estamos viendo funestos ejemplos de esta verdad. Ciertos padres, mal aconsejados, creen prestar un gran servicio á sus hijos, dedicándolos á estudios liberales, cuando ellos mismos, entregados á trabajos penosos, no pueden asegurarles una carrera. Al concluir sus estudios los hijos miran con cierto desden la profesion de sus padres, y aspiran vagamente á ocupaciones mas distinguidas, que, sin embargo, no han de poder alcanzar. Descontentos de lo presente, é inseguros de lo porvenir, son una carga importuna para la sociedad, para sus familias, para sí propios; y ¡gracias á Dios, que no procuren trastornar el órden público, para abrirse, por medios irregulares ó violentos, el paso que busca su ambicion y les niega la fortuna!

Jamás perdemos de vista, que lo que mas importa al hombre en esta vida es saber colocarse en su verdadero puesto, vivir contento con su suerte y desempeñar dignamente su vocacion, cosas inseparables una de otra.

Los límites son una de las condiciones de nuestra naturaleza, protegen nuestra felicidad, y las mas veces nos sirven de apoyo para desarrollar nuestras fuerzas. Los límites son relativos á nuestra situacion y á nuestra capacidad. Aprendamos á conocerlos y á aceptarlos, asi por lo tocante á los alumnos confiados á nuestro celo, como por lo que respecta á nosotros mismos.

Sabiendo el punto en que hemos de detenernos, nos es mas fácil realizar nuestras empresas. Nada perjudica tanto á la solidez de la instruc-

(1) Véase la ley española y las disposiciones posteriores.--M. B.

cion, como la vaguedad é incertidumbre del círculo que haya de abarcar. La escuela de primeras letras debe permanecer fiel á su carácter esencial; seria empresa temeraria querer convertirla en colegio.

Observen VV., sin embargo, queridos oyentes, que la ley ha fijado solo las materias que tienen VV. obligacion rigorosa de enseñar, y que les deja cierta latitud, para que hagan mas, si pueden ó se lo permiten las circunstancias. Acaso dependa de VV. elevar del grado inferior al superior la escuela que dirigen, y tambien obtener que se dé en ella con arreglo á lo dispuesto por la ley algun mas desarrollo á la instruccion. Esto será efecto en parte, de las pruebas que hubieren VV. dado de su mérito personal, y del concepto en que les tengan las familias. En este punto deberán VV. dejarse guiar por los empleados públicos, que la ley les señala como gefes. Pero ¿sabrán VV. librarse de la temeridad con que á veces presumimos demasiado de nuestras propias fuerzas, ó de los ilimitados deseos, hijos tal vez de la sinceridad de nuestro celo? Las necesidades de la práctica servirán á VV. de regla. La enseñanza vaga, superficial y confusa, muy lejos de ser un progreso, es un inconveniente que desacreditaria nuestra escuela y perjudicaria á los alumnos. Sin salir de la esfera trazada por las necesidades reales y por la posibilidad, todavía nos queda vastísimo campo, si queremos dar á todos los ramos de enseñanza confiados á nuestro celo, la solidez y perfeccion de que son susceptibles.

El error casi universal en nuestras escuelas consiste en dar una importancia casi exclusiva al estudio de las palabras, descuidando el conocimiento de los objetos reales. Hay una multitud de conocimientos usuales, que están al alcance de todos los niños, que pueden serles utilísimos, y cuyo germen nos es fácil desarrollar: tales son, las nociones elementales acerca de las propiedades de los cuerpos y de las leyes de la naturaleza que aplicadas, ya á los trabajos de las diferentes profesiones, ya á las necesidades comunes de la vida, aumentarán el poder de la industria y el bienestar individual. Los maestros de primeras letras pueden intercalar estas nociones bajo una multitud de formas en el cuadro de sus lecciones, dejando entrever al mismo tiempo la aplicacion de que son susceptibles (1).

Todos los ramos de la instruccion se prestan por otra parte al desarrollo de varias ideas accesorias y de las diferentes consecuencias que realzan su interés y utilidad; asi podrán VV. difundir los elementos de una porcion de conocimientos usuales que no tienen cátedra especial ni profesores que los expliquen, y que convendria mucho generalizar en las clases trabajadoras. Difundan VV. tambien las nociones de economia doméstica y de higiene que puedan reducirse á elementos sencillos y familiares, aprovechando cuantas ocasiones favorables se presenten para hacerlos desear y entender á los niños; lo cual conseguirán VV. tanto mas fácilmente, cuanto mas despojados se los presenten del aparato doctrinal, haciendo que nazcan en cierto modo de las circunstancias.

Los elementos de historia nacional y de geografia particular del pais, sirven para la educacion del ciudadano, dándole á conocer la patria á que debe consagrar su amor y sus servicios. Asi, pues, tomaremos de la historia nacional ejemplos que puedan inspirar sentimientos de patriotismo, de concordia, y de respeto al orden público; y en la geografia na-

(1) Con este fin se han hecho y venden en Lóndres colecciones de objetos.-- M. B.

cional encontraremos hechos con que patentizar, cómo ciertos intereses generales sirven de protección á todos los intereses privados, y cómo los sacrificios individuales hechos en pro de la república son recompensados con usura. ¡Maestros de primeras letras! vosotros que vais á desempeñar este cargo en nuestra hermosa Francia, bajo el reinado de instituciones sábias y generosas, ¡inspirad á la generacion naciente sentimientos de patriotismo y de legitimo orgullo nacional, que la hagan digna y merecedora de los beneficios otorgados por ellas! A nosotros toca mostrarles en el libro viviente de la historia que la libertad y la justicia germinan en el mismo suelo y se protegen recíprocamente; que las virtudes privadas son el fundamento de las virtudes públicas; que, despues de la esclavitud, las discordias civiles son el mayor azote de los Estados, y que la tranquilidad interior es el mas seguro preservativo de los peligros exteriores. A nosotros toca mostrarles, grabados en los monumentos de nuestra historia, los sagrados títulos que tienen los gobiernos legales al respeto de los pueblos, por cuanto les ofrecen las seguridades mas favorables á su prosperidad y á sus derechos, al apoyarse de consuno en la experiencia de los siglos y en el voto libre y unánime de la nacion; al satisfacer las necesidades actuales de la sociedad, y al prometer en lo futuro mejoras progresivas. ¡Plegue al cielo que nuestros alumnos, alimentados en el amor á las instituciones del pais, contribuyan algun dia con puro é ilustrado patriotismo, y con religiosa obediencia á las leyes, á consolidar estas instituciones, y á realizar nuestras esperanzas. Cuando el magisterio de primeras letras se eleva de este modo á formar buenos ciudadanos, casi llega á convertirse en una especie de magistratura.

Existe otra distincion, no escrita en la ley, pero que, sin embargo, no carece de importancia, y es la de escuelas urbanas y escuelas rurales.

Las primeras reclaman, por lo general, mayor grado de instruccion pero al mismo tiempo exigen cierto género particular de instruccion adecuada al destino mas general de los niños, que es la práctica de las artes industriales. El dibujo lineal y los elementos de mecánica y de geometría tienen en estas escuelas mas frecuente y extensa aplicacion. Tambien convendrá dar á los alumnos nociones familiares de las artes y oficios mas generalizados y sencillos.

En las escuelas rurales tienen los niños menos tiempo de que disponer, las faenas campestres son su vocacion ordinaria, y pueden servirnos tambien como medio de instruccion. El maestro cuidará de aplicar mas especialmente á la agrimensura el dibujo lineal y los elementos de geometría; los elementos de historia natural le suministrarán asuntos para el estudio, favorecidos por las circunstancias y fécondos en resultados prácticos, y seria muy conveniente, que tuviese á su disposicion un jardinito, donde mostrar á los niños el cultivo de las plantas mas útiles, y enseñarles á criar é ingertar los árboles frutales (1). Estos ejercicios les servirán á un tiempo de distraccion y de aprendizaje; y aun podriamos darles algunas ideas sencillas de economía rural. Acompañémosles nosotros mismos al campo, asistamos algunas veces á sus labores y enseñémosles á mirar con inteligencia las obras del Criador.

(1) En efecto, es muy conveniente que el maestro tenga á su disposicion un jardín, aunque pequeño, donde los niños practiquen los conocimientos teóricos, ya abstractos, ya de aplicacion que adquieran en los libros y por la viva voz; pero donde falte aquel recurso, y no puedan tener lugar los ejercicios prácticos, deberá el profesor transmitir

Y ¿por qué no han de formar nuestros alumnos en sus escursiones, siempre bajo nuestra direccion, pequeños hebarios y colecciones de minerales y de insectos? Asi se instruirian jugando, y nosotros aprovecharíamos la ocasion de observarles la organizacion de las plantas, de explicarles sus propiedades usuales, de darles á conocer la estructura y las funciones de los órganos de los animales, y los caracteres de las sustancias minerales; naturalmente vendrian á mezclarse en estas conferencias algunas nociones de geología y les elevaríamos asi las miradas y los pensamientos á los principales fenómenos del universo. Al volver á la escuela, anotarían y clasificarían las preciosidades que hubiesen recogido, verían con júbilo el aumento diario de su tesoro, y al echar una ojeada á los objetos de su museo, recordarian sin esfuerzo nuestras explicaciones sobre cada uno de ellos.

Las escuelas de adultos se han establecido para proporcionar los beneficios de la instruccion á las personas que no los han recibido en la niñez. Estos beneficios estaban tan poco generalizados, y repartidos con tanta desigualdad, que en algunas provincias se veian privados de ellos casi todos los habitantes. Pero esta desgracia puede repararse en cualquiera edad, yendo á la escuela para coger el fruto de la instruccion. Acaso encuentren VV. todavía en los pueblos de su residencia muchas personas á quienes prestar este servicio, y quizás costará á VV. no poco trabajo el inspirarles deseo de asistir á las lecciones y confianza en su buen éxito. Pero la empresa es digna del celo de VV., y si logren persuadirlos, tanto ellos como VV. recibirán muy luego la merecida recompensa. Visiten VV., queridos oyentes, algunas de las muchas y bien dirigidas escuelas de adultos que hay en Paris, y no podrán menos de ver con gusto y edificacion la asiduidad con que personas de todas edades y profesiones frecuentan estas escuelas, y la satisfaccion que experimentan al instruirse. Si procuraren VV. informarse de la influencia que la instruccion ejerce en la suerte de estas personas, sabrán que todas ellas se perfeccionan al salir de la escuela en sus respectivas profesiones, y son mas útiles á sí mismos y á los demas.

Es fácil que se encarguen VV. de esta segunda enseñanza, sin desatender sus obligaciones ordinarias; porque las escuelas de adultos se abren de noche, despues que los trabajadores han ganado ya su jornal. Ni temen VV. que esta buena gente deje de prestarles la atencion necesaria, á causa del cansancio del dia; pues ya verán cómo el estudio les sirve de descanso y de recreo. Tampoco temen VV., que á causa de su edad sean indóciles los adultos; antes al contrario, se prestarán siempre solícitos á escucharlos y obedecerlos, y no duden VV. que conocerán el precio de su benevolencia, como sepan manifestársela. No pudiendo consagrarles tanto tiempo como á los alumnos ordinarios, suplirán VV. esta falta simplificándoles los procedimientos. Aprovechen VV. la circunstancia de hablar á personas de mas edad y reflexion, para darles buenos consejos.

Hay, por último, queridos oyentes, otra especie de escuelas, acerca de las cuales les llamo muy particularmente la atencion; escuelas muy poco conocidas todavía en la mayor parte de nuestro territorio, pero generalizadas ya en Inglaterra, Alemania, Suiza y algunos estados de Italia, donde están produciendo óptimos y saludables frutos: hablo de las *escuelas dominicales*. Estas escuelas enseñan á los alumnos la instruccion teórica indicando las aplicaciones que han de servir de guia para la práctica en lo sucesivo, ya que no puede adquirirse esta en los libros. — M. B.

Los niños que concurren á las escuelas de primeras letras, no las frecuentan de ordinario, mas que hasta la edad de doce ó trece años; de donde resulta, que su instruccion es casi siempre incompleta, que su educacion no es perfecta y acabada, y que están, por lo comun, expuestos á olvidar en pocos dias, lo que han aprendido con el trabajo de algunos años. Asi quedan privados de la direccion del maestro, cabalmente en la época de la adolescencia en que mas necesarios les serian sus consejos; y privados tambien de sus lecciones, cuando son mas capaces de entenderlas y de aprovecharse de ellas. Las escuelas dominicales se han instituido con el fin de continuar prestando á los jóvenes los auxilios propios para confirmarles la instruccion que hayan adquirido, mantenerles los buenos hábitos y predisposiciones, y extenderles el círculo de los conocimientos. Estas escuelas prolongan tambien las relaciones de los alumnos con el maestro. Las reuniones se celebran el domingo; en primer lugar por no privar á los adolescentes de los dias y horas que reclaman los trabajos de aprendizaje; en segundo, porque el domingo tienen el ánimo mas tranquilo; y en tercero, porque asi se les preserva mejor de la disipacion á que con harta frecuencia suele dar lugar el dia de descanso. Las horas de terminados los divinos officios. En algunas partes, sin embargo, la reunion, aunque siempre hebdomadaria, se celebra de noche en cualquier otro dia de la semana, que, por lo comun, es el sábado.

En estas reuniones no se guarda la forma pedagógica, ni el aparato de una enseñanza *ex profeso*; son meras conferencias amistosas, que se llenan, parte con lecturas adecuadas á la edad y á la condicion de los jóvenes, parte, con conversaciones y explicaciones familiares, abrazando siempre esencialmente las reglas morales y religiosas. En estas escuelas, queridos oyentes, es donde podrán VV. desempeñar mejor la noble atribucion del magisterio, que he procurado explicarles en las lecciones octava, novena y décima; y ahora conocerán VV. el motivo de haberme extendido tanto en un asunto superior al alcance de los niños. Así se une naturalmente la influencia tutelar de la moral y de la religion al progreso de la razon y del sentimiento en los jóvenes, para equilibrar y moderar el vuelo de las pasiones en la época de la vida en que comienzan á sentirse sus borrascas.

Estas reuniones hebdomadarias se emplearán tambien en dar mayor extension al estudio de la geografia y de la historia, y en continuar recorriendo los elementos de las ciencias naturales y de las artes industriales; debiendo VV. complacerse en amenizarlas con algunos asuntos recreativos, de tal manera, que sus antiguos alumnos encuentren en ellas una distraccion unida á un grado mayor de instruccion práctica, y que las frecuenten con asiduidad, aunque libremente movidos por su atractivo.

Si con anterioridad hubieren sido VV. para los alumnos lo que debieron ser, quiero decir, no solo un maestro que enseña á leer y á escribir, sino un protector benévolo, un padre adoptivo, no olvidarán estos al salir de la escuela sus relaciones con VV., y volverán solícitos todavía á su lado, considerándolos siempre, como un guia, como un amigo. Así podrán VV. reunirlos fácilmente los domingos ó las noches de entre semana, ya en la edad de la adolescencia; y sabrán dar á sus conversaciones con ellos un atractivo, no menos eficaz, aunque mas serio, mientras que ellos, por su parte, escucharán todavía complacientes la voz del maestro, á quien aprendieron á amar y á respetar. Parece-

me que los estoy viendo hacerse hombres y procurar todavía seguir cultivando el trato de VV. demandándoles consejo en los trances importantes ó difíciles; llamándoles para que sean testigos de sus satisfacciones; confiándoles sus inquietudes, sus pesares; y ofreciéndoles aun, en este nuevo ministerio, innumerables ocasiones de servirlos, como para recompensar á VV. del bien que hasta entonces les han hecho.

Necesariamente habrán VV. de mantener relaciones con las familias de los alumnos, con la autoridad civil, y con los ministros del altar, teniendo en cada una de ellas deberes que cumplir, miramientos que guardar, reglas de prudencia que seguir, dificultades que prever, y beneficios que reportar.

Asociados por la naturaleza del magisterio al cargo que los padres han recibido de la Providencia y de la naturaleza, deben VV. concertarse con ellos, escuchar con justa deferencia la expresion de sus votos y de sus observaciones, asi como tambien participar del cariño paternal que los anima. De este modo se penetrarán VV. del espíritu de su ministerio; pero tambien deben procurar que los padres les auxiliien y coadyuven con VV. al adelantamiento de los niños. Si, como de ordinario acontece, descuidaren por ignorancia, preocupacion ó apatía el cumplimiento de un deber tan sagrado, á VV. toca abrirles los ojos. Mientras menos ilustrados sean los padres, mas obstáculos tendrán VV. que vencer. Todavía, en la época actual, alcanzarán VV. un gran triunfo, si consiguen que muchos de ellos consientan en enviar sus hijos á la escuela. La vanidad, combinada con la ignorancia, les hace mirar con desden una instruccion de que ellos carecen, y se considerarían humillados, si viesen que sus hijos sabian mas que ellos. ¡Felicítense VV. de cooperar así á la gran conquista que han emprendido en esta época los amigos de la humanidad; de ocupar los puestos avanzados, si se me permite esta expresion; de iluminar el camino y de preparar el triunfo con las armas de la conviccion! Cuiden VV. de no lastimar el amor propio á las personas que traten de persuadir; sáquenlas de su error, sin avergonzarlas; apelen á sus propios recuerdos, para darles á conocer con ejemplos familiares la aplicacion que tienen los conocimientos útiles, los recursos que crean, y los inconvenientes que evitan, aun en el orden material de las cosas, y bajo el aspecto económico. Confiemos en que la conducta de los alumnos educados por VV., abogará elocuentemente en pro de esta santa causa, y hará que los padres se penetren de la satisfaccion y de las ventajas que reportarán, consintiendo al cabo, en que sus hijos se aprovechen de los beneficios que se les ofrecen. Por lo tocante á los alumnos que frecuentan la escuela, habrémos de obtener tambien de los padres asiduidad en la asistencia; y este segundo triunfo no es menos difícil que el primero. La negligencia, ó un interés mal entendido de parte de la familia, á la par que la ligereza ó la pereza de los niños, contribuyen á que estos no concurren con exactitud á la escuela. Sin dejar de respetar las circunstancias verdaderamente imperiosas, sepamos descubrir las vanas excusas, exigir la asistencia de los alumnos, y hacerla desear. Los ejercicios que he aconsejado á VV., tales como el canto, el dibujo y la gimnastica, dan vida, animacion y ornato á la escuela; los niños los recuerdan hasta en el seno del hogar paterno; á veces los repiten; conocen su utilidad, y desean que llegue la hora de tomar el camino de la escuela. No comprendemos, sin embargo, el concurso de las familias con débiles complacencias: no escuchemos á los padres ciegos que anhelan ver favorecidos á sus hijos, y que se les exima del

castigo merecido; que se ponen siempre de su parte, que pretenden convertirnos en instrumentos de sus caprichos, y que, usurpando nuestra autoridad, se oponen á que obremos en justicia. No nos dejemos dominar por influjos extraños y parciales; no inañestemos preferencia á ningún niño, ni mucho menos á las familias acaudaladas. Lo único verdaderamente lícito, á la par que digno y decoroso, es manifestar especial benevolencia á los perseguidos por la desgracia; seamos, queridos oyentes, el consuelo de los que padecen, y tratemos con la mayor delicadeza posible á los niños desgraciados, haciendo que los respeten asimismo sus condiscípulos; que tambien es un acto de beneficencia, y no así como quiera, sino de la beneficencia mejor entendida, el proveer á estas tiernas criaturitas de recursos, que les ayuden algun dia á dominar la adversidad.

Colocados por la naturaleza del magisterio bajo la autoridad y vigilancia de la administración pública, serán VV. acreedores á su apoyo y benevolencia, cumpliendo fielmente los deberes del cargo que desempeñan, sin necesidad de buscar á las autoridades, ni de atraérselas por medio de la adulacion ó de arteros manejos. Den VV. ejemplo del respeto que se merecen los magistrados, y sométanse gustosos á las reglas establecidas. Cuando tuvieren algo que solicitar ó reclamar, háganlo con mesura y decoro. A los concejales deben VV. considerarlos, como gefes de familia encargados de mantener el órden y la tranquilidad pública, y de administrar los intereses locales; y sí, como se practica en algunos pueblos, fueren VV. los encargados de desempeñar la secretaría de ayuntamiento y de llevar el registro del estado civil, arréglese de manera, que este servicio no perjudique á la enseñanza. A los empleados que tienen especialmente á su cargo la instruccion pública, considérenlos VV. como guías que deben seguir, invocando sus consejos, y auxiliándoles en sus operaciones.

Tambien tienen VV., queridos oyentes, obligaciones legales. Penétrese VV. bien de ellas, considerándolas; no menos como honra que como deber. Lejos de sentir la inspeccion mas escrupulosa, deben VV. desearla, porque los tendrá sobre aviso, les iluminará el camino, y contribuirá, así lo espero, á patentizar el mérito de VV. Tengan VV. constantemente ordenados los registros, pues son las cuentas, que se deben VV. á sí mismos del depósito confiado á su celo, y que deben tambien á los representantes de la sociedad, porque de ella lo han recibido. No vacilen VV. en llenar las formalidades que se les prescriban, y respondan exactamente á las preguntas que se les hagan. Estas obligaciones tienen tambien un límite, que deben VV. conocer: si se les ordenaren arbitrariedades contrarias al bien ó á la equidad, sabrán VV. representar primero con moderacion, y resistir despues con tranquila firmeza, apoyados en el testimonio de su conciencia; que la responsabilidad de VV. constituye su fuerza, y les asegura una independencia legitima.

Por lo demas, las obligaciones legales difieren esencialmente, segun dirijan los maestros una escuela pública, ó una escuela privada. En el segundo caso son, sin duda, mucho menores, sin dejar por ello de conservar cierta importancia benéfica para VV., porque, si bien el maestro de primeras letras que dirige una escuela privada, no debe su nombramiento á la autoridad, ha de obtener, sin embargo, su permiso, el cual viene á ser una prerogativa del maestro, en el mero hecho de asegurarle el ejercicio de su ministerio. No se imaginen estos maestros que su cargo

es una empresa lucrativa, una industria libre; pues tiene un carácter esencialmente moral, que se enlaza con el interés del orden público, por cuya razón no pueden ejercerle sin autorización legal. Aunque voluntario, no por eso deja de ser grave el ministerio que desempeñan, por que al encargarse de él, contraen con la sociedad el compromiso tácito de hacerlo dignamente.

Llamados por la naturaleza de nuestro cargo á desarrollar á los alumnos el sentimiento religioso, nuestras relaciones con los ministros del altar serán íntimas y frecuentes. Solicitemos y obedezcamos sus preceptos por lo tocante á la educación religiosa de los niños; y escuchemos agradecidos sus consejos por lo que respecta á la educación moral, que tanto tino y experiencia exige, y tanto ha menester del influjo de las personas virtuosas. El ministerio sacerdotal es especialmente acreedor á nuestro respeto en todo lo relativo al culto público. Reverenciemos el sagrado carácter de los ministros del altar, y preparemos á los alumnos á escuchar dócilmente y con fruto las augustas palabras, á que su voz sirve de órgano. Pero al guardar estos justos miramientos al sacerdocio, no nos coloquemos respecto de sus ministros en una dependencia íntima, familiar, ciega en demasía, ni les sirvamos de instrumento para cosas extrañas á su ministerio; en lo cual les darémos otra prueba mas de nuestra consideración, mirando al mismo tiempo por nuestra propia seguridad. En ciertas localidades, podrán VV. estar encargados de desempeñar diferentes papeles en las ceremonias religiosas, y lo harán con el decoro y gravedad que de suyo exigen; pero jamas deben confundirse estos papeles con el cargo de maestros de primeras letras, ni contrariar las obligaciones ó perjudicar la dignidad y la libertad propias del magisterio.

Tengau VV. presente, por regla general, que en las situaciones subalternas será poco cuanto hagamos para huir de la servil complacencia; y que al honrar á nuestros superiores no debemos rebajarnos á nuestros propios ojos.

En nuestras relaciones con el público seamos graves, prudentes, reservados y benévolos, principalmente cuando tengamos ocasion de prestar algun servicio. Permanezcamos extraños al espíritu de bandería y á las pasiones locales. Evitemos cuidadosamente todo compadrazgo, y sostengamos nuestros derechos, sin mostrarnos exigentes en punto á nuestros intereses.

Seria muy conveniente que pudiesen VV. entablar relaciones constantes y regulares con todos los maestros de primeras letras de su distrito. Dos medios hay para conseguirlo, practicados ambos con buen éxito en Alemania, y son: la celebracion de reuniones periódicas con el objeto de ilustrarse mutuamente por medio de conferencias, á las cuales lleva cada uno el tributo de su experiencia y de sus reflexiones; y el sostenimiento de una correspondencia periódica por medio de hojas que contengan ciertas preguntas y circulen de pueblo en pueblo, para que cada cual anote en ellas sus observaciones. De este modo se fomentaria la emulacion, se extenderian y rectificarian las miras, y se propagarian los buenos ejemplos.

Ya que he citado á Alemania, permítanme VV. por último que les hable de una institucion muy generalizada allí, que tantos ejemplos nos ofrece dignos de ser imitados. En la Alemania meridional es costumbre celebrar anualmente por el mes de mayo la fiesta de la juventud de las escuelas (Maientag), preciosa institucion, cuyo cuadro nos ha trazado

Muller, y que al parecer se remonta á una época antiquísima, tiene un origen religioso y se enlaza con la pascua de Pentecostés. Esta fiesta, exclusivamente reservada á los alumnos de las escuelas, se celebra bajo la direccion de los maestros y bajo la vigilancia de los párrocos. Sin embargo, las disposiciones necesarias y los medios de ejecucion estan á cargo de una comision compuesta de cierto número de padres; y en derredor del teatro destinado á las diversiones de los niños hay puestos reservados para las familias y para los espectadores que quieren participar de su inocente regocijo. La policia protege estas reuniones, y hay reglamentos para que no se malgasten los fondos y se tribute el debido respeto á estos placeres de la niñez.

Luce por fin el anhelado dia, y se presentan los niños en orden, decentemente vestidos, coronados de flores ó de hojas, y adornados de banderolas. Vedlos aquí, que llegan conducidos por sus maestros, precedidos de una música y cantando himnos. Este precioso dia se abre bajo los auspicios de la religion, comenzando por una ceremonia, una plegaria, una plática paternal del párroco ó del pastor, y luego se distribuyen premios y se tributan elogios á la buena conducta y á la aplicacion. Despues vienen los juegos, que consisten en carreras, ejercicios gimnásticos y otras mil diversiones, terminadas por un banquete general y por una lluvia de juguetes y regalitos de toda especie, que caen á manera de rocío en aquel jardin de flores. La felicidad que allí se experimenta da pábulo al afecto y estímulo á las buenas acciones.

¿Por qué no hemos de celebrar tambien nosotros tan preciosa fiesta? Por mi parte, señores, lo deseo vivamente; la he propuesto, la he solicitado, y me seria muy grato poder proporcionar á tantos miles de niños un dia feliz, que contribuyese á hacerlos mas virtuosos. ¡Es tan fácil otorgarles este favor! VV. pueden contribuir á que se les conceda y solicito para ello su cooperacion, como mi mejor recompensa.

Muchas son, sin duda, las recomendaciones que he hecho á VV.; muchos los trabajos de toda especie que les he propuesto; pero hay un secreto para llevarlos á cabo, y es conocer el valor del tiempo. No se inquieten VV. ni se precipiten: hagan cada cosa en su tiempo y lugar, con calma, con perseverancia, con orden, con reflexion, pero empleen bien el tiempo, y llegarán al fin, sin que se les agoten las fuerzas. El arte de aprovechar el tiempo, aunque de primera necesidad, es poco conocido; entre todas las economías, la del tiempo es la mas provechosa, porque representa para el trabajador cierta cantidad de fuerza y una parte de producto, porque prolonga el dia, y porque es útil en fin hasta para los goces, distribuyendo convenientemente los intervalos de reposo y los momentos concedidos á los placeres inocentes, que aumentan tambien nuestras fuerzas. El buen éxito de la mayor parte de las operaciones depende del cuidado de hacer las cosas oportunamente, aprovechando la ocasion favorable; y si á veces no se logra el fin de esta economía, es por haber acudido á ella demasiado tarde. Enseñemos á nuestros alumnos, y aprendamos nosotros mismos á aprovechar el tiempo. Asi sabrán metodizar su vida, y esta última leccion será el complemento de todas las demas.

Al educar á nuestros alumnos continuemos tambien, señores, nuestra propia educacion, porque es una ley de la naturaleza humana el adelantar incesantemente, so pena de quedarse atrás. La gran ciencia de la educacion, lo mismo que todas las demas, exige de los que á ella se dedican un continuo progreso. Aprovechémonos, pues, de la experiencia cuo-

tidiana; reflexionemos la marcha que hubiéremos seguido, los obstáculos con que hayamos tropezado, las faltas cometidas y el éxito que hayan tenido nuestros esfuerzos.

LECCION DÉCIMASEXTA Y ÚLTIMA.

DE LOS LIBROS.

SEÑORES,

Réstame cumplir á VV. mi promesa, indicándoles las obras, cuya lectura ó uso puede ser mas útil á los alumnos y á VV. mismos. Y con este motivo les indicaré tambien las que en general me parezcan mas propias para formar una buena coleccion de lecturas populares, asi en las ciudades como en los pueblos.

La eleccion de libros populares se enlaza íntimamente á los mas caros intereses de la sociedad, porque importa tanto á las buenas costumbres como al órden público, á la industria, á la propagacion de los conocimientos útiles, al bienestar de las clases laboriosas y á la dignidad de la naturaleza humana; y lleva consigo una parte esencial de las seguridades que invoca el progreso de la civilizacion. Por eso los amantes de la humanidad se han ocupado con laudable emulacion en promover la publicacion y distribucion de obras encaminadas á este fin: Holanda, Alemania, Inglaterra, Escocia y hasta los Estados-Unidos, nos ofrecen preciosos ejemplos, que nosotros hace años pugnamos por imitar; la administracion pública y algunas sociedades generosas promueven y fomentan tambien entre nosotros esta gran mejora. VV., queridos oyentes, pueden ser llamados á tomar parte en ella de varias maneras, ya porque hayan de guiar con sus consejos á los alumnos actuales y á los adultos que lo hubieren sido, ya porque hayan de ilustrar á las familias cuando estas tengan que comprar ó pedir prestada alguna obra; ó ya porque contraigan el mérito de excitar el celo de los ayuntamientos para la fundacion de pequeñas bibliotecas comunales, destinadas á los labradores ó á los artesanos, y de concurrir con sus luces á la formacion de estos establecimientos. Nada mas fácil, en efecto, que fundar y sostener á poca costa una biblioteca comunal, que confiada al cuidado de VV. y situada dentro de la escuela, podrá prestar servicios duraderos á un gran número de personas. Por una módica cantidad podrán VV. reunir un centenar de obras de las que voy á indicarles que sean las mas adecuadas á las necesidades de sus convecinos. Para atender á los gastos les será á VV. fácil obtener una subvencion del ayuntamiento, ó una suscripcion de los propietarios acaudalados y generosos. En su defecto, pueden VV. mismos anticipar lo necesario, reembolsándose despues con las retribuciones de los habitantes á quienes presten los libros. En todo caso convendrá exigir esta retribucion, si bien fijándole un tanto sumamente módico; porque servirá para aumentar y renovar el depósito de los libros y aun para multiplicar el número de lectores, pues la experiencia prueba que son menos leídos los libros que se ofrecen gratuitamente. Cuiden VV. de no prestar ningun libro, sin inscribir en el registro correspondiente el nombre de la persona que lo tome, y sin que esta deposite una corta cantidad para responder de su conservacion. En el caso de no encontrar VV. recursos su-

ficientes para fundar este establecimiento en el pueblo de su residencia, podrán concertarse con otros maestros de las cercanías, para organizarle en comun y forinar con las suscripciones de todos un *gabinete de lectura*, á semejanza de los que establecen generalmente en Alemania los maestros de primeras letras y les son de tanta utilidad.

Veán VV., pues, queridos oyentes, otro medio de extender y prolongar la influencia del magisterio en personas de toda edad y sexo: á las demas atribuciones de su cargo reunirán VV. la de *encargados de la biblioteca popular*.

Dividiré en tres clases los escritos que voy á indicar á VV.: la primera comprenderá los destinados á VV. especialmente para su propia instruccion y gobierno; la segunda, los que podrán poner en manos de los alumnos, como complemento de las lecciones de VV.; y la tercera, los que convienen á los adultos, y pueden servir para formar la pequeña biblioteca del pueblo.

Estoy muy lejos de creer que presento á VV. un catálogo completo: solo puedo indicarles las obras que conozco; sin duda habrá otras que no han llegado á mi noticia, y que podrán tener mucho mérito; cuanto mas, que diariamente se aumenta el número de libros. La administracion de instruccion pública guiará tambien las investigaciones de VV., preservándoles y ayudándoles á preservar á sus alumnos y amigos de los escritos que, bajo títulos ó formas propias para seducir, ocultan peligroso veneno, y pueden difundir preocupaciones ó corromper el entendimiento y el corazon.

Mas antes de citar los libros, réstame darles el último consejo: no basta tener buenos libros; es preciso tambien saber leer, quiero decir, leer con fruto, y de manera que produzca ventajas la lectura. Lean VV., pues, con método, con calma, con atencion; deténganse de tiempo en tiempo á reflexionar y comparar; resuman en fin despues de haber leído, y grábense las cosas por su órden en la inteligencia, sacando de ellas la sustancia, y apropiándose su fruto. Enseñen VV. tambien á sus alumnos este arte bastante conocido, ayudándoles á aprenderlo por medio de preguntas juiciosas acerca de sus lecturas.

BIBLIOTECA PARA USO PARTICULAR DEL MAESTRO DE PRIMERAS LETRAS.

Esta biblioteca puede abrazar:

- 1.º Las obras que dan preceptos morales al maestro;
- 2.º Las que exponen sistemas y métodos de enseñanza;
- 3.º Las que encierran un caudal de instruccion acerca de la clase de conocimientos que pueden formar parte de los estudios del maestro.

Pueden sin embargo algunas obras contener varios ramos; y ser mas ó menos útiles en el fondo y en la forma; pero creo que solo debo recomendar á VV. ahora las mejor calificadas.

Tratados generales de educacion.

Iriamos sin duda mucho mas allá de lo que debiéramos, si hubiésemos de remontarnos á los tratados generales de educacion de la niñez; sin embargo, no puedo prescindir de designar á VV. uno, ya antiguo, pero calificado por la opinion general de los doctos como el modelo en su género, donde podrán estudiar la filosofía de la educacion, y donde ha-

llarán el gérmen de casi todas las verdades que han llegado á desarrollarse posteriormente, y un manantial inagotable para los estudios. Me refiero á la obra intitulada *Educacion de los niños*, por el célebre inglés Locke (1).

Entre los escritos modernos de pedagogia general no puedo prescindir de mencionar á VV. el de J. H. C. Schwarz, traducido del alemán por el celoso profesor don Julio Kühn, cuyo libro contiene multitud de nociones de sumo interés acerca de la educacion y enseñanza tal como se comprende y practica actualmente en Alemania.

Si son VV. casados, si su esposa dirige una escuela de niñas, no deberá dejar de las manos el libro de Fenelon intitulado *Educacion de las niñas* (2) como obra clásica para este género de estudios; y aun VV. podrán recurrir á él algunas veces con provecho, pues encontrarán mas de un objeto de meditacion acerca del modo de dirigir á los niños que tengan á su cargo.

Asi mismo podrá ser á VV. muy útil la lectura del *Tratado de la educacion de las niñas* por Madama Campan, traducido al castellano y acomodado á nuestros usos y costumbres; en cuyo libro, aunque escrito con el mismo propósito que el anterior, tambien se encuentran ideas bastante luminosas aplicables á la educacion de los dos sexos.

«Limitándome ahora á los escritos destinados exclusivamente á la primera educacion, me complazco en dar á conocer á VV. el *Manual del maestro de primeras letras, ó Principios generales de pedagogia* por Mr. Mæder (3), cuya redaccion y publicacion he promovido y activado. Su estimable y modesto autor comprende en pocas páginas y bajo la forma de sentencias, lo sustancial de las mejores producciones que posee sobre el particular Alemania, tan rica en obras de este género. Abraza este precioso libro lo relativo á la educacion física, intelectual, moral y religiosa; trata de los métodos y de los conocimientos elementales; ofrece un cuadro rápido de la historia de la educacion y de la instruccion en su primer grado, durante el curso de los siglos; contiene un catálogo de las obras mas escogidas para el uso de VV. y para el de sus discípulos, y termina con unos cuadros que exponen planes de estudio conformes con los diferentes sistemas. Es, en una palabra, un verdadero manual: VV. deberán tenerle y estudiarle con frecuencia, porque les es indispensable; y debo asegurar á VV. que estoy en un todo conforme con los principios que se estampan en el mismo» (4).

Otro de los libros que podrán VV. consultar con fruto es el *Ensayo general de instruccion física, moral e intelectual*, por M. A. Jullien de París, traducido y publicado en Valencia.

En el *Manual para los maestros de las escuelas de párvulos*, por el Ilustrisimo señor don Pablo Montesino, hallarán VV. observaciones relativas á la educacion física, moral é intelectual, que les serán del mayor provecho, aunque no ejerzan el magisterio de este primer grado.

Es tambien digno de estudio el *Curso de pedagogia* por Mr. Rendu, que tradujo mi amigo don Mariano Carderera, y que es de sentir no haya circulado todo lo que debia.

(1) Tenemos en prensa una esmerada edicion, con notas, de esta excelente obra, para que forme parte de la Biblioteca.

(2) Hay una traduccion española hecha en Barcelona; pero nosotros pensamos hacer una muy económica para incluirla en la Biblioteca.

(3) Véase en su dia nuestra traduccion de este manual, arreglada á las circunstancias de España.

(4) De Gerando.

El tratado de *Pedagogía* que han dado á luz mis amigos don Joaquin Avendaño y don Mariano Carderera, podrá ser á VV. útil, no solo para adquirir conocimientos acerca del modo de conducirse en lo relativo á la educacion física, moral é intelectual de sus discípulos, sino tambien para lo concerniente á la organizacion y direccion de las escuelas y los métodos de enseñanza.

El Maestro de primeras letras, por Mr. Matter, traducido al castellano y anotado, es una guia útil, asi para los que empiecen á ejercer la profesion al salir de las escuelas normales, como para los que deseen perfeccionar los medios de educacion y enseñanza, que el autor trata con tanto conocimiento.

La exposicion del sistema de educacion de Pestalozzi por M. A. Jullien, que hoy está en prensa traducida al castellano, ademas de contener las luminosas ideas del pedagogo mas notable que ha conocido Europa en este siglo, abraza las de multitud de escritores notables, que el sabio expositor coloca oportunamente, ya para apoyar, ya para explicar la doctrina pestaloziana. Recomiendo á VV. muy mucho este excelente libro, tanto mas necesario de conocer, cuanto una preocupacion algo general ha contribuido á que se tengan por anticuadas las ideas de Pestalozzi y no se estudien y adopten muchos de los medios que propone para la educacion y enseñanza, con los cuales logró tantos y tan fecundos resultados.

Los *Principios de enseñanza ó manual de escuela normal*, por Mister Enrique Dunn, secretario de la Sociedad escolar británica y extranjera, cuya traduccion con notas está hoy en prensa, es el libro adoptado para la enseñanza de pedagogía, sistemas y métodos en la escuela normal que esta Sociedad tiene en Lóndres, calificada de la mas notable del mundo. En este libro hallarán VV. observaciones prácticas admirables, para la educacion y enseñanza en las escuelas de la niñez. El sabio autor ha reunido en no muchas páginas el resultado de los trabajos de los primeros pedagogos y le ha expuesto con la mayor sencillez y claridad.

Para la educacion propia, para hacerse cada dia mas dignos del cargo que han de ejercer, deberán VV. consultar el libro intitulado *De la perfeccion moral*, ó de la educacion de sí mismo, por el autor de este Curso normal, y traducido por D. Daniel O'Rian.

Por último, debo recomendar á VV., aunque no les concierna directamente el *Visitador de las escuelas* por Mr. Matter, traducido y acomodado á las circunstancias de España por nuestro amigo D. Laureano Figuerola, quien le publicó bajo el título de *Guia legislativa é inspectiva de instruccion primaria*. Este libro podrá ser á VV. muy útil, en razon á que les ayudará á darse cuenta de sus deberes y á vigilarse á sí mismos.

Sistemas de enseñanza.

Aunque nosotros no tenemos, como otras naciones, abundante copia de libros relativos á sistemas de enseñanza, poseemos sin embargo algunos, que estudiados con aprovechamiento, podrán dejar á VV. poco que desear. A la cabeza de todos debemos colocar el *Manual completo de enseñanza simultánea, mútua y mixta* por nuestro amigo D. Laureano Figuerola, el mas amplio que ha visto la luz pública en España, donde se contienen las observaciones prácticas mas importantes acerca de los varios sistemas para la organizacion, régimen y gobierno de las escuelas, y algunos otros objetos.

El *Manual de las escuelas primarias, intermedias y normales*, escrito

bajo la direccion de Mr. Matter y traducido y acomodado á las circunstancias de España, por el señor Alvarado de la Peña, encierra ideas muy luminosas acerca de sistemas y métodos, que deberán VV. estudiar y llevar á la piedra de toque de la experiencia.

En el tratado de Pedagogia de los señores Avendaño y Carderera, en el Maestro de primeras letras y en otros varios de los libros que dejamos enumerados, tambien encontrarán VV. mucho útil que estudiar respecto al asunto que nos ocupa.

Métodos de lectura.

Hallarian VV. no poca dificultad en la eleccion de un buen método de lectura, si hubieran de hacerla entre la multitud de publicaciones de esta naturaleza que se conocen. Por lo cual designaré á VV. algunas de las calificadas mas favorablemente, dejando á su cuidado el elegir la que mas se acomode á sus ideas y á las circunstancias en que se encuentren.

El primer escrito moderno de esta especie, atendiendo á la época en que se dió á la estampa, y aun á algunas consideraciones pedagógicas, es la coleccion de carteles adoptada en la escuela de aplicacion de la normal central. El objeto de sus autores, al parecer maestros de la misma escuela en la época de su fundacion, fué realizar las ideas concernientes á los métodos racionales de lectura que vieron adoptadas en Inglaterra, y muy particularmente en las escuelas de ambos sexos de la normal que costea en Lóndres la Sociedad escolar británica y extranquera.

Modificacion de este método, pero con base idéntica, es la serie de ejercicios que han publicado hace pocos años mis amigos D. Joaquin Avendaño y D. Mariano Cardera, formando las primeras secciones de su coleccion de libros de lectura, tan bien recibida por muchos maestros. VV. podrán conocer la teoría de este método por medio de un cuadernito que han dado á luz los mismos.

Con igual objeto, aunque partiendo de bases distintas, ha escrito y publicado su *Arte de leer en castellano y latín* el Emmo. Sr. Cardenal D. Judas Romo, arzobispo de Sevilla. En la exposicion de los fundamentos de este libro, que acompaña á la *Coleccion de opúsculos sobre las primeras letras* del mismo del autor, hallarán VV. ideas que les serán sumamente provechosas.

Aunque el método de lectura del célebre D. José Mariano Vallejo no sea el mas á propósito para la instruccion de los niños, lo es mucho para la de los adultos, y VV. podrán utilizarle provechosamente, si organizan y dirigen escuelas de esta naturaleza. En la *Teoría de la lectura* de este escritor hallarán la explicacion del método y algunas ideas que les importa conocer.

Muy convenientes les serian á VV. las obras de los doctos maestros españoles Andrés Florez, Miguel Sebastian, Santiago Palomares y otros muchos, donde he leído no pocas indicaciones del mayor interés respecto á este ramo de enseñanza; pero se han hecho tan raros estos libros, que no es fácil obtenerlos.

Métodos de escritura.

Para este ramo de instruccion recomiendo á VV. en primer lugar,

como lo mejor que he conocido, las ideas de Pestalozzi, que tan felices resultados han ofrecido siempre que se han puesto en práctica.

Un libro, que por la extension y no poco acierto con que trata del asunto deben VV. estudiar, es el *Arte de escribir* de don Torcuato Torío de la Riva. En las muestras que le acompañan hallarán VV. el tipo de una hermosa letra española, y el de otros caractéres comunes y de adorno que les despertarán el gusto en lo relativo á este ramo de enseñanza.

Tambien deben VV. leer con detenimiento el *Arte de escribir* del P. Santiago Delgado, y no perder de vista su coleccion de muestras, donde se ostenta la mas bella letra española conocida hasta su tiempo.

El *Arte de escribir* de don José Francisco de Iturzaeta dará á conocer á VV. la reduccion de la letra bastarda española á formas geométricas; y las muestras del mismo autor, la aplicacion práctica de sus ideas en el particular. Deben VV. ver y estudiar los diferentes trabajos del señor Iturzaeta en escritura, porque en ellos encontrarán útiles instrucciones debidas á su aficion á la Caligrafía, á sus dotes especiales, y á su constante laboriosidad.

Asi mismo deberán ver VV. las publicaciones sobre este ramo que ha hecho don Antonio Alverá Delgrás, en las cuales encontrarán tambien indicaciones provechosas.

No puedo concluir la reseña de los mejores métodos de escritura sin recomendar á VV. las obras de nuestros antiguos maestros, y en particular las de Juan de Iciar, Ignacio Perez, Francisco Lucas, Pedro Diaz Morante y D. Francisco Javier de Santiago Palomares, que han sido los mas inteligentes en este arte.

Enseñanza de aritmética.

VV. conocen el tratado de aritmética de D. Juan Cortazar, adoptado actualmente en algunas escuelas normales, para transmitir los conocimientos que se les exigen en este ramo de enseñanza. En él y en la *Aritmética* de Lacroix y en la mas extensa aun de Bourdon, hallarán cuanto pueden necesitar de teoría de la aritmética, pero como no son teorías abstractas lo que han de enseñar á sus discípulos, sino procurar habilitarles la inteligencia para el cálculo por medio de ejercicios metódicos y de aplicacion, recomiendo á VV. el excelente libro de Pestalozzi intitulado *Doctrina de la vision de las relaciones de los números* (1), que tan útil puede serles; y así mismo la *Aritmética práctica* que publicó don Diego Leonardo Gallardo siendo regente de la escuela de aplicacion de la normal central.

Para estudiar el sistema métrico decimal de medidas y pesas y el de monedas, deberán VV. recurrir al libro escrito por el entendido ingeniero D. Meliton Martin, por ser el mejor de cuantos han visto la luz pública en España, ó á lo menos, de cuantos han llegado á nuestras manos. El conocimiento de las *medidas pesas y monedas* con arreglo á los expresados sistemas le podrán VV. adquirir, en cuanto lo permite la naturaleza del instrumento, en los cuadros publicados con el mismo objeto por los señores Avendaño y Carderera, D. Camilo Labrador y Vicuña, D. Antonio Alverá Delgrás, y D. José Merino Ballesteros.

Gramática.

Ante todo otro libro debo llamar la atencion de VV. á la *Gramática* de la Real Academia Española, como la mas autorizada de todas.

(1) En su dia le recibirán los suscritores á la Biblioteca económica de educacion.

Ademas de este libro deben VV. estudiar con mucha detencion la excelente *Gramática castellana* por el sábio americano don Andrés Bello (1), donde encontrarán la explicacion mas completa que poseemos del lenguaje castellano. Persuadido de la necesidad de dar á conocer en España este libro, he creido dispensar un especial servicio á mis compatriotas publicándole, y le he dado á la estampa con algunas notas.

Tambien podrán VV. consultar con provecho la *Gramática* de don Vicente Salvá, aunque no sea mas que por la abundante copia de modos de expresion que contiene.

El tratado de *Análisis lógica y gramatical* de la lengua española, escrito por don Juan Calderon (2), es absolutamente necesario para el estudio analítico de la lengua, de que no puede creerse dispensado el que quiera conocerla fundamentalmente. Convencido de ello, he hecho los esfuerzos que han estado á mis alcances para generalizarle.

Tambien es útil la obra de don Gregorio Garcés intitulada *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, que he publicado con notas, porque contiene multitud de voces y frases de los mejores tiempos, ilustradas con oportunos ejemplos.

La prosodia podrán VV. estudiarla, si logran la rara casualidad de adquirir algun ejemplar, en el precioso tratado de *Ortología y métrica*, por D. Andrés Bello; y á falta de él, en la *Doble ortología* por D. Gregorio Garcia del Pozo, y en las *Lecciones elementales de ortología y prosodia* por D. Mariano José Sicilia.

Para el estudio de la ortografía ya les está recomendado á VV. de real orden el *Prontuario* de la Real Academia Española, cuya última edicion ha salido con algunas mejoras.

En cuanto á diccionario, cuyo constante estudio recomiendo á VV., ninguno preferible al de la Real Academia Española, como el de mas autoridad (3).

Y si VV. se proponen penetrar los delicados matices de la lengua castellana, deberán consultar las principales obras que tratan de los sinónimos. En el número de ellas figura en primer lugar el precioso libro del Sr. Cortina, muy poco conocido en España, por haber visto la luz pública en Méjico, y despues los de Huerta, Cienfuegos, Jonama y March.

Retórica, poética y literatura.

Con el objeto de perfeccionar ó completar las nociones que hayan VV. podido adquirir acerca de estas materias, puede serles muy útil el *Manual* que escribió y dió á la estampa el muy digno antiguo gefe de la instruccion pública D. Antonio Gil de Zárate, y particularmente la última edicion notablemente mejorada. Y tambien podrán VV. consultar con fruto el *Arte de hablar en prosa y verso* del señor Hermosilla.

Geografía e historia.

Para estudiar VV. con provecho el primero de estos ramos de enseñanza, les recomiendo ante todo las varias obras del entendido geógrafo

(1) Un tomo de la Biblioteca económica de educacion.

(2) Segunda edicion con notas.

(3) Edicion décima.

don Isidoro de Antillon, tenidas en grande estima por los inteligentes, á pesar de haberse anticuado algun tanto con motivo de los adelantos geográficos modernos.

Entre ellas hay una, que escribió para niños, cuyo método es digno de ser imitado en gran parte en las escuelas.

Tambien el libro de Geografía universal por don Angel Izardi está escrito bajo buen plan, y con muy claro discernimiento y correcto lenguaje.

Tratando de adquirir mapas, pocos encontrarán VV. en español, de regulares dimensiones, que puedan inspirar mas confianza que los de A. H. Dufour, ni que se expendan á precio mas arreglado. Tambien es digno de estudio el de España de nuestro amigo D. Pedro Martin Lopez. Para conocer la geografía particular de la provincia en que VV. residen los serán del mayor interés los mapas de don Francisco Coello, que se destinaban al Diccionario geográfico de don Pascual Madoz.

Respecto á historia, pocos libros pueden recomendarse á VV. limitado por tanto á llamarles la atención al excelente *Discurso sobre la historia universal*, por Bosuet, traducido al castellano, y á la *Historia antigua, de la edad media y moderna*, por D. Fernando de Castro, cuyo libro ha sido calificado ventajosamente por las personas entendidas.

Algebra, geometria y dibujo lineal.

Los tratados de *álgebra y geometria elemental* por D. Juan Cortázar, que sirven de texto en algunas escuelas normales, son ya conocidos de VV. Como han podido observar, contiene el primero un curso de álgebra, y el segundo, de geometría demostrada; pero importa á VV. consultar otros, donde encuentren útiles aplicaciones geométricas, como el tratado de *topografía y agrimensura* por el Sr. Carrillo de Albornoz; y sobre todo uno que les enseñará el mejor modo de emplear provechosamente la geometría como medio de educación. Me refiero al libro de Pestalozzi sobre *la relacion de las formas y dimensiones*. Este excelente escrito sugerirá á VV. muchas ideas para descubrir el encadenamiento de las nociones geométricas con las demas que se transmiten en las escuelas.

Util podrá ser á VV. el *Curso del dibujo industrial* por D. Isaac Villanueva, y especialmente la primera parte; el *Tratado de geometria y dibujo lineal* traducido del francés por D. J. B. Peyronnet, y los *Elementos de geometria y dibujo lineal* y el *Tratado completo de dibujo lineal* por D. José Oriol y Bernardet.

Física, química é historia natural.

Ningun libro conozco que pueda recomendarse á VV. confiadamente para el estudio de estas materias, porque, ó son demasiado ámplios, ó carecen de otras circunstancias necesarias los que han llegado á mis manos. Por lo cual mencionaré solo aquellos cuya exactitud de doctrina y estrechos límites, comparados á otros, se acercan mas al objeto.

El primero entre los destinados para el estudio de la física y química es el *Programa de un curso elemental de física y nociones de química* escrito por D. Venancio Gonzalez de Valledor y D. Juan Chavarry, que el Gobierno adoptó para la enseñanza secundaria. Tambien es libro justamente acreditado el que se intitula *Elementos de física y nociones de qui-*

vida, escrito con el mismo objeto que el anterior por don Genaro Morquecho y Palma. En cuanto á Historia natural, los únicos que me atrevo á dar á conocer á VV. es el *Manual* de D. Manuel María José de Galdo, cuya segunda edición considerablemente mejorada se ha publicado recientemente.

Agricultura.

El primer libro que debo recomendar á VV. es el *Manual* escrito por D. Alejandro Oliván, y mandado adoptar de real orden en todos los establecimientos públicos del Reino. También recomiendo á VV. el *Manual* de D. José de Soto. Después de éstos libros, y para ampliar las nociones que contienen, será muy útil á VV. el de nuestro sabio agricultor Herrera con las importantes notas que le acompañan en la edición última; y asimismo la *Biblioteca del ganadero y agricultor*, que publica el Sr. Casas, de la escuela de Veterinaria de esta corte, donde tan curiosas noticias se encuentran acerca de la crianza y aprovechamiento de los animales domésticos que tienen aplicación en la agricultura.

Religion y moral.

Penetrados VV. de la suma importancia de esta instruccion, habrán de estudiar y consultar con especial esmero los libros que tratan de ella más acertadamente. Como en las escuelas, en general, se adopta para texto el catecismo de la diócesis, y VV. han de tener á su cargo el explicarle, será bien que recurran para ello al *Catecismo de la doctrina cristiana, explicado* por D. S. J. García Mazo, donde hallarán cuanto pueden necesitar en el particular. Sin embargo, convendrá que vean VV. además la primera parte del *Programa de religion y moral* por D. Juan Diaz de Baeza; el *Compendio de la Religion* por Pinton; el *Catecismo histórico* por el Abad Fleury, y el *Compendio de la Historia Sagrada* por D. Santiago José García Mazo.

BIBLIOTECA PARA LA NIÑEZ.

Pocos son los ramos de enseñanza que permiten ser transmitidos con fruto á los niños por medio de libros, y sobre todo por compendios: en mi sentir la *doctrina cristiana* y la *lectura* son los únicos para que debieran emplearse libros. Seria ageno de este lugar el exponer las razones en que me fundo para opinar así, contra lo que ha dicho la generalidad de los escritores: me limitaré á enumerar los libros que podrán VV. destinar á la enseñanza de los dos ramos expresados, sin perjuicio de aprovechar la oportunidad que me ofrezca alguna otra publicacion, para emitir mis ideas en aquel sentido.

En cuanto á la enseñanza religiosa y moral, tienen VV. hecha la elección en el *catecismo* de su respectiva diócesis, siempre que esté comprendido en las listas de libros aprobados últimamente por el Gobierno. También el *Catecismo de la doctrina cristiana* y el *histórico* de Fleury, pueden ser muy útiles, así como el que dió á luz el Pbro. D. Jaime Balmes con el título de *La religion demostrada al alcance de los niños*, destinado á comprobar de un modo comprensible para estos los fundamentos de algunas verdades de nuestra religion.

Para la instruccion en lectura, ya he designado á VV. al tratar de su

biblioteca los que pueden emplear con mas provecho á fin de transmitir los primeros rudimentos. Con el objeto de continuar esta enseñanza hallarán varios libros, pero pocos dignos de su eleccion. Y una de las principales dificultades que podrán ocurrirles en este punto, consiste en establecer una gradacion regular y metódica.

Entre los pocos libros escritos con acierto para la lectura de los niños, es uno el *Simon de Nantua*, traducido del francés y publicado en Barcelona. *La Guia de la infancia* por D. Eugenio de Tapia, es tambien un precioso libro para los niños; pero el que hasta hoy no ha encontrado competidor, por su importante contenido y excelente language es *El Nuevo Robinson*, escrito por el célebre Campe, y traducido por el entendido D. Tomás Iriarte; razon por la cual le he reimpresso y dado á luz con las correcciones que reclamaban los actuales adelantamientos científicos.

Hablaria á VV. de *El Abuelo* y del *Juanito*, como libros que contienen un gran caudal de ideas sumamente útiles, pero aquel no permite ponerle en manos de estos, por causas conocidas de VV., y este necesita acomodarle al estado actual de las ciencias físicas, y limarle mucho en cuanto á language y correccion gramatical.

El Manual de agricultura por D. Alejandro Olivan y el que escribió sobre el mismo asunto D. José de Soto, son dos libros que adoptarán VV. para ejercitar á los niños en la lectura, y darles de paso las nociones agrícolas mas interesantes.

Como complemento para enseñar á leer hallarán VV. un trabajo bien hecho en los Fragmentos en prosa y verso de las obras de nuestros clásicos, recopilados por mi distinguido amigo D. Trino Gonzalez de Quijano, diputado á Cortes.

BIBLIOTECA PARA LOS ADULTOS.

Es muy escaso el número de libros escritos con el propósito especial de instruir á los adultos, y de contribuir á su educacion moral. Habrán VV. pues de suplir esta falta con las obras que sirven para los niños y alguna otra que poseemos.

Para la instruccion religiosa y moral utilizarán VV. el *catecismo* de sus respectivas diócesis, y como complemento, el de la doctrina cristiana explicado, por Mazo, y el de adultos por Alvarez Chocano.

La enseñanza de la lectura podrán VV. comunicarla en muy corto tiempo por el método de D. José Mariano Vallejo, continuando con algun otro de los libros que sirven para los niños, y completándola con la cartilla de agricultura de D. Alejandro Olivan ó la de D. José de Soto; y por via de complemento podrán VV. utilizar algunos de los *Cien tratados* sobre todas las materias, que han visto la luz pública en esta Corte.

Muy útil seria que los adultos se ejercitasen en la escuela en leer el Código penal, que los impusiese de las reglas de conducta que deben observar para libertarse de las penas en que incurren frecuentemente por ignorancia. Así pues donde quiera que esto pueda efectuarse harán VV. un gran bien contribuyendo á que se realice.

... de quibus et de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

... de quibusdam...
... de quibusdam...
... de quibusdam...

REVISTA

ANALITICA

REVISTA DE INVESTIGACIONES

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

ANALITICA

REVISTA

ANALITICA





18



CURSO

PARA

MAESTRO



FA
XIX
A 4
26

VI-4

1888

